

Hermanos, **no** somos profesionales

{ El mundo determina la agenda del profesional,
Dios la del hombre espiritual }

John Piper



Clie

HERMANOS, NO SOMOS
PROFESIONALES

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES



editorial clie

EDITORIAL CLIE

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: libros@clie.es

Internet: <http://www.clie.es>

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

Publicado originalmente en inglés con el título *Brothers, We Are Not Professionals*

© por John Piper

Traducido y publicado en español por CLIE con permiso de © 2005 Broadman & Holman Publishers, Nashville, Tennessee USA

© 2010 Editorial CLIE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-8267-464-3

Printed in Colombia

Clasifíquese: Pastoral

0935-Vida Cristiana

02-05-0935-06

Referencia: 224722

DEDICATORIA



A
George Verwer
y
Greg Livingstone

cuya pasión y perseverancia en la búsqueda
de las personas inalcanzadas del mundo
me han empujado al compromiso radical
con los propósitos globales de Jesucristo
en lugar del
profesionalismo pastoral

CONTENIDO

Prólogo	9
Agradecimientos	15
1. Hermanos, no somos profesionales	17
2. Hermanos, Dios ama su gloria	21
3. Hermanos, Dios es amor	27
4. Hermanos, vivan y prediquen la justificación por la fe	33
5. Hermanos, tengan cuidado con la ética del deudor	49
6. Hermanos, díganles que no sirvan a Dios	55
7. Hermanos, tengan en cuenta el hedonismo cristiano	61
8. Hermanos, oremos	69
9. Hermanos, tengan cuidado con los sustitutos sagrados	75
10. Hermanos, luchen por sus vidas	81
11. Hermanos, interroguemos el texto	89
12. Hermanos, Bitzer era banquero	97
13. Hermanos, lean biografías cristianas	105
14. Hermanos, muéstrenles a sus fieles por qué Dios inspiró textos difíciles	113
15. Hermanos, salven a los santos	121
16. Hermanos, debemos sentir la realidad del infierno	129
17. Hermanos, llévenlos al arrepentimiento por medio de su deleite	135
18. Hermanos, magnifiquen el significado del bautismo	143
19. Hermanos, nuestra aflicción es para Él consuelo de ellos	153

20. Hermanos, hagan que el río sea profundo	159
21. Hermanos, no combatan los tanques de la carne con reglas de cerbatana	165
22. Hermanos, no confundan la incertidumbre con la humildad	175
23. Hermanos, díganles que con cobre basta	183
24. Hermanos, ayuden a su pueblo a resistir y servir en medio de las calamidades	189
25. Hermanos, denles la pasión de Dios por las misiones	203
26. Hermanos, corten el racismo de raíz	215
27. Hermanos, hagan sonar el clarín por los que aún no han nacido	229
28. Hermanos, centren la atención en la esencia de la adoración, no en la forma	247
29. Hermanos, amen a sus esposas	263
30. Hermanos, oren por los seminarios	277
Índice de personalidades	283
Índice de temas	285
Índice de textos bíblicos	291
Ministerios <i>Desiring God</i>	300

PRÓLOGO

A VECES EL SUFRIMIENTO enorme toca tan de cerca que por una breve temporada la neblina de nuestra necia seguridad se disipa y podemos ver el abrupto precipicio de la eternidad a sólo un paso. Un frío estremecimiento nos corre por el cuerpo y, por un momento, todo en el universo parece distinto. Esos son buenos momentos para el realismo pastoral. ¡Ah, qué vacía parece gran parte de nuestra vida y ministerio en esos momentos! Lo último que lamentamos entonces es el ser menos profesionales.

El comienzo del siglo XXI es un buen momento para ser pastor; son tiempos llenos de incertidumbres y peligros. El ambiente político y religioso del mundo nos empuja sin tregua (si tenemos oídos para escuchar) hacia el centro no profesional de la fe y el ministerio: El cruel, sangriento, espantoso, jadeante y crucificado Dios-hombre Jesucristo. En estos tiempos, nos vemos impulsados cada vez más a decir con Pablo el apóstol: «Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado... Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo» (1 Co. 2:2; Gá. 6:14).

El aislado cristianismo occidental está despertando del mundo de ensueño de que ser cristiano es normal o seguro. Cada vez más, el verdadero cristianismo se está convirtiendo en lo que fue al principio: insensato y peligroso. «Nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura» (1 Co. 1:23). «Viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios» (Jn. 16:2).

El ascenso del radicalismo musulmán simplemente intensifica una verdad siempre presente: Predicar a Cristo crucificado arruina la cortesía pastoral profesional y nos despierta a las ruinas del

pluralismo relativista. La armonía profesional se estrella contra las rocas del Gólgota. Los profesionales del mantenimiento de la paz corren al podio para anunciar el terreno común del monoteísmo y la gran estima en que tiene todo el mundo al profeta Jesús. Pero «curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz» (Jer. 6:14). Los verdaderos pastores lo perciben de manera diferente y aman a su pueblo mejor. No anulan la gracia de Dios minimizando la centralidad de la cruz. La importantísima verdad, rechazada de manera generalizada, es la siguiente: «[Él] fue entregado [para morir] por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (Ro. 4:25).

Esto es precisamente lo que niega el islam. Un cierto musulmán suni dice: «Los musulmanes creen que Alá salvó al Mesías de la ignominia de la crucifixión tanto como que Alá salvó el Sello de los Profetas de la ignominia después de la *Hégira*».¹ Y otro añade: «Nosotros lo honramos [a Jesús] más que ustedes... ¿No lo honramos más cuando nos negamos a creer que Dios lo dejaría morir en la cruz? Más bien creemos que Dios se lo llevó al cielo».² La cuestión *no* es si el islam es monoteísta. La cuestión *no* es si el islam trata de honrar a Jesús. La cuestión es la siguiente: ¿El islam, o cualquier otra fe aparte del cristianismo, valora la crucifixión del Dios-hombre, Jesucristo, como el único basamento de nuestra aceptación de Dios? La respuesta es no. Sólo los cristianos «siguen al Cordero» que fue

1. Badru D. Kateregga y David W. Shenk, *Islam and Christianity: A Muslim and a Christian in Dialogue* (Nairobi: Usima Press, 1980), 141. *Hégira* se refiere a la huida de Mahoma de La Meca en el año 622 d.C. Se deriva del árabe *hijrah*, literalmente, huida. La parte del Corán que brinda la base para esta negación de la crucifixión y resurrección dice: «Y dicho por ellos [los judíos]: “Vimos al Mesías, Jesús hijo de María, el Mensajero de Dios”, mas no lo mataron, ni lo crucificaron, sólo una semejanza de ello [*shubihah lahum*] les fue mostrada. Los que lo vieron, no tienen conocimiento de él, excepto una conjetura; y no lo mataron con certeza, no, nada de eso; Dios lo alzó hacia Él; Dios es Todopoderoso, Todo sabio». (4:157/156-57). Citado en J. Dudley Woodberry, editor, *Muslims and Christians on the Emmaus Road* (Monrovia, Calif.: MARC, 1989), 165.

2. Tomado de un artículo de 1951 aparecido en *The Muslim World* en J. Dudley Woodberry, ed., *Muslims and Christians on the Emmaus Road*, 164. Los clérigos musulmanes estaban diciendo cosas similares en los primeros años de este siglo también: «Creemos en Jesús; de hecho, más que ustedes».

«inmolado» como el único Redentor que se sienta en el «trono» de Dios (Ap. 14:4; 5:6; 7:17).

En otras palabras, el centro del cristianismo y el centro de la vida pastoral es la deshonrosa, insensata, horripilante y totalmente gloriosa realidad del Dios-hombre torturado, Jesucristo. Cada vez más, Él debe convertirse en el problema. No un Jesús agradable, impreciso, confortable que a todos les agrada, sino el que constituye un «tropezadero» para los judíos y una «locura» para los gentiles. Mientras más nos acercamos a lo que hace que el cristianismo sea horrendo, más nos acercamos a lo que lo hace glorioso. «No desecho [anulo] la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo» (Gá. 2:21). Ni sangre, ni gracia, ni gloria. Todas las religiones que niegan la cruz anulan la gracia de Dios y llevan a las personas a la perdición perpetua. La prédica de esta verdad no encaja en el profesionalismo de hoy día.

Cuidado con sustituir la tolerancia auténtica basada en la verdad con la tolerancia profesional falaz. En una época, la tolerancia era el poder que impedía que los partidarios de creencias rivales se mataran entre sí. Era el principio que ponía la libertad por encima de la conversión forzada. Tenía sus orígenes en la verdad de que la convicción bajo coerción no es convicción. Esa es la verdadera tolerancia. Pero ahora, la nueva tolerancia profesional niega que *existan* creencias rivales; sólo se complementan entre sí. No sólo denuncia el empeño de *imponer* las conversiones, sino también la idea de que cualquier conversión pudiera ser necesaria. Afirma que ninguna creencia religiosa debería aducir superioridad por encima de otra. De esta manera, la paridad pacífica entre los profesionales puede permanecer intacta y ninguno tendría que ser perseguido a causa de la piedra de tropiezo de la cruz (Gá. 5:11).³

El objetivo de este libro es el de diseminar una pasión pastoral radical por la supremacía y la centralidad del Dios-hombre

3. Este párrafo ha sido adaptado del artículo de John Piper, «Hate and Tolerance: Obstacles to the Eternal Life of Muslims», *World Magazine*, 27 de octubre de 2001, 65.

crucificado y resucitado, Jesucristo, en todas las esferas de la vida, del ministerio y de la cultura. Cada vez más, un ministerio bajo la bandera de la supremacía de Cristo será ofensivo a los impulsos de un clero profesional que le gusta que lo citen honorablemente en el periódico local. La intención del título del presente libro es la de sacudirnos de la presión para encajar en las expectativas culturales del profesionalismo. La intención es la de hacer sonar una alarma contra la vanidad de la condición social y contra la expectativa de igualdad en el pago y contra el préstamo de paradigmas del mundo profesional. ¡Qué no daríamos por pastores radicalmente saturados de la Biblia, centrados en Dios, magnificadores de Cristo, sacrificados, movilizadores de misiones, salvadores de almas, confrontadores de la cultura! Que las fichas caigan como deseen: Ramos de la palma hoy, persecución mañana.

Yo sé que algunas personas de inmediato señalarán que hay pastores enfermos quienes, en nombre del ministerio contracultural, necesitan ofender a las personas y no son capaces de crecer sin oponer resistencia. Otros críticos nos dirán que la incompetencia no es una virtud. Otros expresarán que caer en gracia en el gremio no es tan malo. Y por supuesto, habrá muchos que se sentirán dolidos con la palabra *hermanos*. A todas estas personas, yo les digo que sí, que tienen razón. Yo lo acepto. Si usted cree que esas cosas son la necesidad apremiante de nuestros tiempos, entonces, dígalas. Pero esa no es mi valoración de las cosas.

Por cada pastor enfermo que ofende innecesariamente, otros cien de ellos temen tanto ofender que la espada del Espíritu se ha convertido como elástico en sus bocas y la poderosa mezcla bíblica de severidad y bondad ha desaparecido de su ministerio. Por cada pastor incompetente que se justifica a sí mismo con cubiertas espirituales, otros cien pastores están desesperadamente duplicando su incompetencia espiritual buscando remedios en Babilonia. Por cada pastor que goza de respeto en el gremio a pesar de la fidelidad profética a la cruz, otros cien pastores gozan de ese respeto porque la cruz ha sido puesta en peligro. Y a aquellos que quieren que yo

escriba para «los hermanos y las hermanas», yo les digo: Dejen que todos estén plenamente convencidos. En cuanto a mí, la enseñanza bíblica es clara: Dios llama a los hombres espirituales, humildes, semejantes a Dios a guiar la familia como esposos y a guiar la iglesia como ancianos (Ef. 5:20-33; 1 Ti. 2:12-13).⁴ Yo creo, y ha sido mi experiencia durante veinte años, que las mujeres devotas, talentosas, desenvueltas, inteligentes, entregadas al ministerio, florecen en esas familias e iglesias.

El concepto que yo tengo del ministerio pastoral está lleno de gozo. Ondeando sobre nuestra asediada labor está la bandera de Hebreos 13:17: «Para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso». Y resuenan las trompetas apostólicas: «Apacentad la grey de Dios... no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto» (1 P. 5:2). Hay muchas lágrimas, sí. Pero como dijo Pablo, estamos «como entristecidos, mas *siempre* gozosos» (2 Co. 6:10). De hecho, las lágrimas profundizan e intensifican el gozo de nuestra esperanza (Stg. 1:2-4; Ro. 5:3; 2 Co. 4:17).

No sólo hay lágrimas; hay antagonistas. «Porque se me ha abierto puerta grande y eficaz, y *muchos son los adversarios*» (1 Co. 16:9). Pudiéramos desear la paz. Y debemos trabajar en pos de la unidad en la verdad. Pero en este mundo caído, el evangelio siempre es el olor de vida para algunos y el olor de muerte para otros (2 Co. 2:15-16). Entonces, nuestro gozo es un gozo asediado, pero siempre será impertérrito por el triunfo de Cristo. Y nuestro gozo es un gozo lleno de lágrimas, pero nuestras lágrimas son las lágrimas de gozo centrado en Dios impedido en su prolongación a los demás. La paz y la satisfacción de nuestras almas doloridas (y de nuestras iglesias hambrientas y las naciones expectantes), no se derivan de las ventajas de la excelencia profesional, sino de los deleites de la comunión espiritual con el Cristo crucificado y resucitado. Siento celo de

4. Véase John Piper y Wayne Grudem, *Recovering Biblical Manhood and Womanhood: A Response to Evangelical Feminism* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1991).

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

difundir este gozo a mis hermanos pastores (y mediante ellos), que es la razón por la que digo: «Hermanos, no somos profesionales».

AGRADECIMIENTOS

EN PRIMER LUGAR, doy las gracias a Jesucristo quien me llamó al ministerio de la Palabra estando yo enfermo de mononucleosis durante tres semanas en Wheaton College cuando tenía veinte años y luego dirigí ese llamado hacia el pastorado en 1979 cuando tenía treinta y tres años.

Les doy las gracias a los miembros de la Iglesia Bautista Bethlehem de Miniápolis por hacer de Hebreos 13:17 una realidad para mí desde el verano de 1980. «Para que [los pastores que velan por vuestras almas] lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso».

Les doy las gracias a Justin Taylor y Vicki Anderson quienes me ayudan de tantas maneras que me quitan muchísimo peso de encima, que harían que proyectos como este fueran imposibles. Justin también asumió el índice de temas y añadió una forma más en que el libro pudiera ser útil.

Le doy las gracias a mi esposa Noël por treinta y tres años de fidelidad. En todo lo que hago, me apoyo en ella.

Le doy las gracias a Eileen Anderson quien dedicó sus excelentes capacidades a la preparación de los índices de personalidades y de textos bíblicos.

Le doy las gracias a Don Anderson, antiguo director de *The Standard*, la revista confesional de la Conferencia General Bautista, por motivarme a escribir veinte de los presentes capítulos para dicha revista.

Y le doy las gracias a Len Goss de Broadman & Holman por su entusiasmo y apoyo al encauzar el presente libro por el proceso de publicación.

Dios ha sido bueno conmigo y oro que mientras viva pueda ser un buen administrador de su gracia al difundir pasión por su supremacía en todas las cosas por el gozo de todas las personas por medio de Jesucristo, mi Señor.

El predicador... no es un hombre profesional;
su ministerio no es una profesión; es una
institución divina, una devoción divina.

E. M. BOUNDS

Somos insensatos por amor de Cristo, pero los profesionales
son sabios. Somos débiles, pero los profesionales son fuertes.
A los profesionales se les honra, a nosotros se nos desacredita.

No tratamos de conseguir un estilo de vida profesional,
pero estamos listos para padecer hambre y
sed e ir mal vestidos y no tener techo.

JOHN PIPER

1

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

LOS PASTORES estamos siendo asesinados por el profesionalismo del ministerio pastoral. La mentalidad del profesional no es la mentalidad del profeta. No es la mentalidad del siervo de Cristo. El profesionalismo no tiene nada que ver con la esencia y el corazón del ministerio cristiano. Mientras más profesionales anhelemos ser, mayor será la estela de muerte espiritual que dejemos a nuestro paso, pues no existe la inocencia profesional (Mt. 18:3); no existe la misericordia profesional (Ef. 4:32); no existe el clamor profesional por Dios (Sal. 42:1).

Pero nuestra primera tarea es la de clamar por Dios en la oración. Nuestra tarea es la de llorar por nuestros pecados (Stg. 4:9). ¿Existe el llanto profesional? Nuestra tarea es la de proseguir a la meta de la santidad de Cristo y al premio del supremo llamamiento de Dios (Fil. 3:14); golpear nuestro cuerpo y someterlo no sea que seamos eliminados (1 Co. 9:27); negarnos a nosotros mismos y tomar la cruz salpicada de sangre cada día (Lc. 9:23). ¿Cómo se lleva una cruz profesionalmente? Hemos sido crucificados con Cristo; pero ahora vivimos en la fe de aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros (Gá. 2:20). ¿Qué es fe profesional?

No nos llenaremos de vino, sino del Espíritu (Ef. 5:18). Somos amadores de Cristo ebrios de Dios. ¿Cómo podemos embriagarnos de Dios profesionalmente? Entonces, maravilla entre las maravillas, recibimos el tesoro del evangelio para llevarlo en vasos de barro para mostrar que la excelencia del poder es de Dios (2 Co. 4:7). ¿Hay alguna forma en que podamos ser un vaso de barro profesional?

Estamos afligidos en todo, pero no abatidos; desconcertados, pero no llevados a la desesperación; perseguidos, pero no destruidos; siempre llevando en el cuerpo la muerte de Jesús (¿profesionalmente?) para que la vida de Jesús también se manifieste (¿profesionalmente?) en nuestros cuerpos (2 Co. 4:9-11).

Pienso que Dios nos ha exhibido a nosotros los predicadores como postreros de todo en el mundo. Somos insensatos por amor de Cristo, pero los profesionales son sabios. Somos débiles, pero los profesionales son fuertes. A los profesionales se les honra, a nosotros se nos desacredita. No tratamos de conseguir un estilo de vida profesional, pero estamos listos para padecer hambre y sed e ir mal vestidos y no tener techo. Cuando nos maldicen, bendecimos; cuando somos perseguidos, resistimos; cuando nos difaman, tratamos de conciliar; nos hemos convertido en la escoria del mundo, el desecho de todas las cosas (1 Co. 4:9-13). ¿O no?

¡Hermanos, *no* somos profesionales! Somos parias. Somos extranjeros y desterrados en el mundo (1 P. 2:11). Nuestra ciudadanía está en los cielos y esperamos impacientemente al Señor (Fil. 3:20).

No se puede profesionalizar el amor por su venida sin matar ese amor. Y *sí* se está matando.

Los objetivos de nuestro ministerio son eternos y espirituales. No son comunes a ninguna otra profesión. Es precisamente por la incapacidad de ver esto que estamos muriendo.

El predicador vivificante es un hombre de Dios, cuyo corazón siempre tiene sed de Dios, cuya alma siempre está apegada a Dios, cuyo ojo sólo está atento a Dios y en quien, por el poder del Espíritu de Dios, la carne y el mundo han sido crucificados y su ministerio es como el torrente generoso de un río vivificante.¹

De ninguna manera somos parte de un grupo social que comparte objetivos con otros profesionales. Nuestros objetivos son una ofensa; son locura (1 Co. 1:23). La profesionalización del ministerio constituye una amenaza constante a la ofensa del evangelio. Es una amenaza a la naturaleza profundamente espiritual de nuestro trabajo. Lo he visto a menudo: El amor por el profesionalismo (semejante a los profesionales del mundo) mata la creencia del hombre de que ha sido enviado por Dios para salvar a las personas del infierno y hacerlas extranjeras espirituales que exalten a Cristo en el mundo. El mundo establece el programa del hombre profesional; Dios establece el programa del hombre espiritual. El fuerte vino de Jesucristo hace estallar el odre del profesionalismo. Hay una diferencia infinita entre el pastor que está resuelto a ser un profesional y el pastor que está resuelto a ser el aroma de Cristo, la fragancia de la muerte para algunos y de la vida eterna para otros (2 Co. 2:15-16).

¡Dios, líbranos de los profesionalizadores! Líbranos de la «vocación mezquina, controladora, conspiradora y

1. John Piper y Wayne Grudem, *Recovering Biblical Manhood and Womanhood: A Response to Evangelical Feminism* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1991), 16.

maquinadora que existe entre nosotros».² Dios, danos lágrimas por nuestros pecados. Perdónanos por ser tan superficiales en la oración, tan escasos en nuestra comprensión de las verdades sagradas, tan conformes en medio de vecinos que mueren, tan faltos de pasión y de sinceridad en toda nuestra conversación. Devuélvenos el inocente gozo de nuestra salvación. Haz que temamos la formidable santidad y poder de aquel que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno (Mt. 10:28). Haz que llevemos la cruz con temor y temblor como nuestro árbol de la vida ofensivo y lleno de esperanza. No nos des nada, absolutamente nada, del modo en que el mundo ve las cosas. Que Cristo sea el todo y en todos (Col. 3:11).

Destierra el profesionalismo de nuestro medio, oh Dios, y en su lugar pon la oración apasionada, la pobreza de espíritu, el hambre de Dios, el estudio riguroso de las cosas sagradas, la devoción ardiente por Jesucristo, la total indiferencia hacia todos los beneficios materiales y la labor infatigable para rescatar a los que mueren, perfeccionar a los santos y glorificar a nuestro Señor soberano.

Humíllanos, oh Dios, bajo tu poderosa mano, para que nos exaltes, no como profesionales, sino como testigos y participantes de las aflicciones de Cristo. En su maravilloso nombre. Amén.

2. Richard Cecil citado en E. M. Bounds, *Power through Prayer* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1972), 59.

Por amor de mi nombre diferiré mi ira, y para
alabanza mía la reprimiré para no destruirte... Por
mí, por amor de mí mismo lo haré, para que no sea
amancillado mi nombre, y mi honra no la daré a otro

ISAÍAS 48:9, 11

El fin principal de Dios es el de glorificar a
Dios y gozar de su gloria por siempre.

JOHN PIPER

Dios ama su gloria más que lo que nos ama a nosotros
y que esa es la base de su amor por nosotros.

JOHN PIPER

2

HERMANOS, DIOS AMA SU GLORIA

YO ME CRIÉ en un hogar donde 1 Corintios 10:31 era casi tan fundamental para nuestra familia como Juan 3:16. «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios». Pero no fue hasta que cumplí veintidós años que oí a alguien decir que el primer compromiso de Dios es hacia su propia gloria y que esto constituye la base de la nuestra. Nunca había oído a alguien decir que Dios todo lo hace para su gloria también y que es por eso que debemos hacerlo nosotros. Nunca había oído a alguien explicar que el papel del Espíritu Santo es hacer que arda en mí lo que ha

estado ardiendo en Él toda la eternidad: El amor de Dios por Dios. O más exactamente, el deleite de Dios el Padre en el panorama de sus propias perfecciones reflejadas como una imagen perfecta en su Hijo.

Nadie nunca me había preguntado: «¿Quién es la persona más centrada en Dios en el universo?» Para después responder: «Dios». O: «¿Es Dios un idólatra?» Y después responder: «No. Él no tiene ningún dios ante Él». O: «¿Cuál es el fin principal de Dios?» Y luego responder: «El fin principal de Dios es el de glorificar a Dios y gozar de su gloria por siempre». Así que nunca me vi enfrentado activamente a la centralidad de Dios en Dios hasta que asistí a las clases de Daniel Fuller y me orientó estudiar los escritos de Jonathan Edwards.

Desde aquella época explosiva de descubrimiento de fines de los años sesenta, he luchado por entender las implicaciones de la pasión de Dios por su gloria. Ese es el título de un libro que escribí en homenaje a Jonathan Edwards, la mitad del cual es una reproducción de su libro titulado, *The End for Which God Created the World*. La tesis que plantea Edwards en ese libro es la siguiente:

[Dios] tenía respeto por *sí mismo*, como su último y cimero fin, en esta obra; porque es *merecedor* en sí mismo de ser así, al ser infinitamente el más grande y mejor de todos los seres. Todo lo demás, en cuanto a merecimiento, importancia y excelencia no son absolutamente nada en comparación con Él... Todo de lo que se habla en las Escrituras como fin supremo de la obra de Dios está contenida en esa única frase: *La gloria de Dios*.¹

¿Por qué es tan importante asombrarse ante la centralidad de Dios en Dios? Porque muchas personas están dispuestas a estar centradas en Dios siempre que sientan que Dios está centrado en el hombre.

1. Jonathan Edwards, *The End for Which God Created the World*, en John Piper, *God's Passion for His Glory: Living the Vision of Jonathan Edwards* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1998), 140, 242.

Este es un peligro sutil. Podemos pensar que estamos centrando nuestra vida en Dios, cuando realmente estamos convirtiendo a Dios en un medio hacia el amor propio. Contra este peligro, hermanos, los insto a que reflexionen sobre las implicaciones de que Dios ama su gloria más que lo que nos ama a nosotros y que esa es la base de su amor por nosotros.

«Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?» (Is. 2:22). «No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación» (Sal. 146:3). «Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo» (Jer. 17:5). «He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas... Como nada son todas las naciones delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es» (Is. 40:15, 17).

El compromiso supremo de Dios es con Él mismo y no con nosotros. Y en eso estriba nuestra seguridad. Dios ama su gloria por encima de todo «Por amor de mi nombre diferiré mi ira, y para alabanza mía la reprimiré para no destruirte... Por mí, por amor de mí mismo lo haré, para que no sea amancillado mi nombre, y mi honra no la daré a otro» (Is. 48:9, 11).

Dios lleva a cabo la salvación por *amor de Él*. Dios justifica al pueblo llamado por su nombre para que Él pueda ser glorificado.

«Por tanto, di a la casa de Israel [y a todas las iglesias]: Así ha dicho Jehová el Señor: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado. Y santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy Jehová... No lo hago por vosotros, dice Jehová el Señor, sabedlo bien; avergonzaos y cubríos de confusión por vuestras iniquidades, casa de Israel» (Ez. 36:22-23, 32).

Esta no es una nota aislada en la sinfonía de la historia redentora. Es el tema siempre reiterado del Compositor todo suficiente. ¿Por qué Dios nos predestinó en amor para ser sus hijos? Para que la gloria

de su gracia pudiera ser alabada (Ef. 1:6, 12, 14). ¿Por qué Dios creó un pueblo para Él? «Para gloria mía los he creado» (Is. 43:7). ¿Por qué creó de la misma masa vasos de honra y vasos de deshonra? Para mostrar su ira y hacer notorio su poder y revelar las riquezas de su gloria para con los vasos de misericordia (Ro. 9:22-23). ¿Por qué Dios puso a Faraón y endureció su corazón y liberó a Israel con su potente brazo? Para que fuera glorificado sobremanera sobre Faraón (Éx. 14:4) y para que su nombre fuera anunciado en toda la tierra (Éx. 9:16).

¿Por qué Dios perdonó al Israel rebelde llevándolo al desierto y finalmente a la tierra prometida? «Actué a causa de mi nombre, para que no se infamase a la vista de las naciones» (Ez. 20:14). ¿Por qué Dios no destruyó a Israel cuando lo rechazaron como rey y exigieron ser como todas las naciones (1 S. 8:4-6)? «Jehová no desamparará a su pueblo, por su grande nombre» (1 S. 12:22). El amor de Dios por la gloria de su propio nombre es el manantial de gracia libre y la roca de nuestra seguridad.

¿Por qué Dios sacó a los israelitas del cautiverio en Babilonia? Porque Daniel oró: «Haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario solado, por amor del Señor» (Dn. 9:17). ¿Por qué el Padre envió al Hijo encarnado a Israel? «Para confirmar las promesas hechas a los padres, y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia» (Ro. 15:8-9). ¿Por qué el Hijo fue a su hora final? «Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre» (Jn. 12:27-28). Cristo murió para glorificar al Padre y para reparar toda la difamación que habíamos traído a su honor. Nuestra única esperanza es que la muerte de Cristo satisfizo los justos reclamos de Dios de recibir la verdadera gloria de sus criaturas (Ro. 3:24-26).

¡Hermanos, Dios ama su gloria! Él está consagrado con todo su infinito y eterno poder a mostrar esa gloria y guardar el honor de su nombre.

Cuando Pablo dice en 2 Timoteo 2:13: «Si fuéremos infieles, él permanece fiel», no significa que somos salvos a pesar de ser infieles, pues el versículo anterior dice: «Si le negáremos, él también nos

negará». Más bien, como se explica en el versículo, «Él permanece fiel» significa que «Él no puede negarse a *sí mismo*». La lealtad más fundamental de Dios es hacia su propia gloria. Está comprometido a ser Dios antes de comprometerse con ser cualquier otra cosa.

¿Conocen esto sus feligreses? ¿La respuesta a sus oraciones depende del amor de Dios por su propia gloria? ¿Ellos exponen sus argumentos ante su trono sobre la base de que Dios lo hace todo por amor a su nombre? «Oh Jehová, actúa por amor de tu nombre» (Jer. 14:7). «Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre; y líbranos, y perdona nuestros pecados por amor de tu nombre» (Sal. 79:9). «Por amor de tu nombre, oh Jehová, perdonarás también mi pecado, que es grande» (Sal. 25:11). ¿Nuestros fieles realmente saben que «Santificado sea tu nombre» es una petición a Dios de glorificarse a sí mismo como Dios? «No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria» (Sal. 115:1).

Cientos de veces les hemos dicho a nuestros fieles: «Hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Co. 10:31). Pero ¿les hemos dado la base de este mandamiento? Dios ama su gloria. La ama con infinita fuerza, pasión y dedicación. Y el Espíritu de Dios arde con este amor. Es por esto que los hijos de Dios aman la gloria de Dios; los guía ese Espíritu ardiente (Ro. 8:14).

Declaremos con audacia y con fuerza lo que Dios más ama: La gloria de Dios. Cuidémonos de los mares de centralidad en el hombre que hay a nuestro alrededor. «Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz; porque ¿de qué es él estimado?» (Is. 2:22). La base, los medios y el objetivo del *amor* de Dios por los pecadores es su amor primero, más profundo y supremo por su propia gloria. Por lo tanto, hermanos, díganles a sus fieles cuál es el gran fundamento del evangelio: ¡Dios ama su gloria!

Dios es amor.

I JUAN 4:8

Y pasando Jehová por delante de él, proclamó:
¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso;
tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad

ÉXODO 34:6

Su santidad es la absoluta singularidad y valor infinito de su gloria. Su justicia es su compromiso inquebrantable de siempre honrar y mostrar esa gloria. Y su gloria toda suficiente se honra y se muestra mayormente mediante su obra para con nosotros, en vez de nuestra obra para con Él.

Y eso es amor.

JOHN PIPER

3

HERMANOS, DIOS ES AMOR

ALGUNOS LECTORES del capítulo anterior se harán eco de las inquietudes de algunos de los hombres de la iglesia. En una ocasión en un retiro para hombres, definí *liderazgo espiritual* como «saber dónde Dios quiere que las personas estén y tomar la iniciativa para lograr que ocupen ese lugar por los medios *de Dios* depositando su confianza en el poder *de Dios*». Indiqué que la forma en que descubrimos dónde quiere Dios que las personas estén es preguntándonos adónde va Dios mismo. La respuesta, me parece, es que Dios ama su gloria (véase el capítulo 2) y que Él quiere magnificar su gloria en todo lo que hace.

Luego, el objetivo de liderazgo espiritual es lograr que las personas se unan a Dios para vivir para la gloria de Dios.

En el retiro surgió la objeción de que esta enseñanza hace de Dios un egocéntrico maniático que parece que nunca obra por amor. Pero Dios sí obra por amor. Él *es* amor. Es necesario que veamos cómo Dios puede obrar para su propia gloria y puede obrar para nosotros también. La mejor manera que yo conozco de mostrar esto es explicando cómo Dios es santo, cómo Dios es justo y cómo Dios es amor, y la manera en que se relacionan entre sí.

Cuando describimos a Dios como santo queremos decir que es único. No hay nadie como Él. No tiene comparación.

Moisés enseñó a Israel a cantar: «¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?» (Éx. 15:11). Siglos después, Ana, la madre de Samuel, enseñó a Israel a cantar: «No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti» (1 S. 2:2). E Isaías (40:25) cita a Dios: «¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo».

Dios es santo en su absoluta singularidad. Todo lo demás pertenece a una clase. Nosotros somos humanos; Rover es un perro; el roble es un árbol; la Tierra es un planeta; la Vía Láctea es una entre mil millones de galaxias; Gabriel es un ángel; Satanás es un demonio. Pero sólo Dios es Dios y, por lo tanto, es santo, totalmente diferente, preciso, único.

Todo lo demás es creación. Sólo Él crea. Todo lo demás comienza. Sólo Él siempre fue. Todo lo demás depende. Sólo Él es suficiente.

Por lo tanto, la santidad de Dios es sinónimo de su infinito valor. Los diamantes son valiosos porque son raros y difíciles de hacer. Dios es infinitamente valioso porque Él es el más raro de todos los seres y no puede hacerse ni fue hecho nunca. Si yo fuera coleccionista de tesoros raros y pudiera de alguna manera tener a Dios, el Santo, en mi colección, sería más rico que todos los coleccionistas de los más raros tesoros que existen fuera de Dios.

Apocalipsis 4:8-11 narra los cánticos que se le cantan a Dios en el cielo. El primero dice: «Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir». El segundo

dice: «Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder». Estos dos cánticos significan lo mismo. «Dios es santo» significa que Él es merecedor. Su santidad es su inconmensurable valía y valor. Nada puede compararse a Él porque Él lo hizo todo. Cualquiera que sea el valor que hace valiosa una cosa creada, se encuentra multiplicado millones de veces en el Creador.

Una forma de resaltar el significado de la santidad de Dios es comparándolo con su gloria. ¿Son la misma cosa? No exactamente. Yo diría que su gloria es el resplandor de su santidad. Su santidad es su valía intrínseca, una excelencia totalmente única. Su gloria es la manifestación palpable de esa valía en la hermosura. Su gloria es la exposición de su santidad. «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está *llena* de su gloria» dicen los serafines encima de su trono (Is. 6:3). Habacuc exclama: «Dios vendrá de Temán, y el Santo desde el monte de Parán. Su gloria cubrió los cielos, y la tierra se llenó de su alabanza» (Hab. 3:3). Y el Señor mismo dice en Levítico 10:3: «En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado». *Mostrarse* santo es la única manera en que Él es glorificado.

La santidad de Dios es el valor totalmente único e infinito de su ser y su majestad. Decir que nuestro Dios es santo significa que su valor es infinitamente mayor que la suma del valor de todos los seres creados.

Veamos ahora su justicia. En el fondo, la justicia de Dios significa que Él tiene una justa valoración de su valor supremo. Tiene una justa consideración de su valía infinita y todas sus acciones las hace de acuerdo con este justo juicio de sí mismo.

Dios sería injusto y poco confiable si negara su valor supremo, ignorara su valía infinita y actuara como si la conservación y manifestación de su gloria valieran menos que su compromiso incondicional. Dios actúa en justicia cuando actúa por amor de su nombre.

El Salmo 143:11 dice: «Por tu nombre, oh Jehová, me vivificarás; por tu justicia sacarás mi alma de angustia». Observe el paralelo

entre «por tu justicia» y «por tu nombre». Igualmente, el Salmo 31:1 dice: «Líbrame en tu justicia». Y el versículo 3 añade: «Por tu nombre me guiarás y me encaminarás». De manera similar, en Daniel 9:16-17, el profeta ora: «Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén... haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado». El llamado a la justicia de Dios es en el fondo un llamado a su inquebrantable lealtad al valor de su nombre santo.

Para que Dios sea justo, debe dedicarse al ciento por ciento, con todo su corazón, alma y fuerzas, a amar y honrar su propia santidad en la manifestación de su gloria.

Y eso lo hace sin dudas, tal como vimos en el capítulo 2. El aspecto central de Efesios 1 se repite tres veces: Dios «habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo... para alabanza de la gloria de su gracia» (vv. 5-6). El propósito de Dios es que «seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo» (v. 12). «Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria» (vv. 13-14). Todo en nuestra salvación está diseñado por Dios para magnificar la gloria de Dios.

Dios es suprema e intachablemente justo porque nunca retrocede ante la valoración justa de su valor supremo, la consideración justa de su valor infinito o el compromiso inquebrantable de honrar y manifestar su gloria en todo lo que Él hace.

Ahora ya estamos listos para reflexionar sobre el amor de Dios. El amor de Dios no entra en contradicción con su santidad ni su justicia. Por el contrario, la naturaleza de la santidad y justicia de Dios exige que Él sea un Dios de amor. Su santidad es la absoluta singularidad y valor infinito de su gloria. Su justicia es su compromiso inquebrantable de siempre honrar y mostrar esa gloria. Y su gloria toda suficiente se honra y se muestra mayormente mediante su obra para con nosotros, en vez de nuestra obra para con Él. Y eso es amor.

El amor está en el centro del ser de Dios porque el libre y soberano otorgamiento de misericordia por parte de Dios es más glorioso que lo que sería el reclamo de que los humanos llenaran alguna carencia en Él mismo. Es más glorioso dar que recibir. Por ende, la justicia de Dios exige que Él sea un dador. Por lo tanto, el Santo y Justo es amor.

Jesucristo es la encarnación del amor de Dios. Y cuando Él vino, dijo: «Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mr. 10:45).

El Hijo del Hombre no ha venido buscando empleados. Ha venido a emplearse a sí mismo para nuestro bien. No nos atrevemos a obrar por Él no sea que le robemos su gloria e impugnemos su justicia. El apóstol Pablo dice: «Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia» (Ro. 4:4-5). Esta es una advertencia de no buscar justificación al obrar para Dios. Es un don. Lo tenemos por la fe solamente (véase el capítulo 4). Y aun cuando nos ocupemos en nuestra salvación con temor y temblor, debemos verlo como una clase especial de ocupación: La única razón por la que podemos mover un dedo es que Dios es el que «en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil. 2:13).

Aunque Pablo había «trabajado más» que cualquiera de los otros apóstoles, él declara «pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Co. 15:10). Por esto en Romanos 15:18 él reconoce: «Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí». Pablo está totalmente convencido de que ninguna bendición en la vida se debe finalmente a que el hombre quiera o corra, sino a Dios, quien tiene misericordia (Ro. 9:16).

Dios se propone obtener toda la gloria en nuestra redención. Por lo tanto, es categórico en cuanto a que Él obrará por nosotros y no nosotros por Él. Él es el obrero; nosotros necesitamos de sus servicios. Él es el médico; nosotros somos sus pacientes enfermos. Nosotros somos los débiles; Él es el fuerte. Nosotros tenemos el auto roto; Él es el mecánico talentoso.

Debemos tener cuidado no sea que queramos servirlo de alguna manera en que lo deshonremos porque su propósito es recibir toda la gloria. Como dijo Pedro (1 P. 4:11): «Si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos».

Luego, Dios es amor, no a pesar de su pasión por promover su gloria, sino precisamente debido a ella. ¿Qué puede ser más amoroso que el Dios infinito y santo obrando para nosotros? Pero, al obrar por nosotros en vez de necesitar de nuestra obra, Él magnifica su propia y gloriosa suficiencia. Es el arroyo que glorifica la plenitud de la naturaleza. Y el arroyo que fluye de Dios es amor. Si Él dejara de buscar su gloria, no tendría valor para nosotros. Pero, alabado sea Dios, Él es santo, es justo y, por lo tanto, es amor.

He aquí una prueba final para ver si han penetrado en la esencia de la centralidad misericordiosa de Dios en Dios. Pregúntense a ustedes mismos y a sus fieles: «¿Se sienten más amados por Dios porque Él los ama o porque Él los deja libres para que gocen amándolo a Él por siempre?» Esta es la mejor prueba de si nuestro amor por Dios es el deseo de tener la capacidad comprada con la sangre y forjada por el Espíritu de poder ver y glorificar a Dios gozando de Él por siempre, o si es el deseo de que Él nos haga el centro y nos dé los deleites de estimarnos a nosotros mismos. Al final de cuentas, ¿quién es el tesoro todo satisfacción que recibimos por amor a Dios? ¿Uno mismo o Dios?

Dios es amor porque Él es infinitamente valioso (su santidad) y está comprometido con manifestar ese valor para nuestro eterno gozo (su justicia). Dios es el único ser en todo el mundo para quien el acto de más amor es la exaltación a sí mismo. Porque es Él y sólo Él quien puede satisfacer nuestros corazones.

Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica
al impío, su fe le es contada por justicia.

ROMANOS 4:5

Esta doctrina es la cabeza y la piedra angular.
Sólo ella engendra, alimenta, construye, conserva
y defiende la iglesia de Dios; y sin ella, la iglesia
de Dios no puede existir ni una hora.

MARTÍN LUTERO

Donde el conocimiento de ella se arranca, la gloria de
Cristo queda extinguida, la religión abolida, la iglesia
destruida y la esperanza y la salvación derrocadas.

JUAN CALVINO

4

HERMANOS, VIVAN Y PREDIQUEN LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE

PREDICAR Y VIVIR la justificación sólo por la fe glorifica a Cristo, salva a pecadores sin esperanza, les da valor a santos imperfectos y fortalece las iglesias frágiles. Es una verdad asombrosa que Dios *justifica a los impíos por la fe*. «Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia» (Ro. 4:5). La historia es testigo: La predicación de esta verdad crea, reforma y revive a la iglesia.

Así fue en el ministerio del apóstol Pablo. Por ejemplo, en Antioquía de Pisidia, él predicó en la sinagoga. «Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él [Jesús] se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados [*dikaiōthēnai*], en él es justificado [*dikaiontai*] todo aquel que cree» (Hch. 13:38-39). ¿Cuál fue el resultado de esta predicación de la justificación por la fe?

Quando salieron ellos [Pablo y Bernabé] de la sinagoga de los judíos, los gentiles les rogaron que el siguiente día de reposo les hablasen de estas cosas. Y despedida la congregación, muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes hablándoles, les persuadían a que perseverasen en la gracia de Dios. El siguiente día de reposo se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios (Hch. 13:42-44).

A medida que encontramos esta prédica en la historia de la iglesia, a veces leemos que Agustín no vio ni predicó esta doctrina. Esto probablemente no sea cierto,¹ aunque puede que no sea tan claro como más tarde con Lutero y Calvino. El alejamiento de la justificación sólo por la fe y la consiguiente confusión de una justicia foránea con la santificación como base de nuestra posición justa ante Dios probablemente aparecieron después de Agustín,² aunque no es seguro que desapareciera por completo.

Es probable que también el gran teólogo escolástico Anselmo (1033–1109) haya sido un exponente de la justificación sólo por la fe.

1. Observe las evidencias presentadas en *The Basic Writings of St. Augustine*, ed. por Whitney Oates, vol. 2 (Nueva York: Random House, 1968), 142ss; y John H. Gerstner, *The Rational Biblical Theology of Jonathan Edwards*, la sección sobre la historia de la justificación, en *Jonathan Edwards Collection: A Light for Every Age* (CD-ROM), por Michael Bowman y NavPress Software, 1999.

2. Véase Ian Sellers, «Justification», en *The New International Dictionary of the Christian Church*, ed. por J. D. Douglas (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans, 1978), 557.

Él describió su punto de vista en un tratado para la consolación de los moribundos, citado por A. H. Strong:

«*Pregunta.* ¿Crees que el Señor Jesús murió por ti? *Respuesta.* Creo. *Pr.* ¿Le das las gracias por su pasión y muerte? *Res.* Le doy las gracias. *Pr.* ¿Crees que no serás salvo excepto por su muerte? *Res.* Creo». Y después Anselmo se dirige al moribundo: «Ven entonces mientras aún tienes vida en ti; en su muerte sola deposita toda tu confianza; no deposites ninguna confianza en nadie más; encomiéndate enteramente a su muerte; con esto sólo, cúbrete enteramente; y si el Señor, tu Dios, quiere juzgarte, di: “Señor, interpongo la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre mis pecados y tú”. Si Él dice que mereces la condenación, di: “Señor, he puesto la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre mis malos juicios y tú, y sus méritos ofrezco a aquellos que debo tener y no tengo”. Si Él dice que está enojado contigo, di: “Señor, yo enfrento la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre tu ira y yo”. Y cuando hayas dicho esto, di de nuevo: “Señor, interpongo la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre tú y yo”». (Vea Anselmo, *Opera* [Migne], 1:686, 687.) La cita anterior nos da motivo para pensar que la doctrina de la justificación por la fe del Nuevo Testamento era sostenida implícitamente, por no decir explícitamente, por muchas almas piadosas a través de los siglos de tiniebla.³

Y había tiniebla. La Reforma era necesaria. Y el descubrimiento y la predicación de la justificación sólo por la fe fue el centro del relámpago de verdad que iluminó al mundo. Lutero fecha su gran descubrimiento del evangelio de la justificación sólo por la fe para

3. A. H. Strong, *Systematic Theology: A Compendium and Common-place Book Designed for the Use of Theological Students* (Rochester, Minn.: Press of E. R. Andrews, 1886); reimpresión, tres volúmenes en uno (Valley Forge, Pa.: Judson Press, 1972), 849.

el año 1518 durante su serie de lecturas sobre los Salmos.⁴ Él narra la historia en su *Preface to the Complete Edition of Luther's Latin Writings*. El siguiente relato del descubrimiento ha sido tomado de ese *Prefacio*, escrito el 5 de marzo de 1545, el año antes de su muerte.

Me había sentido atraído por una extraordinaria pasión de comprender a Pablo en la Epístola a los Romanos. Pero hasta entonces... una sola palabra del Capítulo 1 [:17]: «Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela», se había interpuesto en mi camino. Porque yo aborrecía esa palabra, «justicia de Dios», que según el uso y la costumbre de todos los maestros, me habían enseñado a comprender filosóficamente, con respecto de la justicia formal o activa, como le llamaban ellos, con la que Dios es justo y castiga al pecador injusto.

Aunque llevaba una vida irreproachable de monje, pensaba que era un pecador ante Dios con una conciencia extremadamente atribulada. No podía creer que Él se sintiera aplacado por mi satisfacción. Yo no amaba, sí, yo odiaba al Dios justo que castiga a los pecadores y, en secreto, incluso hasta con blasfemia, ciertamente quejándome mucho, estaba enojado con Dios y decía: «¡Cómo si no fuera poco ya que los desdichados pecadores, perdidos eternamente en el pecado original, sean aplastados por toda clase de calamidad por la ley del decálogo, sin que Dios tenga que sumar dolor al dolor por el evangelio y también por el evangelio amenazándonos con su ira justa!» De esta manera expresaba mi furia con una violenta y atormentada conciencia. No obstante, hurgué insistentemente en Pablo en aquel lugar, deseando ardientemente saber lo que Pablo quería.

Al fin, por la misericordia de Dios, meditando día y noche, me percaté del contexto de las palabras, a saber:

4. John Dillenberger, ed., *Martin Luther: Selections from His Writings* (Garden City, N.Y.: Doubleday and Co., 1961), xvii.

«Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá». Ahí empecé a entender que la justicia de Dios es aquella por la cual el justo vive por un don de Dios, concretamente, la fe. Y el significado es este: La justicia de Dios se revela por medio del evangelio, es decir, la justicia pasiva con la cual [el] Dios misericordioso nos justifica por la fe, como está escrito: «El justo por la fe vivirá». Fue entonces que sentí que había vuelto a nacer y había entrado al paraíso por las puertas abiertas. Aquí se me mostró otro aspecto totalmente nuevo de las Escrituras... Y encomié mi más dulce palabra con un amor tan grande como el odio que había tenido hacia la aborrecida palabra «justicia de Dios». Así, ese lugar en Pablo fue para mí la verdadera puerta al paraíso.⁵

Ah, si los pastores de nuestra era pragmática «meditaran día y noche» y «hurgaran insistentemente en Pablo» hasta que pudieran ver el evangelio de justificación tan claramente que entrarían «al paraíso por las puertas abiertas». Entonces descubriríamos por qué Lutero le dio tanto peso: «En él, todos los demás artículos de nuestra fe se entienden, y cuando eso está seguro, los demás están seguros también».⁶ «En este artículo se basa todo lo que enseñamos y practicamos».⁷ «Sólo él nos puede apoyar ante las innumerables ofensas y nos puede consolar en todas las tentaciones y persecuciones».⁸ «Esta doctrina es la cabeza y la piedra angular. Sólo ella engendra, alimenta, construye, conserva y defiende la iglesia de Dios; y sin ella, la iglesia de Dios no puede existir ni una hora».⁹

Juan Calvino valoraba y predicaba esta verdad porque «donde el conocimiento de ella se arranca, la gloria de Cristo queda extinguida,

5. *Ibid.*, 11-12.

6. Martín Lutero, citado en Ewald M. Plass, *What Luther Says: An Anthology*, vol. 2 (St. Louis, Mo.: Concordia Publishing House, 1959), 703.

7. Citado en *Ibid.*, 718.

8. *Ibid.*

9. *Ibid.*, 704.

la religión abolida, la iglesia destruida y la esperanza y la salvación derrocadas». ¹⁰ Respecto de este debate con el catolicismo romano, él dijo que la justificación sólo por la fe era «el primer y más agudo punto de controversia entre nosotros». ¹¹ ¿Cuál era esta gran verdad medular? Calvino la definió de la siguiente manera:

Ya que toda la humanidad, delante de Dios, son pecadores perdidos, consideramos que Cristo es su única justicia, puesto que, por su obediencia, ha borrado nuestras transgresiones; por su sacrificio, ha aplacado su divina ira; por su sangre, ha limpiado nuestras manchas; por su cruz, ha sufrido nuestra maldición; y por su muerte, nos dio expiación. Sostenemos que de esta manera, el hombre es reconciliado en Cristo con Dios el Padre, no por mérito propio ni por el valor de las obras, sino por misericordia gratuita. Cuando abrazamos a Cristo por la fe y entramos, por así decirlo, en comunión con Él, a esto lo llamamos, al estilo de las Escrituras, la justicia de la fe. ¹²

Cuando a él y otros reformadores y los puritanos que vinieron después de ellos se les objetó que la justificación de los impíos sólo por la fe daría lugar a la vida disoluta (igual que Pablo fue cuestionado en Romanos 6:1 y 15), él respondió:

Deseo que el lector entienda que a pesar de lo frecuentemente que mencionamos la fe sola en este tema, no estamos pensando en una fe muerta que obra no por amor, sino que sostenemos que la fe es la única causa de la justificación. Es, por tanto, la fe sola la que justifica, mas la fe que justifica no está sola: Igual que el calor solo del sol es el que calienta

10. John Dillenberger, *John Calvin: Selections from His Writings* (s.l.: Scholars Press, 1975), 95.

11. *Ibid.*

12. *Ibid.*, 96.

la tierra, mas no está solo en el sol porque se combina constantemente con la luz. Es por esto que no separamos la gracia de regeneración de la fe, sino que reclamamos el poder y la facultad de justificar completamente por la fe, como debemos.¹³

El pastor bautista Juan Bunyan, quien escribió *El Progreso del Peregrino*, amó y vivió la verdad de la justificación por la fe sola. Poco antes de ser liberado después de doce años de prisión, escribió un libro titulado *Defensa de la doctrina de la justificación por la fe*. La mayor parte del mensaje le fue sumamente valioso porque lo salvó en un momento en que estaba desconsolado y sin esperanzas cuando contaba poco más de veinte años.

Es difícil fijar una fecha para esta conversión porque al narrar el proceso en *Grace Abounding to the Chief of Sinners*, casi no incluye ni fechas ni épocas. Pero fue un proceso largo y penoso. «Todo este tiempo desconocía a Jesucristo y me ocupaba en establecer mi propia justicia y hubiera perecido si Dios en su misericordia no me hubiera mostrado más de que era mi estado por naturaleza... La Biblia fue para mí algopreciado en aquella época».¹⁴

Un día, cuando me adentraba en el tema... esta oración cayó sobre mi alma. Tu justicia está en el cielo. Y acto seguido, me pareció que vi con los ojos de mi alma a Jesucristo a la derecha de Dios; ahí, digo, está mi justicia; de manera que dondequiera que estuviera o hiciera lo que hiciera, Dios no podía decir de mí, él quiere [carece de] mi justicia, pues eso fue antes de Él. También vi además que no fue la buena disposición de mi corazón la que mejoró mi justicia, ni la mala disposición la que hizo mi justicia peor, pues mi justicia era Jesucristo mismo: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y

13. *Ibid.*, 198.

14. Juan Bunyan, *Grace Abounding to the Chief of Sinners* (Hertfordshire, Inglaterra: Evangelical Press, 1978; original, 1666), 20.

por los siglos» He. 13:8. Ahora sí cayeron las cadenas de mis piernas. Quedé libre de mis aflicciones y de los grilletes;... ahora también fui a casa lleno de gozo por la gracia y el amor de Dios.¹⁵

Durante el Gran Despertar en los años 30 y 40 del siglo XVIII, fue la predicación de la justificación, a ambos lados del Atlántico, lo que cimentó la fuerza del movimiento de Dios. Cuando Jonathan Edwards finalmente publicó los sermones que había predicado sobre la justificación por la fe en año 1734, escribió en el prólogo:

El comienzo de la obra tardía de Dios en este lugar estuvo tan condicionado por las circunstancias que no podía dejar de considerarlo como un extraordinario testimonio de la aprobación de Dios de la doctrina de la *justificación sólo por la fe*, aquí confirmada y reivindicada... El siguiente discurso de justificación... parecía estar extraordinariamente bendecido, no sólo para establecer el juicio de tantos en esta verdad, sino para involucrar a sus corazones en una búsqueda más seria de la justificación, de la manera en que había sido explicada y defendida; y *en ese momento*, mientras me reprochaban sobremanera por defender esta doctrina desde el púlpito, y justo sufriendo yo maltrato por ello, la obra de Dios penetró maravillosamente entre nosotros y las almas empezaron a acudir a Cristo como el Salvador en cuya justicia sola esperaban ser justificados. Por lo que esta fue la doctrina sobre la cual se fundó esta obra en sus inicios, como evidentemente sucedió en todo su desarrollo.¹⁶

15. *Ibid.*, 90-91.

16. Jonathan Edwards, «Five Discourses», en *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 1 (Edimburgo: The Banner of Truth Press, 1974), 620.

Ah, hermanos, ¿no queremos ver las almas empezar «a acudir a Cristo como el Salvador»? entonces, vivamos y prediquemos esta gran verdad medular de la justificación por la fe sola.

Recordemos lo que dijo Lutero y entreguémonos a ello: «Hurgué insistentemente en Pablo». Tomen a Romanos y Gálatas y luchen con ellos de la misma manera que Jacob luchó con el ángel de Dios... hasta que estos escritos divinamente inspirados los bendigan con esta gloriosa verdad.

En Romanos 4, Pablo basa sus argumentos en Génesis 15:6, que cita en el versículo 3: «Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia». Pablo está ansioso por hacer suyas las palabras *creer* y *contar* que aparecen en Génesis 15:6 para demostrar por qué se descarta la vanagloria y se apoya la justificación por la fe sola. Versículo 4: «Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda». Esta es la razón por la que la justificación por las obras no pondría fin a la vanagloria. Si usted obra en pos de su justificación, lo que está haciendo es tratar de poner a Dios en deuda con usted, y si tiene éxito y logra que Dios quede en deuda con usted, podrá vanagloriarse ante los hombres y Dios. Si usted obra en pos de su justificación y tiene éxito, no recibiría gracia, sino un pago. Dios se lo debería, y cuando usted lo recibiera, podría decir: «Me lo merezco». Eso, dice Pablo, no fue lo que hizo Abraham.

¿Y entonces qué hizo? Romanos 4:5 es quizás el versículo más importante sobre la justificación por la fe sola de todo el Nuevo Testamento. Tres señales brillantes en dicho versículo nos enseñan que la justificación es sólo por fe y no por ninguna otra cosa. «Al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia». Fíjese en las tres señales que indican que la justificación es sólo por «la fe».

Primero, él dice: «Al que no obra». He aquí una descripción del momento de la justificación. Esto no significa que no habrá ninguna «buena obra» que termine en santificación. Pablo retoma el tema en el capítulo 6. Aquí estamos lidiando con el momento de la justificación. Dicho momento pudiera llegarle a cualquiera de sus

fieles en un instante, cualquier día, porque no es un proceso largo (como la santificación). La justificación es un veredicto pronunciado por Dios en un momento dado: Inocente, absuelto, aceptado, perdonando, justo. ¡Y Pablo dice que eso le pasa a la persona que «no obra»! Esto significa que nos llega sólo por la fe.

La segunda señal de que la justificación es sólo por la fe es la palabra *impío*. Después que Pablo dice «al que no obra», él agrega «sino cree en aquel que justifica al impío». Esto es sumamente inaudito. Enerva todo nuestro sentir judicial (véanse Éx. 23:7; Pr. 17:15). Nos hace gritar: «¿Cómo es posible?» Y la estupenda respuesta es que «Cristo... murió por los impíos» (Ro. 5:6). Dios puede justificar al impío porque su Hijo murió por los impíos.

El objetivo de la palabra *impío* es acentuar que la fe no es nuestra justicia. La fe cree en aquel que justifica al impío. Cuando la fe surge en el alma, seguimos siendo impíos. La fe comenzará a vencer nuestra impiedad, pero al comienzo de la vida cristiana, en la que tiene lugar la justificación, todos somos impíos. La piedad no comienza a desempeñar un papel en nuestra vida hasta que hayamos sido justificados; hasta que hayamos sido declarados justos¹⁷ sólo por la fe mientras seguimos siendo impíos. Esa es la única manera en que cualquiera de nosotros puede tener esperanzas de que Dios está de nuestro lado para que podamos progresar en la lucha contra la impiedad. Él es por nosotros. «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió» (Ro. 8:33-34).

Por último, la tercera señal de que la justificación es sólo por la fe es la frase que aparece en Romanos 4:5: «Su fe le es contada por justicia». No sus obras ni su amor, ni siquiera el fruto de su fe, sino su fe, su fe sola, es contada por justicia.

¿Qué significa que la «fe le es contada por justicia»? La idea es claramente crucial para Pablo, ya que la vemos en el versículo 3:

17. La palabra *justificar* (*dikaioō*) significa «declarar justo», no «hacer moralmente justo». Esto lo apreciamos especialmente en Romanos 3:4, donde Dios es «justificado» (*dikaiōthēs*) en sus palabras, esto es, declarado justo, no hecho justo.

«Creyó Abraham a Dios, y [su creer] le fue contado por justicia». Versículo 5: «Su fe [la del que cree en quien justifica al impío] le es contada por justicia». Versículo 9: «A Abraham le fue contada la fe por justicia». Versículo 22: «Su fe [la de Abraham] le fue contada por justicia».

¿Contar la fe por justicia significa que la fe misma es la clase de justicia que realizamos y que Dios la cuenta como suficientemente buena como para ser la justicia que nos justifique? ¿Significa eso que la justificación, digamos, cuesta cinco millones de dólares y yo logro reunir un millón de dólares (concretamente, la fe), así que Dios misericordioso dice que contará mi millón por cinco millones y cancelará el resto? Eso haría de mi fe la justicia que me ha sido imputada. Luego, la justificación sería el acto de Dios de reconocer en mí una justicia que Él puso ahí y que Él reconoce y cuenta por lo que verdaderamente es: Justicia. ¿Es eso a lo que Pablo se refiere cuando dice que la «fe le es contada por justicia»?

¿O será la justificación una cosa distinta, no que Dios vea justicia alguna en mí, sino que cuente como mía su propia justicia en Cristo mediante la fe?

Mi respuesta es que Pablo quiere decir que la fe es lo que nos une con Cristo y todo lo que Dios es para nosotros en Él, y cuando Dios nos ve unidos a Cristo (nos ve en Cristo), ve la justicia de Cristo como nuestra. Luego, la fe nos une a Cristo, quien es nuestra justicia y, en ese sentido, la fe se cuenta por justicia. La función de la fe que justifica es ver y saborear todo lo que Dios es para nosotros en Cristo, en especial su justicia.

Ahora bien, ¿cuál es el fundamento bíblico de esta interpretación? John Owen menciona cinco argumentos¹⁸ y John Murray menciona nueve argumentos¹⁹ de por qué la «fe... es contada por justicia» no

18. John Owen, *The Doctrine of Justification by Faith*, en *The Works of John Owen*, vol. 5 (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1965), 318-19.

19. John Murray, *The Epistle to the Romans*, vol. 1 (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1959), 353-59.

significa que la fe es nuestra justicia. Seguidamente enumero algunas razones que me parecen convincentes.

Primero, observe que en el final de Romanos 4:6 y en el de Romanos 4:11 hay una manera diferente de expresar que la justicia se «atribuye» (o que la justicia se «cuenta»). Al final del versículo 6: «Dios atribuye justicia sin obras» y al final del versículo 11: «La fe les sea contada por justicia». Fíjese que en ambos casos, la fe no es lo que se cuenta por justicia, sino que la justicia se nos atribuye. «Dios reconoce la justicia», no «Dios reconoce la fe por justicia». Esto sí nos alerta de la gran posibilidad que cuando Pablo dice que la «la fe... es contada por justicia», bien puede querer decir que a «quienes la tienen se les atribuirá justicia». Lo que se nos cuenta no es fe, sino justicia. Ello nos indica que donde dice que *la fe se cuenta* puede que constituya una forma abreviada de decir *la justicia se cuenta mediante la fe*.

Segundo, tenga en cuenta Romanos 3:21-22: «Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él». Observe que es la justicia de Dios la que viene a nosotros mediante la fe. La fe es lo que nos une a la justicia de Dios. La fe no es la justicia de Dios que se nos imputa (se nos cuenta) en nuestra unión con Cristo.

Tercero, considere 2 Corintios 5:21: «Por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él». Aquí tenemos una doble «imputación». Dios imputó nuestros pecados a Cristo, que no conoció pecado, y Dios nos imputó su justicia a nosotros, que no teníamos justicia propia. Las frases que nos resultan clave son: «justicia de Dios» y «en él». Nos es *nuestra* justicia la que recibimos en Cristo, sino la justicia *de Dios*. La recibimos *no* porque nuestra fe sea justa, sino porque somos «en Cristo». La fe nos une a Cristo y en Cristo tenemos una justicia ajena, la justicia de Dios en

Cristo. Pudiera decirse también que es la justicia de Cristo, que es como lo expresa Romanos 5:18 («de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida»). Él asume nuestro pecado. Nosotros tomamos su justicia, que se nos imputa.²⁰

Cuarto, considere 1 Corintios 1:30. Juan Bunyan dijo que después de la experiencia en la esfera en que la justicia imputada de Cristo lo impactó tan profundamente, se fue a casa y buscó apoyo bíblico. Se encontró con 1 Corintios 1:30. «Por él [Dios] estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención». Bunyan dijo: «Según este pasaje, vi que Cristo Jesús el hombre... es nuestra justicia y santificación ante Dios. Viví, entonces, dulcemente durante algún tiempo, en paz con Dios mediante Cristo».²¹

El texto de Bunyan (1 Co. 1:30) dice que Cristo fue hecho (*h min* en dativo simple) «justicia», y la razón por la que Cristo es nuestra

20. La doctrina de la imputación de la justicia de Cristo está bajo un fuerte ataque en nuestros días (nuevamente). Véase por ejemplo, Robert H. Gundry, «Why I Didn't Endorse "The Gospel of Jesus Christ: An Evangelical Celebration"», en *Books and Culture*, enero y febrero de 2001, vol. 7, no. 1, 6-9; Robert H. Gundry, «On Oden's Answer», en *Books and Culture*, marzo y abril de 2001, vol. 7, no. 2, 15-16, 39. Sin embargo, puede que esta tendencia entre los eruditos del Nuevo Testamento no pueda derrocar cuatro siglos de reflexión textual y el amplio consenso protestante al respecto de la justicia de Dios en relación con la justificación. Los cuidadosos exégetas modernos del Nuevo Testamento como George Ladd han reconocido lo que fustiga Gundry, a saber, que está ausente algún planteamiento doctrinal específico sobre la imputación de la justicia de Cristo a los creyentes: «Pablo nunca afirma expresamente que la justicia de Cristo se le imputa a los creyentes». Pero basado en 2 Corintios, Ladd agrega: «Pablo responde la pregunta al decir: "Para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21). Cristo fue hecho pecado por nosotros. Podemos decir que nuestros pecados se le contaron a Cristo. Él, aunque no tenía pecado, se identificó con nuestros pecados, sufrió castigo y muerte a causa de ellos. De modo que ya contamos como nuestra la justicia de Cristo, aunque en carácter y obras seguimos siendo pecadores. Resulta, luego, una conclusión lógica e inevitable que los hombres de fe son justificados porque se les imputa la justicia de Cristo». George Eldon Ladd, *A Theology of the New Testament*, edición revisada, ed. por Donald A. Hagner (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans, 1993), 491. En otras palabras, la ausencia de explicitud y sistematización doctrinal puede que sea no menos problemática para la doctrina de la imputación de Cristo que lo que es para la doctrina de la Trinidad. Para una respuesta detallada a Gundry, véase John Piper, *Counted Righteous in Christ: Should We Abandon the Imputation of Christ's Righteousness?* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2002).

21. Bunyan, *Grace Abounding to the Chief of Sinners*, 91.

«justicia» de esta manera es que estamos «en Cristo Jesús». «Estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho... justificación». Cristo, no la fe, es nuestra justicia. La fe nos une a Cristo y a todo lo que Dios es para nosotros en Él, pero lo que Él es para nosotros en Él es justicia.²²

La conclusión a la que arribo a partir de las observaciones anteriores es que cuando Pablo dice en Romanos 4:3, 5, 9 y 22 que la «fe... es contada por justicia», no quiere decir que nuestra fe *es* nuestra justicia; quiere decir que nuestra fe nos une a Cristo para que la justicia de Dios en Cristo se nos atribuya.

He aquí una analogía imperfecta, pero que considero útil. Imagine que digo a Bernabé, mi hijo adolescente: «Recoge la habitación antes de irte a la escuela. Si no tienes la habitación recogida, no irás a

22. Hay una objeción creíble contra la utilización de 1 Corintios 1:30 para demostrar la imputación de la justicia de Cristo. Algunos dicen que utilizar el versículo para demostrar la imputación de la justicia de Cristo al parecer demostraría que la sabiduría, la santificación y la redención son también «imputadas» en vez de dadas. Sin embargo, resulta que realmente experimentamos cada una de ellas, no sólo constituyen una declaración con respecto a nosotros. Luego, si el texto dice: «Dios [hizo de Cristo nuestra] sabiduría, justificación, santificación y redención», ¿podríamos elegir sólo «justicia» y decir que nos fue imputada, mientras que las demás no fueron meramente imputadas, sino puestas en nosotros para que pudiéramos experimentarlas?

Una respuesta es que Pablo bien pudo haber tenido la intención de que los cuatro dones explícitos de nuestra unión con Cristo fueran interpretados de manera que cada uno actúe de forma única para satisfacer nuestra necesidad, en vez de asumirlos todos juntos exactamente de la misma manera. John Flavel (1630—1691) se percató de una progresión que apunta en esta dirección. Por consiguiente, en esta unión Cristo se convierte en *sabiduría* por nosotros que supera nuestra ciega ignorancia de Cristo (por medio de la iluminación). Segundo, en esta unión Cristo se convierte en *justicia* por nosotros que supera nuestra culpa y condena (mediante la imputación). Tercero, en esta unión Cristo se vuelve *santificación* por nosotros que supera nuestra corrupción y contaminación (por medio de la imputación progresiva). Cuarto, en esta unión Cristo se convierte en *redención* para nosotros que supera, al final, todas las miserias, dolor e inutilidad que provienen del pecado y la culpa (mediante la resurrección, esperamos «la adopción, la redención de nuestro cuerpo» Ro. 8:23). Véase John Flavel, *The Method of Grace* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1977), 14. Llegados a este punto, también podría traerse a colación Romanos 10:4, que traducido literalmente dice: «El objetivo [o fin] de la ley es Cristo para justicia a todo aquel que cree». En otras palabras, la ley apuntaba a Cristo como nuestra justicia («Cristo para justicia a todo aquel que cree», τὸς γὰρ νόμου Χριστὸς εἰς δικαιοσύνην παντὶ τῷ πιστεύοντι [*telos gar nomou Christos eis dikaiousynēn panti tō pisteuonti*]).

ver el partido esta noche». Bueno, imagine que no se planifica bien y se va para la escuela sin recoger la habitación e imagine que la encuentro regada y la recojo. La tarde se le complica y llega a casa justo antes de la hora de irse a ver el juego, se da cuenta de lo que ha hecho y se siente muy apenado. Se disculpa y humildemente acepta las consecuencias. Cero juego.

Ante esto, le digo: «Bernabé, voy a tomar tu disculpa y sumisión como la habitación recogida. Dije: “Debes recoger la habitación o no podrás ir a ver el juego esta noche”. Como tu habitación está recogida, puedes ir a ver el partido». Lo que quiero decir cuando le digo que «voy a tomar tu disculpa como la habitación recogida» no es que la disculpa es la habitación recogida ni que en realidad la haya recogido. Fui yo quien la recogió. Fue pura gracia. A lo que me refiero es a que, en mi manera de contar (en mi gracia), su disculpa lo liga a la promesa dada de la habitación recogida. La habitación recogida es ahora *su* habitación recogida. Se lo atribuí o tomé su disculpa como la habitación recogida. Puede decirse de cualquiera de las dos maneras. Y Pablo lo dijo de ambas maneras: «La fe es contada por justicia» y «Dios nos atribuye justicia».

Así, cuando Dios le dice a los que creen en Cristo: «Cuento tu fe por justicia», no quiere decir que su fe sea la justicia que los justifique, sino que su fe lo une con Cristo, quien se convierte en su justicia ante los ojos de Dios, ante la justicia de Dios.

Para Martín Lutero y Juan Bunyan, el descubrimiento de la justicia de Cristo imputada fue la mayor experiencia que cambió sus vidas. Lutero dijo que fue como entrar en un paraíso de paz con Dios. Para Bunyan fue el fin de años de tortura e incertidumbre espirituales. Hermanos, ¿cuánto darían sus fieles por conocer con certeza que su aceptación y aprobación ante Dios son tan seguras como las de Jesucristo, su Hijo?

Diga a su amado rebaño: «Cristo les ofrece esto hoy como un don. Si ven a Jesús como verdadero y precioso, si reciben el don como su mayor tesoro en la vida y confían en él, tendrán una paz con Dios que sobrepasa todo entendimiento. Serán personas seguras de sí

mismas. No necesitarán la aprobación de los demás. No necesitarán nada que sostenga sus egos, como la riqueza, el poder o la venganza. Serán libres. Desbordarán de amor. Pondrán sus vidas en la causa de Cristo por el gozo puesto delante de ustedes. Miren a Cristo y confíen en Él para su justicia».

Dígales con gozo, pasión y fuerzas que no hay nada que puedan *dar* a cambio de eso. Es gratis. Cristo vino a hacer lo siguiente: Hacer realidad la justicia y morir una muerte que quitara todos nuestros pecados y nos convirtiera en justicia perfecta. Viva en el gran gozo de la libertad de este evangelio y ¡predíquelo! Ay, predique esto a sus fieles una y otra vez.

Toda buena obra que realizamos dependiendo de Dios «para pagarle», logra justo lo opuesto, nos endeuda más con su gracia. «Antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Co. 15:10). Enseñemos a las personas que en esa posición es en la que Dios quiere que estemos por toda la eternidad.

JOHN PIPER

Las buenas obras no reembolsan gracia,
piden prestada más gracia.

JOHN PIPER

5

HERMANOS, TENGAN CUIDADO CON LA ÉTICA DEL DEUDOR

POR QUÉ LOS CRISTIANOS hacen lo que hacen es igual de importante lo que hacen. Los malos motivos echan a perder los buenos actos. «Si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve» (1 Co. 13:3). En el juicio final, el Señor «aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones» (1 Co. 4:5).

Por consiguiente, no debemos conformarnos con que nuestros fieles estén realizando buenas obras. Debemos asegurarnos que hacen buenas obras a partir de motivos que exalten a Dios, no vaya a ser que al final descubran que sus sacrificios fueron en vano.

La ética del deudor tiene un atractivo mortal para los cristianos inmaduros. La envuelve una imagen de ética de gratitud y dice cosas como las siguientes: «Dios ha hecho tanto por ti, ¿qué harás tú por Él?» «Él te dio su vida, ¿cuánto le darás tú a Él?»

La vida cristiana se describe como un esfuerzo para pagar la deuda que tenemos con Dios. Se reconoce que nunca la pagaremos completa, pero la ética del deudor exige que nos esforcemos por saldarla. Las buenas obras y los actos religiosos son las cuotas del pago que hacemos para saldar la infinita deuda que tenemos con Dios.

¿Nunca se ha dado usted a la tarea de buscar un texto bíblico en el que la gratitud o el agradecimiento sea el motivo explícito de obediencia a Dios? Historias como la de la mujer pecadora (en Lc. 7:36-50) y la del siervo implacable (en Mt. 18:23-35) vienen a la mente,¹ pero ninguna menciona *explícitamente* la gratitud como motivo.

¿Por qué este motivo explícito de obediencia, que en el cristianismo contemporáneo es probablemente el motivo de obediencia a Dios más utilizado (¿prácticamente?), está completamente ausente de la Biblia? ¿Podría ser que la ética de gratitud se convierta tan fácilmente en la ética del deudor, al punto que Dios eligió proteger a su pueblo de esta motivación mortal al *no* incluir la gratitud como motivo explícito de obediencia?

En vez, nos atrae hacia la obediencia con promesas irresistiblemente deseables de cumplimiento (Jer. 31:33; Ez. 36:27; Mt. 19:26; Ro. 6:14; 1 Co. 1:8-9; Gá. 5:22; Fil. 2:13; 4:13; 1 Ts. 3:12; He. 13:21)

1. Otra explicación posible es la de Hebreos 12:28-29: «Así que, recibiendo nosotros un reino inmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor», pero la frase «tengamos gratitud» es una traducción cuestionable. Entiendo que la función de la gratitud ha de ser la de facultar al servicio al alimentarse la fe en la gracia futura. Digo esto porque Hebreos, más que ningún otro libro del Nuevo Testamento, insiste explícitamente en que la obediencia nos llega «por fe» (He. 11).

y galardón divino (Lc. 9:24; 10:28; 12:33; 16:9, 25; 10:35-36; He. 11:24-26; 12:2; 13:5-6).²

Dios se esmera en motivarnos al recordarnos que Él hoy y siempre obrará por quienes lo siguen en obediencia de fe. Nunca se detiene a esperar a que nosotros obremos para Él «por gratitud». Él nos guarda de la mentalidad de deudor al recordarnos que toda nuestra obra cristiana *por* Él es un regalo *proveniente de* Él (Ro. 11:35-36; 15:18) y consiguientemente, no puede concebirse como pago de una deuda. En realidad, lo asombroso radica en que toda buena obra que realizamos dependiendo de Dios «para pagarle», logra justo lo opuesto, nos endeuda más con su gracia. «Antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Co. 15:10). Enseñemos a las personas que en esa posición es en la que Dios quiere que estemos por toda la eternidad, endeudándonos cada vez más con su gracia.

¿Debemos entonces dejar de predicar la gratitud como motivación? Eso lo dejo para que lo responda usted, pero si vamos por ahí instando a los fieles a obedecer «por gratitud», debemos, al menos, mostrarles los peligros que acechan y describirles *cómo* la gratitud puede motivar obediencia sin sucumbir a la mentalidad de deudor.

Reflexione junto a mí sobre el significado de gratitud y cómo puede obrar para motivar de manera positiva, no a la manera de ética de deudor.

Primero nos hace falta una definición. Supongamos que me despierto a causa del ruido que hace un ladrón que intenta meterse en mi casa. Cuando enciendo la luz, el ladrón huye. Mientras me visto, huelo humo. En el sótano, donde duermen mis hijos, se acababa de desatar un incendio. Rápidamente lo apago.

El ladrón me despertó y, sin saberlo, salvó a mis hijos. Sin embargo, yo no siento gratitud hacia él, siento gratitud hacia Dios. ¿Por qué? Porque las intenciones del ladrón hacia mí no eran buenas, pero las de Dios sí. No respondemos con gratitud hacia una persona que nos hace un favor *sin quererlo*.

2. Véase el capítulo 7: «Hermanos, tengan en cuenta el hedonismo cristiano».

O suponga que fui a visitar a algunos amigos cristianos a una aldea en una jungla remota y caigo mortalmente enfermo. Uno de los aldeanos se percata de que necesito penicilina y va a pie a buscarla donde un doctor que se encuentra a más de quince kilómetros de allí. En el camino de regreso, lo muerde una serpiente venenosa, pero se las arregla para llegar a la aldea antes de morir. En el bolsillo encuentran el bulbo de penicilina, roto debido a su última caída. Dio su vida por mí, pero yo no recibí el bien por el que él murió.

¿Me siento agradecido? ¡Sí!, porque la gratitud no es simplemente una respuesta a un bien recibido, es una respuesta ante la *buen voluntad* de alguien para con nosotros.

Esto lo confirma otra experiencia. Suponga que le da a alguien un regalo en una fiesta y cuando esa persona lo abre, le encanta. Lo acaricia, lo muestra y se pasa toda la noche hablando del regalo, pero ni una vez lo mira a usted ni le dirige la palabra, al dador. El regalo lo embelesó por completo. ¿Qué piensa de una persona así? Decimos que es un ingrato. ¿Por qué? Porque sus sentimientos de gozo por el regalo no se relacionan con la buena voluntad del dador.

Llego, entonces, a la siguiente definición de *gratitud*. *Gratitud es una especie de gozo que surge en el corazón como respuesta a la buena voluntad de alguien que trata de hacerle o le hace un favor.*

La razón por la que esta respuesta espontánea del corazón cuenta con una alta potencialidad para producir otros actos de obediencia es que es una especie de *gozo*. Cada vez que experimentamos gozo es porque hay algo que nuestros corazones han considerado valioso. La causa del gozo es siempre un valor percibido. Mientras más valor tenga, mayor será nuestro gozo al recibirlo.

Pero no es sólo eso. Todo gozo es gregario. Lleva en sí un impulso expresivo. Le gusta reunir a otros para saborear el valor juntos. ¿No constituye una imposibilidad psicológica el hecho de sentir deleite intenso en algo bueno, pero no sentir ningún impulso de mostrarle a los demás el valor que produjo tal deleite?

En su obra *Reflections on the Psalms*, C. S. Lewis lo plantea de la siguiente manera:

Al igual que los hombres elogian de manera espontánea cualquier cosa que valoran, de manera espontánea nos instan a que nos les unamos para alabarla: «¿No es un amor? ¿No fue una maravilla? ¿No te parece espléndida?» No es por cumplido que los amantes no cesan de decirse uno a otro cuán bellos son. El deleite no es completo hasta que no se expresa.

Resulta frustrante descubrir un nuevo escritor y no poder decirle a alguien lo bueno que es o tropezarse de repente con un valle de inesperada majestuosidad y tener que guardar silencio porque para las personas que están contigo, eso vale menos que un centavo.³

Entonces el secreto de cómo la gratitud motiva la obediencia radica en la naturaleza del gozo. Todo gozo lleva en sí el impulso de demostrar la belleza y valor de su objeto.

La interrogante es, entonces: ¿Cómo debería mostrarse (más bien, cómo tendría que mostrarse) nuestro gozo en el valor del don de Jesucristo que Dios nos da? Respuesta: De manera que honre la naturaleza y el objetivo de la buena voluntad de Dios sin contradecirla. (No debería mostrar gratitud hacia alguien que acabó de pagarle un tratamiento contra el alcoholismo haciéndole una fiesta con cerveza. Contradeciría el objetivo de su buena voluntad.)

La naturaleza de la buena voluntad de Dios al dar a su Hijo fue que sería incondicional e inmerecida, un don de libre gracia. El objetivo de dicho acto fue dar rienda suelta a un poder de perdón y renovación que transformaría a las personas en reflectores de la gloria de Dios. Así la manera en que debemos expresar nuestra gratitud por Dios es diciendo y haciendo lo que honre su naturaleza como libre y su objetivo como gloria de Dios.

3. C. S. Lewis, *Reflections on the Psalms* (Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1958), 93-95.

Esto excluye inmediatamente la ética del deudor. Cualquier intento de expresar gratitud mediante el pago a Dios contradeciría la naturaleza de su don como libre y misericordioso. Cualquier intento por dejar de ser beneficiario de Dios para convertirse en benefactor eliminaría la piedra de tropiezo de la cruz, donde mi deuda se pagó de manera tan completa que por siempre seré humillado al estatus de recipiente, no de dador. «Si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da» (1 P. 4:11).

Por el contrario, la manera en que nuestro gozo expresa el valor de la libre gracia es reconociendo que no la merecemos, depositando en ella nuestra esperanza y haciendo todo lo que hacemos como recipientes de más y más gracia. «Poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que... abundéis para toda buena obra» (2 Co. 9:8). Las buenas obras no reembolsan gracia, piden prestada más gracia.

La gratitud siempre degenerará en ética de deudor si sólo tomamos en cuenta la gracia pasada y no la gracia futura. Honramos la naturaleza y el objetivo de la buena voluntad de Dios confiando en que Él obrará por nosotros a partir de ahora, lo que significa que la gratitud sirve bien de motivo sólo en la medida en que da lugar a la fe. La gratitud le dice a la fe: «Sigue confiando en que tu Padre te dará más gracia, yo sé que Él proveerá. Ya yo lo experimenté y fue dulce». La gratitud ayuda a motivar la obediencia radical del amor, pero lo hace de manera muy indirecta, mediante el servicio de fe en la gracia futura.

Quizás esta sea la razón por la que la aseveración ética fundamental del Nuevo Testamento es que «la fe... obra por el amor» (Gá. 5:6), no que «la gratitud... obra por el amor». No es que ello sea incierto, sino que está plagado de peligros legalistas. Pablo, entonces, nos haría guardarnos de la ética del deudor y conduciría a los fieles en dirección al poder que cambia la vida de gozo eternamente dependiente.⁴

4. Un tratamiento completo de lo que llamo «vivir por fe en gracia futura» y que es lo opuesto a la ética del deudor aparece en John Piper, *The Purifying Power of Living by Faith in Future Grace* (Sisters, Oreg.: Multnomah Publishers, 1995).

[Dios no] es honrado por manos de hombres,
como si necesitase de algo; pues él es quien da
a todos vida y aliento y todas las cosas.

HECHOS 17:25

La diferencia entre el Tío Sam y Jesucristo es que el Tío Sam no le reclutará para su servicio a menos que esté saludable y Jesús no le reclutará a menos que esté enfermo.

¿Qué es lo que busca Dios en el mundo? ¿Ayudantes? No. El evangelio no es un anuncio para solicitar ayuda, es un anuncio para ofrecer ayuda. Tampoco el llamado a servir a Cristo es un anuncio para solicitar ayuda. Dios no busca personas que trabajen para Él, sino personas que le permitan a Él obrar poderosamente en ellas y mediante ellas.

JOHN PIPER

6

HERMANOS, DÍGANLES QUE NO SIRVAN A DIOS

TODOS NOSOTROS les hemos dicho a nuestros fieles que sirvan a Dios. La Biblia dice: «Servid a Jehová con alegría» (Sal. 100:2). Pero puede que sea hora de decirles que *no* sirvan a Dios, porque las Escrituras también dicen: «El Hijo del Hombre no vino para ser servido» (Mr. 10:45).

La Biblia se preocupa en llamarnos a apartarnos de idolatría para que sirvamos al Dios vivo y verdadero (1 Ts. 1:9), pero también se preocupa por evitar que sirvamos al Dios verdadero de manera equivocada. Hay una manera de servir a Dios que lo

denigra y deshonra. Por tanto, debemos tener cuidado, no sea que reclutemos siervos cuya labor disminuya la gloria del Proveedor Todopoderoso. Si Jesús dijo que Él *no* vino para ser servido, el servir podría ser una rebeldía.

Dios no desea que le sirvan: «El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay... [no es] honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas» (Hch. 17:24-25). Pablo advierte contra cualquier imagen de Dios que lo convierta en el beneficiario de nuestra beneficencia. Nos informa que a Dios no se le puede servir de manera alguna que implique que nosotros estemos supliendo sus necesidades. Sería como un arroyo tratando de llenar la fuente que lo alimenta. «Él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas».

¿En qué radica la grandeza de nuestro Dios? ¿Qué lo hace único en el mundo? Isaías dice: «Ni nunca oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto a Dios fuera de ti, que hiciese por el que en él espera» (Is. 64:4). Todos los demás presuntos dioses hacen que los hombres trabajen para ellos. A nuestro Dios no se le pondrá en la posición de patrón, que depende de otros para que su negocio siga adelante. En lugar de eso, Él magnifica su toda suficiencia haciendo Él mismo el trabajo. *El hombre* es la parte dependiente en este caso. Su trabajo es esperar por el Señor.

¿Qué es lo que busca Dios en el mundo? ¿Ayudantes? No. El evangelio no es un anuncio para solicitar ayuda, es un anuncio para ofrecer ayuda. Tampoco el llamado a servir a Cristo es un anuncio para solicitar ayuda. Dios no busca personas que trabajen para Él, sino personas que le permitan a Él obrar poderosamente en ellas y mediante ellas: «Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él» (2 Cr. 16:9). Dios no es un cazatalentos que intenta reclutar a los mejores jugadores para que ayuden a su equipo a ganar, es un imparable defensa dispuesto a tomar el balón y anotar un gol por cualquiera que confíe en Él para ganar el juego.

Entonces, cuando les enseñemos estas cosas, nuestros fieles nos preguntarán: «¿Qué es lo que Dios quiere de nosotros?» No lo que ellos tal vez crean. Dios reprendió a Israel por ofrecerle tantos sacrificios: «No tomaré de tu casa becerros... Porque mía es toda bestia del bosque... Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti; Porque mío es el mundo y su plenitud» (Sal. 50:9-10, 12).

¿Pero acaso no hay algo que podamos dar a Dios que no lo rebaje a la posición de beneficiario? Sí, nuestras ansiedades. Es una orden: «Echando toda vuestra ansiedad sobre él» (1 P. 5:7). Dios recibirá con agrado cualquier cosa de nosotros que muestre nuestra dependencia y su completa suficiencia.

La diferencia entre el Tío Sam y Jesucristo es que el Tío Sam no le reclutará para su servicio a menos que esté saludable y Jesús no le reclutará a menos que esté enfermo. «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores» (Mr. 2:17). El cristianismo es esencialmente convalecencia. Los pacientes no sirven a sus médicos, sino que confían en las buenas prescripciones que estos les dan. El Sermón del Monte es el consejo médico de nuestro doctor, no es la descripción de empleo de nuestro patrón.

Pero ni siquiera esa analogía encierra el verdadero mensaje. Incluso, al confiar en que nuestro médico nos diga lo que tenemos que hacer para curarnos nos puede dejar en una situación en que intentemos hacerlo por nuestros propios medios. Dios no es sólo el doctor que receta. Él es el enfermero que levanta nuestra cabeza sin fuerzas y nos coloca la cuchara en la boca (o el que sostiene el suero de medicina intravenosa) y Él es la medicina.

Nuestras propias vidas dependen de que no obremos por Dios. «Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia» (Ro. 4:4-5). Quienes obran no reciben regalos, reciben paga. Si queremos recibir el regalo de la justificación, no nos atreveremos a obrar. Dios es el obrero en este caso y lo que Él

recibe es la gloria de ser el benefactor de la gracia, no el beneficiario de un servicio.

Tampoco debemos pensar que después de la justificación comienza nuestro trabajo para Dios. Los que hacen de la santificación un trabajo, rebajan la gloria de Dios. Jesucristo es nuestra «justificación [y] santificación» (1 Co. 1:30). «¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?» (Gá. 3:2-3). Dios fue el obrero en nuestra justificación y Él será el obrero en nuestra santificación.

La «carne» religiosa siempre quiere trabajar para Dios, pero «si vivís conforme a la carne, moriréis» (Ro. 8:13). Es por eso que nuestras propias vidas dependen de que *no* obremos por Dios, lo mismo en la justificación que en la santificación.

¿Pero no debemos, entonces, servir a Cristo? El mandamiento dice: «Sirviendo al Señor» (Ro. 12:11). Los que no sirven a Cristo son reprendidos (Ro. 16:18: «Tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres». Sí, le serviremos, pero antes reflexionaremos sobre lo que hemos de evitar en nuestro servicio. Con seguridad todas las advertencias contra servir a Dios significan que en la idea de servir radica algo que debemos evitar. Cuando comparamos nuestra relación con Dios con la relación entre un siervo y un amo, la comparación no es perfecta. Algunas cosas relacionadas con la servidumbre deben evitarse con relación a Dios, otras deben ser ratificadas.

¿Cómo debemos entonces servir y no servir? El Salmo 123:2 nos da parte de la respuesta: «He aquí, como los ojos de los siervos miran a la mano de sus señores, y como los ojos de la sierva a la mano de su señora, así nuestros ojos miran a Jehová nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros». La manera correcta de servir a Dios es hacer como la sierva que mira la mano de su señora en busca de misericordia.

Cualquier siervo que trate de salirse del subsidio divino y entablar una asociación de hombres con su Amo celestial está en rebelión

contra el Creador. Dios no hace trueques, ofrece *misericordia* a los siervos que la tendrán y el pago de la muerte a los que no. Servir a Dios consiste siempre y básicamente en recibir misericordia, no en prestar ayuda.

Sin embargo, no es algo enteramente pasivo. Mateo 6:24 nos da otra pista para servir bien. Compare servir al dinero y servir a Dios. «Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas».

¿Cómo sirve alguien al dinero? Nadie ayuda al dinero. Nadie es benefactor del dinero. ¿Cómo servimos entonces al dinero? El dinero ejerce un cierto control sobre nosotros por las tantas promesas de felicidad que nos ofrece. Nos susurra con gran fuerza: «Piensa y actúa de tal modo que estés en condiciones de disfrutar de mis beneficios». Esto podría abarcar robar, pedir prestado o trabajar.

El dinero promete felicidad y le servimos creyendo en dicha promesa y viviendo con esa fe. Luego, no servimos al dinero poniendo nuestras fuerzas a su disposición para su beneficio, servimos al dinero haciendo lo que sea necesario para que la fuerza del dinero esté a nuestra disposición para nuestro beneficio.

Creo que el mismo tipo de servicio a Dios es el que se muestra en Mateo 6:24, puesto que Jesús los coloca uno al lado del otro: «No podéis servir a Dios y a las riquezas». Así es que si vamos a servir a Dios y no al dinero, entonces vamos a tener que abrir los ojos a la felicidad inmensamente superior que Dios nos ofrece. Dios, entonces, ejercerá un mayor control sobre nosotros que el que tiene el dinero. Serviremos creyendo en su promesa del gozo más pleno y andando por esa fe. No serviremos intentando poner nuestras fuerzas a su disposición para su beneficio, sino haciendo lo que sea necesario para que su fuerza esté a nuestra disposición para nuestro beneficio.

Por supuesto, esto significa obediencia. El paciente obedece a su médico con la esperanza de ponerse bien. El pecador convaleciente confía en las dolorosas indicaciones de su terapeuta y las sigue o, más exactamente, el paciente paralítico deja que la enfermera le dé la

medicina que le proporcionará salud y fuerza. Sólo de esta forma nos mantenemos en posición de beneficiarnos de lo que el Médico divino nos ofrece. Al obedecer, nosotros somos los beneficiarios. Dios es siempre el dador, porque es el dador quien recibe la gloria.

Y esto es quizá lo más importante de todo. La única manera correcta de servir a Dios es de forma tal que toda la gloria se reserve para Él. «Si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, *para que en todo sea Dios glorificado*» (1 P. 4:11). ¿Cómo servimos para que Dios sea glorificado? Servimos por la fuerza que Él nos da. Cuando más activos estamos por Dios, seguimos siendo sus beneficiados. Dios no renunciará a la gloria de ser el benefactor. ¡Nunca!

Trabajemos duro, entonces, pero no olvidemos nunca que no somos nosotros, sino la gracia de Dios con nosotros (1 Co. 15:10). Obedezcamos ahora, como siempre, pero no olvidemos nunca que es Dios quien produce en nosotros tanto el querer como el hacer (Fil. 2:13). Prediquemos el evangelio por todas partes y agotémonos en aras de los elegidos, pero nunca osemos hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de nosotros (Ro. 15:18). En todo nuestro ministerio, sea Dios el Dador y sea de Dios la gloria.

¡Hasta que las personas no entiendan esto, hermanos, díganles que no sirvan a Dios!

Deléitate asimismo en Jehová.

SALMO 37:4

Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!

FILIPENSES 4:4

Dios se glorifica más en nosotros cuando
más nos satisfacemos en Él.

JOHN PIPER

El deseo de ser felices es motivo adecuado para toda buena
acción, y si se abandona la búsqueda del gozo propio,
no se puede amar a los hombres ni complacer a Dios.

JOHN PIPER

7

HERMANOS, TENGAN EN CUENTA EL HEDONISMO CRISTIANO

SI NO PUEDE evitarlo, discúlpeme por el calificativo, pero no pase por alto la verdad porque no le gusta el título. Mi resumen más corto al respecto es: Dios se glorifica más en nosotros cuando más nos satisfacemos en Él, o: El fin principal del hombre es glorificar a Dios *al* gozar de Él por siempre. ¿Crea el hedonismo cristiano¹ un dios

1. Para la historia completa de lo que llamo «hedonismo cristiano», véase John Piper, *Desiring God: Meditations of a Christian Hedonist* (Sisters, Oreg.: Multnomah Publishers,

a partir del placer? No, dice que todos creamos un dios de aquello que más placer nos produce. Yo he consagrado mi vida a ayudar a las personas a hacer de Dios su Dios despertando en ellos los más grandes deleites en Él.

Cuando Jesús advirtió a sus discípulos que podrían cortarles las cabezas (Lc. 21:16), los consoló mediante la promesa de que, no obstante, ni un solo cabello de sus cabezas perecería (v. 18). Cuando les advirtió que discipulado significaba abnegación y crucifixión (Mr. 8:34), los consoló mediante la promesa de que «todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará» (v. 35). Cuando les ordenó dejarlo todo y seguirlo, les aseguró que iban a «recibir cien veces más ahora... con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna» (Mr. 10:30-31).

Si debemos venderlo todo, debemos hacerlo, dijo Jesús, con alegría porque el campo que tenemos intenciones de comprar tiene un tesoro escondido (Mt. 13:44).

Cuando digo hedonismo cristiano no me refiero a que nuestra felicidad sea el bien más sublime. Me refiero a que la búsqueda del bien más sublime siempre acarreará nuestra mayor felicidad al final. Pero casi todos los cristianos lo creen. El hedonismo cristiano va más allá, concretamente, en que debemos *buscar* la felicidad y buscarla con todas nuestras fuerzas. El deseo de ser felices es motivo adecuado para toda buena acción, y si se abandona la búsqueda del gozo propio, no se puede amar a los hombres ni complacer a Dios. Esto es lo que hace que el hedonismo cristiano sea controversial.

El hedonismo cristiano aspira a suplantarse la moralidad kantiana por una bíblica. Emanuel Kant, el filósofo alemán que murió en 1804, fue el exponente más fuerte de la idea de que el valor moral de una acción decrece en la medida en que nos proponemos obtener algún beneficio de ella. Las acciones son buenas si quien las lleva a cabo es «desinteresado». Debemos hacer el bien porque es bueno.

1996); o la versión pequeña: John Piper, *The Dangerous Duty of Delight: The Glorified God and the Satisfied Soul* (Sisters, Oreg.: Multnomah Publishers, 2001).

Cualquier motivación de búsqueda de gozo o recompensa corrompe el acto. De manera cínica quizá, pero no sin motivo, la novelista Ayn Rand reprodujo el espíritu de la ética de Kant:

Una acción es moral, dijo Kant, sólo si uno no siente el deseo de realizarla pero la hace impulsado por el sentido del deber y no recibe ningún beneficio de ella de ninguna clase, ni material ni espiritual. El beneficio destruye el valor moral de la acción. (Consiguientemente, si uno no siente deseos de ser malo, no puede ser bueno; si lo tiene, puede serlo.)²

Contra esta moralidad kantiana (¡que ya ha pasado por cristiana durante demasiado tiempo!) debemos augurar la moralidad bíblica hedonista impertérrita. Jonathan Edwards, quien murió cuando Kant tenía treinta y cuatro años, lo expresó de la siguiente manera en una de sus primeras resoluciones: «Determino: Intentar alcanzar por todos los medios tanta felicidad en el otro mundo como me sea posible, con todo el poder, fuerza, vigor, vehemencia y sí violencia de la que sea capaz o que pueda llegar a ejercer de cualquier manera que pueda concebirse».³

C. S. Lewis lo plasmó de la siguiente manera en una carta dirigida a Sheldon Vanauken: «Es un deber cristiano para todos, como sabe, ser lo más feliz que se pueda».⁴

La novelista Flannery O'Connor brinda su opinión de la abnegación de la siguiente manera: «Siempre que se renuncia a un bien menor por uno mayor, lo opuesto es el pecado. Imagíneme acechando al gozo, dientes apretados, provista de armas, porque es una búsqueda muy peligrosa».⁵

2. Ayn Rand, *For the Intellectual* (Nueva York: Signet, 1961), 32.

3. Resolución 22 en *Edwards' Memoirs* en *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 1 (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1974), xxi.

4. De una carta dirigida a Sheldon Vanauken que aparece en el libro de Vanauken titulado *A Severe Mercy* (Nueva York: Harper and Row, 1977), 189.

5. *The Habit of Being*, ed. Sally Fitzgerald (Nueva York: Farrar, Straus, Giroux, 1979), 126.

La idea kantiana plantea que no es de índole negativa recibir gozo como *resultado no buscado* de una acción, pero todas estas personas (entre las que me incluyo) *aspiramos* al gozo. Repudiamos tanto la posibilidad como la conveniencia de la conducta moral desinteresada. Es imposible, porque la voluntad no es autónoma, siempre se inclina hacia lo que considera que le brindará mayor felicidad (Jn. 8:34; Ro. 6:16; 2 P. 2:19).

Pascal tenía razón cuando dijo: «Todos los hombres, sin excepción, buscan la felicidad. Todos aspiran a ese objetivo sin importar cuán diferentes sean los medios que utilicen para alcanzarlo... Jamás harán el menor movimiento si no es con la felicidad como objetivo. Ese es el motivo de todas las acciones de los hombres, incluso de aquellos que contemplan el suicidio».⁶

Pero la moralidad desinteresada (hacer el bien «porque sí») no sólo resulta imposible, sino que no es deseada. Es decir, no es bíblica porque significaría que mientras mejor se haga el hombre, más difícil le resultará actuar moralmente. Mientras más se acerque a la verdadera bondad, más natural y felizmente hará lo que es bueno. Un buen hombre según las Escrituras no es aquel a quien no le gusta hacer el bien, sino aquel que lo hace por obligación. Un buen hombre *ama* la misericordia (Mi. 6:8), *se deleita* en la ley del Señor (Sal. 1:2) y en la voluntad del Señor (Sal. 40:8). ¿Pero cómo puede un hombre realizar un acto de bondad desinteresadamente? Mientras mejor es el hombre, más gozo encuentra en la obediencia.

Kant ama al dador desinteresado. Dios ama al dador alegre (2 Co. 9:7). El cumplimiento del deber de forma desinteresada desagrada a Dios. Él dispone que nos *deleitemos* en hacer el bien y que lo hagamos confiados de que nuestra obediencia asegura y aumenta nuestro gozo en Dios.

Ay, si pudiera alejar la idea de nuestras iglesias de que la virtud precisa de una realización estoica del deber (la idea de que las cosas

6. Blaise Pascal, *Pascal's Pensées*, trad. W. F. Trotter (Nueva York: E. P. Dutton, 1958), 113 (pensamiento 425).

buenas se prometen meramente como *resultado* de la obediencia y no como *incentivo* para la misma). La Biblia está repleta de promesas que no se adjuntan cuidadosamente como *resultados* no motivacionales, pero cuyo objetivo es clara, atrevida y hedonísticamente motivar nuestra conducta.

Lo que separa a la moralidad bíblica del hedonismo mundano no es que la moralidad bíblica sea desinteresada, sino que está interesada en cosas mucho más grandes y puras. Algunos ejemplos:

Lucas 6:35 dice: «Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande». Nota: Nunca debemos estar motivados por el engrandecimiento mundano («no esperando de ello nada»), sino que la promesa de una recompensa futura nos da fuerzas para soportar las pérdidas en el servicio de amor.

Además, Lucas 14:12-14 dice: «Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres... y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos». Nota: No realice buenas acciones para sacar ventajas mundanas, sino por los beneficios espirituales y celestiales.

El filósofo kantiano diría: «No, no. Estos textos sólo describen qué recompensa se obtendrá como *resultado* de actuar desinteresadamente. No nos enseñan a buscar recompensas».

Dos respuestas: (1) Es una mala pedagogía decir: «Tómate esta pastilla y te daré cinco centavos», si cree que tomar la pastilla le echará a perder el deseo de tener cinco centavos. Pero Jesús era un maestro sabio, no uno tonto. (2) Resulta incluso de mayor importancia la existencia de textos que no sólo recomiendan, sino que ordenan que hagamos el bien con la esperanza de recibir bendición en el futuro.

Lucas 12:33 dice: «Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote». La relación entre dar limosnas y poseer un tesoro en los cielos no

es que este último sea una *consecuencia*, sino que es un *objetivo*: «Trázate como meta tener tesoro en los cielos y la manera de lograrlo es vendiendo lo que posees y dando limosnas».

Y además, Lucas 16:9 dice: «Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas». Lucas no dice que el *resultado* del uso adecuado de las posesiones es recibir morada eterna. Dice: «Trázate como *meta* asegurar morada eterna con el uso que das a tus posesiones».

Por consiguiente, resulta en un *no* rotundo a la moralidad kantiana. Ni en el banco ni en el púlpito. En el banco, el corazón se ve arrancado de la adoración por la idea de que puede realizarse como una mera obligación. Hay dos posturas posibles en la adoración genuina: Deleite en Dios o arrepentimiento por la ausencia de dicho deleite.

El domingo a la hora del culto, Hebreos 11:6 entra en combate con Emanuel Kant. «Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que *es galardonador de los que le buscan*». No se puede complacer a Dios si no se va a Él como *galardonador*. Consiguientemente, la adoración que place a Dios es la búsqueda hedonística de Dios, en cuya presencia hay plenitud de *gozo* y en cuya mano están los *placeres* por siempre jamás (Sal. 16:11).

¡Y en el púlpito, hermanos, qué gran diferencia si somos cristianos hedonistas y no capitanes del deber kantista! Jonathan Edwards, el más grande predicador y teólogo que ha dado Estados Unidos, dijo con osadía: «Pienso que mi deber es elevar los sentimientos de mis oyentes lo más posible, siempre que reciban sólo la verdad y con sentimientos que no estén en desacuerdo con la naturaleza de esos sentimientos».⁷ La razón primordial por la que Edwards creía que este era su deber era su profunda convicción bíblica de que:

7. Jonathan Edwards, *Some Thoughts Concerning the Revival*, en *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 4, ed. C. Goen (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1972), 87.

Dios se glorifica a sí mismo para con las criaturas... de dos maneras: 1. Apelando a... su entendimiento. 2. Al comunicarse Él mismo con sus corazones y al ellos regocijarse y deleitarse en las manifestaciones que Él hace de sí mismo y gozar de ellas... *Dios se glorifica no sólo porque se aprecie su gloria, sino porque se regocijen en ella.* Cuando quienes pueden verla se deleitan en ella, Dios se glorifica más que si sólo la apreciaran... Quien da testimonio de esta idea de la gloria de Dios [no] glorifica a Dios tanto como aquel que da testimonio también de su aprobación y de su deleite en ella.⁸

Este es el basamento fundamental del hedonismo cristiano y determina profundamente el ministerio del púlpito del pastor.

Como cristianos hedonistas, sabemos que todo oyente anhela la felicidad y jamás le diremos que niegue ni reprima ese deseo. Su problema no es que quieran satisfacerse, sino que se satisfacen con demasiada facilidad. Les enseñaremos a hartar el hambre de sus almas con la gracia de Dios. Pintaremos la gloria de Dios de rojos, amarillos y azules esplendidos y el infierno los pintaremos con tonos grises y de carboncillo. Obraremos para destetarlos de la leche del mundo y alimentarlos de la gracia y gloria de Dios.

Concentraremos todos nuestros esfuerzos, por el Espíritu Santo, para persuadir a nuestro pueblo

- de que «el vituperio de Cristo es mayor riqueza que los tesoros de los egipcios» (He. 11:26)
- de que pueden ser más felices al dar que al recibir (Hch. 20:35)
- de que deberían contarle todo como pérdida por el valor sin par del conocimiento de Jesucristo, su Señor (Fil. 3:8)

8. Jonathan Edwards, *The «Miscellanies»*, a-500, ed. Thomas Schafer, *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 13 (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1994), 495. Miscelánea 448; véanse también 87, 251-252; 332, 410; #679 (no en el volumen de New Haven). Cursivas añadidas. Estas Misceláneas eran las libretas de notas privadas de Edwards, de las que erigía sus libros, como *The End for Which God Created the World*.

- de que el objetivo de todos los mandamientos de Jesús es que su gozo pueda ser cumplido (Jn. 15:11)
- de que si se deleitan a sí mismos en el Señor, Él les concederá las peticiones de su corazón (Sal. 37:4)
- de que hay gran ganancia en la piedad acompañada del contentamiento (1 Ti. 6:6)
- de que el gozo del Señor es su fuerza (Neh. 8:11)

No intentaremos motivar sus ministerios mediante apelaciones kantianas al mero deber. Les diremos que el deleite en Dios *es* su deber supremo, pero les recordaremos que Jesús sufrió la cruz por el gozo puesto delante de Él (He. 12:2) y que Hudson Taylor, al final de una vida llena de sufrimientos y pruebas, dijo: «Nunca hice ningún sacrificio».⁹

9. Howard y Geraldine Taylor, *Hudson Taylor's Spiritual Secret* (Chicago, Ill.: Moody Press, s.f.), 30.

La oración es el acoplamiento de las causas primarias
con las secundarias. Es el empalme de nuestro
débil cordel con el relámpago del cielo.

JOHN PIPER

El pastor que se siente competente en sí mismo para
producir fruto eterno ni conoce a Dios ni se conoce
a sí mismo. Un pastor que desconoce el ritmo de la
desesperación y la liberación debe tener la mira puesta
solamente en lo que el hombre puede alcanzar.

JOHN PIPER

Cuando dependemos de las organizaciones, recibimos lo
que las organizaciones pueden lograr. Cuando dependemos
de la educación, recibimos lo que la educación puede
lograr. Cuando dependemos de los hombres, recibimos lo
que los hombres pueden lograr. Pero cuando dependemos
de la oración, recibimos lo que Dios puede lograr.

A. C. DIXON

8

HERMANOS, OREMOS

LA ORACIÓN ES el acoplamiento de las causas primarias con las secundarias. Es el empalme de nuestro débil cordel con el relámpago del cielo. Cuán asombroso resulta que Dios quiera hacer su obra mediante las personas. Resulta doblemente asombroso que Él ordene cumplir sus planes mediante nuestra petición de que los cumpla. Dios ama el bendecir a su pueblo. Y lo que es más, Él ama el hacerlo en respuesta a la oración.

Por ejemplo, Dios sabía que su propósito era incrementar el número de hombres de Israel, pero dijo: «Aún *seré solicitado por la casa de Israel*, para hacerles esto; multiplicaré los hombres como

se multiplican los rebaños» (Ez. 36:37). Él quiere traer a nosotros nuestras bendiciones mediante el acoplamiento de la oración.

Dios sabía que conservaría la vida de Abimelec si el rey le devolvía a Sara a Abraham, pero le dijo: «Devuelve la mujer a su marido; porque es profeta, *y orará por ti*, y vivirás» (Gn. 20:7). Dios deseaba salvar a Abimelec, pero quería hacerlo mediante la oración de Abraham.

¿Y quién diría que Dios no ama al mundo o que duda para recoger su mies? Sin embargo, Jesús dijo: «*Rogad... al Señor de la mies*, que envíe obreros a su mies» (Mt. 9:38). ¿Por qué deben implorar los peones al dueño de la granja que envíe más obreros? Porque hay una cosa que Dios agrada más que bendecir al mundo. Le agrada bendecir al mundo en respuesta a las oraciones.

Quedé asombrado una vez al oír a un graduado de seminario decir cuán competente se sentía para el ministerio después de sus años de estudio. Se suponía que fuera un cumplido a su escuela. La razón por la cual me asombró es que el más grande teólogo, misionero y pastor que existió jamás gritó: «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?» (2 Co. 2:16). No porque fuera un desatinado, sino porque el horrible llamamiento a emitir la fragancia de la vida eterna para unos y la muerte eterna para otros era un peso que apenas podía soportar.

El pastor que se siente competente en sí mismo para producir fruto eterno (que es el único fruto que importa) ni conoce a Dios ni se conoce a sí mismo. Un pastor que desconoce el ritmo de la desesperación y la liberación debe tener la mira puesta solamente en lo que el hombre puede alcanzar.

Pero hermanos, los objetivos apropiados para la vida de un pastor están, sin lugar a dudas, fuera de nuestro alcance. Los cambios que añoramos en nuestros corazones podrán suceder sólo por una obra soberana de gracia.

La salvación es don de Dios (Ef. 2:8). El amor es don de Dios (1 Ts. 3:12). La fe es don de Dios (1 Ti. 1:14). La sabiduría es don de Dios (Ef. 1:17). El gozo es don de Dios (Ro. 15:13). Sin embargo, como pastores, *debemos* luchar por salvar «a algunos» (1 Co. 9:22).

Debemos estimular a las personas a que amen (He. 10:24). *Debemos* fomentar su fe (Fil. 1:25). *Debemos* impartir sabiduría (1 Co. 2:7). *Debemos* obrar para su gozo (2 Co. 1:24).

Somos llamados a luchar en pos de aquello que sólo a Dios corresponde dar. La esencia del ministerio cristiano es que su éxito está fuera de nuestro alcance.

El propósito de Dios es que *recibamos* el gozo del servicio, pero que *Él* reciba toda la gloria. «Si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para *que en todo sea Dios glorificado*» (1 P. 4:11). «Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento» (1 Co. 3:7). Dios hace toda su obra de gracia de manera tal «que nadie se jacte en su presencia» (1 Co. 1:29), lo que significa que *Él*, de manera general, lo hace en respuesta a la oración.

Un grito de ayuda desde el corazón de un pastor semejante a un niño es una dulce alabanza a los oídos de Dios. Nada lo alaba más que el derrumbe de la independencia que se emite cuando se ora apasionadamente por ayuda. «*Invócame* en el día de la angustia; te libraré, y tú *me honrarás*» (Sal. 50:15). La oración es la traducción de miles de palabras en una sola frase: «Separados de mí [Cristo] nada podéis hacer» (Jn. 15:5).

Ah, cuánto necesitamos tomar conciencia de cuánto tiempo empleamos haciendo «nada». Separados de la oración, todo nuestro corretear de un lado a otro, todas nuestras conversaciones, todos nuestros estudios, equivalen a «nada». Para la mayoría de nosotros, la voz de la independencia es diez veces más fuerte que la campana que tañe para indicarnos que llegó el momento de orar. La voz grita: «Tienes que abrir el correo, tienes que hacer la llamada telefónica, tienes que escribir el sermón, tienes que prepararte para la reunión, tienes que ir al hospital», pero la campana tañe suavemente: «Separados de mí nada podéis hacer».

Tanto nuestra carne como nuestra cultura se oponen a dedicar una hora de rodillas al lado de un escritorio lleno de papeles. Es poco norteamericano ser tan falto de sentido práctico como para dedicarse a orar y a meditar dos horas al día. Y a veces temo que nuestros

seminarios se ajustan a este pragmatismo mortal que enfatiza en la dirección y las estratagemas como vías para lograr las cosas con una mención a la oración y confianza en el Espíritu Santo simbólicas.

A. C. Dixon dijo:

Cuando dependemos de las organizaciones, recibimos lo que las organizaciones pueden lograr. Cuando dependemos de la educación, recibimos lo que la educación puede lograr. Cuando dependemos de los hombres, recibimos lo que los hombres pueden lograr. Pero cuando dependemos de la oración, recibimos lo que Dios puede lograr.¹

No me emociono cuando las denominaciones o las iglesias reaccionan ante su carencia de crecimiento con la simple implementación de un nuevo programa. Sé que la razón por la que tan pocas conversiones están teniendo lugar en mi iglesia no es porque carezcamos de un programa o de personal. La razón es que no amamos a los perdidos ni ansiamos su salvación como debiéramos. Y la razón por la que no los amamos como debiéramos es porque un amor así es un milagro que vence nuestras inclinaciones egoístas. No se le puede manejar ni manipular para que exista. Es un milagro asombroso.

Examínese usted mismo: ¿Está en su poder en este momento llorar por la destrucción espiritual de las personas que viven en su misma calle? Algunas lágrimas brotan sólo mediante un profundo trabajo de Dios. Si queremos esta obra de Dios en nuestras vidas y nuestras iglesias, también habrá oración de esfuerzo: «Dios, rómpeme el corazón». Elegí la palabra «esfuerzo» con mucho cuidado. Es la palabra que Pablo utilizó en Romanos 15:30 «Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que os esforcéis [*sunagōnizasthai*] juntamente conmigo en vuestras oraciones a Dios por mí» (BLA). Puede que cuando «os esforcéis juntamente», Dios

1. Citado en G. Michael Cocoris, *Evangelism: A Biblical Approach* (Chicago, Ill.: Moody Press, 1984), 108.

conceda las lágrimas. Y sin dichas lágrimas, puede que desplacemos a los miembros de iglesia en iglesia, pero pocas personas pasarán de las tinieblas a la luz.

Tome uno de sus días libres para irse a algún lugar solo y ore sobre cómo debe orar. Dígase en este instante: «¡Dios, ayúdame a hacer algo radical con respecto a la oración!» Rehúse a creer que las horas diarias que Lutero, Wesley, Brainerd y Judson dedicaron a la oración son sueños idealistas de otra era.

William Wilberforce, quien luchara implacablemente en el Parlamento por la abolición de la trata de esclavos en Inglaterra, se tomó la temperatura espiritual al consultar «la experiencia de todos los hombres buenos» y se lamentó:

Esta prisa perpetua de los negocios y la compañía me arruina en alma, si no en cuerpo. ¡Más soledad y más madrugadas! Sospecho que he estado dedicando muy poco tiempo al ejercicio de la religión, como son la devoción personal y la meditación religiosa, la lectura de las Escrituras, etc. Por tanto, estoy empobrecido, frío y duro. Mejor dedico dos horas o una hora y media al día. Me he estado acostando muy tarde, de ahí que no cuente con más de media hora en la mañana. Con seguridad, la experiencia de todos los hombres buenos confirma la propuesta de que sin una medida justa de devoción personal, el alma se empobrecerá. Pero todo puede lograrse mediante la oración; la oración todopoderosa, estoy presto a decir, y ¿por qué no? Porque sólo es todopoderosa mediante la ordenación misericordiosa del Dios de la verdad amorosa. ¡Ora, entonces, ora, ora, ora!²

¿Satisfacen realmente nuestros calendarios apretados y computadoras portátiles nuestras ansias de vida en Cristo, para no hablar del hambre de nuestro pueblo y del mundo? ¿Acaso nuestros

2. Citado en E. M. Bounds, *Power Through Prayer* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1972), 116.

fieles no anhelan acercarse a algún hombre que haya estado cerca de Dios? ¿No es el aroma persistente de la oración lo que da sentido de eternidad a toda nuestra obra?

Cuando leemos acerca de los hombres de oración, sentimos deseos de orar. Decenas de historias sobre santos en oración me han movido a una oración renovada. Terminaré con una cita de Carlos Spurgeon, quien escribió:

Fue una gran acción la de Jerónimo, uno de los padres romanos. Se apartó de todos los compromisos que lo apremiaban y se fue a cumplir con el llamamiento que Dios le hizo, a saber, traducir las Sagradas Escrituras. Sus congregaciones fueron mayores que las de muchos predicadores de hoy día, pero dijo a su pueblo: «Es necesario que se traduzcan las Escrituras; deben buscarse otro ministro: Me iré al desierto y no regresaré hasta que haya terminado mi tarea». Se marchó, trabajó y oró hasta que concibió la Vulgata en latín, que perdurará mientras el mundo siga en pie. Debemos decir entonces a nuestros amigos: «Debo marcharme y dedicar tiempo a la oración y a estar solo». Y aunque no escribamos la Vulgata en latín, nuestra obra será inmortal: Gloria a Dios.³

3. Carlos Spurgeon, «The Christian Minister's Private Prayer», *The Sword and Trowel*, noviembre de 1868, 165.

El ministerio es el peor enemigo de sí mismo. No lo destruye el lobo feroz del mundo. Se destruye a sí mismo.

JOHN PIPER

Esos toques incesantes a nuestra puerta y las visitas eternas de personas ociosas son baldes de agua fría que se lanzan sobre nuestro devoto fervor. De alguna manera, tenemos que asegurar la meditación ininterrumpida o perderemos poder.

CARLOS SPURGEON

La gran amenaza a nuestras oraciones y nuestra meditación sobre la Palabra de Dios es el buen ministrar.

JOHN PIPER

9

HERMANOS, TENGAN CUIDADO CON LOS SUSTITUTOS SAGRADOS

EL MINISTERIO ES el peor enemigo de sí mismo. No lo destruye el lobo feroz del mundo. Se destruye a sí mismo. En una encuesta a pastores se preguntó: «¿Cuáles son los obstáculos más comunes para el crecimiento espiritual?» Los tres primeros fueron: El falta de tiempo (83 por ciento), la falta de disciplina (73 por ciento) y las interrupciones (47 por ciento). La mayoría de dichas interrupciones y falta de tiempo están relacionadas con el ministerio, no con el «mundo». La gran amenaza a nuestras oraciones y nuestra meditación

sobre la Palabra de Dios es el buen ministrar. Carlos Spurgeon lo describió de esta manera: «Esos toques incessantes a nuestra puerta y las visitas eternas de personas ociosas son baldes de agua fría que se lanzan sobre nuestro devoto fervor. De alguna manera, tenemos que asegurar la meditación ininterrumpida o perderemos poder».¹

Ese es el tema que trata Hechos 6:2-4:

Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Y *nosotros persistiremos en la oración* y en el ministerio de la palabra.

Sin oración prolongada y consagrada, el ministerio de la Palabra pierde fuerzas y no fructifica. Los 120 que se consagraron a la *oración* (Hch. 1:14) cuando el Espíritu cayó y les sumó tres mil conversos (Hch. 2:41). Estos conversos también se consagraron a la *oración* (Hch. 2:42) después hubo señales y maravillas y se sumaban personas a la iglesia diariamente (Hch. 2:43, 47). Pedro y sus amigos estaban en *oración* cuando el lugar tembló y fueron llenos de Espíritu hablaron con denuedo la Palabra de Dios (Hch. 4:31). Pablo confió en que la *oración* le daría palabra al abrir la boca para proclamar con denuedo el misterio del evangelio (Ef. 6:19).

Sin la oración prolongada y centrada, el ministerio de la Palabra pierde fuerzas y cuando el ministerio de la Palabra decae, la fe (Ro. 10:17; Gá. 3:2, 5) y la santidad (Jn. 17:17) decaen. Puede que la actividad continúe, pero la vida, el poder y los frutos desaparecen. Por consiguiente, lo que sea que se oponga a la oración, se opone a toda la obra del ministerio.

1. Carlos H. Spurgeon, *Lectures to My Students* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1972), 309.

¿Y qué se opone más que nada a la vida de oración del pastor? El ministerio. No son las compras ni las reparaciones al auto ni las enfermedades ni las tareas caseras las que hacen de nuestras oraciones un apretado rincón del día, sino la aplicación del presupuesto, las reuniones de personal, las visitas, los asesoramientos, los correos que hay contestar, los informes que hay que redactar, los periódicos que hay que leer, las llamadas por teléfono que hay que hacer y los mensajes que hay que preparar.

El esfuerzo por satisfacer las necesidades es, irónicamente, a menudo el enemigo de la oración. Hechos 6:3 dice literalmente: «Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de *este trabajo*». El cuidado de las viudas constituía una *verdadera necesidad* y era precisamente dicha necesidad la que amenazaba la oración apostólica.

Sin embargo, los apóstoles no cedieron ante la tentación. Esto debe significar que la oración exigía una gran parte de su tiempo sin interrupciones. Si ellos hubieran considerado a la oración como algo que uno hace mientras limpia la losa o mientras cocina (o va en auto de un hospital a otro), no hubieran considerado servir a las mesas como una amenaza a la oración. La oración es una labor que lleva mucho tiempo y durante la cual el resto de los deberes deben ponerse a un lado.

Aprendieron de Jacob y de Jesús que puede que haya que pasar noches enteras orando (Gn. 32:24; Lc. 6:12). Debido al agotamiento que implica el ministerio, debemos apartarnos a lugares desiertos y orar (Lc. 5:16). Antes de cada encuentro pastoral importante, debemos orar *solos* (Lc. 9:18). Para Jesús y los apóstoles, la obra de la oración exigía mucho tiempo a solas: «Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba» (Mr. 1:35).

Los apóstoles dijeron: «Y nosotros *persistiremos* en la oración» (Hch. 6:4). La palabra traducida como «persistiremos» (*proskartere*) destaca el compromiso firme de los apóstoles de mantener un

espacio de tiempo para la oración. Significa «mantenerse firme» y «durar por largo tiempo». Se utiliza en Hechos 10:7 para referirse a la lealtad con que algunos soldados sirvieron a Cornelio. La idea es ser fuertes, perseverantes e inquebrantables a la hora de cumplir con nuestra misión.

Luego, los apóstoles decían: No importa cuán urgentes sean las razones que nos presionan a dedicarle tiempo a hacer buenas acciones, no abandonaremos nuestra tarea principal. Persistiremos en ella. No flaquearemos ni nos apartaremos de la oración.

La palabra anterior (*proskartere*) se une firmemente al ministerio de la oración en la iglesia primitiva. En Hechos 1:14, los discípulos «*perseveraban unánimes* en oración» y en Hechos 2:42, «perseveraban» en «las oraciones». Luego, en las epístolas de Pablo, esta práctica se convierte en una orden: «*Constantes* en la oración» (Ro. 12:12). «*Perseverad* en la oración» (Col. 4:2). «Velando... *con toda perseverancia* y súplica por todos los santos» (Ef. 6:18). Mientras más inmerso esté uno en la batalla contra los poderes de las tinieblas, mayor será la sensación de necesidad de dedicar tiempo a la oración. Por lo tanto, los apóstoles combinan «la oración» con «el ministerio de la palabra» y se liberan de las buenas acciones a las que tanto tiempo hay que dedicarles.

La importancia de la oración aumenta proporcionalmente a la importancia de las cosas a las que debemos renunciar para orar. Si la tarea a la que debemos renunciar requiere de gran intensidad y fuerza espirituales, ¿cuánto más crucial y absorbente será la tarea de orar? Y este es justo el caso de Hechos 6:3.

El texto no dice: «Los apóstoles deben desempeñar la obra espiritual y buscarse algunas personas sencillas para servir las mesas». Dice: «Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, *llenos del Espíritu Santo y de sabiduría*». (Los diáconos y los administradores no deben ser financieros mundanos, deben ser llenos del Espíritu Santo y de sabiduría.) No son sólo las exigencias de la rutina diaria del pastoreo quienes amenazan nuestra vida de oración. La oración también se ve amenazada por las oportunidades

para ministrar que exigen ser llenos del Espíritu Santo y de sabiduría. Hasta esto debemos abandonar para perseverar en la oración.

El barbero de Martín Lutero una vez le preguntó: «Dr. Lutero, ¿cómo ora usted?» Increíblemente, uno de los hombres más ocupados de la Reforma le escribió a su barbero, Peter Beskendorf, una respuesta de cuarenta páginas. Sus palabras sirven de gran fuente de inspiración para que tengamos cuidado con los sustitutos sagrados.

Un buen barbero, que sea inteligente, debe tener los cinco sentidos concentrados en la navaja y la barba y no olvidar dónde tiene la mano. Si no deja de hablar, mirar a su alrededor o pensar en cualquier otra cosa, lo más probable es que le corte la boca o la nariz (o incluso la garganta) al cliente. Así, todo lo que ha de hacerse bien debe ocupar al hombre por completo, todas sus facultades y miembros. Como dice el refrán: El que mucho abarca poco aprieta. ¡Cuánto más la oración no ha de hacer suyo al corazón de manera exclusiva y total para que se convierta en una buena oración!²

Lutero conocía bien la batalla que hay que librar para arrodillarse a orar cuando decenas de cosas buenas nos presionan con el tiempo. Luego, hizo una exhortación a sí mismo y a su barbero:

Es bueno que orar sea lo primero que se haga en la mañana y lo último en la noche. Guárdese de pensamientos falsos y engañosos que no dejan de susurrarle: «Espera un rato. Oraré dentro de una hora más o menos. Primero, tengo que terminar esto o aquello». Pensar así lo alejará de la oración para hacer otras cosas que nos retendrán y nos atraparán hasta que la oración del día sea cero.³

2. Citado de Walter Trobisch, *Martin Luther's Quiet Time* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1975), 4.

3. *Ibid.*, 5.

Ah, cuánto necesitamos escuchar las fervientes exhortaciones de nuestros hermanos. Y el sermón va dirigido a mí mismo. Ansío conocer a Dios en oración más de lo que lo conozco. Escucho la plegaria de A. A. Bonar y me siento tentado a levantarme del escritorio y dirigirme al banco de oraciones a estar un rato con el Señor en oración:

Ay, hermano, ora; a pesar de Satanás, ora; dedica horas a orar. Es preferible que descuides a tus amigos que no a la oración. Es preferible que ayunes, que no desayunes ni almuerces ni tomes el té ni cenes (ni que duermas tampoco) a que no ores. Y no debemos hablar de la oración, sino que debemos orar de corazón. El Señor está cerca. Viene sin hacer ruido mientras las vírgenes duermen.⁴

Hermanos, tengan cuidado con los sustitutos sagrados. Perseveren en la oración y en el ministerio de la Palabra.

4. Citado en *Free Grace Broadcaster* (Pensacola, Fla.: Mount Zion Bible Church) Número 153, verano de 1995, 25.

Pocas cosas me asustan más que el comienzo de la
improductividad consecuencia de la actividad desenfadada
acompañada de poco alimento espiritual y poca meditación.

JOHN PIPER

El estudiante se dará cuenta de que el dominio minucioso de
un solo libro tendrá un efecto mayor sobre su constitución
mental que veinte libros que apenas leyó por encima.

CARLOS SPURGEON

Resulta una buena regla que después de leer un libro
moderno, nunca se permita otro moderno hasta
que haya leído uno antiguo entre uno y otro.

C. S. LEWIS

10

HERMANOS, LUCHEN POR SUS VIDAS

CONCUERDO con Martyn Lloyd-Jones en que la lucha por hallar el espacio para la lectura es una lucha por la propia vida. «Deja que tu esposa o cualquier otra persona lleve los mensajes por ti y diga a las personas que llaman por teléfono que no estás disponible. ¡Uno tiene que luchar, literalmente, por su vida en ese sentido!»¹

La mayoría de nuestros fieles no tiene idea de cuánto nos cuestan dos o tres sermones a la semana en términos de agotamiento

1. D. Martyn Lloyd-Jones, *Preaching and Preachers* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1971), 167.

intelectual y espiritual, para no mencionar el agotamiento que producen las penas familiares, las decisiones de la iglesia y los dilemas teológicos y morales imponderables. Yo, por ejemplo, no soy como los resortes, que se reponen solos. Mi balde gotea, incluso cuando no está vertiendo. Mi espíritu no se repone a la carrera. Sin tiempo que dedicar a la lectura y la reflexión apacibles, después del apremio de la preparación de los sermones, mi alma se amilana y se alza el fantasma de la muerte ministerial. Pocas cosas me asustan más que el comienzo de la improductividad consecuencia de la actividad desenfrenada acompañada de poco alimento espiritual y poca meditación.

La gran presión que tenemos encima hoy día es la de ser administradores productivos, pero lo que la iglesia necesita son poetas espirituales que oren. No me refiero (necesariamente) a pastores que escriban poemas, sino a pastores que sientan el peso y la gloria de la realidad eterna, incluso en medio de una reunión de negocios, que porten en sus almas tal sentido de Dios que provean, con su sola presencia, una orientación nueva que dé vida hacia el Dios infinito. Por su propia alma y por la vida de su iglesia, luche por dedicar un tiempo a alimentar su alma con rica lectura. Casi todas las fuerzas de nuestra cultura se están trivializando. Si quiere permanecer con vida ante lo que es grandioso, glorioso, hermoso y eterno, tendrá que luchar por dedicar un tiempo a ver por los ojos de otros que estuvieron en contacto con Dios. He aquí algunas ideas que me han ayudado.

Pensamos que no tenemos tiempo para leer. Perdemos las esperanzas de leer algo verdaderamente rico y sustancioso en materia espiritual porque parece que estamos viviendo la vida por pedazos. Uno de los descubrimientos más útiles que he realizado es cuánto se puede leer en bloques organizados de veinte minutos al día.

Supongamos que usted no lee rápido, digamos que unas doscientas cincuenta palabras por minuto (como yo). Esto significa que en veinte minutos puede leer cerca de cinco mil palabras. Los libros corrientes tienen cuatrocientas palabras por página aproximadamente. Así

que usted podría leer doce páginas y media en veinte minutos. Supongamos que usted se propone leer obras de un determinado escritor o sobre un tema específico durante veinte minutos al día, seis días a la semana durante un año. Habría que multiplicar 12,5 páginas por 312, para un total de 3.900 páginas. Digamos que un libro corriente tiene doscientas cincuenta páginas. Esto significa que usted pudiera leerse quince libros así en un año.

Podemos también tomar de ejemplo el clásico de Juan Calvino, *Institutes* (mil quinientas páginas en la edición de Westminster). A veinte minutos diarios y doscientas cincuenta palabras por minuto, seis días a la semana, podría terminar de leerlo en veinticinco semanas. Luego, podría terminar de leer *The City of God* de Agustín e *Inspiration and Authority of the Bible* de B. B. Warfield antes de que finalice el año.

Este descubrimiento asombroso me liberó de la parálisis de no iniciar la lectura de libros grandiosos que desarrollan la mente y enriquecen el corazón porque no disponía de suficientes bloques de tiempo largos. ¡Resultó que no necesitaba largos períodos de tiempo para poder leer tres obras maestras en un año! Necesitaba veinte minutos al día, seis días a la semana.

Otras ideas hicieron que el descubrimiento fuera más emocionante aún. ¿Le resulta difícil imaginarse que usted mismo se obligue a dedicar veinte minutos temprano por la mañana, veinte minutos después de almuerzo y veinte minutos antes de irse a dormir, a la lectura de varios temas para su alma y mente? Si no es así, ¡piense en todo lo que podría leer! ¡Treinta y seis libros medianos! John Stott dice que una hora al día es «el tiempo mínimo incuestionable que debe dedicarse al estudio y que incluso los pastores más ocupados deberían arreglárselas para hacerlo».

Muchos lograrán más, pero los menos sumarán lo siguiente: Cada día, al menos una hora; cada semana, una mañana, tarde o noche; cada mes, un día completo; cada año, una semana. Puesto así, suena muy poco. Ciertamente, es

demasiado poco. Sin embargo, todo el que hace la prueba se sorprende al descubrir cuánto se puede leer en un marco tan disciplinado. Suman casi seiscientas horas en el curso de un año.²

Ahora bien, no me malinterpreten. No digo que debamos limitar nuestra lectura a sesiones rápidas una o dos veces al día, pero si uno va a cumplir con una disciplina estricta de encuentros cortos con un libro determinado, podrá vivir en otra gran mente mas de lo que uno pensó que podía, *más allá de los extensos períodos de tiempo que dedica al estudio y la preparación de sermones*.

Tampoco quiero dar la impresión de que creo que hay virtud en leer muchos libros. En realidad, una de mis quejas más frecuentes en el seminario era que los profesores enseñaban malos hábitos de lectura superficial a los estudiantes porque asignaban demasiados libros. Conuerdo con Spurgeon: «El estudiante se dará cuenta de que el dominio minucioso de un solo libro tendrá un efecto mayor sobre su constitución mental que veinte libros que apenas leyó por encima».³ Dios nos salve de la tentación de «seguirle el paso al pastor Jones» leyendo por encima. Olvídese de «seguirle el paso». Eso sólo alimenta el orgullo y genera improductividad espiritual. En lugar de eso, conságrese a penetrar y adentrarse. ¡Se puede extraer de los grandes libros tanta verdad que refresca el alma, que hace crecer el corazón, que ensancha la mente! Sus fieles sabrán si usted camina junto a los gigantes (como dice Warren Wiersbe) o mira televisión.

Por ejemplo, tomemos veinte minutos temprano en la mañana. Quizá no deba verlos aparte del tiempo que dedica a la oración matutina, sino como parte orgánica de ella y una ayuda para ella. Lloyd-Jones realiza otra confesión para muchos de nosotros:

2. John Stott, *Between Two Worlds: The Art of Preaching in the Twentieth Century* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1982), 204.

3. Carlos H. Spurgeon, *Lectures to My Students* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1972), 177.

A menudo me ha resultado difícil empezar a orar por la mañana... No he descubierto nada más importante que aprender a adentrarme en el marco y las condiciones en que uno pueda orar... Leer algo que en general pueda caracterizarse de devoto es de gran valor. Por devoto no me refiero a algo sentimental; me refiero a algo que incluya un verdadero elemento de adoración... Comience por leer algo que reconforte su espíritu... Tiene que aprender a encender la llama de su espíritu... Tiene que aprender a usar el motor de arranque espiritual.⁴

Para él (y para mí) eso significaba los puritanos en primer lugar porque hoy día hay mucho material «devoto» que es demasiado ligero, demasiado superficial y demasiado «ateológico» como para ser de utilidad. Sencillamente, no son portadores del sentido de la grandeza de Dios. Por eso dejan al alma sedienta de aquello para lo que fuimos creados: Ver en Jesús todo lo que Dios es para nosotros (2 Co. 3:18).

C. S. Lewis nos ayuda con nuestros prejuicios contra los libros antiguos cuando escribe:

En la calle tienen la extraña idea de que en toda materia, los libros antiguos deben leerlos sólo los profesionales y que el principiante debe conformarse con los libros modernos... Esta preferencia errónea por los libros modernos y el miedo a los antiguos es más desenfrenada en la teología que en cualquier otra materia.

Ahora bien, esto me parece que está patas arriba. Naturalmente, como soy escritor, no deseo que el lector común no lea libros modernos, pero si ha de leer sólo los modernos o los antiguos, le aconsejaría que leyera los antiguos... Resulta una buena regla que después de leer

4. Lloyd-Jones, *Preaching and Preachers*, 170.

un libro moderno, nunca se permita otro moderno hasta que haya leído uno antiguo entre uno y otro. Si le resulta demasiado difícil, debería al menos leer uno antiguo cada tres modernos... Todos... necesitamos libros que corrijan los errores característicos de nuestro propio período y esos son los libros antiguos... Podemos estar seguros de que la ceguera característica del siglo XX... radica donde nunca hemos sospechado... Nadie puede escapar por completo de esta ceguera... El único paliativo es mantener soplando por nuestras mentes la brisa limpia del mar de los siglos y esto sólo puede lograrse leyendo libros antiguos.⁵

No se me ocurre ninguna manera mejor de comenzar una sesión matutina de oración que no sea mezclar las Escrituras con una pizca de *Religious Affections* de Jonathan Edwards, *El Progreso del Peregrino* de Bunyan, *Bruised Reed* de Sibbes, *Saints' Everlasting Rest* de Baxter, *Fourfold State* de Boston, *Christian Contentment* de Burrough, *Holiness* de Ryle, *Christian Ministry* de Bridges, *Precious Remedies* de Brook o *Method of Grace* de Flavel. Es increíble cuantos pastores, inmersos en la lectura contemporánea sobre dirección, liderazgo y crecimiento de la iglesia, ni siquiera saben que existen tales tesoros para el alma. Pero para gran beneficio nuestro, no sólo existen, sino que casi todos siguen publicándose por parte de casas publicadoras como Editorial Clie, Banner of Truth Trust y Soli Deo Gloria. J. I. Packer tiene toda la razón cuando dice: «No parece que muchos creyentes lean las reimpresiones de libros de los puritanos que, felizmente, se pueden adquirir hoy día. Creo que este descuido nos embobrecerá profundamente y me gustaría que no continuara así».⁶

Mi corazón resuena con Lloyd-Jones:

5. C. S. Lewis, «On the Reading of Old Books», en *God in the Dock* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1970), 200-207. Este ensayo se publicó por primera vez como introducción a *The Incarnation of the Word of God*, de San Atanasio, trad. A Religious of C.S.M.V. (Londres, 1944), 200-201.

6. J. I. Packer, *A Quest for Godliness: The Puritan Vision of the Christian Life* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1990), 50.

Jamás dejaré de agradecer a uno de (los puritanos) llamado Richard Sibbes, quien fue un bálsamo para mi alma en un período de mi vida en que me encontraba extremadamente agotado y, consiguientemente, estaba sometido de manera inusual a las arremetidas de Satanás. En ese estado y condiciones, leer teología no ayuda; de seguro, puede que resulte prácticamente imposible. Lo que uno necesita es un tratamiento moderado para el alma... Los libros de Sibbes, *The Bruised Reed* y *The Soul's Conflict* me tranquilizaron, calmaron, consolaron, alentaron y curaron.⁷

No, lo importante no es leer muchos libros, sino permanecer con el alma viva, mantener fluyendo la vida, avivar la llama nuevamente el lunes y mantenerla viva y ardiendo hasta el sábado por la noche.

Hermanos, luchen por sus vidas. ¡Peleen por sus mañanas! ¡Protejan esas horas que dan vida! Pero también reúnan algunos de esos momentos fugaces, aventúrense en una nueva clase de disciplina diaria y lean los grandes libros de los siglos, que dan vida, en bloques de veinte minutos.

7. Lloyd-Jones, *Preaching and Preachers*, 175.

Considera lo que digo, y el Señor te
dé entendimiento en todo.

2 TIMOTEO 2:7

En ocasiones escuchamos decir que diez minutos de
rodillas nos darán un conocimiento más veraz, más
profundo y más pertinente de Dios que diez horas
encima de los libros. «¡Qué!» sería la respuesta apropiada:
«¿Más diez horas con sus libros sobre sus rodillas?»

BENJAMIN WARFIELD

Determino: Estudiar las Escrituras con tanta
regularidad, constancia y frecuencia como
para hallar y claramente percibir mi propio
crecimiento en el conocimiento de la misma.

JOHATHAN EDWARDS

11

HERMANOS, INTERROGUEMOS EL TEXTO

SI LA BIBLIA es coherente, comprender la Biblia significa captar cómo encajan las cosas. Convertirse en un teólogo bíblico, algo que todo pastor debe ser, significa ver cómo más y más piezas encajan en el glorioso mosaico del diseño divino y hacer la exégesis significa interrogar el texto buscando cómo sus muchos planteamientos se cohesionan en el pensamiento del autor y a través de él, en el pensamiento de Dios.

Si vamos a apacentar a nuestros fieles, tenemos que progresar constantemente en nuestra comprensión de la verdad bíblica. Tenemos

que ser como Jonathan Edwards, quien se hizo el siguiente propósito firme en sus días de estudiante y mantuvo esta determinación toda su vida: «Determino: Estudiar las Escrituras con tanta regularidad, constancia y frecuencia como para hallar y claramente percibir mi propio crecimiento en el conocimiento de la misma».¹ Crecer, avanzar, progresar: Esa es la meta, y para avanzar debemos sentirnos molestos por las afirmaciones bíblicas.

Debemos sentirnos molestos de que Santiago y Pablo parezcan no encajar. Sólo cuando nos sentimos atribulados y molestos nos esforzamos por entender. Pablo le dijo al joven pastor Timoteo que reflexionara: «Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo» (2 Ti. 2:7). Si no nos esforzamos por entender cómo encajan las afirmaciones bíblicas, nunca nos adentraremos en su raíz común ni descubriremos la belleza de la verdad divina unificada (lo que David llama: «Las maravillas de tu ley» [Sal. 119:18]). El resultado final es que nuestra lectura de la Biblia se volverá insípida, recurriremos a la cautivadora «literatura secundaria», nuestros sermones serán el trabajo poco convincente de «terceros» y los fieles quedarán hambrientos.

John Dewey dijo que «las personas sólo piensan realmente cuando se enfrentan a un problema. Sin algún tipo de dilema que estimule el pensamiento, nuestra conducta se vuelve repetitiva en vez de reflexiva». Tenía razón. Por eso es que nunca nos esforzaremos por entender la verdad bíblica hasta que nos sintamos atribulados por nuestros vacilantes esfuerzos para intentar captar su complejidad.

Debemos hacernos el hábito de sentirnos sistemáticamente turbados ante asuntos que a primera vista no tienen sentido. O para decirlo de otro modo, debemos interrogar el texto sin cesar. Uno de los más grandes satisfacciones que recibí mientras daba clases de estudios bíblicos en el Bethel College en St. Paul, Minnesota, fue cuando los alumnos ayudantes del Departamento de Estudios

1. Las setenta determinaciones del joven Edwards se encuentran en *Memoirs by Jonathan Edwards* de Sereno Dwight, en *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 1 (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1974), xx-xxi. Esta es la determinación 28 de la página xxi.

Bíblicos me regalaron una camiseta con las iniciales de Jonathan Edwards por delante y por detrás las palabras: «Preguntar es la clave para comprender».

Sin embargo, hay varias fuerzas poderosas que se oponen a nuestro incesante y sistemático interrogatorio de los textos bíblicos. Una de ellas es que se consume una gran cantidad de tiempo y energías en un pequeño fragmento de las Escrituras. Se nos ha enseñado (bastante erróneamente) que existe una correlación directa entre leer mucho y llegar a comprender bien algo, pero en realidad no hay una correlación positiva en absoluto entre la cantidad de páginas leídas y la calidad del entendimiento adquirido. Sucede justamente lo contrario para la mayoría de nosotros. La comprensión disminuye conforme tratamos de leer más y más.

El entendimiento o comprensión es el resultado de una meditación intensa, que provoca dolor de cabeza, acerca de dos o tres planteamientos y de cómo encajan.² Este tipo de reflexión y cavilación se produce al hacer preguntas al texto; preguntas que no podrá hacer con apuro. Por lo tanto, debemos resistirnos al engañoso afán de llevar una cuenta bibliográfica. Tómese dos horas para hacer diez preguntas sobre Gálatas 2:20 y conseguirá cien veces más entendimiento que el que habría logrado leyendo rápidamente treinta páginas del Nuevo Testamento o de cualquier otro libro. Vaya con calma. Interrogue. Reflexione. Medite.

Otro motivo por el cual es difícil pasar horas intentando hallar las raíces de la coherencia es que sistematizar las cosas y buscar armonía y unidad están radicalmente pasados de moda hoy día. Este noble empeño ha caído en desuso a causa de tanta armonía artificial descubierta por defensores impacientes y ansiosos de la Biblia. Pero si el pensamiento de Dios es verdaderamente coherente

2. Para el método más eficaz que he encontrado para interpretar la Biblia y cohesionar sus planteamientos, véase John Piper, «Biblical Exegesis: Discovering the Original Meaning of Scriptural Texts» (Minneapolis, Minn.: Desiring God Ministries, 1999); y Thomas R. Schreiner, «Tracing the Argument», en *Interpreting the Pauline Epistles* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1990), 97-126.

y no confuso, y si la Biblia fue realmente inspirada por Dios (2 Ti. 3:16), entonces la exégesis debe aspirar a encontrar la coherencia entre la revelación bíblica y la profunda unidad de la verdad divina. A menos que vayamos a chapotear para siempre en la superficie de las cosas (contentarnos con que aparezcan «tensiones» y «dificultades»), debemos resistirnos a las modas atomísticas (y fundamentalmente anti-intelectuales) dentro de la dirección teológica contemporánea. Hay demasiado interés en desacreditar los errores del pasado y muy poco interés en el pensamiento constructivo y en descubrir coherencias.

Una tercera fuerza que se opone al esfuerzo de hacer preguntas de la Biblia es la siguiente: Hacer preguntas es lo mismo que plantear problemas y siempre se nos ha disuadido de encontrar problemas en el Libro Sagrado de Dios.

Es imposible llegar a respetar demasiado la Biblia, pero sí es posible respetarla equivocadamente. Si no nos preguntamos sinceramente cómo los diferentes textos encajan, o somos súper humanos (y vemos toda verdad de un vistazo) o indiferentes (y no nos importa ver la coherencia de la verdad). Pero no sé cómo alguien indiferente o súper humano pudiera sentir respeto apropiado por la Biblia. Luego, reverenciar la Palabra de Dios exige que nos hagamos preguntas y nos planteemos problemas *y* que creamos que existen respuestas y soluciones que recompensarán nuestro esfuerzo con tesoros nuevos y viejos (Mt. 13:52).

Debemos enseñar a nuestros fieles que encontrar dificultades en el texto bíblico y esforzarse por entender cómo se pueden resolver no es ser irreverentes. La predicación debe constituir un ejemplo de esto semana tras semana.

Yo no acuso de irreverente a mi hija Talita, que tiene seis años, cuando no entiende un versículo de la Biblia y me pregunta al respecto. Ella apenas está aprendiendo a leer, pero ¿hemos perfeccionado nosotros *nuestras* habilidades de lectura? ¿Puede alguno de nosotros, pastores, con una lectura, captar la lógica de un párrafo y ver cómo cada parte se relaciona con todas las demás partes y cómo encajan

para formar una única idea? ¡Mucho menos la idea de una epístola entera, del Nuevo Testamento o de la Biblia! Si nos importa la verdad, debemos interrogar el texto incesantemente y hacernos el hábito de sentirnos humildemente inconformes con respecto de las cosas que leemos.

Esto es justamente lo contrario de irreverencia; es lo que hacemos si ansiamos conocer el pensamiento de Cristo. Nada nos acerca más a los designios de Dios que ver las aparentes discrepancias teológicas de la Biblia y reflexionar acerca de ellas día y noche hasta que se conviertan en una visión emergente de verdad única. Por ejemplo, en una oportunidad me estuve rompiendo la cabeza durante días sobre cómo Pablo pudo decir por una parte: «Por nada estéis afanosos» (Fil. 4:6) y por otra (con aparente impunidad) que su «preocupación por todas las iglesias» era una presión diaria para él (2 Co. 11:28). ¿Cómo pudo decir: «Estad siempre gozosos» (1 Ts. 5:16) y «llorad con los que lloran» (Ro. 12:15)? ¿Cómo pudo decir: «Dando siempre gracias por todo» (Ef. 5:20) y luego admitir: «Tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón» (Ro. 9:2)?

Más recientemente me he preguntado: «¿Qué significa que Jesús haya hablado en Mateo 5:39 de poner la otra mejilla cuando somos agredidos y sin embargo dijera en Mateo 10:23: “Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra”? ¿Cuándo hay que huir y cuándo hay que soportar las tribulaciones y poner la otra mejilla?» También he reflexionado sobre en qué sentido es cierto que Dios es «tardo para la ira» (Éx. 34:6) y en qué sentido «se inflama de pronto su ira» (Sal. 2:12).

Existen cientos y cientos de tales aparentes discrepancias en las Sagradas Escrituras y deshonoramos el texto al no verlas ni pensar detenidamente en ellas hasta llegar a la raíz de la unidad. Dios no es un Dios de confusión. No es ambiguo. Hay soluciones profundas y maravillosas para todos los problemas, ya sea que las encontremos en esta vida o no. Él nos ha llamado a una eternidad de descubrimiento, de tal manera que cada mañana durante los siglos venideros podamos prorrumpir en nuevos cantos de alabanza.

Ya cité 2 Timoteo 2:7, pero ahora concluyo señalando la relación entre las dos mitades de este versículo. Hay una orden y una promesa. Pablo nos ordena: «Considera lo que digo» y luego promete: «el Señor te dé entendimiento en todo». Algunas personas perciben tensión entre meditación e iluminación, Pablo no. Él nos ordena que meditemos y promete iluminación. ¿Cómo encajan la orden y la promesa? La pequeña conjunción *y* nos da la respuesta. «Piensa... *porque* Dios te recompensará con entendimiento».

Un texto como este explica por qué Benjamin Warfield reaccionó con consternación ante los que oraban por la iluminación divina por encima de la rigurosa observancia de la Palabra escrita de Dios y la reflexión intelectual seria sobre lo que esta dice. Warfield dio clases en el Seminario Princeton durante treinta y cuatro años hasta su muerte en 1921. En el año 1911, pronunció un discurso a sus estudiantes con esta exhortación: «En ocasiones escuchamos decir que diez minutos de rodillas nos darán un conocimiento más veraz, más profundo y más pertinente de Dios que diez horas encima de los libros. “¡Qué!” sería la respuesta apropiada: “¿Más diez horas con sus libros sobre sus rodillas?”»³

Es por esto que hay tantos llamados en la Biblia a que debemos meditar acerca de la Palabra escrita de Dios con nuestro entendimiento y orar que Dios haga su obra de revelación en nuestros corazones. «Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él» (Jos. 1:8). «Sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche» (Sal. 1:2). «¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación» (Sal. 119:97). «En tus mandamientos meditaré; consideraré tus caminos» (Sal. 119:15). «Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé, y meditaré en tus estatutos» (Sal. 119:48). «Se anticiparon mis ojos a las vigiliass de la noche, para meditar en tus mandatos» (Sal. 119:148). «Me acordé de los días antiguos; meditaba en todas tus

3. Benjamin Warfield, «The Religious Life of Theological Students», en Mark Noll, ed., *The Princeton Theology* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1983), 263.

obras; reflexionaba en las obras de tus manos» (Sal. 143:5). «Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu» (Ro. 8:5). «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col. 3:2).

A todos los mandamientos de meditar y pensar sobre la Palabra de Dios, la Biblia añade la promesa: «El Señor te dará entendimiento». El don de la iluminación no reemplaza a la meditación; llega mediante la meditación. La promesa de luz divina no se hace para todos; se hace para quienes *piensan*. «Considera [piensa] lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo». Y no pensamos hasta que no nos enfrentamos a un problema; por tanto, hermanos, interroguemos el texto.

¡Mientras más se separe el teólogo de los textos
fundamentales de las Escrituras en griego y hebreo, más
se separa de la fuente de la verdadera teología! La teología
verdadera es la base de un ministerio fructífero y bendecido.

HEINRICH BITZER

Los idiomas son la funda que contiene la espada del
Espíritu; son el joyero que contiene las inestimables joyas
del pensamiento antiguo; son el recipiente que contiene
el vino; y como dice el evangelio: Son las cestas en que
se guardan los panes y el pescado para alimentar a las
multitudes... Ya que el evangelio es tanpreciado para
todos nosotros, lidiemos firmemente con su idioma.

MARTÍN LUTERO

Las Escrituras originales bien merecen tu doloroso
esfuerzo y te lo pagarán con abundancia.

JOHN NEWTON

12

HERMANOS, BITZER ERA BANQUERO

EN 1982, Baker Book House reeditó un libro del año 1969 de lecturas cotidianas de las Escrituras en hebreo y griego titulado *Light on the Path*. Las lecturas eran cortas e incluían vocabulario a modo de ayuda para los versículos en hebreo. El objetivo del editor, quién murió en 1980, era ayudar a los pastores a preservar y mejorar su capacidad de interpretar la Biblia a partir de los idiomas originales. Se llamaba Heinrich Bitzer. Era banquero.

¡Un banquero! Hermanos, ¿acaso nuestro rebaño tiene que reprendernos con respecto a nuestra responsabilidad como pastores?

Evidentemente, sí, ya que no nos reprendemos ni nos alentamos los unos a los otros a seguir adelante con el griego y el hebreo. La mayoría de los seminarios, tanto evangélicos como liberales, han comunicado mediante su plan de estudios que aprender griego y hebreo puede tener algún valor para algunos pocos individuos, pero es opcional para el ministerio pastoral.

Tengo una deuda con Heinrich Bitzer y me gustaría saldarla exhortándonos a todos a reflexionar sobre la siguiente tesis: «¡Mientras más se separe el teólogo de los textos fundamentales de las Escrituras en griego y hebreo, más se separa de la fuente de la verdadera teología! La teología verdadera es la base de un ministerio fructífero y bendecido».¹

¿Qué le pasa a una denominación cuando no se atesora ni se fomenta el dominio del griego ni el hebreo para el desempeño en el oficio pastoral? No me refiero a que simplemente se ofrezcan y se admiren, sino a que se atesoren, se promuevan y se busquen.

Varias cosas ocurren en la medida en que los idiomas originales caen en desuso entre los pastores. Primero, disminuye la confianza de los pastores para determinar el significado exacto de los textos bíblicos. Y junto a la confianza de interpretar con rigor desaparece la confianza de predicar con poder. Resulta difícil predicar semana tras semana sobre toda la gama de revelaciones de Dios con profundidad y poder si la incertidumbre lo atormenta cuando se aventura más allá de las realidades básicas del evangelio.

Segundo, la incertidumbre de tener que depender de traducciones discrepantes, cosa que siempre supone un alto grado de interpretación, tenderá a desalentar el análisis minucioso de los textos durante la preparación de los sermones. En cuanto comience a prestar atención a detalles cruciales como son los tiempos verbales, las conjunciones y las repeticiones de palabras, se dará cuenta de que las traducciones

1. Heinrich Bitzer, ed., *Light on the Path: Daily Scripture Readings in Hebrew and Greek* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1982), 10.

son demasiado diversas como para brindar un fundamento seguro para dichos análisis.

Así, un predicador se conforma a menudo con el enfoque general o los matices del texto y su exposición carece de la precisión y claridad que entusiasme a la congregación con la Palabra de Dios. Las generalidades aburridas son una maldición en la mayoría de los púlpitos.

La predicación expositiva, consiguientemente, cae en desuso y se desaprueba. Digo que se desaprueba porque a menudo tendemos a protegernos de las tareas difíciles minimizando o ignorando su importancia. Luego lo que encontramos en los grupos donde el griego y el hebreo ni se atesoran ni se buscan ni se promueven es que los predicadores no le tienen mucho aprecio a la predicación expositiva (que dedica una buena parte del sermón a explicar el significado del texto) ni se enseña en los seminarios.

A veces esto es evidente cuando se revela una exposición calificándola de pedante y afectada. Bastante a menudo lo que existe es, sencillamente, un descuido benigno y el énfasis en las características sermonarias como las órdenes, la dicción, la ejemplificación y la pertinencia desplazan a la necesidad de una exposición meticulosa textual.

Otra consecuencia de que los pastores no estudien la Biblia en griego ni en hebreo es que ellos, junto con sus iglesias, tienden a convertirse en terceros. Mientras más trabajo nos cueste saber el significado original de la Biblia, más nos remitiremos a la literatura secundaria. Por una parte, es más fácil de leer. Además, nos deja una agradable sensación superficial de que «estamos al tanto» de las cosas y nos brinda ideas y comprensión que nosotros mismos no podemos extraer del texto original.

Puede que nos impresionemos los unos a los otros dejando caer el nombre del último libro que nos leímos, pero el alimento de segunda mano no sostendrá ni aumentará la fe de nuestros fieles ni su santidad.

La falta de solidez en griego y hebreo también da lugar a la falta de cuidado y la imprecisión exegética. Y la imprecisión exegética es la madre de la teología liberal.

Aquellos pastores que no puedan articular ni defender la doctrina apelando razonable y meticulosamente al significado original de los textos bíblicos, tenderán a volverse tradicionalistas intolerantes que se aferran a las ideas heredadas o pluralistas abiertos que no dan mucho crédito a las formulaciones doctrinales. En ambos casos, las generaciones subsiguientes se verán empobrecidas teológicamente y serán susceptibles al error.

Además, cuando no hacemos hincapié en el uso del griego y el hebreo como algo valioso para el oficio pastoral, creamos un linaje de ancianos académicos profesionales. Cedemos a los seminarios y las universidades dimensiones esenciales de nuestra responsabilidad como ancianos y administradores de la iglesia. Me siento profundamente agradecido por los seminarios y por los estudiosos que creen en la Biblia, están centrados en Dios y exaltan a Cristo, pero ¿fue realmente la intención de Dios de que las personas que hoy interpretan la Biblia minuciosamente desatiendan el ministerio semanal de la Palabra en la iglesia?

Hechos 20:27 *nos* ordena la proclamación de «todo el consejo de Dios». Sin embargo, nos remitimos cada vez más a los académicos profesionales en busca de libros que unan las piezas irregulares de la revelación en un todo unificado. Hechos 20:28 *nos* ordena mirar por el rebaño y guardarlo de los lobos que se alzan en la iglesia a hablar perversidades, pero nos remitimos cada vez más a los lingüistas y a los historiadores para que libren nuestras batallas en sus libros y artículos. Hemos perdido en gran medida la imagen bíblica del pastor como alguien con vasto conocimiento de las Escrituras, apto para la enseñanza, competente a la hora de demostrar a los oponentes que están equivocados y capaz de penetrar a la unidad de todo el consejo de Dios. ¿Es sano o bíblico que la iglesia cultive un linaje de ancianos pastores (flojos en la Palabra) y un linaje de ancianos profesores (fuertes en la Palabra)?

Una de las grandes tragedias de la iglesia hoy día es la depreciación del oficio pastoral. Desde los seminarios hasta las sedes de las distintas denominaciones, el ambiente que prevalece es administrativo, organizativo y psicológico. ¡Así queremos realzar nuestra autoestima profesional! Cientos de profesores y líderes ponen el dominio de la Palabra en primer lugar *con sus labios*, pero demuestran mediante sus programas de estudios, conferencias, seminarios y el ejemplo personal que no es lo principal.

Un ejemplo que salta a la vista es la naturaleza del programa de doctorado ministerial a lo largo de todo el país.

La teoría es buena: Continuar con la educación contribuye a un mejor ministerio. Sin embargo, ¿dónde se puede hacer un doctorado en ministerio de idioma hebreo y exégesis? Además, ¿qué resulta más importante y sumamente *práctico* para el oficio pastoral que avanzar en la exégesis en griego y hebreo por medio de la cual extraemos los tesoros de Dios?

¿Por qué entonces, cientos de pastores jóvenes y de mediana edad dedican años de esfuerzo a todo menos a los idiomas cuando deciden continuar sus estudios? ¿Por qué no ofrecen los seminarios incentivos y títulos para ayudar a los pastores a preservar la habilidad pastoral más importante: La exégesis del significado original de las Escrituras?

Digamos lo que digamos sobre la ausencia de errores en la Biblia, nuestras acciones revelan nuestras verdaderas convicciones con respecto de su centralidad y poder.

Tenemos que recuperar la imagen del oficio pastoral, que comprende principalmente la pasión y la capacidad de entender la revelación original de Dios. Tenemos que orar por el día en que los pastores puedan llevar sus Testamentos en griego a las conferencias y seminarios sin que los saluden fríamente, el día en que sea tan alta la estima por la Palabra de Dios y su exposición meticulosa entre los pastores, que los que nos poseen la habilidad exhortarán y bendecirán humildemente a quienes sí la tienen y alentarán a los más jóvenes a alcanzar lo que ellos nunca pudieron. ¡Ay, por el día

en que la oración y la gramática se encuentren y formen una gran combustión espiritual!

En el año 1829, George Mueller, de treinta y dos años, famoso por su fe, oraciones y orfelinatos, escribió:

Estudiaba mucho, cerca de doce horas diarias, principalmente hebreo... [y] aprendí de memoria fragmentos del Antiguo Testamento hebreo y lo logré mediante la oración, poniéndome de rodillas a menudo... Alzaba la mirada al Señor incluso mientras pasaba las páginas de mi diccionario de hebreo.²

En los Archivos Metodistas de Manchester puede verse el Testamento griego de dos tomos del evangelista George Whitefield, adornado de manera con notas intercaladas. En la época en que estuvo en Oxford, escribió: «Aunque me sentía débil, pasaba dos horas en la noche, en mis aposentos, orando con el Testamento griego y la excelente obra *Contemplations* de Bishop Hall, cada vez que mi salud me lo permitía».³

Lutero dijo: «Si los idiomas no me hubieran convencido del verdadero sentido de la palabra, seguiría siendo un monje encadenado, predicando tranquilamente los errores de la iglesia católica y romana en la oscuridad del claustro y el papa, los sofistas y su imperio anticristiano no hubieran temblado».⁴ En otras palabras, atribuye el avance de la Reforma al poder penetrante de los idiomas originales.

Lutero se pronunció en contra del antecedente de miles de años de tiniebla para la iglesia sin la Palabra cuando dijo valientemente: «No hay duda de que a menos que los idiomas permanezcan, el Evangelio

2. George Mueller, *Autobiography of George Mueller* (Londres: J. Nisbet and Co., 1906), 31.

3. Arnold Dallimore, *George Whitefield*, vol. 1 (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1970), 77.

4. W. Carlos Martyn, *The Life and Times of Martin Luther* (Nueva York: American Tract Society, 1866), 474.

perecerá finalmente». ⁵ Pregunta: «¿Usted dice que para qué sirve aprender los idiomas...? ¿Dice usted: “Bien podemos leer la Biblia en alemán”?». Y responde:

Sin idiomas no pudiéramos haber recibido el evangelio. Los idiomas son la funda que contiene la espada del Espíritu; son el joyero que contiene las inestimables joyas del pensamiento antiguo; son el recipiente que contiene el vino; y como dice el evangelio: Son las cestas en que se guardan los panes y el pescado para alimentar a las multitudes.

Si descuidamos la literatura, terminaremos por perder el evangelio... Tan pronto el hombre dejó de cultivar los idiomas, decayó el cristianismo hasta caer bajo el absoluto dominio del papa. Pero tan pronto esta antorcha se volvió a encender, esta «ave papal» levantó vuelo con un grito para caer en el olvido... En tiempos antiguos, los padres se equivocaban frecuentemente porque no conocían los idiomas y en nuestros días hay algunas personas que, al igual que los waldenses, no creen que los idiomas tengan utilidad alguna. Sin embargo, aunque su doctrina es buena, a menudo han errado con respecto al verdadero significado de los textos sagrados. No tienen armas para combatir al error y sienten gran temor de que su fe no permanezca pura. ⁶

Hermanos, quizá la visión pueda crecer con su ayuda. Nunca es demasiado tarde para aprender los idiomas. ¡Hay hombres que empezaron después que se retiraron! No es cuestión de tiempo, sino de valores. John Newton, el autor de «Sublime Gracia» y ex capitán de barcos, fue pastor de pastores con un amor encantador y gentil por las personas que, no obstante, pensaban que era importante buscar

5. Hugh T. Kerr, *A Compend of Luther's Theology* (Filadelfia, Pa.: The Westminster Press, 1943), 17.

6. Martyn, *The Life and Times of Martin Luther*, 474-75.

los idiomas. Una vez le aconsejó a un joven ministro: «Las Escrituras originales bien merecen tu doloroso esfuerzo y te lo pagarán con abundancia».⁷ Con respecto de los primeros años de estudiar los idiomas dijo:

No piense que he alcanzado un nivel suficiente de habilidad, ni siquiera me he planteado alcanzarlo, en ninguno de los siguientes: ...En hebreo, puedo leer los libros históricos y Salmos con facilidad tolerable, pero en los fragmentos proféticos y difíciles, me veo frecuentemente obligado a recurrir a los léxicos, etc. Sin embargo, conozco lo suficiente como para poder juzgar por mí mismo, con dicha ayuda a mano, el significado de cualquier pasaje que tenga oportunidad de consultar.⁸

Por doquier se busca continuar los estudios. Prestemos atención a las siguientes palabras de Martín Lutero: «Ya que el evangelio es tanpreciado para todos nosotros, lidiemos firmemente con su idioma». Bitzer lo hizo ¡y Bitzer era banquero!

7. John Newton, *The Works of the Rev. John Newton*, vol. 1 (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1985), 143.

8. Richard Cecil, *Memoirs of the Rev. John Newton*, en *The Works of the Rev. John Newton*, vol. 1, 49-50. Para leer sobre la vida y ministerio de Newton, véase John Piper, *The Roots of Endurance: Invincible Perseverance in the Lives of John Newton, Charles Simeon, and William Wilberforce* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2002).

Las biografías cristianas son el medio por el cual la
vida esencial de la iglesia trasciende los siglos.

JOHN PIPER

Las biografías me han servido tanto como cualquier
otra fuerza humana en mi vida para resistirme
a la inercia de la mediocridad. Sin ellas tiendo a
olvidar el gozo que hay en el trabajo y los anhelos
inspirados incesantemente por amor de Dios.

JOHN PIPER

13

HERMANOS, LEAN BIOGRAFÍAS CRISTIANAS

HEBREOS 11 es un mandato divino a leer biografías cristianas. La inconfundible connotación de este capítulo es que si escuchamos acerca de la fe de nuestros antepasados, nos despojaremos de «todo peso y del pecado» y correremos «con paciencia la carrera que tenemos por delante» (He. 12:1). Si preguntásemos al autor cómo «estimularnos al amor y a las buenas obras» (10:24), su respuesta sería: Mediante la exhortación de los vivos (10:25) y *los muertos* (11:1-40). Las biografías cristianas son el medio por el cual la vida esencial de la iglesia trasciende los siglos.

Esta comunión de los vivos y los muertos resulta especialmente crucial para los pastores. Como líderes en la iglesia, se espera que tengamos visión del futuro. Se espera que declaremos proféticamente hacia dónde debe encaminarse la iglesia. Se espera que inspiremos a las personas con grandes posibilidades.

No es que *Dios* no pueda darnos visión, guía e inspiración, sino que Él con frecuencia usa representantes humanos para exhortar a su pueblo. Así, la interrogante para nosotros los pastores es: ¿A través de qué representantes humanos *Dios nos* da la visión, guía e inspiración? Para mí, una de las respuestas más importantes ha sido mediante los grandes hombres y mujeres de fe que aunque estén muertos, aún nos hablan (He. 11:4).

Las biografías cristianas, bien escogidas, reúnen toda clase de cosas que los pastores necesitan, pero que tienen tan poco tiempo para buscar. La buena biografía es historia y nos protege contra el esnobismo cronológico (como lo llama C. S. Lewis). Es también teología (de la más poderosa) porque emana de la vida de las personas. Es también aventura y suspenso, por los que sentimos una sed natural. Es psicología y experiencia personal, que nos da un mejor entendimiento de la naturaleza humana (especialmente de nosotros mismos). Las buenas biografías de grandes cristianos propician lecturas sorprendentemente eficaces.

Ya que la biografía es la mejor testigo de sí misma, permítanme contarles un poco acerca de mi propio encuentro con las biografías. Las biografías me han servido tanto como cualquier otra fuerza humana en mi vida para resistirme a la inercia de la mediocridad. Sin ellas tiendo a olvidar el gozo que hay en el trabajo y los anhelos inspirados incesantemente por amor de Dios. He dedicado más tiempo a la vida de Jonathan Edwards (excelente biografía escrita por Iain Murray)¹ que a cualquier otro personaje no bíblico. Antes de haber cumplido los veinte años de edad, Edwards escribió setenta

1. Iain Murray, *Jonathan Edwards: A New Biography* (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1987).

determinaciones, las cuales han inspirado mi labor durante años. La número 6 es: «Vivir con todas mis fuerzas mientras viva». La número 11: «Cuando piense en algún teorema de divinidad por resolver, hacer inmediatamente lo que pueda por resolverlo, si las circunstancias no me lo impiden». La número 28: «Estudiar las Escrituras con tanta regularidad, constancia y frecuencia como para hallar y percibir claramente mi propio crecimiento en el conocimiento de la misma».²

Cuando vine a pastorear a la Iglesia Bautista Bethlehem en el año 1980, comencé a sentir sed de biografías con las cuales cargar mis baterías pastorales y obtener dirección y aliento. Como creo mucho en la combinación pastor-teólogo, recordé no sólo a Edwards sino, por supuesto, a Juan Calvino. (T. H. L. Parker escribió un pequeño retrato, *Portrait*, y una biografía más extensa.³

¡Cómo trabajaba Calvino! Después de 1549, su cargo especial en Ginebra era predicar dos veces los domingos y una vez *todos los días* en semanas alternas. El domingo 25 de agosto de 1549, Calvino comenzó a predicar sobre Hechos y continuó semanalmente con este libro hasta marzo de 1554. Los días entre semana durante esta época, predicó sobre ocho de los profetas menores y también sobre Daniel, Lamentaciones y Ezequiel. Pero lo que me asombra es que entre 1550 y 1559 celebró 270 casamientos. ¡Una cada dos semanas! También bautizaba (alrededor de una vez al mes), visitaba a los enfermos, mantenía una amplia correspondencia y tenía grandes responsabilidades organizativas.

Cuando miro a Calvino, a Edwards y la obra de ambos, me resulta difícil sentir pena de mí mismo con mis pocas cargas. Estos hermanos me inspiran a salir del andar pesado y mediocre.

Parker (quien, por cierto, pasó la mayor parte de su ministerio de cuarenta y tantos años en parroquias en el campo) también publicó

2. Las determinaciones de Edwards se encuentran en *Memoirs of Jonathan Edwards*, de Sereno Dwight, en *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 1 (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1974), xx-xxi.

3. T. H. L. Parker, *Portrait of Calvin* (Filadelfia, Pa.: Westminster Press, 1954); *John Calvin: A Biography* (Filadelfia, Pa.: Westminster Press, 1975).

una biografía corta de Karl Barth en 1970 que devoré durante mi año intermedio en el seminario. Además de ser sencillamente interesante, a causa de pinceladas tales como que Barth escuchaba música de Mozart antes de disponerse a escribir,⁴ tuvo una gran incidencia en mí por dos simples oraciones. Una fue: «Aquella noche Barth comenzó [a escribir] un folleto que terminó al otro día, un domingo (¡trece mil palabras en un día!)»⁵ Mi reacción fue: «¡Si la neortodoxia amerita tan extraordinaria labor, cuánto más la ortodoxia evangélica!»

La otra oración fue: «Barth se retiró de su cátedra en Basel en marzo de 1962, perdiendo así el estímulo que le proporcionaba la necesidad de impartir conferencias».⁶ Escribí en la tapa del libro: «¿Ha surgido la grandeza de algo que no sea la presión? Si la grandeza es ser siervo de todos, ¿no deberíamos estar bajo autoridad, bajo exigencia, empujados, presionados?»

También tuve una etapa en mi ministerio pastoral en la que Warren Wiersbe con *Walking with the Giants* y *Listening to the Giants*,⁷ fue de gran estímulo en mi trabajo. La razón fundamental por la cual estas colecciones de pequeñas biografías me han sido útiles es que muestran la diversidad de estilos pastorales que Dios ha elegido bendecir. Ha habido grandes y fructíferos pastores cuyos modelos de predicación, hábitos de visita y personalidades han sido tan diferentes que todos nosotros podemos cobrar ánimo.

Un ejemplo gracioso: Podemos contrastar al austero Jonathan Edwards, que contabilizaba el alimento que ingería para así maximizar su vigilia para estudiar, con Spurgeon, que pesaba más

4. T. H. L. Parker, *Karl Barth* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1970), 110. «Hizo de la música de Mozart parte de su preparación para escribir *Church Dogmatics*, de tal forma que era su costumbre escuchar a Mozart en el gramófono antes de disponerse a escribir».

5. *Ibid.*, 87.

6. *Ibid.*, 124.

7. Warren Wiersbe: *Walking with the Giants: A Minister's Guide to Good Reading and Great Preaching* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976); *Listening to the Giants: A Guide to Good Reading and Great Preaching* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1980).

de ciento treinta kilos y fumaba tabaco. No obstante, cada uno de estos hombres ganó más convertidos a Cristo que los que la mayoría de nosotros ganará.

Spurgeon le dijo a un crítico metodista: «Si alguna vez hallo que estoy fumando en exceso, prometo dejarlo por completo». El hombre le preguntó entonces: «¿Y a qué le llamaría usted fumar en exceso?» A lo que respondió: «¡Pues a fumarse dos tabacos a la misma vez!»⁸

George Mueller ha sido para mí un líder en la oración. Su *Autobiography* es un huerto cuyas frutas alimentan nuestra fe. En una sección nos narra, después de cuarenta años de pruebas, «cómo ser constantemente feliz en Dios». Nos dice: «Vi con más claridad que nunca que el primer y más primordial asunto del cual debía ocuparme cada día era el de tener mi espíritu feliz en el Señor».⁹ Durante diez años, nos explica, acometió esta tarea en el sentido contrario. «Antes, cuando me levantaba, comenzaba a orar tan pronto como me era posible y generalmente empleaba todo mi tiempo hasta el desayuno en la oración». El resultado fue que «con frecuencia, después de que mi mente divagara durante los primeros diez minutos, un cuarto de hora o incluso media hora, era que entonces comenzaba realmente a orar».

Cambió Mueller, entonces, su hábito e hizo un descubrimiento que lo sustentó cuarenta años.

Comencé a meditar sobre el Nuevo Testamento, desde el principio, temprano en la mañana... escudriñando cada versículo con el objetivo de obtener alimento para mi propio espíritu. El resultado que he encontrado, casi invariablemente, es que después de muy pocos minutos, mi espíritu es conducido a confesar, a dar gracias, a la intercesión o a la súplica; de manera que aunque yo no me

8. Wiersbe, *Walking with the Giants*, 74.

9. George Mueller, *Autobiography of George Mueller* (Londres: J. Nisbet and Co., 1906), 152.

haya dedicado a la *oración*, sino a la meditación, aún así, esta se convierte casi de inmediato, más o menos, en oración.¹⁰

He encontrado el sistema de Mueller absolutamente decisivo en mi propia vida: Estar con el Señor antes de estar con nadie más y dejar que sea *Él* quien me hable primero.

Hay algo más de la vida de Mueller que me sorprendió e inspiró. Él oraba con asombrosa confianza por abastecimientos para su orfanato, pero cuando su esposa se enfermó de fiebre reumática, oró así:

Sí, Padre mío, la vida de mi querida esposa está en tus manos. Tú harás lo que sea mejor para ella y para mí, ya sea la vida o la muerte. Si fuera posible, levanta otra vez a mi preciosa esposa. Tú puedes hacerlo, aunque ella está muy enferma; pero cualquiera que sea tu trato conmigo, sólo ayúdame a seguir sintiéndome plenamente satisfecho con tu santa voluntad.¹¹

Su esposa murió y Mueller predicó en su funeral un sermón del Salmo 119:68: «Bueno eres tú, y bienhechor».¹²

Qué inmensa diferencia entre esta manera de ver a Dios y la que encontré cuando leí *Spiritual Autobiography*, de William Barclay. Él estuvo durante muchos años en la facultad de divinidad de la Universidad de Glasgow, Escocia, y fue un popular comentarista. Perdió a una hija en el mar, pero su reacción no fue la de George Mueller, que dijo: «Conozco, oh Jehová, que... conforme a tu fidelidad me afligiste» (Sal. 119:75). En lugar de eso, Barclay dijo: «Creo que el dolor y el sufrimiento no son nunca la voluntad de

10. *Ibid.*, 153.

11. *Ibid.*, 442.

12. *Ibid.*, 431.

Dios para sus hijos». Llamar «acto de Dios» a un accidente fatal, dijo, es blasfemia.¹³

Autobiography, de Barclay, es la más deprimente de todas cuando pienso cuántos pastores evangélicos se han nutrido de los comentarios de Barclay casi para cada sermón. Desdeñaba la visión de la expiación en la que la muerte de Cristo propicia la ira de Dios¹⁴ y escribió: «Soy un universalista convencido. Creo que al final, todos los hombres serán reunidos en el amor de Dios».¹⁵ No puedo evitar preguntarme si la debilidad teológica de muchos pulpitos hoy día no se debe a la dependencia simplista de la teología anémica y no bíblica de comentaristas como Barclay.

Preferiría jugarme el todo por el todo por la teología de Sarah Edwards. Cuando se enteró de que su esposo Jonathan había muerto a causa de una vacuna contra la viruela a la edad de cincuenta y cuatro años, dejándola con diez hijos, le escribió a su hija:

¿Qué diré? Un Dios santo y bueno nos ha cubierto con una nube negra. ¡Ay, que podamos besar el cayado y poner nuestras manos en nuestras bocas! El Señor lo hizo. Él me hizo adorar su bondad por tenerlo junto a nosotros tanto tiempo. Pero mi Dios vive y Él tiene mi corazón. Qué legado el que mi esposo, tu padre, nos ha dejado. Todos somos entregados a Dios y es en Él donde estoy y deseo estar.¹⁶

Para mostrarles uno de los valores adicionales de leer biografías cristianas, termino con palabras de agradecimiento a Carl Lundquist, el antiguo rector del Bethel College and Seminary. Como estaba por culminar veintiocho años en la rectoría, quise escribirle y expresarle mi amor y mi agradecimiento. Él fue rector durante mis seis años en el claustro de profesores y fue muy amable conmigo.

13. William Barclay, *A Spiritual Autobiography* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1975), 44.

14. *Ibid.*, 52.

15. *Ibid.*, 58.

16. Citado en Murray, *Jonathan Edwards*, 442.

Ocurrió que me encontraba leyendo la autobiografía de A. H. Strong, quien había sido rector del Seminario Teológico de Rochester. Ahí encontré las palabras para añadirle veracidad vehemente a mi carta de agradecimiento. Strong escribió: «Siempre he creído que debe haber una vida futura para los caballos de tiro, las lavanderas y los rectores de las universidades; como ellos no se ganan el postre en esta vida, tiene que haber otra vida, para justificar los caminos de Dios».¹⁷

Teología viva. Santos con imperfecciones y alentadores. Historias de gracia. Profunda inspiración. El mejor entretenimiento. Hermanos, bien que vale su precioso tiempo. Recuerden Hebreos 11 y lean biografías cristianas.¹⁸

17. Augustus Hopkins Strong, *Autobiography of Augustus Hopkins Strong* (Valley Forge, Pa.: Judson Press, 1981), 22.

18. Una de las más fructíferas disciplinas que he abordado ha sido la de presentar un estudio biográfico a la Conferencia de Pastores de Bethlehem una vez al año. Esto me ha obligado a leer más de lo que lo habría hecho si no existiera este compromiso. Dichos estudios están siendo publicados ahora en la serie llamada *The Swans Are Not Silent*. Véase John Piper, *The Legacy of Sovereign Joy: God's Triumphant Grace in the Lives of Augustine, Luther, and Calvin* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2000); *The Hidden Smile of God: The Fruit of Affliction in the Lives of John Bunyan, William Cowper, and David Brainerd* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2001); *The Roots of Endurance: Invincible Perseverance in the Lives of John Newton, Charles Simeon, and William Wilberforce* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2002). Quisiera alentar a todos los pastores a que consideren presentar ante sus fieles un inspirador estudio biográfico de algún gran cristiano al menos una vez al año.

Nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas... entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición.

2 PEDRO 3:15-16

Dios quiere al haragán intelectual tanto como a cualquier otro haragán. Si usted está pensando en convertirse en cristiano, le advierto que va a emprender algo que lo va tomar por completo, cerebro y todo. Pero, afortunadamente, funciona al revés. La persona que está intentando de corazón ser un cristiano pronto descubrirá que su inteligencia se ha afilado: Una de las razones por la que ser cristiano no necesita de educación especial es porque el cristianismo es una educación en sí.

C. S. LEWIS

14

HERMANOS, MUÉSTRENLES A SUS FIELES POR QUÉ DIOS INSPIRÓ TEXTOS DIFÍCILES

LA TRASCENDENCIA de que Dios haya hecho un libro tan crucial para la conservación y declaración de la verdad salvadora es incalculable. Esta trascendencia es más extraordinaria aún porque el libro tiene algunas partes que son verdaderamente difíciles de entender. ¿Qué significa para la vida, la cultura, la historia y la adoración que Dios le haya dado al cristianismo un libro que tiene algunos textos que ponen a prueba la mente y luego fundó la iglesia basado en él?

Estas ideas me surgieron mientras yo predicaba Romanos y llegué a Romanos 3:1-8. Mi cerebro casi estalla tratando de entender la complejidad de ese párrafo. Entonces pregunté: «¿Qué se desató en el mundo por el hecho de que el cristianismo no sólo declara la salvación por la fe en Jesús, sino que también desarrolla sus razonamientos y establece sus mensajes en un libro, la Biblia, y en cartas como la Epístola a los Romanos y en párrafos como Romanos 3:1-8?»

Alguien pudiera decir: «Nosotros somos el problema. Los escritores bíblicos no son desconcertantes. Nosotros somos torpes. Si fuéramos más espirituales y más dóciles, no encontraríamos la Palabra de Dios tan difícil». Bueno, esa es una verdad a medias. Yo soy torpe. Pero ese no es el único problema. El apóstol Pedro dijo en su segunda epístola: «Nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas... entre las cuales hay algunas *difíciles de entender*, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición» (2 P. 3:15-16).

Observemos cuatro cosas sencillas y evidentes: (1) Pablo escribió con sabiduría «que le ha sido dada» y Pedro se refiere a sabiduría dada por Dios (como dice 1 Co. 2:13). (2) Por lo tanto, dice Pedro, los escritos de Pablo están en la categoría de las «otras Escrituras»; los escritos de los apóstoles están en la misma categoría que las Escrituras inspiradas del Antiguo Testamento. (3) No obstante, algunas de las cosas que escribió eran «difíciles de entender». Dios, el comunicador perfecto (porque Él es perfecto en todo sentido) no hace siempre fácil las cosas cuando Él guía a un escritor en lo que ha de escribir. (4) El que habla es un apóstol, no John Piper. Luego no soy el único cuando digo que algunos párrafos en Pablo son difíciles de entender.

Y ahora pregunto: «¿Qué significa que Dios inspirara párrafos tan difíciles en su libro? ¿Qué desató Dios en el mundo al fundar su Iglesia sobre la base de escritos como estos?»

Haré mención de cuatro cosas y luego las sopesaré con la parte menos compleja del evangelio. Cuatro cosas: desesperación, súplica, meditación y educación.

1. *Desesperación* (Sentir total dependencia de la habilitación de Dios)

Esto lo veo en 1 Corintios 2:14: «Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente». El hombre natural (todos nosotros sin la obra del Espíritu en nuestra vida) debemos sentir desesperación ante la revelación de Dios. El hombre necesita la ayuda de Dios. Pues lo mismo sucede con las personas espirituales, aunque finitas, falibles y pecadoras, como yo cuando me tropiezo con textos difíciles de la Palabra de Dios. Debo sentir desesperación, una dependencia desesperada de la ayuda de Dios. Eso es lo que Dios quiere que sintamos. Eso es una cosa que Él ha desatado al inspirar textos difíciles.

2. *Súplica* (Orar a Dios pidiendo ayuda)

Esto es la consecuencia lógica de la desesperación. Si usted siente que depende de Dios para que lo ayude a ver el significado del texto, entonces le suplicará que lo ayude. Esto lo veo en el Salmo 119:18: «Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley». Siete veces en un solo salmo el salmista ora: «Enséñame tus estatutos» (119:12, 26, 64, 68, 124, 135, 171). O como dice el Salmo 25:5: «Encamíname en tu verdad, y enséñame». Al inspirar algunas cosas difíciles de entender, Dios ha desatado en el mundo la desesperación que tiene por consecuencia la súplica, es decir, el pedirle ayuda a Dios.

3. *Meditación* (Pensar profundamente en los textos bíblicos)

Usted pudiera razonar: «No, no, John, usted está confundido. Usted acaba de decir que Dios quiere que *oremos* para pedirle ayuda para entender, no para hallar una solución *pensando*». Pero la respuesta a esa inquietud es la siguiente: «No, orar y pensar no son alternativas». Esto lo vimos en el capítulo 11 al considerar 2 Timoteo 2:7, donde Pablo le dice a Timoteo: «*Considera* [piensa] lo

que digo, y *el Señor* te dé entendimiento en todo». Sí, es *el Señor* el que da entendimiento. Pero lo hace por medio del pensamiento que Dios nos ha dado y por el esfuerzo que hacemos, *con oración*, para reflexionar profundamente en lo que dice la Biblia. Luego, cuando Dios inspiró textos como Romanos 3:1-8, desató en el mundo el impulso de la meditación profunda.

Así, junto a la desesperación y la súplica, está la meditación, que finalmente da lugar a la...

4. *Educación* (Enseñar a los jóvenes y los adultos a orar de todo corazón, leer bien y pensar profundamente)

Si Dios inspiró un libro como base de la fe cristiana, se ha desatado en el mundo el inmenso impulso de enseñar a las personas a leer. Y si Dios decretó que algunas partes de ese libro precioso, sagrado e insuflado por Dios fueran difíciles de entender, entonces Dios desató en el mundo no sólo el impulso de enseñar a las personas a leer, sino también a meditar sobre lo que leen: A leer cosas difíciles y entenderlas y a usar la mente de manera rigurosa.

Pablo le dijo a Timoteo en 2 Timoteo 2:2: «Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros». Transmite entendimiento a los demás, Timoteo, de manera que ellos puedan enseñar a otros también. En otras palabras, los escritos de los apóstoles, especialmente los difíciles, desatan generación tras generación de educación. La educación está enseñando a las personas a entender algo que no entendían. O, con más exactitud, la educación ayuda a las personas (jóvenes y adultas) a *aprender a* obtener un entendimiento que no tenían con anterioridad. La educación está cultivando la vida de la mente de manera que esta sepa crecer en verdadero entendimiento. Ese impulso fue desatado cuando Dios inspiró un libro que contiene párrafos complejos y difíciles.

La repercusión personal, cultural e histórica de estos impulsos ha sido enorme a lo largo de los últimos dos mil años.

- Dondequiera que se haya diseminado el cristianismo, se ha diseminado la Biblia y con ello el impulso de traducirla a otros idiomas... con todas las disciplinas intelectuales que acompañan a una traducción eficaz.
- Y junto a esto va el impulso de cultivar a un pueblo instruido que es capaz de leer la nueva traducción. Y con cada nueva generación, hay un impulso continuo de enseñar a los jóvenes a leer para que puedan tener acceso directo a la Palabra de Dios.
- Y junto a esto va el impulso de fundar escuelas así como iglesias.
- Y puesto que traducir y leer la Biblia implica una profunda reflexión sobre muchos temas, con el tiempo surge el impulso de obtener una enseñanza superior y las universidades e institutos superiores aparecen a renglón seguido de una cultura fundada en el conocimiento de Dios por medio de su Palabra en un libro.
- Y en todo esto existe el impulso de anotar observaciones sobre estas cosas más difíciles y surge la dedicación a la erudición.
- Y a través del tiempo, surge el impulso de preservar esta riqueza de observaciones y surgen las bibliotecas y diversos medios para copiar y luego imprimir.
- Y puesto que la precisión es tan importante al manejar los textos sagrados y transmitir valiosos comentarios, se desata una disciplina de exactitud y meticulosidad en nuestro trabajo a lo largo de los siglos. Y así sucesivamente.

Esto es parte de los que Dios desató en el mundo al inspirar una Biblia con pasajes difíciles como Romanos 3:1-8.

Ahora bien, anteriormente dije que quería sopesar esto con otra clase de impulso de la Biblia que se deriva de la parte menos compleja del evangelio. ¿Cómo haremos esto? Quizá sería útil si lo hiciéramos de la siguiente forma: Tomemos en cuenta que *Dios es amor* (1 Jn. 4:8, 16) y que *Dios es Dios* (Is. 45:22; 46:9). En la verdad de que Dios es Dios se da a entender que Dios es quien es en todos sus gloriosos

atributos y suficiencia. Pero en la verdad de que Dios es amor se da a entender que toda esta gloria se mueve en nuestra dirección para nuestro eterno gozo.

Estas dos verdades de la Biblia han desatado diferentes impulsos en el mundo. Y veremos que aquí se introduce un equilibrio, no sea que hagamos del cristianismo una cuestión elitista, que categóricamente no es.

- Que *Dios es amor* desata el impulso de la sencillez y que *Dios es Dios* desata el impulso de la complejidad.
- Que *Dios es amor* desata el impulso de la accesibilidad y que *Dios es Dios* desata el impulso de la profundidad.
- Que *Dios es amor* estimula centrarse en los aspectos básicos y que *Dios es Dios* estimula centrarse en cada uno de los detalles. El uno dice: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (Hch. 16:31). El otro dice: «Porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios» (Hch. 20:27).
- Que *Dios es amor* nos impele a garantizar que la verdad llegue a *todas* las personas y que *Dios es Dios* nos impele a garantizar que lo que llegue a todas las personas sea la *verdad*.
- Que *Dios es amor* desata el impulso hacia la hermandad y que *Dios es Dios* desata el impulso hacia la erudición.
- Que *Dios es amor* tiende a crear personas extrovertidas y evangelistas y que *Dios es Dios* tiende a crear personas dedicadas a la contemplación y poetas.
- Que *Dios es amor* ayuda a fomentar un espíritu popular y que *Dios es Dios* ayuda a fomentar un espíritu selecto. El espíritu popular se deleita en la intimidad de Dios y canta dulcemente:

Señor, eres más valioso que la plata.

Señor, eres más costoso que el oro.

Señor, eres más hermoso que el diamante.

Nada de lo que yo deseo puede compararse a ti.

(«Señor, eres» por Lynn Deshazo [traducción libre])

Y el espíritu selecto se deleita en la majestad trascendente de Dios y canta con profundo júbilo:

Más allá de tu pensamiento
Su consejo aparecerá
Cuando Él haya terminado completamente la obra
Que ha causado tu innecesario temor.
Deja a su voluntad soberana
Escoger y ordenar:
Maravillado, entonces reconocerás
Cuán sabia y cuán fuerte es su mano.
(«Deja que el viento se lleve tus temores» por
Paul Gerhardt [traducción libre])

Quizás en este momento alguien diga: «No me gusta esta separación entre Dios es amor y Dios es Dios, entre popular y selecto, evangelistas y místicos. Hermandad y erudición, accesibilidad y profundidad, sencillez y complejidad». Mi respuesta es la siguiente: «¡Pues, eso está muy BIEN!» porque en mi mente todas esas cosas son preciosas y los dos componentes de estas parejas son indispensables en el ministerio y la misión de Cristo en el mundo.

Mi oración para mis fieles y para los pastores que lean este libro y para mí mismo es que cuando veamos estos distintos impulsos en el cristianismo, los abracemos todos. Si oscilamos hacia un lado (como todos lo hacemos), respetemos y reafirmemos a los que están del otro lado. Y no seamos respetuosos sólo de aquellos en casa que están del otro lado, sino que nos alegremos de ello debido a la más plena manifestación de Dios en su iglesia y en el mundo. Y regocijémonos de que hasta la causa del evangelismo y las misiones avancen cuando dejemos en claro estos diferentes impulsos en el cristianismo porque esto ayudará a eliminar caricaturas y estereotipos y abrirá el camino para que las personas vean todo lo que es Dios para ellos en Cristo y crean en Él. ¡Hermanos, vale la pena! Muéstrénles a sus fieles por qué Dios inspiró textos difíciles.

Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina;
persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás
a ti mismo y a los que te oyeren.

1 TIMOTEO 4:16

Todo lo soporto por amor de los escogidos,
para que ellos también obtengan la salvación
que es en Cristo Jesús con gloria eterna.

2 TIMOTEO 2:10

Lo que está en juego en los cultos de domingo no es sólo
la edificación de la iglesia, sino su eterna salvación.

JOHN PIPER

15

HERMANOS, SALVEN A LOS SANTOS

YO ANTES DECÍA que mi meta como pastor-maestro era la de glorificar a Dios por la salvación de pecadores y la edificación del cuerpo de Cristo, ganando a los perdidos y perfeccionando a los santos. Pero detrás de esta meta había una premisa errónea. La premisa era que mi única función en salvar a las personas era la de predicar el evangelio a los perdidos y orar por ellos. Entonces, después de que se convirtieran y se unieran a la iglesia, mi papel en su

salvación habría terminado y yo era simplemente un agente de Dios en su grado respectivo de edificación o santificación.

Mi error consistía en pensar que la salvación de sólo los perdidos dependía de mi predicación, pero no la salvación de la iglesia.

Por lo tanto, por un tiempo me pareció extraño que los pastores puritanos les predicaban a sus rebaños como si la vida eterna de las personas dependiera de ello. ¿Por qué Richard Sibbes, quien murió en 1635, y que era conocido como «el cuentagotas dulce», suplicaba de todo corazón a los santos a «mantener la gracia en ejercicio»? Su respuesta: Porque «no son las costumbres aletargadas, sino la gracia en ejercicio, lo que nos preserva».¹

Los puritanos creían que sin perseverancia en la obediencia de la fe el resultado será la destrucción eterna, no menos santificación. Por lo tanto, puesto que la predicación y el ministerio pastoral en general son magníficos medios para la perseverancia de los santos, la finalidad de un pastor no es simplemente edificar los santos, sino salvar a los santos. Lo que está en juego en los cultos de domingo no es sólo la edificación de la iglesia, sino su eterna salvación. No es difícil ver por qué los puritanos eran tan serios en esto.

Pero no fue ni Sibbes ni Baxter ni Boston ni Edwards ni Spurgeon quienes me hicieron cambiar mi objetivo. Fue el apóstol Pablo. Él le escribió a Timoteo: «Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren» (1 Ti. 4:16). Los «que te oyeren» de los que habla Pablo no son las personas fuera de la iglesia (como lo muestra el versículo 12: «sé ejemplo de los creyentes»). Nuestra salvación y la salvación de los que nos oyen semana tras semana dependen en gran medida de la atención fiel que ponemos a la santidad personal y a una buena enseñanza. Algo más está en juego en nuestra obra que un mayor o menor avance en la santificación. La salvación de los creyentes que nos oyen está en peligro.

1. Richard Sibbes, *The Bruised Reed* (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1998; original, 1630), 104.

En 2 Timoteo 2:10, Pablo narra su sufrimiento por el evangelio y dice: «Todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna». La salvación de los escogidos no es automática. Tiene lugar mediante medios asignados por Dios. «Todo lo soporto... para que ellos también obtengan la salvación». «Cuando Dios asigna» significa que son indispensables. Además, cuando Pablo dice que sufre por la salvación de los escogidos, no se refiere solamente a las personas que aún no se han convertido, pues él dice en Colosenses 1:24: «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia». No sólo eso, sino que dice más adelante (2 Ti. 2:12): «Si sufrimos, también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará». Aquí también está incluido Pablo. Si Pablo niega a Cristo, Cristo lo negará a él. La salvación de los escogidos depende de que no nieguen a Cristo y en su perseverancia en la fe y la obediencia.

Puesto que la labor pastoral de Pablo es un medio para ayudar a los escogidos a perseverar, él considera toda su labor decisiva para su salvación. ¿Es de extrañar que Pablo se quejara de «lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias» (2 Co. 11:28)?

En ese hermoso pasaje de 2 Corintios donde Pablo enseña que Dios nos consuela para que nosotros podamos consolar a otros, él va más allá del consuelo y dice: «Si somos atribulados, es para vuestra consolación *y salvación*» (2 Co. 1:6). Aquí también es la *salvación* de los miembros de la iglesia por quienes Pablo sufre y obra.

En 2 Corintios 7, encontramos un ejemplo de cómo la labor pastoral conduce a la salvación de los elegidos. Los creyentes corintios habían caído en el pecado. Pablo les escribió una carta que los entristeció profundamente. Pero Pablo se goza porque el dolor de ellos produjo arrepentimiento: «Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento *para salvación*, de que no hay que arrepentirse» (v. 10).

¿Cuál fue entonces el objetivo de Pablo con esta dura carta a los santos? Fue arrepentimiento *para salvación*. Las amonestaciones de Pablo habían hecho que los creyentes indecisos sentaran cabeza y se ocuparan de su «salvación con temor y temblor» (Fil. 2:12). Había hecho volver a un pecador extraviado del error de su camino y por ende había salvado un alma (véase Stg. 5:19-20). La vida eterna de los escogidos depende de la eficacia de la labor pastoral. ¡Cuán fervientes y sinceros hemos de ser al ocuparnos de nosotros mismos y de la fortaleza y la utilidad de nuestra enseñanza!

La tarea del pastor consiste en trabajar para que ninguno de sus hermanos y hermanas se pierda. El corazón pastoral de Pablo parecía que estaba a punto de partirse cuando vio la falta de amor en la iglesia de Roma (Ro. 14:15). Los más fuertes estaban haciendo alarde de que ellos podían comer alimentos que para los más débiles hubiera sido pecado (v. 14). Es asombroso lo que Pablo vio que estaba en juego: «No hagas que por la comida tuya se pierda aquel por quien Cristo murió» (v. 15). «No *destruyas* la obra de Dios por causa de la comida» (v. 20).

La misma amonestación se les dio a los creyentes corintios que tendían a alardear de su indiferencia ante la carne que se ofrecía a los ídolos. Pablo les dijo: «Pero mirad que esta libertad vuestra no venga a ser tropezadero para los débiles... Y por el conocimiento tuyo, *se perderá* [destruirá] el hermano débil por quien Cristo murió» (1 Co. 8:9, 11).

No es factible que debamos suavizar la palabra «perder» (*apollumi*). El opuesto es salvación, como queda claro en 1 Corintios 1:18 y 2 Corintios 2:15. Si un hermano se pierde, se destruye. La referencia es a la destrucción más allá de la muerte, porque Pablo usa la misma palabra cuando dice: «Si Cristo no resucitó... entonces también los que durmieron en Cristo perecieron [es decir, han sido destruidos en el infierno]» (1 Co. 15:17-18).

A pesar de las apariencias en sentido contrario, esto no implica que los santos verdaderos puedan perder su salvación. Ni tampoco implica que Cristo no haya muerto por los escogidos de una manera

eficaz para asegurar su eterna salvación. Lo que sí implica es que uno puede ser llamado «hermano» sobre la base de las apariencias, pero al final demostrar que no se es hermano al no perseverar en la fe. Ese tipo de persona se describe en 1 Juan 2:19: «Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros». Esas personas eran llamadas «hermano por quien Cristo murió» antes de que salieran. Pero al final demostraron que no lo eran.

Lo que está en juego en la amonestación pastoral y en la predicación no es simplemente el avance de la iglesia en la santificación, sino su perseverancia para alcanzar la salvación final.

Pero qué error sería si sacáramos la siguiente conclusión: Prediquemos entonces sólo los mensajes que muestran el simple plan de salvación semana tras semana. Esta no es, de ninguna manera, la forma de atender al rebaño «en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos» (Hch. 20:28).

Cuando Pedro dijo: «Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación» (1 P. 2:2), no quiso decir con la palabra *leche* lo que quiere decir Hebreos 5:12 cuando usa la palabra «leche» en comparación con «alimento sólido». Lo que quiso decir fue que los santos deben estar ávidos por la Palabra de la gracia de Dios (1 P. 1:25) tanto como un niño por la leche. Sólo alimentándonos de la Palabra podemos crecer, y sólo creciendo podemos perseverar y obtener la salvación final. Una dieta regular de mensajes del evangelio que no ayudan a los santos a salir de la infancia, no sólo atrofia el carácter sino que pone en peligro su salvación final.

Debemos recordar lo siguiente: En la vida cristiana no nos detenemos. O estamos avanzando hacia la salvación o nos vamos deslizando hacia la perdición. Deslizarse es un peligro mortal. «Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que *nos deslicemos*» (He. 2:1). Si no les señalamos a nuestros fieles las inagotables riquezas de Cristo

para incitarlos a ir hacia adelante adentrándose más en Dios, si no revelamos «todo el consejo de Dios» (Hch. 20:27), entonces lo que alentamos es el deslizamiento río abajo donde naufragarán en cuanto a la fe (1 Ti. 1:19).

Hay dos posibilidades en Hebreos 2:1-3: O escuchamos la Palabra del Señor (vv. 1, 3) o nos apartamos de ella. No podemos permanecer quietos en el río de la indiferencia. Su corriente fluye río abajo hacia la cascada. De este modo el versículo 3 pregunta: «¿Cómo escaparemos nosotros [de la justa retribución de Dios], si descuidamos una salvación tan grande?» Descuidar nuestra gran salvación significa no escuchar lo que ha sido revelado por el Hijo (He. 1:2), no prestarle atención a Jesús (He. 3:1; 12:2). El resultado será apartarnos de la Palabra y por ende de la salvación. «Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo» (He. 3:12). «Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio» (He. 3:14). El Hijo «vino a ser autor de eterna salvación para todos los que [siguen obedeciéndolo (tiempo presente, acción continua)]» (He. 5:9).

Algunos lectores considerarán este énfasis en la necesidad de un cambio en la obediencia a Cristo como «justificación por obras». Pero eso sería una interpretación errónea de lo que estoy diciendo. Por eso fue que escribí el capítulo 4, «Hermanos, vivan y prediquen la justificación por la fe», y lo puse cerca del principio del libro. La obediencia es la evidencia de la fe que por sí sola nos une a Cristo que es nuestra justicia justificadora. Nada de lo que aquí he dicho contradice esa verdad.

Por eso repito, la manera de salvarse uno mismo y salvar a los que escuchan (1 Ti. 4:16) no es deteniendo el crecimiento de los fieles con una dieta libre de alimento sólido de «mensajes de salvación». Esto envió a los «hebreos» de vuelta hacia la perdición (He. 5:11-

14). La forma de salvar a los santos es alimentándolos de todas las Escrituras, porque son las Escrituras «las cuales te pueden hacer sabio *para la salvación*» (2 Ti. 3:15).

Una última palabra sobre la seguridad eterna. Es un proyecto comunitario. Y es por eso que el ministerio pastoral es tan serio y por qué nuestra predica no debe ser en broma sino sincera. Predicamos para que los santos puedan perseverar en la fe por la gloria. Predicamos no sólo por su crecimiento, sino porque si no crecen, perecen. Si nos regocijamos en la soberanía de Dios en la salvación, entonces permanecemos en la palabra segura de Cristo: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás» (Jn. 10:27-28).

Los escogidos amarán la Palabra de Dios, los escogidos crecerán, los escogidos se arrepentirán y los escogidos sin duda se salvarán (Ro. 8:29-30). Pero no se salvarán independientemente de la enseñanza fiel. Dios ha ordenado que haya pastores-maestros no sólo con el propósito de la edificación, sino también con el propósito de la salvación.² ¡Quién diese ahora que nuestra predicación pudiera tener el sabor de la eternidad, pues la eternidad está en juego todas las semanas!

2. Para un análisis detallado del punto de vista que se propugna en este capítulo, véase Thomas R. Schreiner y Ardel B. Caneday, *The Race Set Before Us: A Biblical Theology of Perseverance and Assurance* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2001).

En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.

EFESIOS 2:12

Mientras más vivo tengamos el recuerdo de nuestro horrible rescate, con más naturalidad nos compadeceremos de quienes están en un apuro similar. Mientras más profundamente sintamos cuán inmerecida y libre fue la gracia que nos arrancó de las llamas, más libre será nuestra benevolencia hacia los pecadores.

JOHN PIPER

Cuando el corazón ya no siente la realidad del infierno, el evangelio pasa de ser buenas noticias a ser simplemente noticias. La intensidad del gozo se atenúa y se seca el manantial de amor del corazón.

JOHN PIPER

16

HERMANOS, DEBEMOS SENTIR LA REALIDAD DEL INFIERNO

¿NO ES LA INCAPACIDAD de llorar por los no creyentes de nuestros barrios y los miembros carnales de nuestras iglesias nuestro más doloroso fracaso en el pastorado? El abismo entre nuestra comprensión de la Biblia y las pasiones que ello despierta en nuestros corazones constituye un gran obstáculo en nuestro ministerio. Las gloriosas y horribles verdades que resuenan a lo largo de la Biblia sólo provocan un tenue eco de temor y éxtasis en nuestros corazones. Cargamos nuestros labios con un megatón de verdad y la expresamos

con un gramo de pasión. ¿Creemos en nuestros corazones lo que nuestros labios expresan?

Sé por experiencia propia que para ser un verdadero pastor y no una persona que sólo trabaja por dinero, que llora por las ovejas descarriadas y que convoca con lágrimas a las cabras salvajes, tengo que creer de corazón ciertas cosas terribles y maravillosas. Si voy a amar con el corazón manso, humilde, entrañable y modesto de Cristo, tengo que *sentir* las horribles y gloriosas verdades de las Escrituras. Concretamente:

- Tengo que *sentir* la realidad del infierno, que existe, que es terrible y horrible más allá de lo imaginable por los siglos de los siglos. «E irán éstos al castigo eterno» (Mt. 25:46). Incluso si trato de hacer del «lago de fuego» (Ap. 20:15) o del «horno de fuego» (Mt. 13:42) un símbolo, me enfrento al pensamiento aterrador de que los símbolos no son exageraciones, sino eufemismos de la realidad. Jesús no escogió estos ejemplos para decirnos que el infierno es más fácil que quemarse.¹
- Tengo que *sentir* la realidad de que una vez estuve tan cerca del infierno como de la silla en que estoy sentado (incluso más cerca). Sus tinieblas, como vapor, habían penetrado en mi alma y me atraían seductoramente. Su calor ya había secado la piel de mi conciencia. Su perspectiva era la mía. Yo era un

1. Todo pastor debe preocuparse en nuestros tiempos por el compromiso abierto, así como por las inclinaciones secretas, de muchos eruditos y líderes cristianos hacia el aniquilacionismo: La creencia de que el infierno no supone el suplicio eterno de la conciencia sino que es el cese de la existencia. He intentado responder a los argumentos del aniquilacionismo en *Let the Nations Be Glad: The Supremacy of God in Missions* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 2003), capítulo 4. Véase también Ajith Fernando, *Crucial Questions about Hell* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1991); Larry Dixon, *The Other Side of the Good News: Confronting the Contemporary Challenges to Jesus' Teaching on Hell* (Escocia: Christian Focus, 2003); Edward William Fudge y Robert A. Peterson, *Two Views of Hell: A Biblical & Theological Dialogue* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2000); Robert A. Peterson, *Hell on Trial: The Case for Eternal Punishment* (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1995). Para consultar excelentes mensajes de audio de Sinclair Ferguson sobre este tema, visite www.desiringGOD.org y busque el álbum de casetes titulado «Universalism and the Reality of Eternal Punishment».

hijo del infierno (Mt. 23:15), un hijo del diablo (Jn. 8:44) y de la ira (Ef. 2:3). Yo pertenecía a la generación de víboras (Mt. 3:7), sin esperanza y sin Dios (Ef. 2:12). Tengo que creer que, como un alpinista que resbala y se queda colgado de un precipicio mortal por la punta de los dedos, así quedé colgado yo una vez sobre el infierno y estuve a sólo un paso del tormento eterno. Lo digo despacio, *¡tormento eterno!*

- Tengo que *sentir* la realidad de que la ira de Dios estaba sobre mí (Jn. 3:36); su ira estaba contra mí (Sal. 34:16). Él me aborrecía por mis pecados (Sal. 5:5); su maldición y su furia eran mi porción (Gá. 3:10). No fue Satanás quien impuso el infierno a Dios. Fue Dios quien lo creó y lo destinó a personas como yo (Mt. 25:41).
- Tengo que *sentir* en mi corazón que toda la justicia del universo estaba de parte de Dios y en mi contra. En la balanza de la justicia, yo pesaba menos que el aire. No tenía ni una fracción de derecho a apelar mi sentencia de condenación. Mi boca estaba cerrada (Ro. 3:19). Yo estaba corrompido y era culpable hasta la médula y Dios fue perfectamente justo en su sentencia (Sal. 51:4; Ro. 3:4).

Hermanos, ustedes han oído decir: «No tengas esos pensamientos negativos, no prediques esas cosas negativas, no mires atrás. Habla del amor santo de Dios y mira hacia la nueva creación». Pero yo les digo basándome en la autoridad de las Escrituras: *Recuerden, recuerden, recuerden* la horrible condición de estar apartados de Cristo, sin esperanza y sin Dios, al borde del infierno. «En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef. 2:12).

Si yo no creo en mi corazón estas verdades horribles (creerlas de manera que yo las sienta como reales), el amor santo de Dios en Cristo apenas brillará. La dulzura del aire de redención será difícilmente perceptible. La maravilla infinita de mi vida nueva será

trivial. La maravilla de que a mí, un hijo del infierno, todas las cosas me sean dadas por heredad no me dejará estupefacto con humildad temblorosa y gratitud sencilla. La cuestión de la salvación puede parecer aburrida y mi entrada al paraíso cosa común y corriente. Cuando el corazón ya no siente la realidad del infierno, el evangelio pasa de ser *buenas* noticias a ser simplemente noticias. La intensidad del gozo se atenúa y se seca el manantial de amor del corazón.

Pero si recuerdo estas cosas horribles y las creo en mi corazón; si dejo que cada pecado que subsiste y cada momento de indiferencia a las cosas espirituales me hagan recordar el olor del infierno que persiste en los remanentes de mi corrupción; si dejo que mis rodillas se vuelvan débiles como el día en que me tambaleaba sobre el abismo de mi perdición; si recuerdo que de no ser por la gracia absolutamente libre yo sería el más empedernido pecador y estaría ahora en los tormentos del infierno; si todo esto lo recuerdo y lo creo en mi corazón, ¿qué contrición, qué humildad, qué mansedumbre tendrán lugar entonces en mi corazón!

Entonces el abismo entre mi comprensión de la Biblia y las pasiones de mi corazón desaparecerá, y abundará el amor.

¿A quién puedo devolverle mal por mal mientras el Gran Médico me saca del crematorio del universo y me lleva a su sala de cuidados intensivos con vida, con vida, con vida? ¿De qué enfermedad voy a burlarme? ¿Dónde está el peor pecador sobre quien pudiera sentir un milímetro de superioridad? En lugar de eso me convierto en alguien apesadumbrado que salta en busca de alegría. Derramo lágrimas por toda mi maldad (sí, maldad de orgullo, incredulidad, indiferencia, ingratitud, impureza de mente y metas mundanas de un muchacho bueno, decente y de clase media), mas saltando de alegría por la libre e inagotable misericordia de Dios.

Es posible que recordemos a Jonathan Edwards como el predicador de «Pecadores en manos de un Dios enojado», pero que

no recordemos el efecto poderoso y práctico de la visión que tenía Edwards del infierno. ¿Qué hace una persona que la ha visto y corre a los brazos de Jesús en busca de salvación? Edwards responde:

Un amor verdaderamente cristiano, ya sea por Dios o por los hombres, es un amor humilde y de corazón quebrantado. El anhelo de los santos, no importa cuán ferviente, son anhelos humildes: Su esperanza es una esperanza humilde; y su gozo, aun cuando es indescriptible y lleno de gloria, es un gozo humilde y de corazón contrito, que deja al cristiano más pobre en espíritu, más parecido a un niño y más propenso a una humildad de conducta universal.²

Un corazón quebrantado y que salta de alegría amará como Jesús y el poder del amor será proporcional al temor que sentimos por nuestra cercanía a la destrucción. Mientras más vivo tengamos el recuerdo de nuestro horrible rescate, con más naturalidad nos compadeceremos de quienes están en un apuro similar. Mientras más profundamente sentimos cuán *inmerecida* y libre fue la gracia que nos arrancó de las llamas, más libre será nuestra benevolencia hacia los pecadores.

No amamos tan apasionadamente como deberíamos porque nuestra creencia en estas cosas no es real. Así, nuestro orgullo no ha sido doblegado ni nos comportamos con humildad ni miramos con dolor y tristeza a la muchedumbre que nos pasa por el lado en el aeropuerto ni a los miembros descarriados de nuestro rebaño. John Newton, el autor de «Sublime Gracia», es un modelo de esta compasión:

Cualquiera... que haya probado del amor de Cristo y haya conocido por experiencia propia la necesidad y el valor de la redención está capacitado, y sin duda obligado, a amar a sus

2. Jonathan Edwards, *Treatise Concerning the Religious Affections*, en *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 2, ed. John E. Smith (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1959), 339-40.

semejantes. Los ama a primera vista y si la providencia de Dios dicta una dispensación del evangelio y el cuidado de almas para él, experimentará los más afables sentimientos de amistad y ternura mientras les ruega por las misericordias de Dios e incluso mientras les advierte de sus terrores.³

Hermanos, es necesario que sintamos la realidad del infierno y la cercanía de nuestra propia huida. De lo contrario, el evangelio nos parecerá insulso y seremos incapaces de estimar a los demás como superiores a nosotros mismos *en total humildad* (Fil. 2:3). ¿Quién entonces les hablará a nuestros fieles de estas cosas? ¿Quién otro los amará en sus vidas lo suficiente para advertirles con ternura y lágrimas?

3. John Newton, *The Works of the Rev. John Newton*, vol. 5 (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1985), 132.

Los actos más poderosos y dolorosos de obediencia radical, empezando por el remordimiento por el pecado, deben estar motivados por un descubrimiento del deleite en Dios.

JOHN PIPER

El dolor del remordimiento [tiene] que darse en el terreno del deleite.

JOHN PIPER

Dios y su camino de santidad tienen que convertirse en nuestro gozo antes de que podamos llorar por no tenerlos. Tenemos que enamorarnos antes de que el distanciamiento nos duela de verdad. Tenemos que deleitarnos en el conocimiento de Dios antes de experimentar el dolor de remordimiento por el pecado que enaltece a Dios.

JOHN PIPER

17

HERMANOS, LLÉVENLOS AL ARREPENTIMIENTO POR MEDIO DE SU DELEITE

EL PRIMER PASO espiritual en el camino del Calvario a la obediencia radical a Jesús es el arrepentimiento. Arrepentirse implica sentir remordimiento por la corrupción interior y el pecado, pero no solamente remordimiento. Es un cambio de opinión y de sentir con relación al pecado y la justicia, y con relación a Cristo. Es un giro desde las cisternas rotas del mundo al manantial de vida, pero parte de ese cambio de mente es remordimiento por no amar a Dios ni ser santo.

Uno de los grandes propósitos de nuestro ministerio es guiar a las personas al camino del Calvario de obediencia radical a Jesús. La razón por la cual esto es tan crucial es que Jesús dijo que las personas ven nuestras buenas obras y glorifican a nuestro Padre que está en los cielos (Mt. 5:16). Si la gloria de Dios es primordial en nuestra prédica, entonces el objetivo de una obediencia radical en que ofrezcamos nuestras vidas a Jesús es esencial, porque hace visible el valor y la belleza de todo lo que Dios es en Cristo para nosotros.

Estamos comprometidos con magnificar a Dios en la obediencia de nuestros fieles porque Dios es Dios. Es por esto, dice David, que Dios nos guía por sendas de justicia: «Me guiará por sendas de justicia *por amor de su nombre*» (Sal. 23:3). «*Por tu nombre* me guiarás y me encaminarás» (Sal. 31:3). Dios confirma su gloria guiándonos por la senda de la obediencia. Por lo tanto, debemos acompañarlo en este propósito de exaltar a Dios en la predicación y el ministerio. Cuando nuestros fieles se despojan de su temor, agotan sus fuerzas y arriesgan sus vidas y su fortuna por la causa de la verdad de Dios y por el amor al prójimo y entonces Dios se revela como realmente es: Infinitamente valioso y complaciente, a tal punto que sus fieles no necesitan los efímeros deleites del pecado para sentirse complacidos.

De modo que predicamos obediencia radical precisamente por la pasión a la supremacía de Dios en nuestros fieles y en nuestro mundo. Sin este tipo de obediencia, la gloria de Dios apenas brillará desde la iglesia hacia el mundo.

Ahora bien, si el arrepentimiento por el pecado es el primer paso espiritual en este camino de amor y obediencia que exalta a Dios, las preguntas apremiantes para los pastores serían: ¿Cómo puedo llevar a las personas a este estado de arrepentimiento que produce transformación en sus vidas y exaltación de Dios? ¿Cómo puedo hacer que las personas se sientan tristes a causa de su pecado?

Lo que quiero alegar es que los actos más poderosos y dolorosos de obediencia radical, empezando por el remordimiento por el pecado, deben estar motivados por un descubrimiento del deleite en Dios y que la predicación que lo propicia tiene que describir constantemente

a Dios como suprema y eterna satisfacción. Parece paradójico al principio que el dolor del remordimiento tenga que darse en el terreno del deleite, pero para que entiendan a qué me refiero, acompáñenme por la ruta del descubrimiento que hice hace algunos años durante una vigilia de oración de toda una noche en nuestra iglesia.

Durante aquella noche de oración, me dieron la tarea de dirigir una hora de oración centrando la atención en el arrepentimiento y la contrición. Mientras me preparaba, hice un descubrimiento sorprendente. Relí algunos fragmentos del diario de David Brainerd. Recordarán que Brainerd fue el joven misionero que estuvo con algunas tribus de indios norteamericanos en el siglo XVIII. Él murió a la edad de veintinueve años, pero el ejemplo de su vida ha llegado hasta nosotros gracias a Jonathan Edwards, quien recopiló su diario y sus memorias.

Recordé que varias veces él había visto durante su predicación gran arrepentimiento y contrición entre los indios. El 9 de agosto de 1745, predicó a los indios de Crossweeksung, Nueva Jersey, y comentó al respecto:

Hubo muchas lágrimas entre ellos mientras yo disertaba públicamente, mas no llanto considerable, aunque algunos quedaron muy impresionados con unas pocas palabras que se les dijo de forma enérgica, que hicieron que las personas clamaran con angustia de alma, a pesar de que no pronuncié ni una palabra de terror, sino al contrario, expuse ante ellos la plenitud y toda suficiencia de los méritos de Cristo y su voluntad de salvar a todos los que vengan a Él; y acto seguido les insistí a que vinieran sin demora.¹

Anteriormente, el 6 de agosto, había expresado:

1. Jonathan Edwards, *The Life of David Brainerd*, ed. Norman Pettit, *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 7 (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1985), 310. Para una versión más asequible del diario de Brainerd, véase *The Life and Diary of David Brainerd*, ed. by Jonathan Edwards with a Biographical Sketch of the Life and Work of Jonathan Edwards, de Philip E. Howard hijo (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1989).

Fue sorprendente ver cómo sus corazones parecían perforados con las tiernas y conmovedoras invitaciones del evangelio, aun sin mediar ni una palabra del terror.²

Nuevamente el 30 de noviembre predicó sobre Lucas 16:19-26, refiriéndose al hombre rico y a Lázaro.

La Palabra causó una poderosa impresión en muchos de los allí reunidos, especialmente mientras disertaba sobre la satisfacción de Lázaro en el «seno de Abraham» [Lucas 16:22]. Esto, según pude percibir, los impresionó mucho más que cuando hablé de los sufrimientos y tormentos del hombre rico. Y así ha sucedido generalmente con ellos... Casi siempre parecen mucho más impresionados con las verdades consoladoras que con las verdades espantosas de la Palabra de Dios y lo que ha consternado a muchos de ellos que ya creían es lo que descubrieron que deseaban y no podían obtener: La felicidad de la devoción.³

Esto señala hacia algo sorprendente acerca del motivo espiritual de la contrición evangélica verdadera, que es el comienzo de toda obediencia radical. Sin embargo, antes de analizar cuál es ese motivo espiritual, analicemos un ejemplo bíblico similar a la experiencia de Brainerd con los indios.

La misma dinámica parece ocurrir en Lucas 5:1-10. Después de enseñar a la multitud desde una barca que se encontraba en medio del lago de Genesaret, Jesús les dijo a los pescadores que bogaran mar adentro y echaran sus redes para pescar (v. 4). Simón se quejó: «Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red». Cuando echaron las redes, encerraron tantos peces en ellas que comenzaron a romperse. Las dos barcas se llenaron y se hundían con la captura.

2. Edwards, *The Life of David Brainerd*, 307.

3. *Ibid.*, 342.

La respuesta de Pedro fue sorprendente, distinta de nuestra respuesta llena de amor propio a la gracia. Versículos 8 y 9: «Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. Porque por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él, y de todos los que estaban con él». Lo que resulta sorprendente en los versículos anteriores es que fue un milagro de la gracia y no una palabra de castigo lo que conmovió el corazón de Pedro y lo llevó al arrepentimiento contrito. Con los indios de Crossweeksung sucedió lo mismo que con el pescador de Galilea.

Ahora bien, ¿por qué ocurre esto? La contrición evangélica sincera (a diferencia de la tristeza legalista y temerosa motivada simplemente por las amenazas) es una angustia por no tener santidad. Sin embargo, tenemos que ser cuidadosos con esto. Se puede llorar por no tener santidad *no* porque uno ame a Dios y quiera deleitarse en todo lo que Él es en Cristo para usted, sino porque uno teme el castigo que sobreviene al no tener santidad. No pocos criminales lloran cuando se les comunica su sentencia, no porque amen la justicia, sino porque se les ha privado de su libertad para hacer más injusticia. Este tipo de llanto no es verdadero arrepentimiento evangélico y no conduce a la obediencia cristiana radical.

La única tristeza verdadera por no tener santidad proviene del amor a la santidad, no sólo del temor a las consecuencias de no tenerla. Una forma más exacta de decirlo sería de la siguiente manera: El verdadero remordimiento de no tener santidad es el remordimiento por no deleitarse en Dios ni vivir según los impulsos de ese deleite. Llorar por el castigo que estamos a punto de recibir por haber obrado mal no es señal de que detestamos el mal, sino de que detestamos el dolor. Para que el llanto y la contrición sean sinceros y evangélicos, deben nacer de los sentimientos de aflicción por carecer de una vida de gozo en Dios, no sólo de los sentimientos de temor por estar amenazados con el dolor.

Piense ahora en lo que esto significa. Este fue el descubrimiento sorprendente que hice mientras me preparaba para la vigilia de

oración: Si llorar por algo que no tenemos va a demostrar cuán precioso es ese «algo» en sí mismo, hemos de sentir entonces algún deleite en ello y mientras más nos deleitemos, más angustiados nos sentiremos por no tenerlo. Esto significa que la verdadera contrición evangélica, el verdadero arrepentimiento, debe ir precedido de un enamoramiento del Dios todo complaciente. Si vamos a llorar por no tener santidad, es preciso que estemos deseosos de sentir la santidad como una preciosa experiencia y reflejo de Dios. Si vamos a llorar por no poseerla, nos tiene que resultar atractiva por lo que realmente representa.

Ya usted ve lo extraño que resulta esto cuando lo analiza: Dios y su camino de santidad tienen que convertirse en nuestro gozo antes de que podamos llorar por no tenerlos. Tenemos que enamorarnos antes de que el distanciamiento nos duela de verdad. Tenemos que deleitarnos en el conocimiento de Dios antes de experimentar el dolor de remordimiento por el pecado que enaltece a Dios.

Analicemos ahora lo que esto significa a la hora de predicar. ¿Qué tipo de prédica hace falta para que haya un verdadero arrepentimiento evangélico? Brainerd descubrió que las palabras que encerraban un atractivo encantador producían más consternación en los indios que las palabras de advertencia. La advertencia resulta valiosa para incitarnos a tomar en serio las glorias de la santidad y del cielo a fin de que las valoremos por lo que representan y nos deleitemos en ellas. Pero es deleitarnos en ellas lo que provoca el verdadero dolor cuando fallamos. Nadie llora porque le falta lo que no quiere tener.

Pedro vio en el milagro de Jesús un tesoro de esperanza y gozo tan poderoso que se sintió abrumado por la falta de sincronía que había entre su vida y ese tesoro. Si en Jesús existe todo ese poder y toda esa bondad para quienes confían en Él, ¡cuán diferente sería mi vida si yo creyera sinceramente! ¡Cuán radical sería mi obediencia! ¡Qué renunciamiento sentiría en mi vida por un Cristo así! ¡Qué libre me sentiría de las molestias insignificantes y de los efímeros placeres del pecado!

De modo que el descubrimiento que hice fue que el remordimiento, la contrición y el arrepentimiento verdaderos nacen de enamorarse de todo cuanto Dios es en Jesús para nosotros. Hasta que Dios no sea nuestro tesoro, no nos lamentaremos porque no llegamos a satisfacernos en Él ni comenzaremos a vivir de un modo que demuestre esa satisfacción.

Así, una predicación que se proponga provocar verdadero remordimiento y contrición evangélicos tiene que dedicarse a hacer ver a Dios y su santidad de un modo que atraiga seductoramente y satisfaga, a fin de que por la gracia de la regeneración y la iluminación, las personas lleguen a amarlo tanto que sientan intenso remordimiento por carecer de ello. En otras palabras, tenemos que predicar el deleite en la gloria de Dios si queremos provocar verdadera aflicción por carecer de la gloria de Dios. El arrepentimiento evangélico se basa en una visión atractiva de la santidad de Dios. Por eso les digo, hermanos, busquen el arrepentimiento de sus fieles por medio su deleite.

Arrepentíos, y bautícese cada uno.

HECHOS 2:38

Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos.

COLOSENSES 2:12

El bautismo... nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo.

1 PEDRO 3:21

Y ninguno enseñará a su prójimo,
Ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos.

HEBREOS 8:11

18

HERMANOS, MAGNIFIQUEN EL SIGNIFICADO DEL BAUTISMO

RECUERDO UN hermoso día en el año 1973. El profesor Leonhard Goppelt había invitado a los alumnos del curso universitario que impartía sobre el bautismo a un retiro al sur de Munich en las estribaciones de los Alpes Bávaros. Él era luterano y yo el único norteamericano y el único bautista. Nos encontramos en un monasterio y durante varias horas debatimos el tema del bautismo de párvulos frente al bautismo de creyentes.¹ Fue toda una función:

1. Pudiera parecer raro decir «bautismo de creyentes» en vez de «bautismo del creyente». No obstante, yo uso este término porque Paul Jewett presenta buenos argumentos

Una especie de David contra Goliat. Sólo que no había israelitas bautistas animándome. Ni tampoco cayó el profesor Goppelt. Pero hasta el día de hoy, considero que las piedras de mi honda fueron certeras y que sólo el impenetrable poder de una tradición que data del siglo XVII protegió al bastión del pedobautismo.

Sé que este libro lo están leyendo personas que no son bautistas. Me alegro. No tengo ningún deseo de ser contencioso. La mayoría de mis héroes difuntos bautizaron a los niños. No elevo el momento ni la forma del bautismo a una doctrina primaria. Antes de continuar con mi relato, pudiera ser útil describir la forma de conversar sobre nuestras diferencias.

Tomemos, por ejemplo, la Confesión de Fe de Westminster, que me encanta como declaración magnificante de verdades que yo valoro mucho. El bautismo tiene dos características propias que lo distinguen de la interpretación bautista. Estas se encuentran en las oraciones clave del párrafo 28: «El bautismo se administra correctamente al verter o rociar agua sobre la persona» (28.3).² «Los hijos de uno o de ambos padres creyentes deben ser bautizados» (28.4).³

Acerca de la primera característica de forma, muchos de nosotros definiríamos el *bautismo* como «la inmersión del creyente en agua en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Si esto es verdad, entonces quiere decir que la Confesión de Westminster se equivoca cuando dice que «el bautismo se administra *correctamente* al verter o rociar agua sobre la persona». Yo entiendo que «correctamente» significa «como es debido», «adecuadamente» y «apropiadamente».

a su favor cuando dice: «En sentido estricto, debe escribirse “bautismo de creyentes”, sin el “del”, ya que se refiere al bautismo administrado a los creyentes, de la misma manera que “bautismo de infantes” se refiere al bautismo administrado a los infantes. De ahí, el uso de “bautismo de creyentes” en vez de “bautismo del creyente” en este estudio». Paul Jewett, *Infant Baptism and the Covenant of Grace* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1978), 226.

2. Philip Schaff, *The Creeds of Christendom* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1977), 662

3. *Ibid.*, 662-63

Esto da a entender que los bautistas pudieran describir verter y rociar como «indebido», «inadecuado» y «poco apropiado». Y muchas personas pudieran inferir, entonces, que uno debe ser bautizado como es debido, adecuada y apropiadamente (es decir, correctamente).

La segunda característica propia del enfoque de Westminster es el aserto de que los hijos de los creyentes *«deben ser bautizados»* (28.4). Los bautistas dirían lo contrario: «Los infantes *no* deben ser bautizados». Bautizarlos sería contradecir nuestra definición de bautismo como «la inmersión del *creyente* en agua». Luego aquí también, los bautistas considerarían que la Confesión de Westminster está equivocada sobre este aspecto.

No es necesario ir más allá y decir que el error es censurable o es una señal de ceguera deliberada. Podemos respetar los argumentos históricos y teológicos para la administración de la «señal del pacto» a los hijos de los creyentes como una acción que honra a Dios con vista a ver la unidad entre el pueblo de Dios del antiguo y el nuevo pacto. De ahí que no tenemos que ver con desconfianza moral o espiritual a los que sostienen este punto de vista. Cada uno de nosotros tenemos puntos flojos que los demás ven con más claridad que nosotros mismos, y algunos de esos puntos se deben a factores circunstanciales en vez de a actitudes deliberadas o recalcitrantes hacia Dios y las Escrituras.

Por lo tanto, cuando compartimos verdades esenciales, profundas y maravillosas con los hermanos y hermanas presbiterianos y reformados, podemos buscar asociaciones y alianzas en la adoración y el ministerio. En cada situación, los participantes acordarán entre sí la manera en que se manejará la cuestión del bautismo para no comprometer la conciencia de nadie.

Y ahora regresemos a mi relato.

He comprendido que libré mi pequeña «batalla de Bavaria» a un nivel equivocado. Después de mi llegada a la Iglesia Bautista Bethlehem de Miniápolis, en 1980, impartí más clases para futuros miembros que las que pueda contar. Casi siempre ha habido luteranos o presbiterianos, o similares, que fueron «bautizados» (traten de no

ofenderse por las comillas) de niños, pero desean unirse a nuestra iglesia. Poco a poco, mi comprensión de por qué yo adopto el bautismo de creyentes se ha ido perfeccionando. Y ahora veo que en Bavaria nunca llegué a la raíz del asunto.

He aquí la forma en que mi pensamiento ha avanzado. Han existido tres etapas, similares a la niñez, la adolescencia y (espero) la madurez.

Primero, observé que cada uno de los bautismos registrados en la Biblia era el bautismo de una persona que había profesado fe en Cristo. En ninguna parte de las Escrituras existe el ejemplo de un niño que se haya bautizado. Los «bautismos de familia» (mencionados en Hch. 16:15, 33 y 1 Co. 1:16) son excepciones de esto sólo si *suponemos* que la «familia» incluía niños. Pero, de hecho, Lucas nos aleja de esa suposición, por ejemplo, en el caso del carcelero filipense (Hch. 16:32) al decir que Pablo primero «habl[ó] la palabra del Señor... a todos los que estaban en su casa [la del carcelero]» y luego los bautizó. Esto parece ser la manera que tiene Lucas de mostrarnos que la persona necesita oír y creer «la palabra del Señor» para ser bautizado. Esto es al menos tan posible como la suposición de que en la familia del carcelero había niños que no se mencionan.

Además de la ausencia del bautismo de párvulos en las Escrituras y la indicación de Lucas de que oír la palabra del Señor parece ser un prerrequisito del bautismo, también observé, como es sabido por cualquier bautista de escuela primaria, que el orden del mandato de Pedro fue «*arrepentíos*, y bautícese» (Hch. 2:38). No vi razón alguna para invertir dicho orden.

Pero gradualmente empecé a ver que aquellas observaciones sólo eran indicativas y no obligatorias. El hecho de que no se registra ningún bautismo de párvulos no prueba que no haya habido alguno. Y que Pedro haya dicho «*arrepentíos*, y bautícese» a un público adulto no descarta la posibilidad de que dijera algo diferente sobre los hijos de los creyentes. Entonces llegué a la segunda etapa y decidí: «Debo pasar de los ejemplos del bautismo a la enseñanza del bautismo para

poder defender mejor el bautismo de creyentes». Quizás el significado del relato de Lucas se aclare con la exposición de Pablo y Pedro.

Por supuesto, Romanos 6:1-11 me vino a la mente. «¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva» (vv. 3-4). Pero esta era el arma preferida del profesor Goppelt porque no contiene ni una sola palabra sobre la fe ni ninguna respuesta conciente a Dios hasta el versículo 11; y ahí la respuesta llegó *después* del bautismo. Por ende, él usó Romanos 6 como defensa de que el significado *esencial* del bautismo no implica una fe previa. Creo que la mayoría estará de acuerdo que ese texto no es decisivo para cualquiera de los dos enfoques, excepto que señalaba hacia la inmersión como la forma común en la iglesia primitiva (fuimos sepultados con Él por medio del bautismo).

Pero Colosenses 2:12 y 1 Pedro 3:21 me parecieron problemáticos debido al concepto de pedobautismo. Pablo compara el bautismo con la circuncisión (probablemente) y luego dice: «Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos». Esto dice claramente que *en el bautismo* somos resucitados *mediante la fe*. Por consiguiente, al parecer Pablo está diciendo que el bautismo es una expresión de la fe de la persona que está siendo bautizada. No entendía cómo un niño podía recibir adecuadamente esta ordenanza como expresión de su fe.

Después, 1 Pedro 3:21 dice: «El bautismo... nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo». Este texto ahuyenta a muchos bautistas porque parece acercarse al concepto católico romano de que ese rito, en sí mismo y por sí mismo, salva (regeneración bautismal). Pero si rechazamos este texto, lanzamos por la borda un argumento poderoso para el bautismo del creyente. Porque como dice J. D. G. Dunn: «Primera

Pedro 3:21 es lo que más se acerca a una definición de bautismo que brinda el Nuevo Testamento».⁴

Según Pedro, el bautismo es «la aspiración de una buena conciencia hacia Dios». Es decir, el bautismo es el llamado de fe a Dios. En *ese* sentido y en *esa* medida, es parte de los medios de salvación de Dios.⁵ Esto nos debe ahuyentar tanto como la frase: «Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor... serás salvo» (Ro. 10:9). El movimiento de los labios en el aire y el movimiento del cuerpo en el agua salvan sólo en el sentido de que dan expresión al acto de justificación, a saber, la fe (Ro. 3:28). El bautismo es el llamado externo de fe a Dios en el corazón.

Me pareció, pues, que Colosenses 2:12 y 1 Pedro 3:21 eran convincentes en contra del bautizo de niños que aún no podían creer en Cristo o hacer un llamado a Dios.

Pero ahí fue donde mi «Batalla de Bavaria» cesó. Desde entonces, he descubierto por medio de una larga sucesión de debates en mis clases de futuros miembros de la iglesia que inclusive esos textos dejan abierta la remota posibilidad de que un niño pueda bautizarse basado en la fe de sus padres y en la esperanza de su propia «confirmación» subsiguiente. La lógica dice que es posible que estos pasajes de Colosenses y 1 Pedro sean pertinentes sólo en el contexto misionero donde los adultos se convierten y bautizan. Si Pablo y Pedro hubieran abordado el tema de niños nacidos en hogares cristianos, quizás hubieran parecido buenos presbiterianos hablando.

Lo dudo, puesto que hay una tercera etapa de razonamiento a favor del bautismo de creyentes. Existe una gran respuesta bíblica y bautista a la respuesta que ofrece el Catecismo de Heidelberg a

4. James D. G. Dunn, *Baptism in the Holy Spirit* (Londres: SCM Press Ltd., 1970), 219.

5. «El bautismo te salva; no la ceremonia externa y física del bautismo, sino la realidad interior y espiritual que el bautismo representa». Wayne Grudem, *1 Peter*, Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans; Leicester, Inglaterra: Inter-Varsity Press, 1988), 163. Para una excelente defensa del bautismo de creyentes, véase Wayne Grudem, *Systematic Theology: An Introduction to Biblical Doctrine* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan; Leicester; Inglaterra: Inter-Varsity Press, 1994), 966-84.

la pregunta 74 en cuanto a si se debe bautizar a los infantes. El Catecismo dice:

Sí, puesto que tanto ellos como sus padres pertenecen al pacto y al pueblo de Dios y por medio de la sangre de Cristo se les promete la redención del pecado y el Espíritu Santo que obra fe, igual que sus padres, ellos también deberán ser bautizados como señal del pacto, para ser injertados en la iglesia cristiana y diferenciados de los hijos de los no creyentes, como se hizo en el Antiguo Testamento por medio de la circuncisión, en lugar del cual en el Nuevo Testamento, el bautismo es asignado.⁶

En otras palabras, la justificación del bautismo de párvulos en las iglesias reformadas depende del hecho de que el bautismo es el equivalente en el Nuevo Testamento a la circuncisión.

De hecho, existe una continuidad importante entre las señales de la circuncisión y del bautismo, pero los representantes presbiterianos de la teología reformada parecen haber subvalorado la *discontinuidad*. Esta es la diferencia radical entre los bautistas y los presbiterianos en el tema del bautismo. Yo soy bautista porque en este respecto reconocemos *tanto* la continuidad *como* la discontinuidad entre Israel y la iglesia y entre las respectivas señales del pacto.

La continuidad se expresa de la siguiente manera: De la misma manera que se administraba la circuncisión a todos los hijos físicos de Abraham que constituían el Israel físico, así deberá administrarse el bautismo a todos los hijos espirituales de Abraham que componen el Israel espiritual, la iglesia. Analicemos la diferencia entre el pueblo de Dios del «antiguo pacto» y el pueblo de Dios del «nuevo pacto» tal como los describen Jeremías y el escritor de Hebreos. Ambos escritores bíblicos dicen que bajo el nuevo pacto, uno no tendrá que mirar a los otros miembros del pacto y decir «conoce al Señor», pues

6. Schaff, *The Creeds of Christendom*, 331.

ser miembro del pacto es igual a conocer al Señor.⁷ Esto implica que la entrada al pueblo de Dios del antiguo pacto era por medio del nacimiento físico y la entrada al pueblo de Dios del nuevo pacto es por medio del nacimiento espiritual. Pudiera deducirse, entonces, que la señal del pacto reflejaría este cambio y se administraría a todos los que dan evidencia de nacimiento espiritual.⁸

¿Pero quiénes son esos hijos espirituales de Abraham que constituyen el pueblo de Dios en nuestros tiempos? Gálatas 3:7 dice: «Sabad, por tanto, que los que son de *fe*, éstos son hijos de Abraham». Lo nuevo, desde la venida de Jesús, es que el pueblo de Dios del nuevo pacto ya no es un pueblo político y étnico, sino un cuerpo de creyentes.

Juan el Bautista inauguró este cambio e introdujo la nueva señal del bautismo. Al llamar a todos los *judíos* a arrepentirse y a ser bautizados, Juan declaró enérgica y firmemente que la genealogía física no lo convierte a uno en parte de la familia de Dios y que la circuncisión, que significa una relación física, será ahora sustituida por el bautismo, que significa una relación espiritual. El apóstol Pablo vuelve sobre este nuevo énfasis, especialmente en Romanos 9, y dice: «Ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos... No los que son hijos según la carne son los hijos de Dios» (vv. 7-8).

Por lo tanto, un importante cambio ha ocurrido en la historia redentora. Hay discontinuidad, así como continuidad.

Calvino y algunos de sus sucesores han tratado las señales del pacto como si no hubiera ocurrido ningún cambio importante con la venida de Cristo. Pero Dios está formando a su pueblo hoy de manera diferente de cuando Él luchó con un pueblo étnico llamado Israel. El pueblo visible de Dios ya no está formado mediante el nacimiento

7. Hebreos 8:11 (Jer. 31:34): «Y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos».

8. Quiero darle las gracias a mi asistente, Justin Taylor, por ayudarme a ver y formular esta idea en particular.

natural, sino por medio de un nuevo nacimiento y su expresión por medio de la fe en Cristo.

Con la venida de Juan el Bautista, Jesús y los apóstoles, el énfasis ahora radica en que el estatus espiritual de nuestros padres no determina que seamos miembros de la comunidad del pacto. Los beneficiarios de las bendiciones de Abraham son los que poseen la *fe* de Abraham. Esos son los que pertenecen a la comunidad del pacto.

Y estos son los que deben recibir la señal del pacto: El bautismo de creyentes. Luego, si pudiera volver y repetir la experiencia de Bavaria, inmediatamente iría a la raíz. Ahí es donde nuestra «defensa y confirmación» se perderán o se ganarán. Pero el Señor nos conduce por la niñez, la adolescencia y la madurez por una razón. Cada una de las etapas del razonamiento es útil. Conozcan su público, hermanos, y magnifiquen el significado del bautismo.

¿Por qué me he detenido en esto? Porque mi impresión es que muchos pastores, a fin de no ser polémicos en este tema, lo ignoran casi completamente y no llaman a las personas a «arrepentirse y a ser bautizados». Lo que he tratado de hacer aquí es crear una defensa responsable y razonable de un punto de vista sobre el bautismo en el contexto de unas relaciones cordiales y respetuosas con los que sostienen otros puntos de vista. Creo que debemos enseñar a nuestros fieles el significado de bautismo y obedecer el mandamiento del Señor de bautizar a los que se convierten (Mt. 28:19), sin elevar la doctrina a una doctrina primaria que nos separaría excesivamente de la adoración y el ministerio simultáneo con otras personas que comparten cosas más importantes con nosotros.

La llama no puede dañarte jamás
Si en medio del fuego te ordeno pasar;
El oro de tu alma más puro será,
Pues sólo la escoria se habrá de quemar.
«Cuán firme cimiento»

Tu bondad Señor es infinita
Tú me das aquello que es mejor;
Por tu amor alvíanse mis quejas
Y hallo paz en el dolor.
«Día en día»

KAROLINA WILHELMINA SANDELL-BERG

No juzgues al Señor con tus sentidos débiles,
Confía en Él por su gracia;
Tras una malencarada providencia
Esconde Él un rostro sonriente.
Sus propósitos madurarán rápido,
Revelándose cada hora;
El brote puede que tenga un sabor amargo,
Pero dulce será la flor.
«Dios actúa de manera misteriosa»
WILLIAM COWPER

19

HERMANOS, NUESTRA AFLICCIÓN ES PARA ÉL CONSUELO DE ELLOS

LOS PASTORES y sus fieles deben sufrir. «Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios» (Hch. 14:22). «Porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos» (1 Ts. 3:3). «Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota *a todo* el que recibe por hijo» (He. 12:6).

Las aflicciones que sufre la familia de Dios provienen del Padre celestial para nuestro bien. Karolina Wilhelmina Sandell-Berg escribió

el himno «Día en día», en 1865, con palabras profundamente bíblicas acerca de la soberanía de Dios sobre nuestros sufrimientos diarios.

Tu bondad Señor es infinita
Tú me das aquello que es mejor;
Por tu amor alvíanse mis quejas
Y hallo paz en el dolor.

Los versos anteriores son una interpretación bíblica. Job y Pablo tienen en común que cuando Satanás los golpeó, sintieron la mano de *Dios*. En última instancia, sus sufrimientos provenían del Señor y ellos lo sabían.

El Señor le dijo a Satanás: «He aquí, todo lo que [Job] tiene está en tu mano» (Job 1:12), pero cuando fue asolado por la calamidad, Job respondió: «Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito» (1:21). Por segunda vez el Señor le dijo a Satanás: «He aquí, [Job] está en tu mano; mas guarda su vida» (2:6), pero cuando llegó la horrible enfermedad y la mujer de Job lo instó a maldecir a Dios, Job respondió: «¿Recibiremos de *Dios* el bien, y el mal no lo recibiremos?» (2:10). Y el escritor inspirado agrega: «En todo esto no pecó Job con sus labios».

Incluso si en ocasiones Satanás está involucrado como el causante más inmediato de nuestras calamidades no es pecado ver a Dios como el causante primario, el más distante, el primordial. El plan de Satanás es la destrucción de la fe (Job 2:5; 1 Ts. 3:5), pero el plan de Dios es la cura profunda de nuestra alma, como dice el himno «Cuán firme cimiento» con tanta fuerza:

La llama no puede dañarte jamás
Si en medio del fuego te ordeno pasar;
El oro de tu alma más puro será,
Pues sólo la escoria se habrá de quemar.

Al igual que Job, Pablo reconoció el aguijón en su carne como un «mensajero de Satanás» (2 Co. 12:7), pero concebido *por Dios* para un propósito misericordioso: «Para que no me enaltezca sobremanera».

Satanás no tiene carta blanca en el mundo y mucho menos con la familia de Dios. Por lo tanto, en nuestra lucha contra el sufrimiento, nunca será consuelo suficiente decir que «es de Satanás y no de Dios». El único consuelo verdadero provendrá de reconocer que lo hizo el Dios Todopoderoso y que Él es infinitamente sabio e infinitamente amoroso con los que confían en Él. William Cowper, que conoció los horrores de la depresión, lo dice de la siguiente manera en su himno «Dios actúa de manera misteriosa»:

No juzgues al Señor con tus sentidos débiles,
Confía en Él por su gracia;
Tras una malencarada providencia
Esconde Él un rostro sonriente.
Sus propósitos madurarán rápido,
Revelándose cada hora;
El brote puede que tenga un sabor amargo,
Pero dulce será la flor.

Dios nos ha dejado bien claro uno de los propósitos por los cuales los pastores tienen que sufrir. Pablo nos dice en 2 Corintios 1:6: «Si somos atribulados, es *para vuestra consolación y salvación*». La idea central de un sermón acerca de este texto sería la siguiente: «Dios concibe las aflicciones de un ministro cristiano para conseguir el consuelo y la salvación de su rebaño».

Cuando Pablo le dice a los corintios que las aflicciones de él son para consuelo y salvación de ellos, está dando a entender que su sufrimiento tiene un plan y un propósito. Pero ¿un plan y un propósito de quién? Él no concibió ni planificó sus propias aflicciones y Satanás de seguro no las concibe para consolar y salvar a la iglesia. Así, Pablo quiere decir que Dios concibe y planea sus aflicciones pastorales para el bien de la iglesia.

Dios ordenó los sufrimientos de Cristo para la redención de la iglesia (Hch. 2:23; 4:27-28) y ordena el sufrimiento de los ministros cristianos para la aplicación de dicha redención. «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia» (Col. 1:24). Las aflicciones de Cristo tienen total y completo valor expiatorio. Lo que les falta es la representación corpórea en forma humana doliente para aquellos por quienes Él murió. Es esto lo que los pastores y misioneros «completan».

Esto nos pone a pensar, pero también nos consuela. Por una parte, significa que el tejido de la vida de un pastor se verá acordonado con hilos oscuros de dolor. Pero por otra, significa que cada aflicción que tenga que soportar fue concebida no sólo para su propio bien, sino para el bien de su rebaño. Nuestro sufrimiento no es en vano. Dios nunca desperdicia el don del padecimiento (Fil. 1:29). Les es dado a sus ministros como Él mejor lo entiende y su propósito es la consolación y la salvación de nuestros fieles.

Ningún sufrimiento pastoral es vano. Ningún padecimiento pastoral es inútil. Ninguna adversidad es absurda o sin sentido. Cada disgusto tiene su propósito divino en la consolación de los santos, aun cuando nos sentimos de menos provecho.

¿Cómo alcanzan los sufrimientos de un pastor la consolación y la salvación de su rebaño? El contexto de las palabras de Pablo da a entender el siguiente panorama: Las circunstancias conspiran para doblegar el ánimo del pastor (quizá la pérdida de la salud, la pérdida de un ser querido, la traición de un amigo, la indiferencia de las personas, la difamación, la fatiga, las amenazas personales o el exceso de trabajo). Las cosas se ponen tan feas que hasta pierde la esperanza en la vida misma y clama: «¿Por qué?» La respuesta nos llega desde 2 Corintios 1:9: «Para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos». Si por gracia logramos conseguir fe como un grano de mostaza en la soberana misericordia de Dios después de pasar por todo esto, descubriremos un consuelo indescriptible.

El primer gran plan de Dios con respecto a todos nuestros problemas es que nos despojemos de nuestra confianza en nosotros

mismos. Cuando lo hacemos, hay una sensación momentánea de caída, pero por la fe en la misericordia de Dios, vamos a parar infinitamente más seguros en brazos de nuestro Padre, que tiene el control absoluto de la vida y la muerte.

¿Pero acaso nos hizo superar esta dolorosa caída solamente por nosotros? No. «Si somos atribulados, es para *vuestra* consolación». Podemos ahora, como dice 2 Corintios 1:4: «también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios». Al final, sólo una cosa consuela: «Dios que resucita a los muertos».

Todas las aflicciones pastorales son concebidas misericordiosamente para que confiemos en Dios y no en nosotros mismos. Luego, nuestras aflicciones nos preparan para hacer lo que más necesitan nuestros fieles: Desviar su atención de nosotros y ponerla en el Dios todosuficiente. Sólo en esto hay consolación y salvación. Por tanto, «si somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación».

Por lo menos dos veces más en 2 Corintios, Pablo nos entrega este mensaje sensato. En 2 Corintios 4:8-12, describe sus sufrimientos como ministro y los interpreta de la siguiente manera: «[Nosotros llevamos] en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. *De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida*».

Esta es otra manera de decir: «Si somos atribulados, es por su salvación».

Cuando Pablo soporta debilidades, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias, y las acepta como la terapia misericordiosa de Dios, el poder de Cristo se perfecciona en su vida (2 Co. 12:7-10). Además, como es el poder de Cristo, no el poder de Pablo, el que le da vida a la iglesia, podemos comprender por qué dijo: «De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida» (2 Co. 4:12).

Las debilidades y aflicciones de Pablo ministran vida a la iglesia. Lo mismo debe suceder con las nuestras.

Finalmente, Pablo nos recuerda que este es el modelo de Cristo: Él trajo vida a la iglesia mediante la debilidad y la aflicción y lo mismo deben hacer sus ministros. «Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios. Pues también nosotros somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros» (2 Co. 13:4).

Esta es una oración complicada, pero pienso que significa que la vida de un ministro en Cristo comparte todas las debilidades (y más) que llevaron a Cristo a la cruz. «También nosotros somos débiles en él». Sin embargo, el poder de Dios triunfa en nuestra debilidad produciendo dos resultados: (1) Compartimos la vida resucitada de Cristo y su triunfo sobre la muerte («viviremos con él por el poder de Dios»); (2) amamos y servimos a la iglesia en este poder de debilidad («viviremos con él por el poder de Dios *para con vosotros*»). La idea central se repite en 2 Corintios 13:9: «Por lo cual nos gozamos de que seamos nosotros débiles, y que vosotros estéis fuertes».

El pastor cristiano no esperará consolar ni salvar a sus fieles sino siguiendo el camino del Calvario. «Por amor a vosotros [Cristo] se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos» (2 Co. 8:9). Así se describe Pablo a sí mismo: «como pobres, mas enriqueciendo a muchos» (2 Co. 6:10). Pobre, para que nuestros fieles puedan ser ricos. Débiles, para que ellos puedan ser fuertes. Afligidos para su consuelo y salvación.

Sin embargo, fíjese bien en algo: Ni una pizca de autocompasión, porque no hay nada que deseemos más que «conocerle [a Cristo], y el poder de su resurrección, y *la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte*, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos» (Fil. 3:10-11).

Sabemos que es más bienaventurado dar que recibir (Hch. 20:35). De modo que dejando a un lado cualquier idealismo romántico e ingenuo, el pastor cristiano dice junto a Pablo: «Sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2 Co. 7:4), porque «si somos atribulados, es para vuestra consolación y salvación» (2 Co. 1:6).

El peligro de formalismo es real. Las oraciones y los sermones que se leen de un manuscrito son a menudo forzados y artificiales. No obstante, el peligro de la espontaneidad es también grande. Si no hay pasión en el corazón, este producirá una espontaneidad anodina y plagada de jerga. Si el corazón está en llamas, ninguna forma lo apagará.

JOHN PIPER

No hay necesariamente una contradicción entre forma y fuego.

JOHN PIPER

20

HERMANOS, HAGAN QUE EL RÍO SEA PROFUNDO

SIEMPRE ME HA parecido que las obras del famoso estudioso británico del Nuevo Testamento, F. F. Bruce, son innecesariamente áridas. Cuando leí sus memorias, *In Retrospect*, descubrí uno de los porqués. Dijo: «No me interesa hablar mucho, especialmente en público, sobre las cosas que mayor significado tienen para mí».¹ Cuando elimina lo que mayor significado tiene para usted de sus escritos y conversaciones, terminan siendo áridos. En mi caso, diría

1. F. F. Bruce, *In Retrospect: Remembrance of Things Past* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1980), 304.

justo lo contrario: «No me interesa hablar mucho, especialmente en público, sobre cosas que *no* significan mucho para mí».

Lo anterior suscita una cuestión mayor que la transparencia relativa de nuestras almas. Suscita la cuestión acerca de la manera en que los sentimientos profundos pueden expresarse en público. ¿Qué lugar ocupa la espontaneidad y la forma a la hora de ventilar las pasiones del corazón? Esto constituye un problema mayor para mí que para Bruce. Es una de las razones por las que dejé de enseñar en las universidades para dedicarme a predicar en la iglesia. Supongo que la pasión ocupa un lugar importante en la vida de un predicador. Por eso, quizá mis cavilaciones sobre cómo Jeremías maneja sus sentimientos en el libro de Lamentaciones también resulten adecuadas para su alma.

Haré dos observaciones acerca de «Las lamentaciones de Jeremías» y a partir de ellas derivaré algunas consecuencias del uso de la espontaneidad y la forma para expresar «las cosas que mayor significado tienen para nosotros».

Primera, Lamentaciones es un libro profundamente sentimental. Jeremías escribe sobre lo que mayor significado tiene para él y escribe con profundo sufrimiento. Él siente toda la rebelión de Jerusalén en ruinas. Hay llanto (1:2), asolamiento (1:4), burlas (1:7), quejas (1:8), hambre (1:11), dolor (2:11) y la horrible pérdida de la compasión cuando las madres cuecen a sus propios hijos para comérselos (2:20; 4:10). Si alguna vez hubo intensidad y fervor en la expresión de la pasión del corazón, es esta.

La segunda observación, entonces, nos llega de modo de sorpresivo: Este parece ser el libro más formalmente trabajado del Antiguo Testamento. De los cinco capítulos, los capítulos uno, dos y cuatro están divididos cada uno en veintidós estrofas (el número de letras del alfabeto hebreo) y cada estrofa comienza con una letra distinta del alfabeto. Constituyen tres acrósticos. El capítulo tres está incluso más cohesionado. Además, tiene veintidós estrofas, pero en este caso cada estrofa cuenta con exactamente tres versos. Los tres versos de cada estrofa comienzan con la misma letra y cada una de las veintidós estrofas comienza con una letra distinta en orden

alfabético. El capítulo cinco es el único capítulo que no compone ningún acróstico, pero sí consta de veintidós versos conformes al patrón acróstico de los capítulos del uno al cuatro.

Ahora bien, ¿qué suponen las dos observaciones anteriores? Primero, suponen que la expresión genuina y sincera de nuestro sentir más profundo *no* necesita espontaneidad. ¡Piense nada más todo el trabajo mental que supuso buscar las palabras exactas para componer cuatro acrósticos alfabéticos! ¡Cuánta restricción, cuánta limitación, cuánta sumisión a la forma! Sin embargo, ¡cuánta pasión, fuerza y corazón! No hay necesariamente una contradicción entre forma y fuego.

El capítulo tres de Lamentaciones es el más personal y el más apasionado. En él abundan las referencias en primera persona: «Acuérdate de *mi* aflicción y de *mi* abatimiento, del ajeno y de la hiel» (3:19). Aquí se alcanza la cumbre de la esperanza: «Grande es tu fidelidad» (3:23). Sin embargo, aquí el autor se somete a la forma más limitada de todo el libro.

Después de leer Lamentaciones no podemos seguir creyendo que las oraciones sobre las que no se haya reflexionado sean más poderosas, reales, apasionadas, sinceras, genuinas o vivas que las oraciones que manan pensativa y seriamente (¿y dolorosamente?) mediante una minuciosamente trabajada forma. El peligro de formalismo es real. Las oraciones y los sermones que se leen de un manuscrito son a menudo forzados y artificiales. No obstante, el peligro de la espontaneidad es también grande. Si no hay pasión en el corazón, este producirá una espontaneidad anodina y plagada de jerga. Si el corazón está en llamas, ninguna forma lo apagará.

Pero la espontaneidad no sólo no constituye necesariamente una ventaja ni la forma necesariamente un obstáculo a la expresión profunda y personal de los sentimientos, sino que van más allá y las emociones con forma, a menudo calan más hondo. Más hondo en la realidad y más hondo en el oyente. El dolor con forma, aunque no produzca sollozos incontrolables, cuenta con una profundidad característica.

Imaginemos la reacción de un hombre cuando se entera de que esposa e hijos han sido capturados y masacrados por el enemigo. Se tira al piso, grita atormentado, rompe su vestimenta y echa cenizas sobre su cabeza hasta que su energía disminuye y se convierte en un lastimoso «No, no, no». Aquí se aprecia una espontaneidad absoluta, sentimientos completamente reales, no hay un diseño estudiado ni represiones conscientes.

Pero imaginemos al mismo hombre una semana más tarde, después de que el funeral acabó, los amigos partieron y él se encuentra solo con el peso de su pérdida. El dolor atroz que sintió en el primer ataque ya desapareció y ahora quedan el dolor punzante de un alma amputada. ¿Qué hace para expresar esta pena profunda y sedimentada? Entre sollozos periódicos, elige una forma y comienza a hacer su versión del libro Lamentaciones. Estudiada, trabajada, cavilada, llena de fuerza. No obstante, nadie dirá de esta pena con forma que «es artificial». Por el contrario, calará más hondo que los sollozos; mostrará más de lo que extrajo de su interior.

Los sentimientos son como un río que mana del corazón de uno. La forma es como las márgenes. Sin ellas, el río corre con poca profundidad y se disipa en la planicie. Sin embargo, las márgenes hacen que el río sea profundo. ¿Por qué otra razón hemos recurrido los humanos a la poesía cuando tenemos sentimientos profundos que expresar? La creación de una forma tiene lugar porque alguien siente una pasión. Cuán irónico resulta, entonces, que a menudo le busquemos defectos a la forma cuando el verdadero mal es que el manantial esté seco.

Hace años, escribí un poema llamado «The Innkeeper» sobre el dolor que el posadero pudo haber sentido cuando los soldados de Herodes fueron a matar a los niños pequeños e iniciaron una masacre en la posada («el precio por alojar al Mesías allí»). En la introducción, reflexioné sobre por qué los poetas se esfuerzan tanto por dejar que los sentimientos profundos fluyan por las angostas formas del arte.

¿Por qué este esfuerzo? ¿Por qué el poeta ata su corazón con una disciplina de formas tan severa? ¿Por qué esforzarse tanto por darle forma al sufrimiento? Porque la realidad tiene contornos. Dios es el que es, no quien nosotros queremos que sea o intentamos hacer de Él. Su Hijo, Jesucristo, es la gran verdad absoluta. Su arduo sacrificio hace evidente que nuestra espontaneidad necesita del Calvario (como la disciplina). Quizás el posadero pagó caro por alojar al Hijo de Dios. ¿No debería resultar costoso entender este dolor y representarlo?²

Muchos pastores no son conocidos por expresar sentimientos profundos. Esto me parece cierto, en especial en relación con las más profundas realidades teológicas. Esto no es bueno, porque debemos experimentar los sentimientos más profundos con respecto a las cosas más profundas y debemos hablar a menudo y en público sobre lo que más importancia tiene para nosotros de manera que demuestre su valor.

Hermanos, debemos hacer que el río sea profundo. Esta es una súplica por que haya pasión en el púlpito, pasión en la oración, pasión en la conversación. No es una súplica en pos del sentimentalismo barato y superficial. («¡Levantémonos todos y sonriamos!») Es una súplica en pos de que a los sentimientos profundos se les den formas dignas provenientes de corazones y mentes que aman a Dios.

2. John Piper, *The Innkeeper* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1998), 3.

Para el legalista, la moralidad sirve al mismo propósito que la inmoralidad al antinómico o al progresista, a saber, como expresión de independencia y reafirmación.

JOHN PIPER

El legalismo es un padecimiento más peligroso que el alcoholismo porque no parece ser una enfermedad.

El alcoholismo hace que los hombres fracasen; el legalismo los hace triunfar en el mundo. El alcoholismo hace que los hombres dependan de una botella; el legalismo los hace autosuficientes, dependientes de nadie. El alcoholismo destruye la determinación moral; el legalismo les da fuerza. Los alcohólicos no se sienten bienvenidos en la iglesia; los legalistas disfrutan escuchar como ensalzan su moralidad en la iglesia.

JOHN PIPER

21

HERMANOS, NO COMBATAN LOS TANQUES DE LA CARNE CON REGLAS DE CERBATANA

ES POSIBLE QUE el tema de la completa abstinencia de alcohol con respecto a los miembros de la iglesia pase inadvertido, pero los principios bíblicos relacionados con este asunto son pertinentes a otras cuestiones de la santidad personal y la pureza de la iglesia. Cuando vine a la Iglesia Bautista Bethlehem, hace casi tres décadas, esta fue una de las primeras polémicas con las que tuve que lidiar. Sobrevivimos a ella y fue para mejor. Creo que lo que aprendí puede resultar de utilidad.

Entre los bautistas y demás iglesias con sistema congregacional de gobierno, en la constitución de la iglesia local, por lo general, aparece reflejado un testimonio de fe y un pacto de la iglesia. El pacto de la iglesia describe una serie fundamental de expectativas bíblicas relacionadas con el estilo de vida de los miembros; mientras que el testimonio de fe describe un núcleo de expectativas bíblicas relacionadas con la creencia de los miembros. Consiguientemente, por regla general, las expectativas del pacto de la iglesia, junto con el testimonio de fe, actúan como requisitos previos para ser miembro de la iglesia.

Muchas iglesias con sistema congregacional de gobierno presentan una sentencia en su pacto que plantea algo similar a lo siguiente: «Nos abstenemos del uso y venta de bebidas alcohólicas». Por lo tanto, en principio, estas iglesias excluyen de ser miembros a todas las personas, excepto a los abstemios. Es posible que los líderes de la iglesia tengan que decirle lo siguiente a un candidato a miembro: «Aunque usted confía en Jesucristo como su Salvador, desea vivir bajo su señorío, ha sido bautizado según su ordenanza y ha asentido de corazón a nuestro testimonio de fe, no puede ser miembro de esta iglesia porque hace uso del vino en algunas ocasiones festivas o cuando visita a sus parientes».

Estoy convencido de que una regulación así para ser miembro de la iglesia cae en la categoría de exclusivismo legalista y es enjuiciado según la palabra apostólica de las Escrituras. De ello estoy convencido, aunque yo sea un completo abstemio y crea que la abstinencia total es un estilo de vida sabio y defendible bíblicamente para nuestro tiempo.

En los planteamientos que siguen, intentaré mostrar lo que significa legalismo y por qué el requisito de la abstinencia total para ser miembro de la iglesia cae en dicha categoría y es por tanto erróneo. Por último, haré una propuesta práctica sobre cómo mejorar los pactos de la iglesia y hacerlos más fundamentales y menos específicos.

Ya que el Nuevo Testamento no utiliza el término *legalismo*, intentaré definirlo de una manera generalmente aceptada para que

quede claro que en el Nuevo Testamento se le da tratamiento a la cuestión. El *legalismo* tiene al menos dos significados, pero ambos expresan una sola raíz del problema.

Primero, legalismo significa tratar las normas de conducta bíblicas como regulaciones que tenemos que obedecer por nosotros mismos con el objetivo de ganar el favor de Dios. En otras palabras, el legalismo se presenta cada vez que una persona intenta ser ética por sí misma; es decir, sin confiar en la misericordiosa ayuda de Dios en Cristo. Dicho de manera sencilla, la conducta moral que no parte de la fe es legalismo (Ro. 14:23).

El legalista es por lo general una persona moral. La verdad es que la mayoría de las personas morales en el mundo occidental son legalistas debido a su llamada moralidad judeocristiana, heredada de sus ancestros, que no proviene de la confianza humilde y contrita en la misericordiosa habilitación de Dios, comprada con sangre, traída por el Espíritu. Por el contrario, para el legalista, la moralidad sirve al mismo propósito que la inmoralidad al antinómico o al progresista, a saber, como expresión de independencia y reafirmación. La razón por la que los fariseos daban el diezmo y ayunaban era la misma razón por la que algunos estudiantes universitarios se quitan la ropa y se acuestan en los parques en Munich y Ámsterdam.

El legalista moral es el hermano mayor del pródigo inmoral (Lc. 15:11-32). Son hermanos de sangre a la vista de Dios porque ambos rechazan la misericordia de Dios en Cristo como medio para alcanzar la justicia y utilizan tanto la moralidad como la inmoralidad como medio de expresar su independencia, autosuficiencia y autodeterminación. Además, queda claro a partir del Nuevo Testamento que ambos traen como resultado la trágica pérdida de la vida eterna, si no hay arrepentimiento.

De modo que el primer significado de legalismo es el horrible error de tratar a las normas de conducta bíblicas como regulaciones que tenemos que obedecer por nosotros mismos para demostrar nuestras proezas morales y ganarnos el favor de Dios. Constituye un peligro del que todos debemos guardarnos cada día.

El segundo significado de legalismo es el siguiente: La instauración de requisitos de conducta más allá de la enseñanza de las Escrituras y la adhesión a ellos (los medios por los cuales una persona califica para ser miembro de una iglesia local). Es entonces que surge el exclusivismo no bíblico.

No hay manera de sortear el hecho de que la iglesia universal no incluye a todas las personas y que las iglesias locales no incluyen a todos los cristianos. Excluimos la posibilidad de que las personas sean miembros porque creemos que esta debe suponer un compromiso para con el señorío de Cristo la cabeza de la iglesia (de ahí la exclusión de los no cristianos) y porque las iglesias locales entienden dicho señorío de manera particular e importante (de ahí la exclusión de algunos cristianos con los que no estamos de acuerdo). Sin embargo, la exclusión de la posibilidad de que las personas sean miembros de la iglesia local no debe tomarse nunca a la ligera. Es un asunto muy importante.

Las escuelas, los clubes y las sociedades pueden instaurar cualquier norma humana que deseen con el objetivo de evitar la entrada de ciertas personas y preservar, mediante reglas, un ambiente particular. Sin embargo, la iglesia no es una institución humana; pertenece a Cristo. Él es la cabeza del cuerpo y sólo Él debe establecer los requisitos de entrada.

Estos dos usos de término *legalismo* tienen una raíz común. Por una parte, el *legalismo* significa tratar las normas de conducta bíblicas como regulaciones que debemos obedecer por nosotros mismos con el objetivo de ganarnos el favor de Dios. Por otra parte, significa implementar requisitos de conducta específicos más allá de la enseñanza de las Escrituras y la adhesión a ellos (los medios por los cuales una persona califica para ser miembro de una iglesia local).

En el primer caso, utilizamos nuestra propia fuerza para *hacernos* morales. En el segundo caso, utilizamos nuestra propia fuerza para hacer a la *iglesia* moral. En el primer caso, no confiamos en el poder de Dios para lograr nuestra propia santificación. En el segundo

caso, no confiamos en el poder de Dios para lograr la santificación de los demás.

Por consiguiente, lo que une a las dos formas de legalismo anteriores en la raíz es la falta de fe, la falta de fe con respecto a nosotros mismos, de que es Dios quien está en nosotros «porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil. 2:13) y la falta de fe en relación con los demás, que Dios les hará saber su voluntad y los inclinará a cumplirla. Como dice Pablo en Filipenses 3:15: «Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sentimos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios». Con seguridad, Pablo confía a Dios la purificación de la iglesia.

Cada vez que se debilita la acertada confianza en el poder soberano de Dios para nuestras vidas y las de los demás, el legalismo va calando. Inevitablemente intentamos compensar las pérdidas de fe dinámica aumentando la determinación moral y añadiendo regulaciones hechas por el hombre. Sin embargo, cada vez que la confianza gozosa en el poder de Dios decae, la carne se acrecienta. Esto significa que la moralidad que esperábamos que nos salvara y las regulaciones que esperábamos que purificaran nuestra iglesia caen víctima del gran poder de la carne y se convierten en instrumentos de independencia y autosuficiencia.

Parece estar más allá de toda duda que Dios detesta el legalismo tanto como el alcoholismo. Y creo que decir que el legalismo ha llevado ruina eterna a más personas que el alcoholismo es un eufemismo, a pesar de que los estragos que produce el alcohol son enormes.

No nos dejemos engañar por las apariencias. Satanás «se disfraza como ángel de luz» (2 Co. 11:14). Él mantiene impolutas las enfermedades más letales. Viste a sus capitanes con prendas religiosas y alberga sus armas en templos. El legalismo es un padecimiento más peligroso que el alcoholismo porque no parece ser una enfermedad. El alcoholismo hace que los hombres fracasen; el legalismo los hace triunfar en el mundo. El alcoholismo hace que los hombres dependan de una botella; el legalismo los hace autosuficientes, dependientes de

nadie. El alcoholismo destruye la determinación moral; el legalismo les da fuerza. Los alcohólicos no se sienten bienvenidos en la iglesia; los legalistas disfrutan escuchar como ensalzan su moralidad en la iglesia.

Por consiguiente, lo que necesitamos en la iglesia no es regulaciones de todo tipo para intentar mantenernos puros. Tenemos que predicar, orar y creer que ni la circuncisión ni la no circuncisión, ni la prohibición de las bebidas alcohólicas ni el beber en reuniones, ni el legalismo ni el alcoholismo, son de utilidad alguna para con Dios. Sólo lo es un corazón nuevo.

Cada día, el enemigo envía contra nosotros el tanque Sherman de la carne, con cañones de independencia y autosuficiencia. Si intentamos defendernos o defender a nuestra iglesia con reglas de cerbatana, terminaremos derrotados, incluso en nuestra aparente victoria. La única defensa es estar «arraigados y sobreedificados en [Cristo], y confirmados en la fe» (Col. 2:7); «fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad» (Col. 1:11); «asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose... crece con el crecimiento que da Dios» (Col. 2:19).

¡De Dios! ¡De Dios y *no* de nosotros!

El semillero de todos estos pensamientos ha sido Colosenses 2:16-23. Este fue el pasaje clave que me dio guía al inicio de mi ministerio para salir airoso de esta polémica. Me parece que estos versículos colocan a la abstinencia total como un requisito para ser miembro de la iglesia en la categoría de legalismo y por tanto, nos enseñan que es errónea. Las enseñanzas de Pablo pueden resumirse en cinco puntos:

1. «*Nadie os juzgue en comida o en bebida*» (Col. 2:16).

El consumo de alimentos y bebidas en sí mismo no constituye un fundamento por el cual juzgar su posición en relación con Dios o su posición en la familia de Dios. Para estar seguro, Pablo tuvo que lidiar con el abuso de la comida y la bebida, el problema de

comer carne que se había ofrecido a los ídolos y el problema de la borrachera (1 Co. 8; 11:21; Ro. 14). Sin embargo, su enfoque en relación con estos abusos nunca fue prohibir la comida ni la bebida; siempre fue prohibir lo que destruía el templo de Dios y dañaba la fe (¡que en ocasiones podía incluir la comida y la bebida!) Él enseñó el principio del *amor*, pero no determinó su aplicación con regulaciones en materia de comida y bebida. El pacto de la iglesia que tenga la abstinencia total como requisito, se extralimita en lo que refiere a la restricción del principio del amor.

2. *«Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles»* (Col. 2:18).

La falsa enseñanza en Colosas contó de dos partes: Por una parte, llamó a la adoración de los ángeles y por la otra, a regulaciones estrictas y acéticas. Ambas se erigieron como requisitos para quienes querían calificar para la plenitud de vida (2:10) o la completa participación en la comunidad espiritual. Pablo denunció ambos requisitos. La teología de los creyentes colosenses era errónea. Sus regulaciones acéticas con respecto a la comida y la bebida no tenían utilidad porque la plenitud de la deidad habita en Cristo y dichas normas eran sólo sombras de la realidad que conducen al engreimiento.

3. *La fuente de vida, pureza y crecimiento no nos llega mediante visiones religiosas ni regulaciones con respecto a la comida y la bebida, sino «asiéndose de la Cabeza [Cristo], en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios»* (Col. 2:19).

La única esperanza para lograr crecimiento espiritual y salud en el cuerpo de Cristo es la fidelidad a Cristo la cabeza, no a regulaciones excluyentes.

4. *«Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso?» (Col. 2:20-22).*

Una iglesia que instaura regulaciones con respecto a la comida y la bebida como medios para juzgar o excluir, no conoce aún lo que significa morir con Cristo y ser liberado de los poderes del mundo. Esto fue lo que quise decir anteriormente cuando dije que cada vez que la confianza genuina y gozosa en Cristo disminuye, se instauran regulaciones para preservar lo que el poder de Cristo creó una vez. Si instaura suficientes regulaciones y crea una dotación lo bastante grande, una institución puede durar décadas después de que la dinámica espiritual que le dio origen haya desaparecido.

5. *«Tales cosas [regulaciones] tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne» (Col. 2:23).*

La abstinencia total, como requisito de entrada, puede asegurar que los miembros de la iglesia tengan una postura común con respecto al alcohol, pero no sirve de nada a la hora de hacernos personas puras que no vivan según la carne. Por el contrario, al imponer una restricción que el Nuevo Testamento jamás impone, este requisito de entrada, en principio, nos involucra en un legalismo que tiene raíces en la falta de fe. Es señal de descoloridos poder y gozo, y el corazón justo creado otrora por el poder de Cristo ya no puede preservarse por medio de leyes.

Concluyo, por consiguiente, que el apóstol Pablo no aprobaría los pactos de las iglesias contemporáneas que hacen de la abstinencia total un requisito para ser miembro de la iglesia local. Como alternativa práctica a la cláusula de abstinencia total, sugiero sustituirla por

una sentencia como la siguiente: «Nos abstenemos de toda droga, alimento, bebida y prácticas que provoquen daños injustificados al cuerpo o pongan en riesgo nuestra fe o la de otra persona». Este pacto es más fundamental, pero brinda flexibilidad bíblica para la libertad de conciencia en Cristo.

Hoy padecemos de humildad en el lugar equivocado. La modestia se retiró del órgano de la ambición. La modestia se asentó sobre el órgano de la convicción, donde nunca se supuso que estuviera. Se suponía que el hombre dudara de sí mismo, pero no que dudara de la verdad. Esto se ha revertido.

G. K. CHESTERTON

El relativismo ya no significa que tu afirmación de verdad no tiene más validez que la mía. Ahora significa que no puedes alegar que dices la verdad.

JOHN PIPER

22

HERMANOS, NO CONFUNDAN LA INCERTIDUMBRE CON LA HUMILDAD

DE VEZ EN CUANDO, los pastores se ven arrastrados a la polémica por amor a la verdad, el bien de la iglesia y la gloria de Dios. Es algo necesario y doloroso. Gran parte del Nuevo Testamento es fruto de la polémica. De modo que no estamos solos cuando es necesario. No obstante, el precio es alto y en estos de días de pluralismo y relativismo que minimizan la verdad, es inevitable ser acusados de arrogantes.

Así que en años recientes, he tenido que pensar mucho sobre el orgullo y la humildad. Por ejemplo, me he visto arrastrado a la polémica alrededor del teísmo abierto, que niega que Dios sabe de antemano todo lo que va a suceder.¹ Una de las críticas más comunes que se dirigen a los hermanos con respecto a esta polémica es que son arrogantes o que su punto de vista es arrogante. Por ejemplo, se han publicado palabras similares a las siguientes en referencia a algunos de nosotros que hemos hablado en público o escrito sobre este tema:

Un grupo de pastores y estudiosos calvinistas autoritarios, que rechazan el pluralismo y el irenicismo de otros calvinistas y los compromisos pietistas de la Baptist General Conference, están inmersos en un discurso teológico intolerante y *arrogante*... La arrogancia indignante de estos defensores del honor de Calvino es pasmosa.

Sin embargo, las dimensiones de la estrategia de calificar a alguien de orgulloso o altanero son muchos mayores que las de nuestro pequeño conflicto. La «arrogancia» es la condena de la elección en las arenas política y religiosa para cualquiera que rompa las leyes del relativismo. Si uno plantea que el punto de vista de alguien sobre Dios está errado, se le acusará de arrogante. Si dice que los cristianos deben testificar de Cristo a sus amigos judíos con la esperanza de que crean en Jesús y sean salvos, se le acusará de arrogancia. Si le dice a un miembro descarriado de la iglesia que está atrapado en el pecado que se arrepienta y regrese, se le acusará de sentencioso y de arrogante.

1. Para consultar un debate útil y una respuesta crítica al teísmo abierto, véase Bruce A. Ware, *God's Lesser Glory: The Diminished God of Open Theism* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 2000). Para conocer acerca de la naturaleza de la polémica en que me vi envuelto, véase John Piper y Justin Taylor, *Resolution on the Foreknowledge of God: Reasons and Rationale* (Minneapolis, Minn.: Desiring God Ministries, 2000), disponibles en DGM: 1-888-DGM-4700. Véase también John M. Frame, *No Other God: A Response to Open Theism* (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian and Reformed Publishing Co., 2001); *Beyond the Bounds: Open Theism and the Undermining of Biblical Christianity*, eds. John Piper, Justin Taylor y Paul Kjoss Helseth (Wheaton, Ill.: Crossway, por ser publicado).

De modo que se nos presenta una cuestión que concierne nuestra vida pastoral cada vez que actuemos o hablemos sobre la base de la convicción bíblica. Además, la cuestión es seria no sólo porque concierne todo lo que hacemos, sino porque la acusación es muy grave. Dios detesta el orgullo, la raíz de todo pecado.

Porque día de Jehová de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido, y será abatido... sobre todos los montes altos, y sobre todos los collados elevados; sobre toda torre alta, y sobre todo muro fuerte; sobre todas las naves de Tarsis, y sobre todas las pinturas preciadas. La altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y solo Jehová será exaltado en aquel día (Is. 2:12, 14-17).

Por otra parte, a los humildes se les hacen maravillosas promesas y elogios. «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt. 5:3). «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes» (Stg. 4:6). «Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mt. 23:12).

Por tanto, me parece que lo que los pastores tenemos que hacer es reflexionar con meticulosidad acerca de qué son en realidad el orgullo y la humildad, no tanto para defendernos de las calumnias (que casi siempre les salen por la culata), sino más bien para ponernos a prueba a nosotros mismos y asegurarnos que luchamos contra cada indicio de orgullo en nuestras almas.

¿Qué son la humildad y su antónimo, el orgullo?

En 1908, el escritor británico G. K. Chesterton describió el germen de la actualmente madura cultura relativista. Un signo de dicha cultura es el secuestro de la palabra *arrogancia* para referirse a la *convicción* y de la palabra *humildad* para referirse a la *incertidumbre*.

Chesterton lo previó:

Hoy padecemos de humildad en el lugar equivocado. La modestia se retiró del órgano de la ambición. La modestia se asentó sobre el órgano de la convicción, donde nunca se supuso que estuviera. Se suponía que el hombre dudara de sí mismo, pero no que dudara de la verdad. Esto se ha revertido. Hoy día, la parte del hombre que él mismo reafirma es exactamente la parte que no debiera reafirmar: A sí mismo. La parte de la que duda es exactamente la parte de la que no debiera dudar: La razón divina... Vamos camino a engendrar una raza de hombres demasiado modestos mentalmente como para creer en la tabla de multiplicar.²

Así, si la humildad no es el abandono de la convicción ni el abrazo al agnosticismo, ¿qué es? Dios nos ha dicho al menos seis cosas sobre la humildad.

1. *La humildad comienza con el sentido de subordinación a Dios en Cristo.*

«El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor» (Mt. 10:24). «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios» (1 P. 5:6).

Lo siguiente es un hecho: Dios está arriba, nosotros estamos debajo. No somos dignos de quitarle los zapatos. La distancia que hay entre Dios y nosotros es infinita. Su grandeza, poder, sabiduría, justicia, verdad, santidad, misericordia y gracia están tan encima de las nuestras como los cielos lo están de de la tierra.

Además del hecho de que Dios está arriba y nosotros debajo, existe una *sensación* genuina del hecho. Además de la verdad, existen el convencimiento y el *sentido* de la verdad. ¿Sentimos la

2. G. K. Chesterton, *Orthodoxy* (Garden City, N.Y.: Doubleday and Co., 1957; original, 1908), 31-32.

mencionada distancia entre Dios arriba y nosotros debajo? ¿Nos sentimos realmente humillados por ella o, paradójicamente, hasta nos enorgullecemos de saber que nos hemos dado cuenta de que existe? ¡Ay, cuán sutil es la contaminación del orgullo!

2. La humildad no da la sensación de tener derecho a un mejor tratamiento que el que recibió Jesús.

«Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?» (Mt. 10:25).

Por consiguiente, la humildad no devuelve mal por mal. La humildad no edifica una vida basándose en los derechos que percibe. «Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas... cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (1 P. 2:21-23).

Gran parte de nuestra ira y resentimiento en las relaciones proviene de la expectativa de que tenemos derecho a que se nos trate bien. Sin embargo, como una vez dijera George Otis a una concurrencia en Manila: «Jesús nunca le prometió a sus discípulos una lucha justa». Debemos dar por sentado el maltrato y no indignarnos cuando lo recibamos. La humildad es así. Pedro (1 P. 2:21-23) y Pablo (Ro. 12:19) nos prestan gran ayuda moral en esta difícil tarea recordándonos que Dios saldará todas las deudas de manera justa y que no se correrá un velo sobre la injusticia temporal. Habrá que hacerle frente en la cruz o en el infierno. No necesitamos vengarnos. Podemos dejárselo a Dios.

3. La humildad estipula que la verdad no debe alentar al ego con control o triunfos en debates, sino como servicio a Cristo y amor al adversario.

«[El amor]... se goza de la verdad» (1 Co. 13:6). «Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz... Y no temáis» (Mt. 10:27-28). «Porque

no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús» (2 Co. 4:5).

Si la verdad es preciosa, decirla es parte necesaria del amor. Y si la verdad es un instrumento para la salvación, la santificación, la preservación, la libertad y el gozo, decir la verdad, entonces, es parte esencial del amor. «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn. 8:32). «Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad» (Jn. 17:17). «[Las personas] se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos» (2 Ts. 2:10).

Por tanto, decir la verdad es servir a Cristo y amar a los demás, incluso si se consideran adversarios de uno. Esto es más claro en el caso del evangelismo, cuando uno es acusado de arrogante por predicar el evangelio a los musulmanes, judíos o budistas. Esto siempre ha ocurrido en el marco misionero y ocurre hoy entre el intolerante público norteamericano en general, donde el relativismo ya no significa que tu afirmación de verdad no tiene más validez que la mía. Ahora significa que no puedes alegar que dices la verdad. Si lo haces, en el mejor de los casos eres arrogante y en el peor, alentador de delitos de odio.

Por ejemplo, escribí una editorial para el *StarTribune* de Miniápolis (el 2 de octubre de 1999) alegando que era algo hermoso que los cristianos le hablaran del evangelio de Jesucristo a las personas judías porque «el que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (1 Jn. 5:12). Varios clérigos escribieron al periódico y dijeron: «Desafortunadamente, *arrogante* es la palabra que describe todo intento de hacer proselitismo (en este caso, el esfuerzo de los cristianos por “ganar” a sus hermanos y hermanas judíos). Un cristiano serio se desvinculará de cualquier esfuerzo similar».

Debemos ayudarnos los unos a los otros a hacer frente a esta clase de intimidación que, en nombre de la humildad, constituye un intento por cuestionar el corazón del evangelio: Que Jesucristo es la única vía de salvación: Debemos recordarnos los unos a los otros que este no es un evangelio de arrogancia, sino de amor.

4. La humildad sabe que depende de la gracia para todo conocimiento, creencia, vida y actuar.

«Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Ef. 2:8-9). «Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» (1 Co. 4:7). «El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas... recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas» (Stg. 1:18, 21).

Quizá la relación más clara que aparece en la Biblia entre abrazar la soberanía de Dios y escapar de la arrogancia aparece en Santiago 4:13-16. Santiago dice en estos versículos que lo que creemos acerca de la suprema providencia de Dios en la esencia de nuestra planificación diaria decide si somos «arrogantes» o no.

¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello. Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala (Stg. 4:13-16).

Por consiguiente, la humildad logra lo contrario. Se somete momento a momento al reinado soberano de Dios sobre nuestra vida diaria y descansa en los decretos severos y tiernos de la sabiduría amada de Dios.

5. *La humildad sabe que es falible y así considera las críticas y aprende de ellas, pero también sabe que Dios nos ha provisto de convicciones humanas inquebrantables y que Él nos llama a persuadir a los demás.*

«Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido» (1 Co. 13:12). «El que obedece al consejo es sabio» (Pr. 12:15). «Conociendo, pues, el temor del Señor, *persuadimos* a los hombres» (2 Co. 5:11). «Esto habla, y exhorta y reprende *con toda autoridad*. Nadie te menosprecie» (Tit. 2:15).

No lo sabemos todo. Además, lo que sabemos no lo conocemos con equilibrio perfecto ni dominio completo y global. Sin embargo, Dios se ha revelado en Cristo y en su Palabra. Él quiere que nos humillemos ante la objetividad de esta revelación y aceptemos con convicción lo que Él ha dicho. Por la sangre del Cordero y la palabra de nuestro testimonio, podemos triunfar sobre el mal, si menospreciamos nuestras vidas hasta la muerte (Ap. 12:11).

En el fondo de todas estas señales de humildad se encuentra lo siguiente: La verdadera humildad siente que la humildad es un don más allá de nuestro alcance. Si la humildad es un logro nuestro, instintivamente nos sentiremos orgullosos de nuestro resultado exitoso. La humildad es el don de recibir todas las cosas como don. Es el fruto, no de nuestro proceder, sino del Espíritu Santo (Gá. 5:22). Es el fruto del evangelio, sabiendo y sintiendo que somos pecadores desesperados y que Cristo es un gran Salvador inmerecido.

Hermanos, por amor a la verdad, por el bien de sus fieles y por la gloria de Dios en el mundo, no confundan la incertidumbre tímida con la humildad sincera.

Haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro
en los cielos que no se agote.

LUCAS 12:33

No habrá lugar para la predicación que carece de
claridad ética y pasión social el día en que las trompetas
de cielo suenen y el Hijo de Dios vaya a la guerra.

JAMES STEWART

Si ustedes quieren ser un conducto para la gracia de Dios,
no tienen que andar forrados en oro. Con cobre basta.

JOHN PIPER

23

HERMANOS, DÍGANLES QUE CON COBRE BASTA

NUNCA CONVENCEREMOS a nuestros fieles de que la parábola del rico necio (Lc. 12:13-21) se aplica a ellos a menos que la apliquemos a nosotros mismos. Dios llamó necio al hombre porque, cuando sus campos produjeron un excedente, construyó graneros más grandes y se dedicó a reposar.

¿Qué debió haber hecho con el excedente que Dios le dio? El versículo 33 nos da la respuesta: «Vended lo que poseéis, y dad limosna [al necesitado]». En vez de aumentar su nivel de vida y

seguridad, debió haber utilizado las posesiones que tenía de más para aliviar el sufrimiento.

Dios llama «necia» a la persona que utiliza su exceso de dinero para aumentar su confort propio. Lucas añade: «Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios» (v. 21). ¿Significa esto que el hombre debió haber hecho rico a Dios y no a sí mismo? ¿Cómo se puede hacer rico a Dios? Él ya es dueño de todo, de los millares de animales en los collados (Sal. 50:10) y de nuestras propias almas (Lc. 12:20).

Hay otro posible significado. Lucas 12:33 dice: «Haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote». Así, «rico para con Dios» no significa «hacer rico a Dios», sino «hacerse rico uno mismo con Dios». No dice que «le dé una bolsa a Dios». Dice: «Haceos bolsas». Háganse de tesoro en los cielos que no se agote. ¡Busquen la verdadera seguridad!

Ser rico «para con Dios» significa mirar en dirección a Dios en busca de riqueza celestial; significa «descansar» en Él, encontrar su seguridad en Él y significa hacer uso de su dinero de manera que agrande el granero de su gozo en el cielo, no el granero de comodidad en la tierra. Dios nos da dinero en la tierra para que lo invirtamos en busca de dividendos en el cielo.

La persona que piensa que el dinero que gana es principalmente para aumentar sus comodidades en la tierra es un necio, dice Jesús. Los sabios saben que todo su dinero pertenece a Dios y debe utilizarse para demostrar que Dios, no el dinero, es su tesoro, confort, deleite y seguridad.

¿Cómo utilizamos nuestro dinero para demostrar que Dios es nuestro tesoro? ¿Cómo mostramos que somos «ricos para con Dios»? Lucas 12:21 dice que se logra al no acumular tesoros para nosotros mismos y el versículo 33 dice que es dando limosna.

Pero ¿promete el Antiguo Testamento que Dios hará prósperos a los fieles? ¡Ciertamente! Dios aumenta nuestras ganancias para que, al dar, podamos probar que nuestras ganancias no constituyen nuestro Dios. Dios no hace prosperar el negocio de un hombre para que ese hombre pueda cambiar de un Buick a un BMW. Dios hace prosperar los negocios para que llegue el evangelio a cientos de

personas a quienes no les ha llegado. Él hace prosperar los negocios para que el veinte por ciento de la población del mundo pueda alejarse un paso del precipicio del hambre.

Hermanos, muchos de nuestros fieles apenas han comenzado a captar este significado. Demasiados son los que están moldeados por la cultura consumista en vez de la economía de Cristo. Aún se rigen por la siguiente regla: Si te lo ganaste es porque te lo mereces. Es tuyo; úsalo para tu propia comodidad material.

Se ha apoderado de ellos la media verdad que dice que glorificamos a Dios con dinero al deleitarnos en todos los lujos de manera agradecida que Él nos permite adquirir. La media verdad es la siguiente: *Debemos* dar gracias por cada cosa buena que Dios nos da. Eso sí lo glorifica. La mitad falsa es la insinuación sutil de que así se puede glorificar a Dios, con cada compra decente que hacemos.

Si esto fuera cierto, Jesús no diría: «Vended lo que poseéis, y dad limosna» (Lc. 12:33). No diría: «No os preocupéis por lo que habéis de comer, ni por lo que habéis de beber» (Lc. 12:29). Juan el Bautista no hubiera dicho: «El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene» (Lc. 3:11). El Hijo del Hombre no hubieran andado por ahí sin lugar donde recostar su cabeza (Lc. 9:58). Zaqueo tampoco hubiera dado la mitad de sus bienes a los pobres (Lc. 19:8).

No glorificamos a Dios cuando nos quedamos (sin importar lo agradecidos que estemos) con lo que deberíamos utilizar para aliviar la miseria de las millones de personas no evangelizadas, sin educación, sin casa y sin alimentos.

La evidencia de que muchos de nuestros fieles no son ricos para con Dios es cuán poco dan y cuánto poseen. A lo largo de los años, Dios los ha hecho prósperos y por una ley casi irresistible de la cultura consumista han comprado casas mejores (más de una), autos más nuevos (más de uno), ropas más elegantes (más de una) y toda clase de baratijas, aparatos, envases y equipos para hacer la vida más entretenida.

Muy pocos de nuestros fieles se han dicho: Viviremos dichosos con un nivel de sencillez similar al de los tiempos de guerra y

utilizaremos el resto de lo que ganemos para aliviar la miseria. Sin embargo, seguramente eso es lo que Jesús quiere. No sé cómo se puede leer el Nuevo Testamento y mirar después a dos mil millones de personas no evangelizadas y, así y todo, hacernos un granero más grande. Sólo podemos justificar la exorbitancia de nuestro estilo de vida si ignoramos la perdición de aquellos a quienes no ha llegado el evangelio y la miseria de los pobres.

Hermanos, somos líderes y la carga del cambio recae mayormente sobre nosotros. Debemos comenzar por nuestras propias vidas. ¿Es la ilusión de su vida vivir de manera tan sacrificada que lo único que vea como su tesoro sea a Dios, no a las cosas? ¿Son su casa, ropas, autos y forma de esparcimiento típicos del estilo de vida de los tiempos de guerra? ¿Da a la iglesia más que los demás (no para que sus fieles sepan lo que usted da, sino para que lo sepa Dios)? ¿La carga que lleva por aquellos a quienes no ha llegado el evangelio afecta el amor que sienten sus fieles por el lujo y el confort?

No digo que debemos convertirnos en economistas profesionales, sólo en profetas. James Stewart, de Escocia dijo lo siguiente hace treinta años:

Calcular planes de reconstrucción es oficio de los economistas, no del púlpito. Sin embargo, sí es, de manera categórica, función del púlpito abrirle bien los ojos a los hombres ante la extraordinaria misericordia de Jesús, exponer sus corazones a las limitaciones de esa compasión divina que crea un halo alrededor de los oprimidos y de los que sufren y arde en juicio contra todo mal social... No habrá lugar para la predicación que carece de claridad ética y pasión social el día en que las trompetas de cielo suenen y el Hijo de Dios vaya a la guerra.¹

¿Por qué habrá de decir un pastor a sus fieles con respecto a la compra y ser dueño de dos casas en un mundo en que veinticuatro

1. James Stewart, *Heralds of God* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1972), 97.

mil personas se mueren de hambre cada día y las agencias misioneras no pueden, por falta de fondos, alcanzar las personas hasta quienes el evangelio no ha llegado?

Primero, quizá quiera citar Amós 3:15: «Y heriré la casa de invierno con la casa de verano, y las casas de marfil perecerán; y muchas casas serán arruinadas, dice Jehová». Luego podría leer Lucas 3:11: «El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene».

Más tarde, podría contarles a sus fieles sobre Bob y Myrna Gemmer, de St. Petersburg, Florida, quienes concretaron una visión para paliar las necesidades de alojamiento de los pobres. Vendieron su segunda casa en Ohio y utilizaron los fondos para construir casas para diversas familias en Immokalee, Florida.

Entonces preguntarán: «¿Es justo tener una casa que esté vacía parte del año?» Y responderán: «Puede que sí, puede que no». No facilitarán las cosas mediante la creación de una ley. Las leyes pueden obedecerse bajo coacción sin que ocurran cambios en los sentimientos. Los profetas quieren corazones nuevos para Dios, no sólo arreglos inmobiliarios. Harán énfasis, entonces, en la incertidumbre de sus fieles y les contarán de su propia lucha para descubrir el camino del amor. No presumirán de tener una respuesta sencilla para cada pregunta proveniente de personas con distintos estilos de vida. Reconocerán que su propio estilo de vida, si viven en los Estados Unidos, es espléndidamente cómodo en comparación con la mayoría de las personas en el mundo.

Sin embargo, ustedes los ayudarán a tomar una decisión. Les dirán: «¿Su casa expresa o alienta a tener un nivel de lujos que disfruta en indiferencia inconsciente con respecto a las necesidades de los demás o es sencillamente un retiro que utiliza de vez en cuando para el descanso, la oración y la meditación tan necesarios y que devuelve a las personas a la ciudad apasionados por negarse a sí mismos ante la evangelización de aquellos a quienes el evangelio no ha llegado y ante la búsqueda de la justicia para los oprimidos que sufren?» Dejarán la indicación alojada en la conciencia de sus fieles y los retará a buscar un estilo de vida según el evangelio.

Efesios 4:28 dice: «El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad». Así, existen tres niveles de cómo vivir con las cosas: (1) Puede robar para obtenerlas, (2) puede trabajar para obtenerlas o (3) puede trabajar para obtenerlas con el objetivo de dar.

Muchos de nosotros vivimos en el nivel dos. Casi todas las fuerzas de nuestra cultura nos instan a vivir en el nivel dos. Pero la Biblia inexorablemente nos instiga hacia el nivel tres.

Tal como dijera Pablo: «Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra» (2 Co. 9:8). ¿Por qué, entonces, Dios bendice a nuestros fieles con la abundancia? Para que puedan tener suficiente como para vivir y utilizar el resto para toda clase de buenas acciones que alivien la miseria espiritual y la física. Suficiente para nosotros; abundancia para los demás.

Tendrán que aclararles a las personas de negocios que forman parte de su congregación que ustedes no se oponen a las industrias multimillonarias ni se oponen necesariamente a los salarios de seis dígitos. El problema surge cuando endosan el status quo que dice que un salario de seis dígitos debe ir acompañado de un estilo de vida de seis dígitos. No debería ser así. Quizá debería estar acompañado de un estilo de vida de \$40.000 y mantener a dos familias en un nuevo campo misionero.

El problema no radica en ganar mucho. El problema es la acumulación constante de lujos que pronto dan la sensación de ser necesidades. Si ustedes quieren ser un conducto para la gracia de Dios, no tienen que andar forrados en oro. Con cobre basta.

Pero hermanos, esto debe empezar por nosotros. Debemos dejar de acumular. Debemos dejar de construir graneros. Tenemos que demostrar que lo más grande que se puede hacer con el dinero es usarlo para proporcionar tesoro en el cielo, no en la tierra. Tenemos que ser «ricos para con Dios». Saque entonces el oro de su propio conducto y dígale a sus fieles que con cobre basta.

Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.

JOB 1:21

Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran.

ROMANOS 12:15

¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?

Y fuera de ti nada deseo en la tierra.

Mi carne y mi corazón desfallecen;

Mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre.

SALMO 73:25-26

Dios es lo único que es seguro y estable en el universo.

JOHN PIPER

24

HERMANOS, AYUDEN A SU PUEBLO A RESISTIR Y SERVIR EN MEDIO DE LAS CALAMIDADES

ALREDEDOR DE LAS 11 Y 30 de la mañana del martes 20 de abril de 1999, en el aniversario del nacimiento de Adolfo Hitler, dos alumnos de la Escuela Secundaria Superior Columbine de Littleton, una zona residencial de Denver, Colorado, entraron al comedor de la escuela y abrieron fuego sobre los estudiantes con armas y bombas caseras. Siguieron camino hacia la biblioteca

donde, después de matar a trece alumnos, se quitaron la vida. Más aplastante aún para nuestra nación fue cuando en la mañana del 11 de septiembre de 2001, un número de terroristas estrellaron dos aviones comerciales directamente contra las torres gemelas del World Trade Center en Nueva York y otro contra el Pentágono. Más de tres mil personas murieron en los ataques. Toda la nación tembló, lloró y expresó su rabia.

¿Qué debe hacer un pastor en momentos como esos cuando la nación entera habla sobre la vida, la muerte, el mal, la pérdida y el dolor? Yo tenía un mes de licencia para escribir cuando sucedió lo de Columbine. Como no estaba allí para predicar a los fieles, decidí escribirles a los ancianos. Les pregunté: «¿Qué diremos sobre esta calamidad a fin de honrar a Dios y ministrar a las personas para su bien?» Para contestar esta pregunta escribí una respuesta de quince puntos a Columbine que envié a los ancianos a los pocos días del 20 de abril de 1999.

Cuando ocurrieron los sucesos del 11 de septiembre, yo estaba con el personal escuchando la radio. Cuando nos postramos sobre nuestros rostros acudiendo a Dios por nuestra nación y nuestro pueblo, concebimos una respuesta de tres oficios. Al triple oficio (martes, miércoles y domingo) lo llamamos «Oficio de dolor, humildad propia y constante esperanza en nuestro Salvador y Rey, Jesucristo». Asimismo, llevé la respuesta de quince puntos a Columbine y le añadí seis puntos más y la puse en nuestro sitio en la Internet para que las personas la usaran al ministrarse unos a otros. Lo que aparece a continuación es esa respuesta que espero, y oro por ello, los ayude a ustedes y sostengan y fortalezcan a sus fieles en la calamidad.

1. *Oren. Pídanle ayuda a Dios para ustedes y para aquellos a quienes deseen ministrar. Pídanle sabiduría, compasión y fortaleza y las palabras adecuadas. Pídanle que los que sufren busquen a Dios como su ayuda, su esperanza, su cura y su fortaleza. Pídanle que convierta sus labios en un manantial de vida.*

Santiago 1:5: «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada».

Deuteronomio 32:2: «Goteará como la lluvia mi enseñanza; destilará como el rocío mi razonamiento; como la llovizna sobre la grama, y como las gotas sobre la hierba».

Proverbios 13:14: «La ley del sabio es manantial de vida para apartarse de los lazos de la muerte».

2. Sientan y expresen empatía con aquellos que más han sido lacerados por este gran mal y pérdida; lloren con los que lloran.

Eclesiastés 3:1, 4, 5: «Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora... tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endear, y tiempo de bailar... tiempo de abrazar, y tiempo de abstenerse de abrazar».

Romanos 12:15: «Gozaos con los que se gozan; *llorad con los que lloran*».

3. Sientan y expresen compasión por las trágicas circunstancias de tantos seres queridos y amigos que han perdido más de lo que jamás pudieron imaginar.

Juan 11:33-35: «Jesús entonces, al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Le dijeron: Señor, ven y ve. *Jesús lloró*».

Lucas 19:41-44: «*Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella*, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación».

Lucas 7:11-17: «Aconteció después, que él iba a la ciudad que se llama Naín, e iban con él muchos de sus discípulos, y una gran multitud. Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, *he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad. Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella*, y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo, levántate. Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre. Y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo. Y se extendió la fama de él por toda Judea, y por toda la región de alrededor».

4. *Dediquen tiempo a tocar, si pueden, y a administrar tiernos cuidados a los heridos en cuerpo y alma.*

Mateo 8:14-15: «Vino Jesús a casa de Pedro, y vio a la suegra de éste postrada en cama, con fiebre. *Y tocó su mano*, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía».

Marcos 1:40-41: «Vino a él un leproso, rogándole; e hincada la rodilla, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, teniendo misericordia de él, *extendió la mano y le tocó*, y le dijo: Quiero, sé limpio».

Lucas 10:30-37: «Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, *fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándole aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuidamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese. ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue*

el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo».

5. *Ofrezcan la promesa de que Dios sustentará y ayudará a los que descansan en Él en busca de misericordia y confían en su gracia. Él los fortalecerá para resistir los días imposibles que les esperan a pesar de toda la lobretez.*

Salmo 34:18: «Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu»

Isaías 41:10: «No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios *que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré* con la diestra de mi justicia»

Salmo 23:4: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, *porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento*»

2 Corintios 1:3-4: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, *Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones*, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios».

2 Corintios 1:8-9: «Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, *para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos*».

6. *Afirmen que Jesucristo probó la hostilidad de los hombres y supo lo que era ser torturado y abandonado injustamente, y soportar una pérdida irresistible y luego ser muerto, para ser ahora un fiel mediador nuestro con Dios.*

Hebreos 4:15-16: *«Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado [probado] en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro».*

Isaías 53:3-6: *«Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros».*

7. *Declaren que este asesinato fue un gran mal y que la ira de Dios se enciende grandemente por la destrucción sin sentido de la vida humana creada conforme a su imagen.*

Éxodo 20:13: «No matarás».

Génesis 9:5-6: «Porque ciertamente demandaré la sangre de vuestras vidas; de mano de todo animal la demandaré, y de mano del hombre; de mano del varón su hermano demandaré la vida del hombre. El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre».

Deuteronomio 29:24-25: «Todas las naciones dirán: ¿Por qué hizo esto Jehová a esta tierra? ¿Qué significa el ardor de esta gran ira? Y responderán: Por cuanto dejaron el pacto de Jehová el Dios de sus padres, que él concertó con ellos cuando los sacó de la tierra de Egipto».

8. *Reconozcan que Dios ha permitido un gran brote de pecado contra su voluntad revelada y que no conocemos todas las razones de por qué Él permitiría una cosa así cuando está en su poder detenerlo.*

Deuteronomio 29:29: «Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley».

Romanos 11:33-36: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén»

9. *Expresen la verdad de que Satanás es una pesada realidad en el universo que conspira con nuestro propio pecado y carne y en el mundo para herir a las personas y hacer que las personas hieran a otras, pero recalque que Satanás está dentro y bajo el control de Dios.*

Job 1:6, 12, 21-22; 2:6-10: «Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás... Dijo Jehová a Satanás: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él. Y salió Satanás de delante de Jehová... [Después de perder todas sus posesiones y sus diez hijos Job dijo] Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. *Jehová dio, y Jehová quitó*; sea el nombre de Jehová bendito. En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno... [Después de una segunda reunión en el cielo] Y Jehová dijo a Satanás: He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida. Entonces salió Satanás de la presencia de Jehová, e hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza... Entonces le dijo su mujer: ¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete. Y él le dijo: Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. *¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?*».

Job 42:2, 11: «Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti... Y vinieron a él todos sus

hermanos y todas sus hermanas, y todos los que antes le habían conocido, y comieron con él pan en su casa, y se condolieron de él, y le consolaron de todo aquel mal que *Jehová había traído sobre él*».

Lucas 22:31-32: «Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos».

2 Corintios 12:7-9: «Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, *un mensajero de Satanás* que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo».

Comparen los dos enfoques siguientes sobre la causa de la muerte de Jesús.

Lucas 22:3-4: «*Y entró Satanás en Judas*, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce; y éste fue y habló con los principales sacerdotes, y con los jefes de la guardia, de cómo se lo entregaría».

Hechos 4:27-28: «Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer *cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera*».

10. *Expresen que esos terroristas se rebelaron contra la voluntad revelada de Dios y no amaban a Dios ni tenían fe en Él ni hallaban en Él refugio, fortaleza y tesoro, sino que menospreciaban sus caminos y su persona.*

2 Tesalonicenses 3:1-2: «Por lo demás, hermanos, orad por nosotros... para que seamos librados de *hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe*».

Gálatas 5:6: «Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino *la fe que obra por el amor*».

Gálatas 5:16: «Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne».

Santiago 4:1-4: «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios».

11. *Ya que la rebelión contra Dios es la causa de este asesinato, temamos todos esa rebelión en nuestros corazones y apartémosla de nosotros, aceptemos la gracia de Dios en Cristo y renunciemos a los impulsos que causaron esta tragedia.*

Proverbios 3:5-6: «*Fiáte de Jehová* de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas».

Salmo 9:10: «En ti *confiarán* los que conocen tu nombre, por cuanto tú, oh Jehová, no desamparaste a los que te buscaron».

Salmo 56:3: «En el día que temo, yo en ti *confío*».

12. *Llamen la atención de los vivos respecto de las trascendentales cuestiones sobre el pecado y el arrepentimiento en nuestros corazones y la urgente necesidad de estar a bien con Dios por su misericordiosa provisión de perdón en Cristo para que no nos sobrevenga algo peor que la muerte.*

Lucas 13:1-5: «En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis

que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente».

Apocalipsis 9:18-21: «Por estas tres plagas fue muerta la tercera parte de los hombres; por el fuego, el humo y el azufre que salían de su boca... Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes... no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos».

Apocalipsis 16:8-9: «El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego. Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria».

13. Recuerden que incluso los que tienen fe en Cristo pueden caer como los miles que estaban en Nueva York y Washington, pero eso no significa que han sido abandonados por Dios o que Él no los ama aun en aquellas horas de agonía y sufrimiento. El amor de Dios conquista inclusive mediante la calamidad.

Romanos 8:35-39: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro».

14. *Mezclen el llanto desgarrador con la inquebrantable fe en la bondad y la soberanía de Dios que impera sobre el pecado y los planes de personas rebeldes.*

Lamentaciones 3:32-33: «Antes si aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias; porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres».

Génesis 45:7: «[José le dijo a sus hermanos quienes habían pecado vendiéndolo para Egipto] Y Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra, y para daros vida por medio de gran liberación».

Génesis 50:20: «[José les dijo a sus atemorizados hermanos] Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo».¹

15. *Confíen en Dios y en su capacidad de hacer lo humanamente imposible para lograr que ustedes puedan superar esta pesadilla y, de alguna manera inescrutable, sacarle provecho.*

Romanos 8:28: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados».

Lamentaciones 3:21-24: «Esto recapacitaré en mi corazón, por lo tanto esperaré. Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad. Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto, en él esperaré».

2 Corintios 1:8-9: «Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo

1. Otros pasajes bíblicos sobre la soberanía absoluta de Dios sobre todas las cosas: Efesios 1:11; Isaías 46:9-10; Lamentaciones 3:37; Amós 3:6; Proverbios 16:33; Éxodo 4:11; 1 Samuel 2:6-7; 2 Samuel 12:15-18; Juan 9:2-3; Santiago 4:15; 1 Pedro 3:17; 4:19; Mateo 10:29.

que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que *no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos*.

2 Corintios 4:17: «Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria».

16. *Expliquen, cuando sea oportuno y ellos puedan pensar con claridad, que uno de los misterios de la grandeza de Dios es que Él ordena que sucedan algunas cosas que Él prohíbe y desaprueba.*

El ejemplo más claro es la orden dada por Él de que mataran a su Hijo.

Hechos 4:27-28: «Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera».²

17. *Expresen su aprecio personal por la soberanía de Dios como la base de todas sus esperanzas cuando se enfrentan a las imposibilidades humanas de la vida. El cumplimiento mismo de las promesas del nuevo pacto sobre nuestra salvación y conservación dependen de la soberanía de Dios sobre las voluntades humanas rebeldes.*

Marcos 10:24-27: «Los discípulos se asombraron de sus palabras; pero Jesús, respondiendo, volvió a decirles: Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Ellos se asombraban aun más, diciendo entre sí: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Entonces Jesús, mirándolos, dijo:

2. Vea el Apéndice titulado «Are There Two Wills in God? Divine Election and God's Desire for All to Be Saved», en *The Pleasures of God* (Sisters, Oreg.: Multnomah Press, 2000), 313-40, también en *Still Sovereign: Contemporary Perspectives on Election, Foreknowledge, and Grace*, eds. Thomas R. Schreiner y Bruce A. Ware (Grand Rapids, Mich.: Baker Books, 2000), 107-31.

Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios».

Jeremías 32:40: «Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí».

Hebreos 13:20-21: «Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, *haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él* por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén».

18. *Consideren a Dios como su único tesoro perdurable porque Dios es lo único que es seguro y estable en el universo.*

Salmo 73:25-26: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre».

19. *Recuérdenles a todos que el vivir es Cristo y el morir es ganancia.*

Filipenses 1:21, 23: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia... Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor».

2 Corintios 5:7-9: «(Porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables».

20. *Oren por que Dios incline sus corazones hacia su Palabra, abra sus ojos a sus maravillas, desate sus corazones para que lo teman y los satisfaga con su amor.*

Salmo 119:26: «Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia».

Salmo 119:18: «Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley».

Salmo 86:11: «Afirma mi corazón para que tema tu nombre».

Salmo 90:14: «De mañana sácianos de tu misericordia, y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días».

21. *En el momento apropiado, suenen la trompeta y hagan saber que con toda esta buena nueva Dios pretende liberarnos para el servicio radical y de sacrificio por la salvación de los hombres y la gloria de Cristo. Ayúdenlos a ver que uno de los mensajes de todo este sufrimiento es el de mostrarnos que la vida es corta y frágil y seguida de la eternidad, y que las ambiciones pequeñas y centradas en los hombres son trágicas.*

Hechos 20:24: «Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios».

Tito 2:14: «[Cristo] se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, *celoso de buenas obras*».

Filipenses 1:21: «El vivir es Cristo»

En la vida de toda iglesia y toda nación existen momentos preciosos y dolorosos en que las personas están listas para dejar que la preciosa verdad de la soberana misericordia de Dios penetre en sus almas. Antes de esos momentos y durante ellos, hermanos, ayuden a sus fieles a resistir y ministrar en la calamidad.

Id, y haced discípulos a todas las naciones.

Mateo 28:19

Hay tres posibilidades con la Gran Comisión. Pueden ir, pueden enviar a alguien o pueden desobedecer, pero ignorar la causa no es una opción cristiana.

JOHN PIPER

Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin.

MATEO 24:14

Si amamos la fama de Dios y nos entregamos a engrandecer su nombre por encima de todas las cosas, no podemos ser indiferentes a las misiones mundiales.

JOHN PIPER

25

HERMANOS, DENLES LA PASIÓN DE DIOS POR LAS MISIONES

DOY TESTIMONIO de la gracia de Dios en mi vida por darme la pasión por las misiones del mundo, es decir, una pasión por la supremacía de Dios en todas las cosas para el deleite de todas las naciones. ¡De todas las naciones! Como dice el Salmo 67:4: «Alégrense y gócense las naciones». Dios ha sido bueno conmigo al abrirme los ojos a la supremacía de Dios y el deleite de todas las naciones mediante las misiones del mundo.

Él me puso en la familia de un evangelista, Bill Piper, quien guió a sus hijos en la oración por los misioneros durante cada sesión de oración familiar y está pasando el último capítulo de su fructífera vida, con más de ochenta años, dirigiendo cursos de la Biblia por correspondencia entre cuarenta naciones. Dios me envió, entonces, a una universidad que contaba con el legado de alumnos como Jim Elliot y Billy Graham.

Luego, me envió a un seminario que, por aquellos días, iniciaba una de las primeras facultades para estudios de posgraduado de las misiones del mundo y me puso en el aula con personas como Ralph Winter. Después, me envió al extranjero a realizar mi trabajo de graduado en una cultura diferente y en un idioma diferente. Me envió, entonces, a enseñar en el Bethel College y a convertirme en miembro de la Conferencia Bautista General con su visión misionera mundial. Y en el año 1980 Él me envió a la Iglesia Bautista Bethlehem, que cuenta con una historia centenaria de enviar misioneros como Ola Hanson en 1890 a los pueblos del mundo que no conocen el evangelio, como el kachin, en Birmania.

En 1983, Dios me abrió los ojos durante una conferencia sobre las misiones para ver la relación entre mi concepto del hedonismo cristiano (véase el capítulo 7) y la evangelización del mundo. A principios de los años 90, colocó en el corazón de nuestros ancianos el que me dieran la oportunidad de llevar al papel lo que había aprendido en los años subsiguientes a la experiencia que tuve en 1983. El libro se titula *Let the Nations Be Glad*,¹ extraído del Salmo 67:4: «Alégrense y gocense las naciones, porque juzgarás los pueblos con equidad, y pastorearás las naciones en la tierra».

A todo lo anterior lo llamo la gracia de Dios en mi vida.

De vez en cuando, se hace crucial en la vida de la iglesia que los pastores ensayen las verdades imprescindibles sobre las misiones que alimentan la pasión por la supremacía de Dios entre las naciones. ¿Por qué nos

1. John Piper, *Let the Nations Be Glad: The Supremacy of God in Missions* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1993; ed. rev. 2003). [Alégrense las Naciones, CLIE, 2007].

importan tanto las misiones? Las personas tienen que oírlo. ¿Y, en un final, qué cosa es? Muchos cristianos están totalmente ajenos a la historia más gloriosa del mundo, a la divulgación del cristianismo mediante la sangre, las lágrimas y el gozo de las misiones mundiales. Hay siete verdades que hemos visto en Bethlehem a través de los años que definen e inflaman nuestra pasión por las misiones mundiales. Creo que pueden servirles para que reflexionen. Si la iglesia alrededor del mundo se incendiara por dichas verdades, como dice Pedro en 2 Pedro 3:12: «Apresurándoos para la venida del día de Dios» y el final de la historia tal como la conocemos.

1. *Descubrimos que Dios está entregado apasionadamente a su fama. El objetivo supremo de Dios es que todos los pueblos de la tierra conozcan su nombre, lo alaben y se deleiten en él.*

«Y será predicado este evangelio del *reino* en todo el mundo» (Mt. 24:14). El evangelio trata del reino de Dios; trata del reinado de Dios. Trata del triunfo del Rey Jesús sobre el pecado, la muerte, el juicio, Satanás, la culpa y el miedo. Son buenas nuevas, no el que vayamos a reinar como reyes, sino que nuestro Dios reinará. «¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas... del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!» (Is. 52:7). Este es el evangelio del reino de Dios.

El objetivo de predicar este «evangelio del reino» es que las naciones conozcan al Rey Jesús, lo admiren, lo honren, lo amen, confíen en Él, lo sigan y lo hagan brillar en sus afectos. Hemos aprendido que Dios está entregado apasionadamente a mantener y resaltar su nombre, su reputación, en el mundo.

Una y otra vez leemos en la Biblia que Dios hace lo que hace para que «mi nombre sea anunciado por toda la tierra» (Ro. 9:17). El mandamiento principal de las misiones es Isaías 12:4: «Haced célebres en los pueblos sus obras, recordad que su nombre es engrandecido».

Dios está entregado apasionadamente a su fama (véase el capítulo 2, «Hermanos, Dios ama su gloria»). Su mayor prioridad es la siguiente: Que se le conozca, se le admire, se confíe en Él, se deleiten en Él como Rey infinitamente glorioso. Esa es la «buena nueva del evangelio». Ese es el objetivo de las misiones. Como dijera Pablo en Romanos 15:9: «Que los gentiles *glorifiquen a Dios* por su misericordia».

Ese es el descubrimiento número uno. Algunos vimos más claramente que nunca en 1983 que si amamos la fama de Dios y nos entregamos a engrandecer su nombre por encima de todas las cosas, no podemos ser indiferentes a las misiones mundiales.

2. *Descubrimos que el propósito de Dios que se le conozca, alabe y deleite entre todas las naciones no puede fracasar. Es una promesa absolutamente segura. Va a suceder.*

Jesús dijo: «Y *será* predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Mt. 24:14). La anterior es una promesa absoluta. *Sucederá*. La base para la certeza es la soberanía de Jesús: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mt. 28:18). Nada puede detenerlo: «Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mt. 16:18).

A partir de este descubrimiento nos percatamos de que si como iglesia somos desobedientes, en última instancia no se perderá la causa de Dios ni la causa de las misiones mundiales; nos perderemos *nosotros*. Los designios de Dios se erguirán y Él logrará su propósito completamente (Is. 46:10). Su triunfo nunca se cuestiona, sólo nuestra participación en él o nuestra pérdida incalculable. Podemos estar ebrios de preocupaciones personales y ser indiferentes a la gran empresa de la evangelización del mundo; no obstante, Dios sencillamente pasará de nosotros y hará su obra grandiosa mientras nosotros nos marchitamos en nuestra pequeña tierra de comodidades.

3. *Descubrimos que la tarea misionera se centra en llegar a los pueblos que no conocen el evangelio (no sólo a las personas o grupos de personas, no sólo a individuos) y por consiguiente se le puede dar término.*

Por otra parte, Jesús dijo: «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y *entonces* vendrá el fin» (Mt. 24:14). Con la ayuda de Ralph Winter y otros, nuestros ojos se abrieron a la verdad bíblica de que las «naciones» de la Biblia no son estados geopolíticos, como los Estados Unidos, Argentina, China, Alemania, Uganda, etc. «Naciones» significa grupos étnicos con diferencias culturales y de idioma que dificultan que se divulgue el evangelio de un grupo a otro de manera natural.² «Naciones» son grupos como «del amorreo, del heteo, del ferezeo, del cananeo, del heveo y del jebuseo» (Éx. 23:23), ojibwas, nigures, bereberes, fulanés. La tarea de las misiones no era sólo para ganar individuos, sino para llegar a todos esos distintos grupos del mundo.

Es por eso que Apocalipsis 5:9 cobró tanta importancia para nosotros como Mateo 28:19-20: «Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación». Esa es la tarea de las misiones: No sólo llegar cada vez a más personas, sino cada vez a más pueblos (tribus, lenguas, pueblos, naciones).

Este descubrimiento nos dio un sentido de dirección clarificado y refinado para nuestras oraciones y nuestros esfuerzos movilizadores. La tarea no consistía, principalmente, en mantener o ganar más personas que la tasa de crecimiento demográfico del mundo (aunque sería maravilloso). La tarea es realizar progresos constantes relacionados con llegar a cada vez más «naciones», grupos de personas. Esto significa que la tarea se puede completar, porque aunque el número de personas sigue aumentando y cambiando, el número de grupos de personas (por lo general) no lo hace. Eso fue lo tercero que

2. Para consultar una defensa exegética y teológica al respecto, véase *ibid.*, 167-218.

descubrimos: Que la tarea de las misiones se centra en llegar a los pueblos que no conocen el evangelio, no simplemente a las personas.

4. *Descubrimos que la escasez de misioneros que siguen el ejemplo de Pablo se ha visto eclipsada por la cantidad de misioneros que siguen el ejemplo de Timoteo.*

Explicaré los términos anteriores. Parece que hay dos clases de misioneros en el mundo. Están los que siguen el ejemplo de Timoteo y los que siguen el ejemplo de Pablo. Decimos que un misionero sigue el ejemplo de Timoteo porque este dejó su hogar (Listra, Hch. 16:1), se unió a un grupo de misioneros que iban de viaje, se encontró con diferentes culturas y terminó supervisando la joven iglesia de Éfeso (1 Ti. 1:3), lejos de su hogar. Sin embargo, hemos terminado diferenciando esta clase de misioneros que siguen el ejemplo de Timoteo de los que siguen el ejemplo de Pablo porque Timoteo se quedó y ministró en la «misión» mucho tiempo después de que la iglesia se estableció y contaba con sus propios ancianos (Hch. 20:17) y se había extendido (Hch. 19:10).

A Pablo (los que siguen el ejemplo de Pablo), por otra parte, le impulsaba la pasión de hacer conocido el nombre de Dios entre todas las naciones del mundo que no conocían el evangelio. Nunca permaneció mucho tiempo en el mismo lugar una vez que la iglesia estaba establecida. Pablo dijo en Romanos 15:20: «Y de esta manera me esforcé a predicar el evangelio, no donde Cristo ya hubiese sido nombrado». A eso llamamos «misión de frontera» o «misión pionera». Así son los misionarios que siguen el ejemplo de Pablo.

Para mí, allá por 1983, resultó ser una revelación asombrosa que tal vez el noventa por ciento de nuestra fuerza misionera de Norteamérica sigue el ejemplo de Timoteo y trabajan en iglesias establecidas, entre personas que ya conocen el evangelio, y sólo el diez por ciento sigue el ejemplo de Pablo, a pesar de cientos de grupos de personas (hay quienes dirían que miles) que aún no conocen el

evangelio, es decir, que entre ellos no existe ningún movimiento evangelizador autóctono en lo absoluto.

A partir de este descubrimiento, me di cuenta de que uno de mis llamados como pastor es a orar, predicar y escribir por la movilización de cada vez más misioneros que sigan el ejemplo de Pablo, sin que ello dificulte la obediencia de los que, como Timoteo, son llamados a quedarse en la misión en «Éfeso».

5. Descubrimos que el objetivo de la misión de frontera es el ministerio nacional y que la misión de frontera constituye el establecimiento del ministerio nacional.

Por ministerio nacional me refiero al llamamiento a manifestar el amor y la justicia de Jesús en nuestra propia cultura. Tomemos, por ejemplo, las cuestiones del evangelismo, la pobreza, la atención médica, el desempleo, el hambre, los abortos, las madres solteras, los hijos que se escapan de casa, la pornografía, la desintegración de las familias, el abuso infantil, el divorcio, la higiene, la educación a todos los niveles, la drogadicción y el alcoholismo, los problemas del medio ambiente, los delitos, la reforma de las prisiones, los abusos morales en los medios de difusión, los negocios, la política, etc. En general, ser la sal y la luz en todos los niveles de la sociedad dentro de nuestra propia cultura.

En ocasiones, las personas abogaban por estas causas, pero tenían un espíritu de indiferencia o incluso hostilidad con respecto de la misión de frontera. Pensaban que estas causas tan importantes se verían descuidadas o amenazadas si se centraban en las misiones de frontera. Dicen que en casa las necesidades son grandes; cosa que, claro, es cierta. Sin embargo, después descubrimos la verdadera relación entre el ministerio nacional y la misión de frontera.

La misión de frontera es el esfuerzo que realiza la iglesia por llegar con el «evangelio del reino» a esos pueblos que no conocen de la Palabra y establecer allí una iglesia autóctona que llevará el amor y la justicia de Cristo a su cultura. Esto significa que el objetivo de

la misión de frontera es formar una base de operaciones nueva para el ministerio nacional. El propósito de un misionero es ayudar a formar una iglesia autóctona que ha de crear, en su propia cultura, el ministerio nacional que salvará almas, cambiará vidas, aliviará sufrimientos, satisfará necesidades y transformará la cultura y que la iglesia estadounidense debería estar creando aquí.

Este fue un descubrimiento asombroso para algunos de nosotros. La misión de frontera es la transportación y adaptación del ministerio nacional a los grupos de personas donde este no existe porque no se conoce a Cristo. La conclusión sorprendente a la arribamos fue que la misión de frontera es el siervo (exportador) del ministerio nacional. Y el ministerio nacional es el campo de entrenamiento y formación del misionero de frontera.

La gran ironía que descubrimos, en medio de toda la confusión emocional de aquellos días, fue que las personas que deberían llevar la mayor carga de las misiones de frontera son quienes más amor sienten por el ministerio nacional. El mismo amor por Cristo y el mismo sentido de justicia que preocupa a una persona por el evangelismo, los problemas de vivienda, el desempleo, el hambre y la atención médica en su propia ciudad, también deberá preocuparla con respecto a estas mismas necesidades que tienen los grupos de personas en los cuales no existe ningún impulso cristiano por transformar las cosas.

De hecho, en días recientes, vemos que el ministerio nacional y la misión de frontera se están fusionando de manera completamente imprevista en la medida en que las personas de pueblos que no conocen el evangelio se mudan a Miniápolis. El cambio del ministerio nacional a la misión de frontera no tiene que ser un cambio geográfico, aunque sigue siendo cultural. Para contactar, en este preciso momento, con un grupo de musulmanes que no conoce el evangelio sólo tenemos que desplazarnos cuarenta metros.

6. *Nos hemos percatado de que Dios ordena sufrimiento como precio y medio para culminar la Gran Comisión.*

No es casualidad que mis libros *Let the Nations Be Glad* (1993), *Future Grace* (1995) y *Desiring God* (1996) tengan todos capítulos dedicados al sufrimiento. En años recientes he visto con más claridad que el sufrimiento no es solamente el *resultado* de intentar llegar a los pueblos que no conocen el evangelio, sino que es un *medio* para llegar a ellos. Cinco versículos antes de Mateo 24:14, Jesús dijo: «Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre» (v. 9). Ese es el precio de la misión y se va a pagar.

Aun más importante fue el descubrimiento de que el sufrimiento no es sólo el precio, sino el medio por el que Dios ordena que se dé término a la obra. En Colosenses 1:24, Pablo dice: «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia». Los sufrimientos de Pablo completan lo que falta en las aflicciones de Cristo; es decir, se convierten en una demostración presente y visible de la clase de amor que Cristo siente por los pueblos del mundo que no conocen el evangelio.³ Nuestro sufrimiento se transforma en extensión y presentación del sufrimiento de Cristo por aquellos por quienes murió. El sufrimiento no es resultado accidental de la obediencia; es un medio ordenado por Dios de llegar a los pueblos y a los corazones de los perdidos.

Josef Tson, el pastor rumano que arriesgara su vida enseñando y predicando bajo el dominio de los comunistas hasta que se exilió en 1981, escribió un libro acerca del sufrimiento, el martirio y los galardones en el cielo. Él dice como conclusión: «El sufrimiento y el martirio tienen que verse como parte del plan de Dios. Son sus instrumentos, mediante los cuales Él logra sus propósitos en la historia y mediante los que alcanzará su propósito supremo en lo que respecta al hombre».⁴ Eso es lo que he aprendido de la Biblia y la historia en estos últimos años.

3. *Ibid.*, 93-96.

4. Josef Tson, *Suffering, Martyrdom, and Rewards in Heaven* (Nueva York: University Press of America, 1997), 423.

Yo no se lo oculto a mis fieles. Ellos saben que cuando oro, predico y escribo para ganarlos para la causa más grandiosa del mundo, los estoy llamando a sufrir y quizás a morir por Cristo. Llevamos demasiado tiempo hablando sobre «experiencias interculturales interesantes» de manera demasiado superficial. Llegó la hora de hacer caso a la Biblia y poner los pies en la tierra: «He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos» (Mt. 10:16). «Matarán a algunos de vosotros; y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá» (Lc. 21:16-18).

7. *Por último, hemos descubierto que Dios se glorifica más en nosotros cuando nos saciamos tanto en Él que aceptamos sufrimientos y muerte por Él para hacer extensivo nuestro gozo a los pueblos de la tierra que no conocen el evangelio.*

Otra manera de decirlo es que la adoración a Dios (saciarlos en Dios, amar a Dios y admirar a Dios) es el combustible y el objetivo de las misiones. Las misiones surgen a partir de sentirnos satisfechos con todo lo que representa para nosotros Dios en Cristo y tienen como objetivo ayudar a los demás a que se sacien con todo lo que Dios en Cristo es para ellos.

La evidencia más clara y convincente de que Dios es digno de esa admiración y deleite tiene lugar cuando su pueblo dice en medio del sufrimiento: «Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2 Co. 4:17). «Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Ro. 8:18). «Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» (Fil. 3:8).

Cuando los fieles hablan de ese modo es porque la misión viene en camino. Sean radicales con sus fieles entonces. No dejen que se asienten y se vuelvan norteamericanos acomodados de clase media. Llámenlos a llevar un estilo de vida similar al de los tiempos de

guerra y oriéntelos con respecto a las misiones mundiales. Díganles que hay tres posibilidades con la Gran Comisión. Pueden ir, pueden enviar a alguien o pueden desobedecer, pero ignorar la causa no es una opción cristiana. Háblenles con las palabras de Jesús: «Como me envió el Padre, así también yo os envío» (Jn. 20:21). Recuérdenles el reto radical de Hebreos 13:12-14 que Jesús padeció fuera de la puerta. Así, pues, salgamos con Él del campamento, soportemos reproches por Él. Aquí no tenemos ninguna ciudad duradera, mas buscamos la ciudad que está por venir. Hermanos, denles pasión por las misiones mundiales.

El problema no estriba en saber si hemos de ser extremistas, sino en la clase de extremistas que seremos. ¿Llevaremos nuestro extremismo hacia el odio o hacia el amor?

MARTIN LUTHER KING JR.

¿Están los termómetros de nuestras iglesias midiendo las actitudes sociales y las acciones del mundo, o son termostatos que elevan el calor de nuestra adhesión a la armonía demostrable, al entendimiento y al amor racial?

JOHN PIPER

Contra el creciente espíritu de indiferencia, alienación y hostilidad en nuestro país, aceptaremos la supremacía del amor de Dios para tomar nuevas medidas a nivel personal y a nivel colectivo con vista a una reconciliación racial, expresada patentemente en nuestra comunidad y en nuestra iglesia.

DE LA DECLARACIÓN DE VISIÓN DE LA
IGLESIA BAUTISTA BETHLEHEM

26

HERMANOS, CORTEN EL RACISMO DE RAÍZ

LA CUESTIÓN DEL desprecio, la desconfianza, el maltrato y los prejuicios raciales no es una cuestión social; es una cuestión de la sangre de Jesús. Cuando ustedes tienen la convicción y el valor de hablar sobre ello a sus fieles, díganles que ustedes no se están convirtiendo en evangelistas sociales, sino en amantes de las bendiciones de la cruz de Cristo compradas con su sangre. Volveré sobre este tema más adelante y les mostraré los textos bíblicos que tengo en mente, pero primero quiero darles algunos antecedentes.

No importa si su iglesia está en Mississippi o Minnesota, sus fieles están coloreados de racismo... por no decir algo peor. El tiempo pasa rápidamente, los recuerdos son muchos y no hemos avanzado mucho en el tema. Hace sólo ochenta y un años, en Duluth, Minnesota, una turba de diez mil blancos sacaron a rastras a tres prisioneros negros de la cárcel antes de juicio alguno y los lincharon de los faroles de la calle.¹ Eso fue hace una generación en la norteña Minnesota, no en la Edad Media ni en los estados sureños antes de la Guerra Civil.

Por otra parte, probablemente haya más blancos sanguinarios partidarios de la supremacía blanca en todos los Estados Unidos hoy día que los que había en el año 1968 cuando Martin Luther King fue asesinado en Memphis, Tennessee. El Ku Klux Klan no ostenta el monopolio del odio. En 1963, en St. Augustine, en la Florida, la policía golpeó y encarceló a un grupo de manifestantes pacíficos con precisión despiadada y se mantuvo al margen mientras el Klan atacaba y ametrallaba hogares de afroamericanos y disparaban con escopetas dentro de clubes nocturnos de negros. No entraré en detalles sobre los horrendos secuestros, golpizas y torturas que toda persona negra en este país conoce.

Pero sí entraré en detalles sobre el suceso del 6 de junio de 1998 en las afueras de Jasper, Texas, cuando James Byrd, un afroamericano de cuarenta y nueve años, fue golpeado y encadenado por los tobillos a la parte trasera de una camioneta y arrastrado más de tres kilómetros hasta que la cabeza se le desprendió. Muchas cosas han cambiado, pero algunas cosas en lo más profundo no han cambiado. Estos acontecimientos son la punta teñida de rojo de un iceberg, profundo y parcialmente subconsciente, en la cultura norteamericana. Nos afecta a todos, pero pocos de la mayoría piensan así o lo admiten. Ese es el privilegio de pertenecer a la mayoría. El color y las costumbres de los blancos se dan por sentado. Decimos que ser blanco no es un

1. Michael Fedo, «The 1920 Duluth Lynchings, an Untold Chapter of Minnesota History», en *Minnesota Spokesman-Recorder*, 22 al 28 de febrero de 2001, 8b.

problema; entonces, ¿por qué ser negro ha de serlo? En el mejor de los casos, somos ingenuos.

Soy conciente de que el problema de las relaciones interraciales en los Estados Unidos es mucho más grande que simplemente negro y blanco. Inclusive, hasta la categoría de «blanco-negro» es una simplificación excesiva ante los infinitos tonos y las familias interraciales y la llegada a suelo norteamericano de miles de negros que no tienen que lidiar en este país con trescientos años de doloroso legado. Sin embargo, no puedo minimizar el mal y dolor singular que aún matizan las relaciones entre angloamericanos y afroamericanos. Lo que yo tengo que decir es más bien de aplicación general, pero me alegro de que consideren que estoy abordando principalmente el problema afroamericano.

Hermanos, ¿qué les parece si tratan este problema primero en sus corazones con algunas lecturas y serias meditaciones bíblicas sobre el significado de raza y la voluntad de Dios para su iglesia en este aspecto? Por ejemplo, lean la biografía de Martin Luther King, escrita por Stephen Oates, *Let the Trumpet Sound*² y conviértanla en el punto de partida para dirigirse a sus fieles el domingo antes de la celebración del Día de Martin Luther King. Y cuando partan de ese libro, desciendan sobre la Biblia.

Sí, yo sé que King es un asunto candente para muchos de ustedes. Para algunos, esto pudiera hasta costarles el empleo. Pero quizá deban arriesgarse. Pudieran empezar con algo como lo siguiente: Es asombroso cómo la distancia en el tiempo hace lucir mejor a los héroes. Esta es la razón por la que algunos cristianos tropiezan con el Día de Martin Luther King, pero no con el Día de los Presidentes. King está demasiado cerca y sus imperfecciones aún son visibles a la distancia de tres o cuatro décadas.

Sin embargo, George Washington está a más de doscientos años de distancia de nosotros y, con la neblina que cubre el tiempo, no

2. Stephen Oates, *Let the Trumpet Sound: The Life of Martin Luther King, Jr.* (Nueva York: Penguin Books, 1982).

vemos con tanta claridad que su fe anglicana era en buena parte un convenio social y que al parecer, nunca comulgó. John Adams, el segundo presidente, tenía dudas sobre el cristianismo tradicional. Thomas Jefferson, el tercer presidente, se burló de la idea de la Trinidad y la deidad de Cristo.³ James Madison, el cuarto presidente, se desvió hacia el deísmo, tan característico de los hombres de su posición en la Virginia de principios del siglo XIX.⁴ No obstante, a la distancia, no sentimos la misma indignación sobre los defectos de nuestros héroes que cuando están tan cerca que sus pecados parecen amenazadores.

A la distancia podemos hacer distinciones. Podemos decir: Este fue un rasgo admirable, pero no aquel otro. Esto lo celebramos y aquello otro lo deploramos. Sugiero que hagamos lo mismo con Martin Luther King. Era un pecador, como él bien sabía, especialmente cuando se vio envuelto en algún comportamiento injustificable.⁵ Pero esto no debe impedir que les recordemos a nuestros fieles sobre la verdad y la visión que él tan elocuentemente proclamó.

King emitió un mensaje profético que aún hoy resuena en mis oídos con gran poder. Una de las cosas más fascinantes que él escribió fue la «Carta desde la cárcel de Birmingham». Era martes, 16 de abril de 1963. King había sido arrestado el 11 de abril, en Viernes Santo, en una manifestación pacífica contra las prácticas profundamente discriminatorias características de la mayoría de las ciudades sureñas de aquella época. En el periódico *Birmingham News* apareció una carta escrita por ocho clérigos cristianos y judíos de Alabama (todos blancos) en la que criticaban a King por sus actividades y pedían más paciencia. Oates describe la «Carta» de King como «la expresión más

3. Jefferson inclusive editó su propio relato de los Evangelios, con todas las referencias a la actividad sobrenatural de Dios (como el nacimiento virginal, las sanidades, la resurrección, etc.) cortadas con tijeras. Véase Thomas Jefferson, *The Jefferson Bible: The Life and Morals of Jesus of Nazareth* (Boston, Mass.: Beacon Press, 1991), orig. 1816.

4. Mark Noll, *A History of Christianity in the United States and Canada* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans Publishing Co., 1992), 133-35, 404.

5. Oates, *Let the Trumpet Sound*, 322.

elocuente e ilustrada de los objetivos y la filosofía del movimiento pacifista que se haya escrito».⁶

Los pastores debemos oír, y ayudar a nuestros fieles a oír, el poder y el discernimiento con que King habló en los años sesenta, enfureciendo a miles de personas e inspirando a miles de personas:

Es posible que resulte fácil decir «espera» para quienes nunca sintieron en sus carnes los acerados dardos de la segregación. Pero cuando uno ha visto cómo las muchedumbres enfurecidas linchaban a su antojo a madres y padres, y ahogaban a hermanas y hermanos por puro capricho; cuando uno ha visto cómo policías cargados de odio insultaban a los nuestros, cómo maltrataban e incluso mataban a nuestros hermanos y hermanas negros; cuando uno ve a la gran mayoría de los veinte millones de hermanos negros asfixiarse en una hermética jaula de pobreza en medio de una sociedad opulenta; cuando, de pronto, a uno se le traba la lengua y balbucea al tratar de explicar a su hija de seis años por qué no puede ir al parque público de atracciones recién anunciado en la televisión, y uno ve cómo se le saltan las lágrimas cuando se le dice que los niños de color no pueden entrar al parque de diversiones y uno ve cómo los ominosos nubarrones de la inferioridad empiezan a enturbiar su pequeño cielo mental, y cómo empieza a deformar su personalidad dando cauce a un inconsciente resentimiento hacia los blancos; cuando uno tiene que amañar una respuesta para el hijo de cinco años que pregunta: «Papá, ¿por qué los blancos tratan tan mal a la gente de color?»; cuando se sale a dar un paseo por el campo en auto y se ve uno obligado a dormir noche tras noche en algún rincón incómodo del propio automóvil porque ningún hotel nos acepta; cuando se le humilla a diario con los símbolos punzantes de «blanco» y «de color»;

6. *Ibid.*, 222.

cuando el nombre de uno pasa a ser «nigger» [niche] y el segundo nombre se torna “boy” [muchacho] (cualquiera que sea la edad que se tenga), convirtiéndose el apellido en «John», mientras que a tu esposa y a tu madre se les niega el trato de «señora»; cuando uno se siente hostigado de día y obsesionado de noche por el hecho de ser negro, viviendo en perpetua tensión sin saber nunca a qué atenerse y rebosando temores internos y resentimientos exteriores; cuando uno tiene que luchar continuamente contra una sensación degenerativa de despersonalización, entonces, y sólo entonces se puede entender por qué nos es tan difícil esperar. Llega un momento en que se colma la copa de la resignación y los hombres ya no están dispuestos a caer al abismo de la desesperación. Espero, señores, que puedan comprender nuestra legítima e ineludible impaciencia.⁷

La profundidad de su entrega se hace más evidente cuando responde a la acusación de que él era un extremista:

¿Acaso no fue Jesús un extremista del amor? «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen». ¿Y Amós, un extremista de la justicia? «Corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo». ¿Y Pablo, un extremista del evangelio cristiano? «Yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús». ¿Y Martín Lutero, un extremista? «A lo dicho me atengo; no puedo obrar de otra manera: Que Dios me asista». Y Juan Bunyan: «Permanecería en la cárcel hasta el final de mis días antes que asesinar mi conciencia». Y Abraham Lincoln: «Esta nación no puede sobrevivir siendo mitad esclava y mitad libre». Y Thomas Jefferson: «Afirmamos que estas

7. Martin Luther King Jr., «Letter from Birmingham Jail», con una introducción de Paul Chaim Schenck [s.l., s.f.], 8-9. La carta puede leerse en muchos sitios de la Internet.

verdades son evidentes, que todos los hombres fueron creados iguales...» Entonces, el problema no estriba en saber si hemos de ser extremistas, sino en la clase de extremistas que seremos. ¿Llevaremos nuestro extremismo hacia el odio o hacia el amor?⁸

Después hizo un poderoso llamado a la iglesia que suena tan convincente hoy como hace cuarenta años. Todos los pastores de Estados Unidos deben oírlo y dejar que siente pautas en la iglesia.

Hubo una época en que la iglesia fue muy poderosa: Cuando los cristianos primitivos se regocijaban de que se les considerase dignos de sufrir por sus convicciones. En aquella época, la iglesia no era mero termómetro que medía las ideas y los principios de la opinión pública. Era más bien un termostato que transformaba las costumbres de la sociedad... Pero el juicio de Dios es sobre la iglesia [hoy] más que nunca. Si la iglesia de hoy no recupera el espíritu de sacrificio de la iglesia primitiva, perderá su autenticidad, se quedará sin la lealtad de millones de personas y acabará desacreditada como si se tratara de algún club social irrelevante, desprovisto de sentido para el siglo XX.⁹

He ahí la cuestión para nosotros: ¿Están los termómetros de nuestras iglesias midiendo las actitudes sociales y las acciones del mundo, o son termostatos que elevan el calor de nuestra adhesión a la armonía demostrable, al entendimiento y al amor racial? La mayoría de los cristianos de la cultura blanca mayoritaria ni siquiera piensa en este problema. Eso no es señal de paz sino de indolencia.

Tenía yo diecisiete años cuando el 28 de agosto de 1963, ante el monumento en memoria de Lincoln, King pronunció su más memorable discurso:

8. *Ibid.*, 14.

9. *Ibid.*, 17

Sueño que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños de esclavos puedan sentarse juntos a la mesa de la hermandad... Sueño que mis cuatro hijos vivirán un día en un país donde serán juzgados no por el color de su piel, sino por el contenido de su carácter.¹⁰

No importa cuál pueda ser su opinión con respecto de la vida y la estrategia de la acción no violenta de Martin Luther King, él articuló y simbolizó un gran sueño que aún no se ha materializado. Y una de nuestras responsabilidades en el ministerio pastoral es la de amplificar ese sueño para obtener una auténtica visión bíblica del propósito de Dios para el mundo y luego llamar a la iglesia a que sea parte de ese mundo concientemente. La visión bíblica es mucho más grande que la manera en que se relacionan las personas negras y blancas. King sabía eso. Tiene que ver con las personas de todas las razas, de todos los idiomas y de todas las tribus uniéndose en Jesucristo con pasión por la supremacía de Dios en todas las cosas. Pero nuestra convicción de que Dios da el poder y la gracia para materializar esa visión a nivel mundial se pone a prueba en la vida diaria y semanal de la iglesia, especialmente en sus actitudes y acciones hacia los diferentes grupos étnicos cercanos a ella.

En consecuencia, Dios me ha convencido en los últimos años de que tengo que hacer mucho más que en años anteriores para atender la cuestión de las relaciones entre las razas en nuestra iglesia. Hace unos años, un equipo de veintitrés personas de nuestra iglesia dedicó más de un año en la redacción de una declaración de visión para nuestra iglesia en la que se incluían seis nuevas iniciativas. La número tres dice así:

Contra el creciente espíritu de indiferencia, alienación y hostilidad en nuestro país, aceptaremos la supremacía del

10. Usted puede encontrar el texto íntegro del discurso en muchos sitios de la Internet.

amor de Dios para tomar nuevas medidas a nivel personal y a nivel colectivo con vista a una reconciliación racial, expresada patentemente en nuestra comunidad y en nuestra iglesia.¹¹

Si esto ha de realizarse en nuestras iglesias, debemos cortar la raíz del racismo que llevamos en el corazón y que a menudo no nos damos cuenta de que existe. Esto nos lleva a los pastores finalmente a la Palabra de Dios, que conlleva la autoridad y poder de cambiar a las personas más allá de lo que Martin Luther King Jr. o cualquier otro adalid pudiera haberlo hecho. Pero debemos predicarla, enseñarla y vivirla.

Al principio dije que la cuestión del desprecio, la desconfianza, el maltrato y los prejuicios raciales no es una cuestión social; es una cuestión de la sangre de Jesús. Pudiera basarme en numerosos pasajes donde el amor está enraizado en la muerte y la resurrección de Jesús, pero hay dos pasajes en particular que relacionan explícitamente la muerte de Jesús con la armonía racial en Cristo.

El primero es Efesios 2:11-12. Comienza con una descripción de la alienación entre judíos y gentiles, específicamente entre los cristianos judíos y los gentiles.

Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.

11. Iniciativa 3 de la Declaración de Visión de la Iglesia Bautista Bethlehem. El documento completo puede consultarse en el sitio www.bbcmpls.org (en inglés) bajo «Vision Statement».

Más adelante en los versículos 19 al 22, el pasaje termina con una descripción de la reconciliación entre los cristianos judíos y los cristianos gentiles.

Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.

Eso es lo que Dios se propone en nuestra salvación: Un nuevo pueblo (v. 15) que está tan libre de la enemistad y tan unido en la verdad y la paz, que Dios mismo está ahí para nuestro gozo y para su gloria por siempre. Ese es el objetivo de la reconciliación: Un lugar para que Dios viva entre nosotros y se dé a conocer y se regocije por siempre jamás.

Tenga en mente que la división entre judíos y gentiles no fue ni pequeña ni sencilla ni superficial. Fue inmensa, compleja y profunda. Primero, fue *religiosa*. Los judíos conocían al Dios único y verdadero y los judíos cristianos conocían a su Hijo, el Mesías, Jesucristo. Después la división fue *cultural o social* con numerosas ceremonias y prácticas como la circuncisión, regulaciones alimentarias, reglas de limpieza, y así sucesivamente. Todo esto estaba diseñado para distinguir a los judíos entre las demás naciones por un período de historia redentora para dejar clara la santidad radical de Dios. Luego, la división fue *racial*. Esta era una línea de sangre que se remontaba a Jacob, no a Esaú; a Isaac y no a Ismael; a Abraham y no a ningún otro patriarca. La división aquí era tan grande o más grande que la que enfrentamos hoy día entre negros y blanco, entre indios nativos y blancos, o entre asiáticos y afroamericanos.

Por tanto, la pregunta es: ¿Qué sucedió entre los versículos 11 y 12 que describen la alienación y separación entre judíos y gentiles y los versículos 19 al 22 que describen la total reconciliación y unidad?

Acerca de esto pudieran predicar durante semanas. Efesios 2:13-18 es tan rico y abundante en doctrina que se necesitarían muchos sermones para analizarlo todo en detalle. De modo que trataré un aspecto que creo es lo más esencial. Lo que sucedió entre la alienación de los versículos 11 y 12 y la reconciliación de los versículos 19 al 22 fue que Jesucristo, el Hijo de Dios, murió, y murió deliberadamente. Sí, Él resucitó y está vivo, pero el énfasis aquí está en su muerte. ¿Dónde lo vemos? Lo vemos en la palabra *sangre* en el versículo 13: «Vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la *sangre* de Cristo». Lo vemos en la palabra *carne* en el versículo 15: «Aboliendo en su *carne* las enemistades». Y lo vemos en la palabra *cruz* en el versículo 16: «Y mediante la *cruz* reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo».

La cuestión estriba en que Dios quiere crear un nuevo pueblo en Cristo donde las personas estén reconciliadas unas con las otras por encima de las divisiones raciales. Que no sean extraños. Que no sean extranjeros. Que no haya enemistad. Que no estén distanciados. Que sean conciudadanos de una «ciudad de Dios» cristiana, un templo donde habite Dios. Y esto lo hizo a costa de la vida de su Hijo. Nos encanta dirigir la atención hacia nuestra reconciliación con Dios por medio de la muerte de su Hijo. Y bien que debemos hacerlo. Es inconmensurablemente precioso tener paz con Dios.

Pero dirijamos la atención también en lo siguiente: Que Dios ordenó la muerte de su Hijo para reconciliar entre sí a grupos de personas extranjeras en un cuerpo en Cristo. Esto también fue el plan de la muerte de Cristo. Medite sobre lo siguiente: Cristo murió para arrancar la enemistad, la ira, el disgusto, los celos, la autocompasión, el temor, la envidia, el odio, la maldad y la indiferencia de nuestro corazón hacia otras personas que están en Cristo por la fe, sin importar su raza.

Si queremos que el significado, el valor, la belleza y el poder de la cruz de Cristo sea visto y amado en nuestras iglesias, y si el plan de la muerte de su Hijo no es sólo para reconciliarnos con Dios, sino para reconciliar en Cristo a los grupos étnicos que están alienados unos con otros, ¿no será entonces mediante una mayor, más profunda y más dulce diversidad y unidad étnica en nuestra adoración y nuestra vida la mejor manera de mostrar y magnificar la cruz de Cristo?

El segundo pasaje es Apocalipsis 5:9-10. Aquí también vemos los propósitos de Dios con la muerte de su Hijo, el Cordero de Dios, Jesucristo:

Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres [Cordero de Dios muerto y resucitado] de tomar el libro [de la historia de los días del fin] y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.

Las implicaciones aquí con respecto a la armonía racial y étnica en la iglesia son asombrosas cuando permitimos que penetren. El precio de la diversidad étnica que Dios garantiza en el «sacerdocio» y en el «reino» es la muerte de su Hijo. El plan de expiación es la diversidad racial en compañía de los redimidos. La aplicación y la búsqueda de esto no es simplemente una «cuestión social»; es una cuestión de la sangre de Jesús. Este es el precio que hay que pagar y así de importante es.

No sólo eso, sino que podemos elevar el precio aún más. Fíjense que en Apocalipsis 5:9 esta diversidad fue comprada para «Dios». «Compraste *para Dios* a gente de toda tribu» (LBLA). La cuestión no es sólo una cuestión de la sangre de Jesús, sino una cuestión de la gloria de Dios. La diversidad y la armonía raciales compradas con la sangre son para la gloria de Dios por medio de Cristo. Todo apunta a la experiencia suficiente por completo, eterna, centrada en Dios, exaltadora de Cristo de la adoración multicolor.

Si la búsqueda de la diversidad y armonía étnicas en compañía de los redimidos les costó al Padre y al Hijo tal precio, ¿debemos suponer que no nos costará nada a nosotros? ¿O que será fácil? No, el diablo, que aborrece la gloria de Dios y menosprecia los objetivos de la cruz, no cederá sin librar una encarnizada batalla. La participación de ustedes con Dios en la búsqueda de la diversidad racial y la armonía racial les resultará costosa, tanto a ustedes como a la iglesia, tanto que muchos lo intentarán por un tiempo y luego se darán por vencidos y dejarán ese esfuerzo para realizar cosas más sencillas.

Pero otros persistirán y cuando el Maestro llegue, los encontrará cumpliendo con su deber. Hermanos, estén dentro de ese grupo. Una antigua oración cantada afroamericana nos llama a realizar «un viaje muy largo».

Es un viaje muy largo,
pero estoy en camino.
Es un viaje muy largo,
pero estoy en camino.¹²

Es ahí donde estamos en la iglesia norteamericana: En un viaje hacia la perfecta experiencia de Apocalipsis 5:9-10. Y queremos disfrutar la mayor cantidad posible de esa experiencia ahora, ¿no es así? Para que el mundo vea la gloria de Dios y el valor de Cristo. Entonces, hermanos, lean, estudien, oren, prediquen y tomen los riesgos necesarios para cortar el racismo de raíz.

12. Citado en in Timothy George y Robert Smith hijo, *A Mighty Long Journey: Reflections on Racial Reconciliation* (Nashville, Tenn.: Broadman & Holman, 2000), 1.

Porque tú formaste mis entrañas;
Tú me hiciste en el vientre de mi madre.

SALMO 139:13

Defended al débil y al huérfano;
Haced justicia al afligido y al menesteroso.
Librad al afligido y al necesitado;
Libradlo de mano de los impíos.

SALMO 82:3-4

A nadie... se le privará de la vida...
sin el debido proceso legal.
Quinta Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos

Los pastores deben arriesgar su vida y su ministerio
con relación al problema del aborto.

JOHN PIPER

27

HERMANOS, HAGAN SONAR EL CLARÍN POR LOS QUE AÚN NO HAN NACIDO

MUCHOS PASTORES me sobrepasan en valentía y sistematicidad. Oro a Dios por ellos. Con mucho gusto honraré sus galardones superiores el último día. Mas, ay, cuánto añoro contarme entre ellos. Por eso, en lo que respecta al aborto, lo intento. Hay tanto más que podría hacerse. Me rompo la cabeza pensando en qué otra cosas puedo hacer ¡y no sólo con respecto a esta cuestión! He hecho lo que he podido durante estos quince desafiantes años.

En nuestra iglesia, predico al menos una vez al año con relación al pecado atroz y la injusticia que es el aborto y por la gloria de la razón de la vida. Intento fomentar el grupo de trabajo sobre la Santidad de la Vida Humana en nuestra iglesia de diversas maneras. Llamo a los fieles a pensar con maneras de involucrarse sacrificialmente en los esfuerzos a favor de la vida para hacer del aborto algo inconcebible en nuestro país. Glorifico la adopción y avivo las llamas que la extienden por toda la iglesia. Ofrezco valioso perdón por la sangre y esperanza a todas las mujeres y hombres de la congregación que han pasado por la experiencia del aborto o lo han apoyado. Hablo y oro con los grupos que están a favor de la vida y se reúnen afuera de las clínicas de abortos y brindo apoyo a los centros de emergencia a embarazadas mediante mi presencia y mi dinero. En días pasados, me uní a protestas pacíficas y me han arrestado en numerosas ocasiones y he tenido que pasar la noche en la cárcel. He expuesto mis argumentos a favor de la vida ante multitudes furiosas, ante jueces y durante un almuerzo con un partidario del aborto. A él me referiré dentro de un momento.

La cuestión es la siguiente: Creo que los pastores deben arriesgar su vida y su ministerio con relación a este problema. La cobardía de algunos pastores en lo que respecta a predicar contra el aborto me horroriza. Muchos tratan el desmembramiento de los fetos como un tema intocable de forma semejante a los políticos partidistas. Algunos han aceptado la idea increíble de que *personalmente* pueden estar a favor de la vida, pero públicamente estar a favor de la libre elección o no comprometidos con algo. En respuesta a esta postura, nuestra iglesia financió un anuncio en el Miniápolis *StarTribune* con las siguientes palabras: «En lo personal, estoy a favor de la vida; pero en el terreno político estoy a favor de la libre elección» (Poncio Pilato).

La ley de nuestra tierra es inmoral e injusta. Esto se debería manifestar desde decenas de miles de púlpitos en los Estados Unidos. Cuando se formó la American Medical Association en 1847, el aborto se practicaba comúnmente antes de que el feto empezara a moverse,

pero mediante los esfuerzos de la AMA, de las cruzadas contra las aberraciones y de (irónicamente) las feministas, ya en 1900, el aborto se había declarado ilegal en todo Estados Unidos.

El revés clave de dicha situación legal ocurrió el 22 de enero de 1973, cuando la Corte Suprema en el caso de Roe vs. Wade falló de la siguiente manera:¹

- Ningún estado podrá crear leyes que regulen el aborto durante los tres primeros meses de embarazo, excepto para proporcionar que sean realizados por médicos con licencia.
- Las leyes que regulan el aborto entre el tercer mes y el tiempo de viabilidad son constitucionales en la medida en que estás se propongan salvaguardar la salud de las madres.
- Las leyes relacionadas con el período después de la viabilidad (seis meses) y hasta el final del embarazo no prohibirán el aborto si es «para preservar la vida o la salud de la madre».
- La «salud» de la madre incluye «todos los factores (físicos, emocionales, psicológicos, familiares y de la edad de la mujer) relacionados con el bienestar de la paciente».

Entonces, el 1 de julio de 1976, la corte amplió la decisión original para ratificar lo siguiente:

- Pueden realizarse abortos a hijas menores de edad sin el conocimiento o consentimiento de los padres.
- Las mujeres (casadas o solteras) pueden abortar sin el conocimiento o consentimiento del padre del niño.²

1. Para ver la historia social del aborto antes de lo acontecido en el caso de Roe vs. Wade, véase Marvin Olasky, *Abortion Rites: A Social History of Abortion in America* (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1992).

2. Estos hechos pueden verificarse en la Internet en www.mdrtl.org/Law.html.

En efecto, entonces, la ley de nuestra tierra hoy día es que cualquier aborto es legal hasta el momento del nacimiento si la madre puede dar razón de que el embarazo o el niño serán una carga excesiva o causa de estrés para su bienestar. Desde ese fallo, hemos matado un promedio de un millón y medio de niños cada año.

En respuesta, debemos señalar que incluso las personas que están a favor de la libertad de elección saben que los fetos son seres humanos y debería dárseles derecho a la vida, incluso basándonos en la Constitución de los Estados Unidos («A nadie... se le privará de la vida, la libertad o propiedades sin el debido proceso legal», 5ta Enmienda) y lo que es más, basándonos en la Palabra de Dios. ¿Cómo sabemos que lo saben?

1. En Minnesota saben que la Ley de Homicidio Fetal hace culpable a una persona de homicidio sin premeditación o de algo peor si mata a un feto dentro del útero materno. Está contemplada una cláusula que exceptúa el aborto. ¿Qué significa esto? Significa que si la madre elige matar al feto, es legal. Si no, es ilegal. En esencia, nada determina el derecho a la vida del feto, sólo la voluntad de la madre. Saben que es la esencia del dominio totalitario: La voluntad de los fuertes determina los derechos de los débiles.
2. Saben que hay una incoherencia mortal entre realizarle una cirugía fetal a un bebé dentro del útero para salvarlos mientras que a su primo, que se encuentra en un estado similar de desarrollo, lo están matando en el mismo pasillo.
3. Saben que un feto puede sobrevivir fuera de la madre después de haber cumplido veintitrés o veinticuatro semanas. Sin embargo, dicen que pueden matarlo de manera legal incluso a esa edad o después, si su nacimiento vivo aflige a la madre más que el aborto. Hechos como este les brindan la oportunidad de alzar una voz profética en su comunidad. Un ejemplo lo

constituye una carta que escribí al Miniápolis *StarTribune* (y que no publicaron).

Estimado editor:

¿Es consciente usted del hecho de que el mismo día que el Comité del Senado para la Salud y los Servicios Humanos aprobó el permiso incondicional para poner fin a las vidas de fetos, la unidad de neonatología del hospital Abbot Northwestern estaba cuidando de un bebé prematuro de veintidós semanas y media (quinientos gramos) que tenía grandes posibilidades de llevar una vida saludable?

Esa sí es una noticia y exige una reflexión profunda. En vez de eso, su editorial de la mañana siguiente (26 de febrero), le restó importancia a esta cuestión tan crítica y aprobó el aborto porque es «una de las decisiones más personales que una mujer puede tomar» y porque «la decisión de abortar es innegablemente delicada». Tal nivel de reflexión es indigno de una editorial tan importante publicada en un periódico de calidad.

Imagino que cuando dice «decisión personal» no se refiere a que conlleva repercusiones personales profundas, sino a que conlleva repercusiones personales profundas para sólo una persona: La madre.

Pero el aborto no es para nada una decisión «personal» en un sentido tan limitado. Hay otra persona, a saber, el feto. Si usted lo niega, debe dar una explicación de lo que es bebé prematuro en el Abbot Northwestern. El aborto es una decisión entre dos derechos humanos que compiten entre sí: El derecho a no estar embarazada y el derecho a que no lo maten a uno.

Imagino que usted apruebe las medidas del comité, pero también imagino que no apruebe el derecho de la madre a estrangular al bebé prematuro que se encuentra en el Abbot

Northwestern antes de su vigésimo quinta semana de vida. Si es así, les debe una explicación a sus lectores por su apoyo superficial al aborto por ser «personal» y «delicado».

De hecho, lo reto a que publique dos fotografías, una al lado de la otra: Una de este «niño» que se encuentra fuera del útero y otra de un «feto» dentro del útero, ambos de veintitrés o veinticuatro semanas, con una nota al calce que diga algo parecido a lo siguiente: «Nosotros, en el *Star Tribune*, consideramos que la interrupción de la vida del bebé prematuro es homicidio no premeditado y la interrupción del feto es elección personal de la madre».

He leído en sus páginas cómo desdén el uso de imágenes porque el aborto es demasiado complejo para darle soluciones simplistas, pero también recuerdo cómo aprobó la posible transmisión televisiva de una ejecución, considerándola una de las vías más eficaces para lograr que el pueblo norteamericano se pronunciara en contra de la pena capital (un tema igualmente complejo).

Ambos sabemos que si el pueblo estadounidense observara repetidamente por televisión la interrupción de la vida de fetos de veintitrés semanas (o viera el proceso verazmente documentado en su periódico), el sentir de nuestra sociedad cambiaría completamente. (El Alan Guttmacher Institute estimó la ocurrencia de más de nueve mil abortos después de las veintiún semanas en 1987.)

Las palabras no pueden describir la crueldad que significa la existencia de un derecho incondicional de arrebatarle la vida a un ser humano con veintitrés semanas de desarrollo. Usted jamás podría defenderla con éxito en presencia pública del acto mismo.

Lo puede hacer en la niebla moral que le brindan frases como la siguiente: El aborto debe dejarse a la mujer porque es «innegablemente delicado». Eso no es persuasivo. Hay muchas situaciones delicadas en las que el estado

dicta límites para la manera en que expresamos nuestros sentimientos cuando involucran a los demás. Además, hay otra preocupación. Si está dispuesto, puede conocer a esta «otra persona» cara a cara en decenas de hospitales a lo largo del país.

Atentamente,

John Piper

4. Quienes arguyen que la «viabilidad» es el punto en que los bebés deberían tener derechos de protección saben que el que un bebé viva sin cordón umbilical no constituye criterio alguno para decir que no es persona humana ni condiciona su derecho a la vida. Todos lo reconocen porque el que su vida dependiera de un respirador o una máquina de diálisis no pondría en riesgo su propia calidad de persona. La fuente de alimentos y oxígeno no determina la condición de ser persona.
5. Saben que el tamaño de un ser humano no es pertinente a la condición de ser persona. Lo saben porque no hacen asequible el asesinato de un bebé de un mes de nacido a pesar de ser mucho más pequeño que uno de cinco años. Sin embargo, actúan como si la pequeñez del embrión lo hiciera menos humano.
6. Saben que el desarrollo del razonamiento no constituye un criterio para determinar si se es persona. Lo saben porque un bebé de un mes de nacido tampoco tiene esa capacidad; sin embargo, su vida no peligra a causa de ello (excepto por algunas personas que abogan por aplicar la eutanasia en bebés discapacitados).³

3. Por ejemplo, Peter Singer, profesor de bioética en Princeton, escribió en 1993: «Supongan que a un bebé recién nacido le diagnostican hemofilia. Los padres, amilanados ante la posibilidad de criar a un niño con este padecimiento, no están ansiosos por que sobreviva. ¿Se puede defender la eutanasia en este caso?... El enfoque integral hace necesario preguntarnos si la muerte del infante hemofílico propiciaría la creación de otro ser que de

7. Saben que somos seres humanos científicamente en virtud de nuestra estructura genética. El código humano está desde el inicio en los cromosomas. Somos completamente distintos de los monos, las ratas o los elefantes desde el momento en que los cromosomas se juntan.
8. Saben que a las ocho semanas ya se pueden ver todos los órganos, el cerebro funciona, el corazón bombea, el hígado crea glóbulos, los riñones limpian los fluidos y las huellas dactilares se distinguen claramente.⁴ Sin embargo, casi todos los abortos se realizan después de transcurrido este tiempo.
9. Saben que el ultrasonido ha abierto una asombrosa ventana al útero que ha mostrado como un feto de ocho semanas se chupa el dedo pulgar, retrocede cuando lo pinchan, responde al sonido. Pueden ver las increíbles fotografías tomadas por el fotógrafo Lennart Nilsson en la revista *Life*. Las fotografías sí cuentan, aunque digan que no.

Añada a las observaciones anteriores la Palabra de Dios, que es mucho más importante.

otra manera no hubiera existido. En otras palabras, si se mata al niño hemofílico, ¿tendrán sus padres otro hijo, a quien no hubieran tenido de seguir con vida el niño hemofílico? Si es así, ¿el segundo hijo tiene posibilidades de llevar una mejor vida que el que mataron?... En los casos en que la muerte de un infante discapacitado propicie el nacimiento de otro infante con mayores posibilidades de llevar una vida feliz, la cantidad total de felicidad será mayor si se mata al infante discapacitado. La pérdida de una vida feliz para el primer infante se compensa con creces con una vida más feliz para el segundo. Por consiguiente, si matar al infante hemofílico no tiene efecto adverso sobre los demás, según el enfoque integral, sería correcto matarlo». *Practical Ethics*, 2^{da} ed. (Nueva York: Cambridge University Press, 1993), 185-86.

4. Véase especialmente la sección de Randy Alcorn, «Arguments Concerning Life, Humanity and Personhood» en *ProLife Answers to ProChoice Arguments*, ampliado y actualizado (Sisters, Oreg.: Multnomah Publishers, 2000), 49-100. Véase también Francis J. Beckwith, *Politically Correct Death: Answering Arguments for Abortion Rights* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1994).

El Salmo 139:13 dice: «Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre». Lo menos que podemos extraer de ese versículo es que la formación de la vida de una persona en el útero es obra de Dios y no un mero proceso mecánico, sino una obra análoga al tejido. La vida del feto es el tejido de Dios y lo que teje es un ser humano a su imagen, a diferencia de cualquier otra criatura en el universo.

Otro pasaje pertinente es Job 31:13-15. Job protesta porque no ha rechazado la petición de ninguno de sus siervos, a pesar de que en esa cultura muchos pensaban que un siervo no eran una persona sino sencillamente una propiedad. A lo que debemos prestar atención es a la manera en que Job expresa su punto de vista.

Si hubiera tenido en poco el derecho de mi siervo y de mi sierva,
Cuando ellos contendían conmigo,
¿Qué haría yo cuando Dios se levantara?
Y cuando él preguntara, ¿qué le respondería yo?
El que en el vientre me hizo a mí, ¿no lo hizo a él?
¿Y no nos dispuso uno mismo en la matriz?

El versículo 15 expone la razón por la que Job no tendría excusa si tratara a su siervo como un ser inferior. La cuestión no es realmente que uno pudo nacer libre y el otro esclavo. La cuestión se remonta a antes del nacimiento. Cuando Job y sus siervos se estaban formando en el útero, la persona clave en el proceso era Dios (el mismo Dios formaba tanto el feto de Job como el de sus siervos). No importa si la madre de Job era probablemente una mujer libre y la madre de sus siervos era probablemente una mujer esclava. ¿Por qué? Porque las madres no son la figura principal en cuanto a nutrición ni creación durante el tiempo de gestación, es Dios, el mismo Dios tanto para el esclavo como para el libre. Esa es la premisa del argumento de Job.

Así es que tanto el Salmo 139 como Job 31 recalcan que Dios es la principal fuente de nutrición y alimentación, el diseñador, el tejedor, el Creador a la hora de la gestación. ¿Por qué es eso

importante? Es importante porque Dios es único que puede crear a la persona. Las madres y los padres contribuyen con un óvulo impersonal y un espermatozoide impersonal, pero sólo Dios crea a la persona independiente. De ese modo, cuando las Escrituras hacen hincapié en que Dios es quien nutre y forma principalmente en la matriz, están recalcando que lo que tiene lugar en la matriz es obra única de Dios, a saber, la creación de una persona. Desde el punto de vista bíblico, la gestación constituye una obra única de Dios de crear una persona.

Podemos discutir hasta el día del juicio final acerca de cuándo ese pequeño ser se convierte en un «todo» (como si lo que nos hace personas se pudiera contar o dividir). No obstante, la Biblia da el mismo tratamiento a los fetos que a los bebés ya nacidos (véanse Gn. 25:22; cf. Lc. 1:44; 2:12; Éx. 21:22-25).⁵ Al menos podemos decir con extrema confianza que lo que tiene lugar en el útero es la obra de Dios que forma a la persona y sólo Dios sabe cuán profunda y misteriosamente entretejidos están la creación de la persona y la gestación del cuerpo. Por consiguiente, es arbitrario e injustificado suponer que destruir el tejido de esta persona en un momento determinado no constituye una agresión a las prerrogativas de Dios, el Creador. Permítanme repetirlo a modo de afirmación: La destrucción de una vida humana concebida (ya sea en estado embrionario, fetal o viable) constituye una agresión a la obra sin igual de Dios de formar la persona. Luego hasta el punto en que reconocemos la existencia de un valor inigualable hasta en la persona caída, debido a su potencialidad de glorificar a Dios con obediencia consciente y alabanza, hasta ese punto retrocederemos en reverencia y temor por haber agredido u obstruido la obra divina de Dios de crear a una persona en la matriz.

Mencioné al inicio del presente capítulo que había almorzado con un partidario del aborto. Esa persona realizaba abortos en una clínica

5. John Piper, «Exodus 21:22-25 and Abortion». Véase www.desiringGOD.org, Topic Index, Abortion.

que se encontraba a unas cuatro cuadras de nuestra iglesia. Fui al almuerzo armado con mis argumentos de que los fetos son seres humanos y que, por consiguiente, no deberían matarlos. No estaba preparado para lo que escuché. Me dijo, casi que por casualidad, que la promotora principal de su participación era su esposa, porque para ella y miles de mujeres más, dijo, esta es una cuestión fundamental de los derechos de la mujer. ¿Determinarán ellas mismas lo que sucede en sus cuerpos y sus órganos reproductivos o lo harán los demás? Y lo más importante e incluso más sorprendente, el hombre le dio la razón a mis argumentos inmediatamente y me dijo que no tenía que desperdiciar el tiempo demostrándole que los fetos eran seres humanos. Dijo sin rodeos que eso era lo que él pensaba. La cuestión era si arrebatar una vida humana se justifica por el bien mayor de los derechos de la mujer. Me he tropezado con esta misma postura en conversaciones con profesionales que están a favor de la libertad de elección. Cuando se les presiona, no discuten que están arrebatando la vida de un ser humano. Reconocen que no es lo ideal, sino que es el menor de dos males, en especial a la vista de las condiciones tan trágicas en las que muchos de estos niños hubieran nacido.

Entonces cambié mi enfoque y, en vez de intentar defender la humanidad del feto, sencillamente expliqué en detalle mis argumentos de por qué no se debe abortar un feto. Créanlo o no, algunos de estos médicos quieren ser cristianos y bíblicos, y no ven nada de malo en la práctica del aborto. A continuación, les expongo un resumen de mis argumentos. Es la clase de resumen que pueden predicar basándose en la Palabra de Dios para afianzar las convicciones de sus fieles.

1. Dios ordenó: «No matarás» (Éx. 20:13).

Soy consciente de que en la Biblia se aprueba cierta clase de muerte. La palabra «matar», que aparece en Éxodo 20:13, es el

término hebreo *rahaz*. Aparece cuarenta y tres veces en el Antiguo Testamento hebreo. Siempre significa matar de manera violenta y personal, que significa, en realidad, asesinar o acusar de asesinato. Nunca se usa para referirse a matar en la guerra o (con una posible excepción, Nm. 35:27) matar en ejecuciones judiciales. Más bien una clara distinción se mantiene entre el término legal «dar muerte» y el ilegal «asesinar». Por ejemplo, en Números 35:19 dice: «El vengador de la sangre, él dará muerte al homicida; cuando lo encontrare, él lo matará». La palabra *asesino* proviene de *rahaz*, que está prohibido en los Diez Mandamientos. El término «dar muerte» es un término general que puede describir ejecuciones legales.

Cuando la Biblia habla de matar es justificable. Por lo general, su intención es que Dios comparta algunos de sus derechos con la autoridad civil. Cuando el estado actúa en su calidad de protector de la justicia y la paz ordenado por Dios, tiene el derecho de «llevar la espada» como nos enseña Romanos 13:1-7. Dicho derecho del estado siempre deberá ejercerse para castigar el mal; nunca para atacar a los inocentes (Ro. 13:4). Por lo tanto, «no matarás» se alza como una acusación clara y rotunda contra el asesinato de los fetos inocentes.

2. La destrucción de una vida humana concebida (ya sea en estado embrionario, fetal o viable) constituye una agresión a la obra sin igual de Dios de formar la persona.

Vea anteriormente donde desarrollé el fundamento bíblico de esta afirmación a partir del Salmo 139:13 y Job 31:13-15.

3. Abortar fetos humanos cae bajo la repetida prohibición bíblica contra «derramar sangre inocente».

La frase «sangre inocente» aparece cerca de veinte veces en la Biblia. El contexto es siempre condenatorio hacia quienes derraman esta clase de sangre o de advertencia a las personas a que no la derramen. La sangre inocente incluye la sangre de los niños (Sal.

106:38). Jeremías 22:3 la incluye en un contexto de refugiados, viudas y huérfanos: «Así ha dicho Jehová: Haced juicio y justicia, y librad al oprimido de mano del opresor, y no engaños ni robéis al extranjero, ni al huérfano ni a la viuda, ni derramáis sangre inocente en este lugar». Seguramente, la sangre de los fetos es tan inocente como cualquier otra sangre que fluye en el mundo.⁶

4. La Biblia expresa con frecuencia la elevada prioridad que Dios le da a la protección, la provisión y la vindicación de los miembros más débiles, más indefensos y más discriminados de la comunidad.

Una y otra vez leemos acerca del extranjero, la viuda y el huérfano. Ellos cuentan con el cuidado especial de Dios y deben contar con el cuidado especial de su pueblo. «Defended al débil y al huérfano; haced justicia al afligido y al menesteroso. Librad al afligido y al necesitado; libradlo de mano de los impíos» (Sal. 82:3-4; véanse Éx. 22:21-24; Sal. 68:5; 94:5, 23).

5. Al juzgar una vida humana difícil e incluso trágica como un mal peor que el de arrebatarse una vida, los partidarios del aborto contradicen la enseñanza bíblica tan conocida de que a Dios le gusta mostrar su poder misericordioso mediante el sufrimiento y no ayudando a las personas a evitar el sufrimiento.

6. Cuando Dios ordena la destrucción de ciudades paganas enteras, incluyendo los niños (Nm. 31:17; Dt. 2:34; 3:6; 13:15; Jos. 6:21; 10:28; 10:40; 1 S. 15:2-3), debemos comprender que se debe a un período particular en la historia redentora en el que Dios ejecutaba juicio contra las sociedades malvadas y paganas mediante la acción del ejército israelí. Los niños eran considerados parte de la sociedad profana y se arrasaba con ellos en el juicio, no de forma diferente a las inundaciones u otros desastres naturales que Dios lanza sobre la sociedad de vez en cuando. Esta es prerrogativa de Dios, no nuestra. Toda vida es de Él, y Él da y quita según sus propósitos sabios y sangrados. En el Nuevo Testamento, la iglesia no desempeña el papel del pueblo de Israel de limpiar la tierra prometida (Dt. 9:5). A la luz plena de la gracia de Dios en Jesucristo, debemos hacer, en realidad, justo lo contrario, a saber, dar la vida por amor a nuestros enemigos para que puedan ver la verdad de la gracia salvadora en nuestros cuerpos (Mt. 5:12-13, 38-48; Col. 1:24; véase el capítulo 19, «Hermanos, nuestra aflicción es para el consuelo de ellos»).

Ello no significa que debemos intentar sufrir por nosotros mismos o por los demás, pero sí significa que la Biblia describe al sufrimiento como la tribulación ordenada por Dios, aunque no le plazca a Dios, para este mundo caído (Ro. 8:20-25; Ez. 18:32). Se le considera el destino de todos los que habrán de entrar en el reino (Hch. 14:22; 1 Ts. 3:3-4) y llevar vidas piadosas (2 Ti. 3:12). A este sufrimiento no se le considera como una simple tragedia. Se le considera un medio de compenetrarse con Dios, de hacerse fuerte en esta vida (Ro. 5:3-5; Stg. 1:3-4; He. 12:3-11; 2 Co. 1:9; 4:7-12; 12:7-10) y de convertirse en algo glorioso en la vida venidera (2 Co. 4:17; Ro. 8:18).

Cuando los partidarios de aborto discuten que arrebatar una vida es un mal menor que las dificultades que acompañan a la vida, se ponen a sí mismos como más sabios que Dios, quien nos enseña que su gracia es capaz de hazañas de amor tremendas por medio de quienes viven.

6. Es pecado de presunción justificar el aborto consolándose con el hecho de todos esos bebés irán al cielo o que incluso se les dará vida adulta plena en la resurrección.

Esto constituye una esperanza maravillosa cuando el corazón está quebrantado por el arrepentimiento y busca el perdón. Pero es diabólico justificar el asesinato con el resultado feliz de la eternidad para el muerto. En realidad, se puede utilizar la misma justificación para matar a un bebé de un año de nacido o a cualquier creyente que esté sujeto a ir al cielo. La Biblia trata la cuestión de la siguiente manera: «¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?» (Ro. 6:1). «¿Y por qué no decir... Hagamos males para que vengan bienes?» (Ro. 3:8). En ambos casos, la respuesta es un no rotundo. Ponerse en lugar de Dios para decidir quién va al cielo y quién al infierno es un atrevimiento. Nuestro deber es obedecer a Dios, no jugar a ser Dios.

7. La Biblia nos ordena librar a nuestro vecino, a quien lo están llevando injustamente a la muerte.

Libra a los que son llevados a la muerte; salva a los que están en peligro de muerte. Porque si dijeres: Ciertamente no lo supimos, ¿Acaso no lo entenderá el que pesa los corazones? El que mira por tu alma, él lo conocerá, y dará al hombre según sus obras (Pr. 24:11-12).

No hay ninguna razón científica, médica, social, moral o religiosa de peso para colocar a los fetos en una clasificación en que este texto anterior no se aplique a ellos. Abortar fetos humanos constituye una desobediencia a dicho pasaje bíblico.

8. Abortar fetos está contemplado en la reprensión de Jesús hacia quienes desdennan a los niños como molestias y seres indignos de la atención del Salvador.

«Traían a él los niños para que los tocase; lo cual viendo los discípulos, les reprendieron. Mas Jesús, llamándolos, dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios» (Lc. 18:15-16). La palabra que se traduce como *niños* en Lucas 18:15 es la misma palabra que Lucas utiliza para denominar al feto que se encontraba en la matriz de Elisabet en Lucas 1:41, 44. Incluso, Marcos plantea más convincentemente en Marcos 9:36-37: «Y tomó [Jesús] a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándolo en sus brazos, les dijo: El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió».

9. Es derecho de Dios el Creador dar y quitar la vida humana. No es derecho individual nuestro tomar esta decisión.

Cuando Job se enteró de que todos sus hijos habían muerto en una casa que se derrumbó, adoró al Señor y dijo: «Desnudo salí del

vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. *Jehová dio*, y *Jehová quitó*; sea el nombre de Jehová bendito» (Job 1:21).

Cuando Job habló de haber venido de la matriz de su madre, dijo: «Jehová dio». Cuando Job hablo de morir, dijo: «Jehová quitó». El nacimiento y la muerte son prerrogativas de Dios. Él es quien da y quien quita en este asombroso asunto que es la vida. No tenemos derecho a elegir personalmente con respecto a esta cuestión. Nuestro deber es cuidar lo Él nos da y utilizarlo para su gloria.

10. Por último, tener fe salvadora en Jesucristo nos trae perdón de los pecados, limpieza de la conciencia, ayuda en la vida y esperanza para la eternidad. Rodeados de un amor omnipotente así, todo seguidor de Jesús se ve libre de avaricia y temor que puedan llevar a una persona a olvidar esas verdades con el objetivo de ganar dinero o evitar reproche.

«En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (Ef. 1:7). «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Jn. 3:16). «Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir con fiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre» (He. 13:5-6).

¿Qué deben llamar, entonces, a sus fieles a hacer? He aquí lo que yo le he dicho a mi rebaño:

Primero, sométanse a Dios. Acérquense a Él. Vivan por el poder de su gracia. Dejen que Él determine sus deseos, en vez de que lo determine el mundo y temperamento batallador y autosuficiente de nuestra cultura. Permitan que su vida y sus labios den testimonio de la verdadera delicia de conocer, confiar, obedecer y ser moldeados y guiados por el Creador de todas las cosas, quien nos amó y se entregó a nosotros. Sean cristianos que se vean y se oigan. El mundo los necesita muchísimo.

Segundo, oren de todo corazón y con regularidad que las iglesias abran los ojos y extiendan, por las ciudades, las naciones y el mundo, la evangelización de los perdidos y la reforma de la vida de la iglesia.

Tercero, utilicen su imaginación para percatarse de lo que el aborto es en realidad. Combatan esa clase de estupor social que fascinó a la Alemania nazi, la sensación de que el problema es tan grande, horrendo y tan alejado de nuestro control que sencillamente no puede ser tan malo. Use su imaginación para ver y sentir lo que sucede realmente tras las puertas de esas clínicas de abortos. Los niños no serán salvos ni se reverenciará la obra de Dios sin la existencia de un acto de imaginación continua y comprensiva. De otro modo, ojos que no ven, corazón que no siente, como en Dachau, Buchenwald, Belsen y Auschwitz. No puede ser que esté sucediendo y por eso actuamos como si no pasara nada.

«Porque si dijeres: Ciertamente no lo supimos, ¿acaso no lo entenderá el que pesa los corazones? El que mira por tu alma, él lo conocerá, y dará al hombre según sus obras» (Pr. 24:12).

Cuarto, apoyen las alternativas al aborto con su dinero, tiempo y oraciones. Averigüen acerca de oportunidades concretas disponibles en nuestra región para participar como sea. Mejor aún, cree nuevos ministerios a favor de la vida. Seamos una iglesia de visionarios y emprendedores que luchan por la justicia.

Por último, utilice sus privilegios democráticos de libertad de palabra, representación y manifestación para presionar en busca de protección legal para los fetos. Uno de los argumentos más fuertes en contra de promulgación legal para proteger a los fetos es la afirmación de que la restricción legal sin consenso social amplio es tiranía. El argumento pierde mucha fuerza cuando se aplica a las condiciones históricas de los esclavos en este país. El 6 de marzo de 1857, la Corte Suprema, en el caso *Dred Scott vs. Stanford*, dictaminó que ninguna ley del Congreso o legislatura territorial podía promulgar leyes que prohibieran la esclavitud. El argumento fundamental era que los esclavos no eran libres ni personas iguales, sino propiedad de sus amos.

El fallo es análogo al del caso *Roe vs. Wade*, porque hoy día ningún estado puede promulgar ninguna ley que prohíba el aborto para proteger al feto. El argumento es parecido, en esencia, porque el feto está a disposición soberana de la madre y no se le considera persona por derecho propio. En este país no había consenso con respecto a la condición de persona y los derechos de los esclavos. Estábamos divididos a la mitad, pero el problema era tan precario que los estados entraron en guerra y al final, la administración de Lincoln derogó la decisión del caso Dred Scott. Hoy día, ciento treinta años después, recordamos maravillados y con consenso sorprendente la ceguera de nuestros antecesores.

Hermanos, ¿por qué no atrevemos a creer que hay posibilidad de que, por la gracia de Dios y la perseverancia de su pueblo en la oración, la piedad y la acción política, surja en las décadas venideras un consenso por la vida y de que en el siglo XXI recuerden a nuestra generación con la misma consternación con la que nosotros recordamos las leyes esclavistas de esta tierra y los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial? La reforma a nivel nacional ya ocurrió antes, con Wilberforce en Inglaterra y Lincoln en los Estados Unidos. ¿Se llevarán la trompeta a la boca para sonarla o guardarán silencio?

Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.

JUAN 4:23

La esencia de alabar a Cristo es valorar a Cristo.

JOHN PIPER

Cristo es alabado en la muerte cuando se le valora más que a la vida y Cristo es más glorificado en la vida cuando nos sentimos plenamente satisfechos en Él aún antes de la muerte.

JOHN PIPER

Dios es poderosamente honrado cuando un pueblo sabe que morirá de hambre y de sed a menos que tenga a Dios.

JOHN PIPER

28

HERMANOS, CENTREN LA ATENCIÓN EN LA ESENCIA DE LA ADORACIÓN, NO EN LA FORMA

POCAS PERSONAS nos hemos dado o nos daremos el lujo de escapar a las «guerras de adoración». Las «guerras» se libran generalmente sobre formas y estilos, no sobre la esencia de lo que es la adoración. Sin embargo, guiar a nuestros fieles hacia la esencia es de suma importancia. De modo que quiero hacerles un llamado a que centren la atención y las energías donde sean más provechosas para

la gloria de Dios. Centren la atención en la esencia, no en la forma. Si tienen éxito en educar a la iglesia que experimente la esencia, es probable que sobrevivan a las guerras y estarán en condiciones de guiarlos a través de aguas más tranquilas.

El Nuevo Testamento no habla en absoluto sobre las formas externas de la adoración colectiva y sí de la intensificación radical de la adoración como experiencia íntima del corazón dirigida a Dios. Este silencio en cuanto a las formas exteriores resulta obvio en el hecho de que a la vida colectiva de la iglesia nunca se le llama «adoración» en el Nuevo Testamento. Asimismo, la palabra principal en el Antiguo Testamento para adoración (*proskuneō* en el Antiguo Testamento griego) está prácticamente ausente en las epístolas del Nuevo Testamento. Su uso se concentra en los Evangelios (veintiséis veces) y en el Apocalipsis (veintiuna veces). En las Epístolas de Pablo aparece sólo una vez, concretamente en 1 Corintios 14:25, donde el incrédulo se postra ante el poder de la profecía y confiesa que Dios está en la congregación. No aparece en ningún caso en las cartas de Pedro, Santiago o Juan.

Probablemente, el motivo de esta inusual distribución sea que la idea del Antiguo Testamento, recogida en la palabra griega *proskuneō*, implicaba una postración física en reverencia ante una autoridad palpable. Esto ocurrió cuando las personas se acercaron al Cristo visible y encarnado de los Evangelios y ocurrió también en Apocalipsis cuando los santos, los ángeles y los ancianos estaban verdaderamente ante la presencia del Cristo visible y resucitado. Pero en los tiempos entre la ascensión y la segunda venida, Cristo no está aquí visible para adorarlo. Por consiguiente, la adoración es radicalmente interior y no circunscrita.¹

1. Heinrich Greeven, en *Theological Dictionary of the New Testament*, vol. 6, eds. Gerhard Kittel y Gerhard Friedrich (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 1968), 765, llega a la siguiente conclusión a partir de la distribución de *proskuneō*: «Esta es, sin embargo, una prueba más de la concreción del término. *Proskunōsis* requiere una autoridad visible ante la cual el que adora se inclina. El Hijo de Dios fue visible a todos en el mundo (los Evangelios) y el Señor exaltado será nuevamente visible a su pueblo cuando la fe dé paso a la presencia (Apocalipsis)».

Además, la intensificación de la adoración como una experiencia del corazón íntima y no circunscrita puede verse en las palabras de Jesús en Juan 4 de que la hora viene y ahora es cuando la adoración no tendrá lugar ni en Samaria ni en Jerusalén, sino que será «en espíritu y en verdad» (Jn. 4:21-23). La realidad espiritual interior sustituye a la localidad geográfica. «Ni en este monte ni en Jerusalén» (v. 21) se sustituye por «en espíritu y en verdad». Vemos nuevamente esta intensificación de la adoración hacia nuestro interior en Mateo 15:8-9 cuando Jesús dice: «Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran». La adoración que no proviene del corazón es vana y vacía. No es adoración verdadera.

Para confirmar esto y para ver con mayor claridad la manera tan radical en que el concepto de adoración en el Nuevo Testamento no se circunscribe a ningún lugar específico ni a ningún hecho en específico, analicemos lo que hace Pablo con algunas de las otras palabras relacionadas con la adoración en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, la otra palabra más frecuentemente usada para el término adoración en el Antiguo Testamento (después de *proskuneō*) es *latreuō* (alrededor de noventa veces, casi siempre en traducción de la palabra hebrea *`abad*) que generalmente se traduce como «servir», como sucede en Éxodo 23:24: «No te inclinarás a sus dioses, ni los *servirás*».

Cuando Pablo la utiliza para referirse a la adoración cristiana, se esfuerza por asegurarse que comprendamos que no nos está hablando de una forma localizada o externa de practicar la adoración, sino de una experiencia no circunscrita y espiritual. De hecho, lo lleva al extremo de tratar prácticamente toda la vida como adoración cuando se vive en el espíritu recto. Por ejemplo, en Romanos 1:9 nos dice que «Dios, a quien *sirvo* [o adoro] *en mi espíritu* en el evangelio de su Hijo». En Filipenses 3:3, Pablo dice de los verdaderos cristianos que son «los que *en espíritu* servimos a Dios... no teniendo confianza en la carne» y en Romanos 12:1, apremia a los cristianos para que «que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional [espiritual]».

Así que, incluso cuando Pablo utiliza una palabra del Antiguo Testamento en lugar de adoración, procura decirnos que lo que tiene en mente no es fundamentalmente un acto localizado o externo de adoración sino una experiencia íntima y espiritual (de tal modo que ve todo en la vida y en el ministerio como una expresión de esa experiencia interior de adoración).

Vemos lo mismo en el uso que se le da en el Nuevo Testamento a palabras del Antiguo Testamento como «sacrificios» del templo y «oficio sacerdotal». A las alabanzas y gracias con los labios se les llama sacrificio a Dios (He. 13:15), pero también lo son las buenas obras de la vida cotidiana (He. 13:16). Pablo llama a su propio ministerio «ministro [en la adoración]» y a los convertidos «ofrenda agradable [en adoración]» a Dios (Ro. 15:16; cf. Fil. 2:17). Incluso llama al dinero que le envían las iglesias «olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios [en adoración]» (Fil. 4:18) y a su propia muerte por Cristo la llama sacrificio a Dios (2 Ti. 4:6).²

Así que vemos lo que está sucediendo en el Nuevo Testamento. La adoración es significativamente desinstitucionalizada, no circunscrita e interiorizada. Se le está quitando toda el poder a la solemnidad, a las festividades, a los lugares y las formas, y se está trasladando a lo que está ocurriendo en el corazón (no sólo los domingos, sino todos los días y en todo momento durante toda la vida).

A esto se refiere cuando leemos cosas como: «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Co. 10:31) y: «Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col. 3:17). La función primordial de la adoración en el

2. Puede verse la misma fuerza en las imágenes del pueblo de Dios (El cuerpo de Cristo), como el «Templo» del Nuevo Testamento donde se ofrecen sacrificios espirituales (1 P. 2:5), donde mora Dios en el Espíritu (Ef. 2:21-22) y donde a todas las personas se les ve como sacerdocio santo (1 P. 2:5, 9). Segunda Corintios 6:16 muestra que la esperanza del Nuevo Pacto de la presencia de Dios se está cumpliendo incluso ahora en la iglesia así como en las personas, no en una congregación en particular: «Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo».

Nuevo Testamento es la siguiente: Actuar de forma tal que refleje la gloria de Dios (hacer algo en nombre de Jesús y agradeciendo a Dios). Pero en el Nuevo Testamento se utilizan las más grandes oraciones entre todas las oraciones de adoración, sin hacer referencia alguna al culto de adoración de los domingos. Lo que describen es la vida.

Llegamos entonces a la conclusión de que la esencia de la adoración no son los actos externos y circunscritos, sino una experiencia íntima dirigida a Dios que se muestra de manera externa y no principalmente en los cultos de la iglesia (aunque estos son importantes), sino esencialmente en las expresiones diarias de lealtad a Dios.

La razón fundamental de esto probablemente sea que el Antiguo Testamento era básicamente una religión de «ven y ve» y el cumplimiento del Nuevo Testamento se lleva a cabo mediante una religión de «ve y diles». En otras palabras, mientras el centro de la atención del pueblo de Israel era en un único lugar, la adoración podía ser estructurada de manera rígida y formal. Sin embargo, una vez que Jesús dijo: «Id, y haced discípulos a todas las naciones» (de cualquier cultura, idioma o carácter), la cuestión de la forma casi desapareció del Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento es un manual misionero. Es un libro para todas las culturas. Esta es la razón fundamental del tratamiento moderado que da a la forma en la adoración.

Ahora bien, la pregunta crucial sería: ¿Cuál es la esencia de esa experiencia íntima que llamamos adoración? Si no es esencialmente un acto externo, sino una experiencia íntima del corazón, ¿cuál es esta experiencia?

Doy por sentado que esa adoración (ya sea un acto íntimo del corazón o un acto exterior del cuerpo, o de la congregación de manera colectiva) es *una magnificación de Dios*. Es decir, es un acto que muestra cuán magnífico es Él. Es un acto que revela o expresa cuán grande y glorioso es Dios. La adoración consiste en reflejar conscientemente la dignidad o valía de Dios.

De modo que la pregunta que hago es: ¿Qué experiencia íntima del corazón logra eso? Si la esencia de la adoración no es la mera forma

exterior, sino la experiencia íntima dirigida a Dios, ¿qué experiencia revela y expresa cuán grande y glorioso es Dios? Para responder a esta pregunta vayamos a Filipenses 1:20-21.

Fíjense a partir del versículo 20 cuál es la misión de Pablo en la vida. Él dice que es «mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo [esta es la palabra clave, “magnificado”, “elevado a grado superior”] en mi cuerpo, o por vida o por muerte». En otras palabras, la pasión de Pablo es que lo que él haga con su cuerpo, ya sea en la vida o en la muerte, será siempre adoración. En la vida y en la muerte, su misión es magnificar a Cristo: Demostrar que Cristo es magnífico, exaltar a Cristo y manifestar que Él es grande. Esto queda claro en el versículo 20, que será «magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte».

Las preguntas ahora serían: ¿Nos dice Pablo qué clase de experiencia íntima magnifica a Cristo de esta manera? ¿Nos revela él la esencia de la adoración? La respuesta es que sí lo hace y que lo hace en el siguiente versículo (v. 21).

Observen la referencia que hace a «vida» y «muerte» en el versículo 20 de que Cristo será «magnificado... en mi cuerpo, o por *vida* o por *muerte*» y luego fíjense en su vínculo con las palabras correspondientes *vivir* y *morir* del siguiente versículo (21): «Porque para mí el *vivir* es Cristo, y el *morir* es ganancia». Luego, «vida» y «muerte» del versículo 20 se corresponden con «vivir» y «morir» del versículo 21. Y el vínculo entre los dos versículos es que el versículo 21 es el *fundamento* de cómo la vida y la muerte pueden exaltar o magnificar a Cristo. Lo sabemos porque el versículo 21 comienza con «porque». Mi anhelo y esperanza es que Cristo sea magnificado ya sea por mi vida o por mi muerte, *porque* el vivir es Cristo y el morir es ganancia.

El versículo 21 describe la experiencia íntima que magnifica a Cristo y que es la esencia de la adoración. Para ver esto tomemos cada par de palabras por separado comenzando con «muerte» en el versículo 20 y «morir» en el versículo 21. Resumamos los versículos de manera que queden de la siguiente manera: «*Mi anhelo y esperanza*

es que Cristo sea magnificado en mi cuerpo por muerte, porque para mí el morir es ganancia». Cristo será magnificado por mi muerte, si el morir para mí es ganancia. ¿Se dan cuenta? La experiencia íntima que magnifica a Cristo en la muerte es sentir esta como ganancia.

¿Por qué ocurre esto? El versículo 23 muestra por qué el morir es ganancia para Pablo: «Teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor». Eso es lo que hace la muerte: Nos conduce hacia una relación más íntima con Cristo. Partimos y estamos con Cristo de tal manera que es «muchísimo mejor» que nuestro gozo de Él aquí y esto, dice Pablo, es ganancia. Cuando experimentamos la muerte de esta manera, dice Pablo, estamos exaltando a Cristo. Sentir a Cristo como ganancia en nuestra muerte magnifica a Cristo. Es la esencia íntima de la adoración a la hora de la muerte.

Podemos decir ahora que la esencia de la adoración es amar a Cristo como ganancia, sin duda como una ganancia mayor que todo lo que la vida puede ofrecernos (familia, carrera, retiro, fama, comida, amigos). La esencia de la adoración es experimentar a Cristo como ganancia. O para emplear las palabras que nos gusta usar en nuestra iglesia: Es deleitarnos en Cristo, atesorar a Cristo, sentirnos satisfechos con Cristo. Esta es la esencia íntima de la adoración, porque dice Pablo que sentir a Cristo como ganancia al morir es la manera de magnificarlo en la muerte.

Es aquí donde entendemos la máxima de que «Dios se glorifica más en nosotros cuanto más satisfechos estemos en Él». Cristo es magnificado en mi muerte, cuando en mi muerte estoy satisfecho con Él, cuando experimento la muerte como ganancia porque lo gano a Él. Otra manera de decirlo sería que la esencia de alabar a Cristo es valorar a Cristo. Cristo será alabado en mi muerte si en mi muerte Él es más valorado que la vida. La esencia íntima de la adoración es valorar a Cristo. Amarlo, atesorarlo, sentirse satisfecho con Él.

Ahora bien, a fin de confirmar esto, centremos nuestra atención en el otro par de palabras: «Conforme a mi anhelo y esperanza de que... será magnificado Cristo... por *vida*» (v. 20). Versículo 21: «Porque

para mí el *vivir* es Cristo». Entonces, la razón que nos da Pablo para que Cristo sea magnificado o adorado en su vida es que, para él, «el vivir es Cristo». ¿Qué significa esto?

Filipenses 3:8 nos da la respuesta. Allí Pablo dice que estima «todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo».

«El vivir es Cristo» significa estimar todas las cosas como pérdida en comparación con el valor de ganar a Cristo. Noten que la palabra *ganar* aparece otra vez aquí en 3:8 tal como lo hizo en 1:21. «El vivir es Cristo» significa sentir a Cristo como ganancia *ahora*, no sólo al morir.

Lo que Pablo plantea es que la vida y la muerte para un cristiano son actos de adoración; exaltan a Cristo, lo magnifican, revelan y expresan su grandeza cuando proviene de la experiencia íntima de atesorar a Cristo como ganancia. Cristo es alabado en la muerte cuando se le valora más que a la vida y Cristo es más glorificado en la vida cuando nos sentimos plenamente satisfechos en Él aún antes de la muerte.

La esencia íntima y autenticadora de la adoración es sentirnos satisfechos con Cristo, valorar a Cristo, amar a Cristo y atesorar a Cristo. Podemos ver cómo esta definición de la esencia de la adoración está libre de los servicios religiosos de los domingos. Abarca toda la vida que fluye del corazón, pero es enormemente pertinente para comprender sobre qué deben versar los cultos de adoración. Versan sobre «buscar a Dios insistentemente».

Cuando decimos que lo que hacemos los domingos es «buscar a Dios insistentemente», lo que queremos decir es que buscamos insistentemente la satisfacción en Dios, buscamos insistentemente a Dios como nuestro premio y buscamos insistentemente a Dios como nuestro tesoro, como nuestro alimento espiritual, como deleite de nuestros corazones y como nuestro placer espiritual. O para poner a Cristo en su lugar justo: Quiere decir que buscamos

insistentemente todo lo que Dios es en Jesucristo, crucificado y resucitado, para nosotros.

Ahora bien, ¿de qué nos sirve esto para conducirnos por nuestro camino a través de las «guerras de adoración» que plagan nuestras iglesias en estos tiempos? Me refiero a las luchas sobre la forma (la contemporánea frente a la histórica, las canciones de adoración frente a los himnos, el órgano frente a la guitarra, el vestir bien frente al vestir discreto, el estar de pie frente al estar sentados, las bandas frente a las orquestas, los grupos frente a los coros, el silencio frente a la conversación, etc.) Pienso que es de una gran ayuda. Nos ha mantenido juntos como iglesia a lo largo de muchas deliberaciones y transiciones.

Esta definición de adoración le proporciona a la iglesia un ancla en medio de la tormenta. Ayuda enormemente poder decir en qué consiste todo. ¿Por qué hacemos lo que hacemos? Respuesta: Lo hacemos ya sea para expresar o para suscitar satisfacción genuina y sincera en todo lo que Dios es para nosotros en Cristo. Permanecemos fuertemente unidos a la esencia. ¿Qué ocurre en nuestro corazón con respecto a la verdad, la belleza y el valor de Jesús? Si esto es verdadero, los detalles formales son secundarios.

La Palabra siempre será lo fundamental (¡es donde encontramos nuestra definición de adoración! 2 Ti. 4:2). La Cena del Señor permanecerá como una institución permanente para la comunidad de adoración (1 Co. 11:23-26). Cantar siempre será parte de la adoración cristiana (ya sea en la iglesia, en la casa o dentro de un auto, Ef. 5:19), pero no se nos dieron los detalles de cómo agruparlo todo en «servicios de adoración». Sólo la esencia es radicalmente clara y radicalmente importante.

Aunque muchos cristianos hoy día estiman en demasía las tradiciones (aunque las tradiciones han de ser estimadas), fue esta extraordinaria realidad interior de la adoración y la liberación resultante lo que cautivó a los reformadores, Calvino, Lutero y especialmente los puritanos. Juan Calvino expresa cómo la adoración se libra de las formas tradicionales de la siguiente manera:

[El Maestro] no quiso dictar detalladamente lo que debemos con relación a la disciplina y las ceremonias exteriores (porque Él previó que esto dependía del estado de los tiempos y no consideró que una sola forma se adecuara a todas las épocas)... Porque Él no nos ha enseñado nada específicamente, porque estas cosas no son necesarias para la salvación y porque el crecimiento de la iglesia debe tener formas muy diversas, adaptándose a las costumbres de cada nación y época, será adecuado (según la iglesia lo requiera) cambiar y abrogar las prácticas tradicionales y establecer otras nuevas. Ciertamente, admito que no debemos precipitarnos a hacer innovaciones irreflexivas y bruscamente, sin motivo suficiente. Pero el amor juzgará mejor lo que puede hacer daño o edificar; y si dejamos que el amor sea nuestro guía, todo estará seguro.³

Lutero tiene su habitual manera áspera de expresar lo mismo:

La adoración de Dios... debe estar libre en la mesa, en los dormitorios, al subir las escaleras y al bajarlas, en el hogar, en el exterior, en todos los lugares, para todas las personas, a todas horas. Cualquiera que les diga otra cosa está mintiendo tanto como el papa y el diablo mismo.⁴

Los puritanos implementaron la simplificación y libertad de la adoración en la música, la liturgia y la arquitectura. Patrick Collinson resumió la teoría y práctica puritanas cuando dijo que «la vida de los puritanos era, en cierto sentido, un acto continuo de adoración, practicado con un sentido total y lleno de vida de los propósitos providenciales de Dios, constantemente renovados

3. Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion*, ed. John T. McNeill (Filadelfia, Pa.: Westminster Press, 1960), 1.208. (*Institutes*, IV, 10, 30).

4. Citado en *What Luther Says*, vol. III, ed. Ewald M. Plass (St. Louis, Mo.: Concordia Publishing House, 1959), 1, 546.

por medio de la actividad religiosa, tanto personal, doméstica como pública». ⁵ Uno de los motivos por los cuales los puritanos llamaron a sus iglesias «casas de reunión» y las mantuvieron sencillas fue para desviar la atención del lugar físico hacia la naturaleza interior y espiritual de la adoración.

Las implicaciones de lo que hemos visto en el presente capítulo son numerosas y significativas para la adoración colectiva. Por ejemplo, la búsqueda del gozo en Dios no es algo opcional. Es nuestra tarea principal (véase el capítulo 7, «Hermanos, tengan en cuenta el hedonismo cristiano»). Millones de cristianos han asimilado una ética popular que dice que es moralmente erróneo buscar nuestra felicidad, incluso en Dios. Esto es absolutamente funesto para la verdadera adoración. En la medida en que esta ética florece, muere la adoración porque la esencia de la adoración es la satisfacción en Dios.

Transformará nuestro liderazgo pastoral en adoración si les enseñamos a nuestros fieles que la actitud fundamental de la adoración de los domingos no es venir con las manos llenas para dar a Dios, sino con las manos vacías para recibir de Dios. Y lo que reciben en la adoración es a Dios, no entretenimiento. Enseñémosles que debemos venir sedientos de Dios. Venir diciendo: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía» (Sal. 42:1). Dios es poderosamente honrado cuando un pueblo sabe que morirá de hambre y de sed a menos que tenga a Dios. El rescate de la rectitud y la indispensabilidad de buscar nuestra satisfacción en Dios tiene un largo camino por recorrer para devolver a la adoración su autenticidad y poder, cualquiera que sea su forma.

Otra de las implicaciones de centrar la atención en la esencia de la adoración como satisfacción en Dios es que la adoración se torna radicalmente centrada en Dios. ⁶ Nada hace a Dios más supremo y

5. Citado en Leland Ryken, *Worldly Saints: The Puritans as They Really Were* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1986), 116.

6. Este y los siguientes seis párrafos aparecen en John Piper, *The Dangerous Duty of Delight* (Sisters, Oreg.: Multnomah Publishers, 2001), 57-59 y son reproducidos aquí con autorización.

más primordial que cuando un pueblo está totalmente persuadido de que nada excepto Dios (ni dinero, ni prestigio, ni placer, ni familia, ni trabajo ni salud, ni deportes, ni juguetes, ni amigos) llevará satisfacción a sus ávidos corazones. Esta convicción engendra un pueblo que apasionadamente anhela a Dios los domingos. Ellos no están confundidos con respecto a lo que hacen aquí. No ven los cantos, las oraciones y los sermones como simples tradiciones o simples deberes, los ven como medios para llegar a Dios o para que Dios llegue a ellos a fin de recibir mayor plenitud de Él.

Si el centro de atención cambia hacia lo que le damos a Dios, un resultado del que he sido testigo una y otra vez es que, sutilmente, Dios deja de ser el centro para serlo entonces la calidad de lo que le damos. ¿Estamos cantando dignamente para el Señor? ¿Nuestros instrumentistas están tocando con la calidad que amerita un regalo al Señor? ¿La predicación es un ofrecimiento adecuado para el Señor? Y poco a poco el centro de atención cambia de lo absolutamente indispensable que resulta el Señor mismo hacia la calidad de nuestras interpretaciones. Incluso comenzamos a definir la excelencia y la fuerza de la adoración en función de la distinción técnica de nuestras actuaciones artísticas.

Nada mantiene a Dios en el centro de la adoración como la convicción bíblica de que la esencia de la adoración es una profunda y sincera satisfacción en Dios y la convicción de que la búsqueda de esa satisfacción es la razón por la que estamos juntos.

Una tercera implicación de centrar la atención en la esencia de la adoración como satisfacción en Dios es que protege la primacía de la adoración obligándonos a aceptar que la adoración es un fin en sí misma.

Si la esencia íntima de la adoración es la satisfacción en Dios, entonces la adoración no puede ser un medio para conseguir otra cosa. Sencillamente no podemos decirle a Dios que queremos sentirnos satisfechos en Él a fin de que podamos conseguir otra cosa, porque eso significaría que no estamos realmente satisfechos en Dios, sino en alguna otra cosa. Esto sería deshonorar a Dios, no adorarlo.

Sin embargo, me temo que para miles de fieles y pastores, el acto de «adoración» de los domingos se concibe como un medio para lograr algo ajeno a la adoración. «Adoramos» para reunir dinero; «adoramos» para atraer a las multitudes; «adoramos» para sanar las heridas humanas; «adoramos» para reclutar trabajadores; «adoramos» para mejorar la moral de la iglesia. «Adoramos» para darles a los músicos con talento una oportunidad de materializar su vocación; «adoramos» para enseñar a nuestros hijos el camino de la rectitud; «adoramos» para ayudar a los matrimonios a permanecer juntos; «adoramos» para evangelizar a los perdidos entre nosotros; «adoramos» para motivar a las personas por los proyectos de servicio; «adoramos» para dar a nuestras iglesias un sentido de familia, etc.

En todo esto somos testigos de que estamos confundidos acerca de lo que verdaderamente es la adoración. El amor verdadero por Dios es un fin en sí mismo. No puedo decirle a mi esposa: «Siento un gran deleite en ti para que me prepares una comida sabrosa». No es así como funciona el deleite, sino que termina con él. Su objetivo no es una comida sabrosa. No puedo decirle a mi hijo: «Me gusta jugar a la pelota contigo para que cortes el césped». Si mi corazón realmente se deleita jugando pelota con él, ese deleite no puede actuar como un medio para conseguir que él haga algo.

No estoy negando que la adoración auténtica pueda tener cientos de efectos positivos en la vida de la iglesia. Los tendrá, así como el amor verdadero en el matrimonio hace que todo salga mejor. A lo que me refiero es que en la misma medida en que adoramos por esas razones, en esa medida deja de ser adoración. Mantener la satisfacción en Dios como centro nos protege de esa tragedia.

Por consiguiente, hermanos, centren la atención en la esencia de la adoración, no en la forma. Sí, ya sé que no podemos darnos el lujo de ignorar la forma. Yo vivo en el mismo mundo que ustedes. Por eso, permítanme terminar este capítulo con algo que podría ayudar de manera práctica en este aspecto en particular. Cuando uno ha pasado años predicando, enseñando y tratando de vivir la prioridad de la esencia y la adoración, puede que aún tenga que sortear las

tormentas de la controversia. Así sucedió conmigo. Duró alrededor de cuatro o cinco años. En un momento de crisis, formulé lo que creí que nos mantendría juntos y así fue. Lo prediqué, lo enseñé, intenté vivirlo y Dios fue misericordioso al usarlo para mantenernos juntos y traernos días de relativa paz. Lo reproduciré aquí tal y como lo imprimí para nuestros fieles.

Lo que nos une en adoración

Una filosofía de la música y la adoración
de la Iglesia Bautista Bethlehem

1. *Centralidad en Dios.* Una elevada prioridad en el enfoque vertical de nuestros cultos dominicales. El objetivo primordial es sentir a Dios de tal modo que Él sea glorificado en nuestro amor.

2. *Esperar la poderosa presencia de Dios.* No solamente nos acercamos a Él; buscamos de todo corazón que Él se acerque de acuerdo con la promesa de Santiago 4:8. Creemos que en la adoración Dios se acerca a nosotros en poder y se da a conocer y sentir para nuestro bien y para la salvación de los incrédulos entre nosotros.

3. *Basada en la Biblia y saturada de ella.* El contenido de nuestros cantos, oraciones, bienvenidas, prédicas y poesía siempre obedecerá a la verdad en las Escrituras. El contenido de la Palabra de Dios estará entrelazado con todo lo que hacemos en adoración y será la base de toda nuestra apelación a la autoridad.

4. *Cabeza y corazón.* La adoración persigue encender e incorporar sentimientos verdaderos, profundos y fuertes hacia Dios, pero no manipula los sentimientos de las personas al apelar al pensamiento claro sobre cosas espirituales que se basa en evidencias que se pueden compartir y que son independientes de nosotros mismos.

5. *Fervor e intensidad.* Evitar un ambiente trillado, displicente, superficial y frívolo. En vez de eso, dar ejemplo de reverencia, pasión y asombro.

6. *Comunicación verdadera.* Renunciar por completo a toda farsa, engaño, hipocresía, fingimiento, afectación y poses. Evitar un

ambiente de espectáculo artístico u oratorio y cultivar un ambiente de encuentro radicalmente personal con Dios y la verdad.

7. *La manifestación de Dios y el bien común.* Aguardamos, esperamos y oramos (según 1 Co. 12:7) porque el centro de nuestra atención en la manifestación de Dios sea bueno para las personas y que por consiguiente, un espíritu de amor de unos hacia otros no sea incompatible para la verdadera adoración, sino necesario para ella.

8. *Excelencia que no distraiga.* Trataremos de cantar, tocar, orar y predicar de modo tal que la atención de los fieles no se desvíe de lo esencial por un ministerio de pacotilla ni por una finura, elegancia o refinamiento excesivos. Una excelencia natural, que no distraiga, hará brillar la verdad y la hermosura de Dios.

9. *La combinación música histórica y contemporánea.* «El les dijo: Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas» (Mt. 13:52).

Si viven para el placer individual a expensas del cónyuge,
están viviendo contra sí mismos y destruyendo el gozo mayor.
Pero si se dedican de todo corazón al santo gozo del cónyuge,
también estarán viviendo para el gozo propio y creando
un matrimonio según la imagen de Cristo y su iglesia

JOHN PIPER

La doble regla del amor que asombra.
Una doctrina en una paradoja.
Si ahora te propones a tu esposa bendecir,
Entonces ámala más y ámala menos.

JOHN PIPER

29

HERMANOS, AMEN A SUS ESPOSAS

CUÁN IMPORTANTE es que los pastores amen a sus esposas. Eso deleita y alienta a la iglesia. Sirve como modelo de matrimonio a las demás parejas. Reafirma el honor del oficio de anciano. Bendice a los hijos del pastor con un refugio de amor. Muestra el misterio del amor de Cristo por la iglesia. Evita que haya obstáculos a nuestras oraciones. Aligera la carga del ministerio. Protege a la iglesia de escándalos demoledores y satisface al alma cuando hallamos nuestro gozo en Dios buscándolo en el gozo del ser amado. No se trata de

algo secundario, hermanos. Amar a nuestras esposas es esencial para nuestro ministerio. Es ministerio.

Ya sé que no hay garantía de que ella siempre corresponda con gozo a nuestro amor. Lamentablemente, algunas esposas le dan la espalda a Cristo, a la iglesia y a sus desconsolados esposos. Hay pocas cosas más dolorosas y devastadoras que esta para la familia y la iglesia. Cuando no llegan a esta situación, algunas esposas luchan contra la depresión, diversas adicciones o tentaciones de pereza, la mundanalidad, el temor o la avaricia. Así que no estoy diciendo que el amor hará siempre que todo sea color de rosa. Esa no es la cuestión. La cuestión es que en el matrimonio y en el ministerio ese es nuestro llamado, tal como fue el llamado de Cristo a amar y morir por una novia impura. Amarla de este modo bendecirá a la iglesia y fortalecerá nuestras propias almas por el mundo mayor de Cristo.

Reflexionemos entonces acerca del significado del matrimonio y dejemos que el apóstol Pablo coloque nuestros matrimonios sobre los cimientos, sólidos como roca, de la Palabra de Dios.

La teología de Pablo sobre el matrimonio comienza con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios que es Jesucristo y la Palabra de Dios que es el Antiguo Testamento inspirado. Y como Dios no es Dios de confusión, su Palabra es coherente. En ella hay unidad. Así que cuando Pablo quiere comprender el matrimonio, acude a la Palabra de Dios; a Jesús y a las Escrituras. Cuando reúne a Cristo y a las Escrituras para escuchar la Palabra de Dios acerca del matrimonio, lo que escucha es un profundo misterio con implicaciones sumamente prácticas. exploremos el misterio y apliquemos su alcance a nuestras vidas pastorales.

Efesios 5:31 es una cita de Génesis 2:24: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne». Luego Pablo añade en el versículo 32: «Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia». Pablo sabía algo sobre Cristo y sobre la iglesia que le permitió percatarse de un misterio dentro del matrimonio en Génesis 2:24. Volvamos a

Génesis 2:24 y examinemos más detenidamente el contexto de este versículo y su relación con la creación.

Según Génesis 2, Dios creó primero a Adán y lo puso en el huerto solo. Después en el versículo 18, el Señor dice: «No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él». No creo que esto sea una censura de la comunión de Adán con Dios ni una insinuación de que el huerto era muy difícil de cuidar. El asunto es que Dios hizo al hombre para que compartiera. Dios no nos creó para ser callejones sin salida, sino conductos de su generosidad. Ningún hombre está completo a menos que conduzca la gracia (como la electricidad) entre Dios y otra persona. (Ninguna persona soltera debe llegar a la conclusión de que esto puede suceder sólo en el matrimonio.)¹

Debe ser otra *persona*, no un animal. Así, en Génesis 2:19-20, Dios hace desfilar a los animales ante Adán para mostrarle que los animales nunca serían la «ayuda idónea para él». Los animales son muy útiles, pero sólo una *persona* puede ser coheredera de la gracia de la vida (1 P. 1:4-7). Sólo una persona puede recibir, apreciar y deleitarse en la gracia. Lo que el hombre necesita es otra *persona* con quien poder compartir el amor de Dios. Los animales no le servirán para eso. Existe una diferencia infinita entre contemplar la aurora boreal con tu ser amado y contemplarla con tu perro.

Por consiguiente, según los versículos 21 y 22: «Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre». Habiéndole mostrado al hombre que ningún animal podría ser su ayuda idónea, Dios hace otro ser humano de la propia carne y huesos del hombre para que sea igual que él, pero diferente. Él no crea otro hombre, sino una mujer. Adán reconoce en ella la contraparte

1. Véase John Piper, «For Single Men and Women (and the Rest of Us)» (Wheaton, Ill.: Council on Biblical Manhood & Womanhood, 1992). Esto ha sido tomado de una obra más extensa: *Recovering Biblical Manhood and Womanhood: A Response to Evangelical Feminism*, eds. John Piper y Wayne Grudem (Wheaton, Ill.: Crossway Books, 1991), xvii-xxviii.

perfecta de sí mismo, totalmente distinta de los animales: «Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada» (Gn. 2:23).

Al crear una persona *como* Adán y sin embargo muy *diferente* de Adán, Dios nos dio la posibilidad de una unidad íntima que de otro modo hubiera resultado imposible. Cuando se unen contrapartes, se disfruta de un tipo diferente de unidad que lo que se disfruta uniendo dos cosas iguales. Cuando todos juntos cantamos la misma línea melódica se le llama «unísono», que significa «un solo sonido», pero cuando unimos distintas líneas de soprano, alto, tenor y bajo, lo llamamos armonía y todo el que tenga oídos para escuchar sabe que una gran armonía nos llega más profundamente que un unísono. De este modo, Dios hizo a una mujer y no a otro hombre. Creó la heterosexualidad, no la homosexualidad. Lo primero que Dios instituyó fue el matrimonio, no la fraternidad.

Observen la relación que hay entre los versículos 23 y 24, señalada por las palabras *por tanto* en el versículo 24: «Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. *Por tanto*, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne». En el versículo 23, la atención recae sobre dos cosas: Desde el punto de vista *objetivo*, en el hecho de que la mujer es parte de la carne y los huesos del hombre; desde el punto de vista *subjetivo*, en el gozo que siente Adán cuando le presentan a la mujer. «*Esto es ahora* hueso de mis huesos y carne de mi carne». De estas dos cosas, el escritor saca una conclusión sobre el matrimonio en el versículo 24: «*Por tanto*, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne».

En otras palabras, en el principio Dios extrajo a la mujer del hombre como hueso de sus huesos y carne de su carne y luego Dios se la trajo nuevamente al hombre para que este pudiera descubrir *en comunión viva* lo que significa ser una sola carne. Luego el versículo 24 nos enseña que el matrimonio es justamente eso: Un hombre que *deja* a su padre y su madre porque Dios le ha dado otro ser, una

fidelidad a esta mujer y a ninguna otra y la experiencia de ser una sola carne. Eso fue lo que Pablo interpretó cuando acudió a la Palabra de Dios en las Escrituras.

Pero Pablo conocía otra Palabra de Dios: Jesucristo. Él lo conoció entrañable e íntimamente. De Jesús había aprendido que la iglesia es el cuerpo de Cristo (Ef. 1:23). Por fe una persona se une a Jesucristo y a los demás creyentes de manera que todos nosotros somos «uno en Cristo Jesús» (Gá. 3:28). Los creyentes en Cristo son el cuerpo de Cristo; somos el organismo mediante el cual Él manifiesta su vida y en el cual habita su Espíritu.

Conociendo esto sobre la relación entre Cristo y la iglesia, Pablo ve aquí una analogía con el matrimonio. Él ve que el hombre y la mujer se convierten en una sola carne (según Génesis 2:24) y que Cristo y la iglesia se convierten en un solo cuerpo. De modo que está dispuesto a decirle a la iglesia, por ejemplo, en 2 Corintios 11:2: «Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo». Describe a Cristo como el esposo, a la iglesia como la novia y a la conversión de ellos como un acto de casamiento que él ha ayudado a materializar. La presentación de la novia a su esposo probablemente sucederá en la segunda venida del Señor, descrita en Efesios 5:27 («a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa»). Tal parece que Pablo utiliza la relación del matrimonio humano aprendida en Génesis 2 para describir y explicar la relación entre Cristo y la iglesia.

Sin embargo, cuando lo decimos de ese modo obviamos algo importante. Después de citar Génesis 2:24 en Efesios 5:31 (acerca de que el hombre y la mujer se convierten en una sola carne), Pablo dice en el versículo 32: «Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia». El matrimonio es un misterio. No es tan sencillo como parece. ¿De qué se trata? Creo que de lo siguiente: Dios no creó la unión de Cristo con la iglesia según el modelo del matrimonio humano, sino justamente lo contrario: Él creó el matrimonio humano según el modelo de la relación de Cristo con la iglesia. El misterio por tanto tiempo sin revelar de Génesis

2:24 es que el matrimonio que describe es una parábola o un símbolo de la relación de Cristo con su pueblo.

Dios no hace las cosas a lo loco. Todo tiene su propósito y su significado. Cuando Dios se dedicó a crear al hombre y a la mujer y a ordenar la unión del matrimonio, Él no estaba tirando los dados ni lanzando una moneda al aire, sino que resueltamente tomó como modelo del matrimonio la relación entre su Hijo y la iglesia, que planeaba desde la eternidad. Por lo tanto, el matrimonio es un misterio; contiene y oculta un significado mucho mayor del que vemos por fuera. Lo que Dios ha unido en el matrimonio debe ser un reflejo de la unión entre el Hijo de Dios y su novia la iglesia. Los que estamos casados debemos reflexionar una y otra vez acerca de lo misterioso y maravilloso que resulta el que Dios nos haya concedido el privilegio de personificar realidades divinas y formidables, infinitamente más grandes que nosotros mismos.

¿Cuáles son algunos de los efectos prácticos de este misterio que es el matrimonio? Mencionaré los dos que parecen predominar en el pasaje en Efesios. Uno es que *los esposos y las esposas deben imitar deliberadamente la relación establecida por Dios entre Cristo y su iglesia*. El otro es que en el matrimonio cada cónyuge debe buscar su propio gozo en el *gozo del* otro; es decir que el matrimonio debe ser una matriz de hedonismo cristiano (véase el capítulo 7: «Hermanos, tengan en cuenta el hedonismo cristiano»).

Primero, ¿qué modelo quiso Dios para los esposos y las esposas cuando ordenó el matrimonio como una misteriosa parábola o imagen de la relación entre Cristo y la iglesia? Pablo menciona dos cosas: Una para la esposa y otra para el esposo. A la esposa le dice en 5:22-24:

Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.

Según el modelo divino, las esposas han de tomar su ejemplo excepcional del propósito de la iglesia. Así como la iglesia está sujeta a Cristo, las esposas deben estar sujetas a sus esposos. La iglesia se sujeta a Cristo como cabeza: «El marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia» (v. 23). Ser cabeza supone al menos dos cosas: Que Cristo es proveedor o Salvador y que Cristo es la autoridad o el guía. «Cabeza» se utiliza dos veces más en Efesios. Efesios 4:15-16 ilustra la cabeza como proveedor y Efesios 1:20-23 ilustra la cabeza como autoridad.

Primero analicemos Efesios 4:15-16:

Sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la *cabeza*, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.

La cabeza es la meta hacia la cual crecemos y el sustento que nos permite crecer.

Veamos ahora Efesios 1:20-23:

[Dios] operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por *cabeza sobre todas las cosas* a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

Cuando Dios resucitó a Cristo de los muertos, lo hizo cabeza en el sentido de darle poder y autoridad sobre todo principado, autoridad, poder y señorío. Luego, en el contexto de Efesios, que el esposo sea la cabeza implica que, en la medida de lo posible, debe aceptar la gran

responsabilidad de suplir las necesidades de su esposa (incluidas las necesidades materiales, pero también la protección y el cuidado) y debe aceptar la gran responsabilidad del liderazgo de la familia.

Cuando dice en el versículo 24 que «como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos», el significado fundamental de sujeción sería: Reconocer y honrar la gran responsabilidad del esposo de proporcionarle protección y sostenimiento; estar dispuesta a ceder ante la autoridad de él en Cristo y estar deseosa de seguir su liderazgo. La razón por la cual digo que sujeción significa una *disposición* a ceder y un *deseo* de seguir es que la pequeña frase «como al Señor» en el versículo 22 limita el alcance de la sujeción.

Ninguna esposa debe reemplazar la autoridad de Cristo con la autoridad de su esposo. Ella no puede ceder o seguir a su esposo al pecado. Sin embargo, cuando una esposa cristiana tuviera que tomar una postura junto a Cristo contra la voluntad pecadora de su esposo, ella podría tener aún *espíritu* de sujeción. Puede demostrar con su actitud y su conducta que no le agrada resistirse a la voluntad de su esposo y que ella ansía que él abandone el pecado y se conduzca con rectitud para que la disposición de ella a honrarlo como cabeza pueda producir nuevamente armonía. Así, en esta misteriosa parábola del matrimonio, la esposa ha de tomar su ejemplo especial del propósito de Dios para la iglesia en su relación con Cristo.

A los esposos, Pablo les dice que tomen ejemplo especial de Cristo. Versículo 25: «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella». Si el esposo es cabeza de su mujer como dice el versículo 23, que quede claro a todos los esposos que esto significa ante todo ser el guía del tipo de amor en el que se está dispuesto a morir por darle vida a ella. Como dice Jesús en Lucas 22:26: «El que dirige [sea] como el que sirve». El esposo que se deja caer en el sillón frente al televisor mientras le da órdenes a su esposa como si fuera una esclava ha abandonado el ejemplo de Cristo como guía. Cristo se ciñó una toalla y lavó los pies de los apóstoles. Si usted quiere ser un esposo cristiano, imite a Jesús.

Es cierto que el versículo 21 enmarca toda esta sección bajo el signo de la *sujeción mutua*: «Someteos unos a otros en el temor de Dios», pero sería completamente injustificado inferir de este versículo que el *modo* en que Cristo se sujeta a la iglesia y el modo en que la iglesia se sujeta a Cristo son el mismo.² La iglesia se sujeta a Cristo mediante la disposición de seguir su liderazgo. Cristo se sujeta a la iglesia mediante la disposición de ejercer su liderazgo en servicio humilde a la iglesia. Cuando Cristo dijo que «el que dirige [sea] como el que sirve» (Lc. 22:26), no se refería a que el líder dejara de ser líder. Incluso cuando Él estuvo de rodillas lavando los pies de los apóstoles, ninguno dudó de quién era el líder. Tampoco ningún esposo cristiano debe eludir su responsabilidad ante Dios de proporcionar visión moral y liderazgo espiritual como siervo humilde de su esposa y de su familia.

De modo que la primera implicación del misterio del matrimonio como reflejo de la relación de Cristo con la iglesia es que las esposas deben tomar ejemplo especial de la iglesia y los esposos deben tomar ejemplo especial de Cristo. Cada vez que se tropiece con un matrimonio así encontrará dos de las personas más felices del mundo porque sus vidas se ajustan a la Palabra de Dios en las Escrituras y a la Palabra de Dios en Jesucristo.

He aquí un último efecto práctico del misterio del matrimonio: *El esposo y la esposa deben buscar su propio gozo en el gozo del otro*. Difícilmente haya en la Biblia un pasaje más hedonístico que Efesios 5:25-30. Este texto deja claro que el motivo por el cual hay tanto sufrimiento en los matrimonios no es que los esposos y esposas anden buscando su propio placer, sino que no lo están buscando en el placer de sus cónyuges. Sin embargo, este pasaje bíblico nos ordena hacer precisamente eso porque Cristo lo hace.

2. Observen también en el contexto, en el que habla de la sujeción de los hijos a sus padres (Ef. 6:1ss) y de que los siervos están sujetos a sus amos (Ef. 6:5ss), lo cual descarta la idea de que la sujeción entre las partes sea idéntica.

Primero, observen el ejemplo de Cristo en los versículos 25-27:

Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela *a sí mismo*, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.

Cristo murió por la iglesia a fin de presentársela «a sí mismo» como una novia hermosa. Soportó la cruz por el gozo del matrimonio puesto delante de Él. Pero ¿cuál es el gozo primordial de la iglesia? ¿Acaso no es ser presentada como novia a Cristo soberano? Entonces Cristo buscó su propio gozo en el gozo de la iglesia. Por tanto, el ejemplo que da Cristo a los esposos es que busquemos nuestro gozo en el gozo de nuestras esposas.

Los versículos 28 y 29 hacen explícita esa aplicación. «Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida». Pablo reconoce una de las piedras angulares del hedonismo cristiano: «Porque nadie aborreció jamás a su propia carne». Incluso los que se suicidan lo hacen para escapar del sufrimiento. Por naturaleza, nos amamos a nosotros mismos, es decir, hacemos lo que en el momento creemos que nos hará felices o aliviará nuestro sufrimiento.

Pablo no levanta una represa para detener el río de ese hedonismo, sino que le construye un canal. Dice: «Esposos y esposas, reconozcan que en el matrimonio tienen que convertirse en una sola carne; por tanto, si viven para el placer individual a expensas del cónyuge, están viviendo contra sí mismos y destruyendo el gozo mayor. Pero si se dedican de todo corazón al santo gozo del cónyuge, también estarán viviendo para el gozo propio y creando un matrimonio según la imagen de Cristo y su iglesia».

Cuando mi hijo mayor se casó, me pidió que escribiera un poema para leerlo en su boda. Lo hice con todo placer. Lo incluyo para terminar porque expresa la paradójica verdad de que debemos amar a nuestras esposas más de lo que lo hacemos y menos de lo que podríamos.

Ámala más y ámala menos

Para Karsten Luke Piper
con motivo de su boda
con Rochelle Ann Orvis
29 de mayo de 1995

El Dios que hemos amado y en
quien hemos vivido y quien ha sido
nuestra roca en estos buenos veintidós años
contigo, ahora nos ruega con dulces lágrimas
que te dejemos ir: «Dejará el hombre
a su padre y a su madre, y se unirá
a su mujer, y serán una sola carne».
Esta es la palabra de Dios hoy
y con gusto obedecemos.
Pues Dios te ha dado una esposa
que es la respuesta a todas nuestras oraciones
durante más de veinte años,
nuestro reclamo por ti, antes de que
conociéramos su nombre.

Y ahora me pides que escriba
un poema: Cosa riesgosa a la luz
de lo que tú sabes: Que yo soy más
predicador que poeta o artista.
Me honra tu valentía y accedo.

No envidio esta dulce restricción
de la rima y la métrica.
Son viejas amigas. Les gusta cuando
les pido que de nuevo me
ayuden a darle forma a los
sentimientos y mantenerlos
duraderos y afectuosos.

Entonces, nos vimos hace unos días
e hice que el diluvio de amor y alabanza
y consejos del corazón de un padre
fluyera hacia la ribera del arte.
Este es una porción de ese arroyo,
hijo mío: Un poema sermón. El tema:
La doble regla del amor que asombra.
Una doctrina en una paradoja.

Si ahora te propones a tu esposa bendecir,
entonces ámala más y ámala menos.

Si en los años venideros, por alguna
extraña providencia de Dios, llegas
a tener las riquezas de estos tiempos,
y cómodamente atraviesas la etapa
junto a tu esposa, con salud, no dejes
de amarla; amarla más que a las riquezas.

Y si tu vida está tejida por
cientos de amistades y devanas
una tela festiva con todos
tus dulces afectos, grandes y pequeños,
no dejes, no importa cuánto se desgaste,
de amarla, amarla más que a los amigos.

Y si llega el momento en que,
cansado, la compasión te susurra:
«Vamos, libérate, acepta las comodidades conmigo aquí», ¡ten
esto presente!

Tu esposa las supera todas. Luego, ámala,
ámala más que al bienestar.

Y cuando tu lecho nupcial es puro
y no hay ni un ápice de deseo
por nadie más que tu esposa
y todo es éxtasis en la vida,
un secreto protege todo esto:
Ámala; ámala más que al sexo.

Y si llegas a cultivar un gusto refinado
y te emociona lo que la mente del hombre
es capaz de hacer, y deslumbrado por sus habilidades,
recuerda que la razón de toda
su obra está en el corazón; entonces,
ámala, ámala más que al arte.

Y si algún día llegas a poseer el oficio
que los críticos todos coinciden en que es
merecedor de gran estima y las ventas
sobrepasan tus mayores expectativas,
cuídate de los peligros de la fama
y ámala, ámala más que a la grandeza.

Y si, para sorpresa tuya, no mía,
Dios te llama por algún raro designio
a arriesgar tu vida por alguna gran causa,
que ni temor ni amor te den que pensar.

Y al enfrentarte a las puertas de la muerte,
ámala entonces, ámala más que al aliento.

Sí, ámala, ámala más que a la vida.
Ama a la mujer que se llama tu esposa.
Ámala con tu mejor amor terrenal.

Fuera de esto, no te aventures. Pero no sea
que tu amor se convierta en la fachada de un necio,
no dejes de amarla, pero menos que a Dios.

No es inteligente ni amable llamar
a un ídolo por dulces nombres, y caer,
Como en humildad, ante
una semejanza de tu Dios. Adora
por encima de lo que más amas
en la tierra, al Dios que le da valor.
Y ella sabrá, desde su segundo lugar,
que tu gran amor también es la gracia
y que tus grandes afectos fluyen ahora
libremente desde una promesa
hecha por Dios a ti primero.
Ni se desvanecerán por ser arrancadas
por el arroyo del Deleite del Cielo,
que tú estimas más que al aliento
y a tu vida, para que puedas darle
a tu esposa el mayor regalo que
puedas darle, que es el amor a Dios
por encima de su vida.
Y por eso ahora te pido:
Ve y ámala más amándola menos.
(traducción libre)

No critiquemos o elogiemos simplemente a los seminarios. Más bien, oremos por ellos.

La tónica en el aula y en los maestros ejerce un efecto profundo en la tónica de nuestro púlpito. Lo que apasiona a los maestros es en gran medida lo que apasiona a nuestros pastores más jóvenes. Lo que desatienden es muy probable que sea lo que se desatienden en el púlpito.

JOHN PIPER

No critiquemos o elogiemos simplemente a los seminarios. En lugar de eso, oremos por ellos.

JOHN PIPER

30

HERMANOS, OREN POR LOS SEMINARIOS

NUNCA PODREMOS insistir demasiado en la importancia de nuestros seminarios en la formación teológica y espiritual de las iglesias, las denominaciones y los proyectos misioneros. La tónica en el aula y en los maestros ejerce un efecto profundo en la tónica de nuestro púlpito. Lo que apasiona a los maestros es en gran medida lo que apasiona a nuestros pastores más jóvenes. Lo que desatienden es muy probable que sea lo que se desatienden en el púlpito.

Cuando yo estaba en el proceso de elegir un seminario, alguien me dio un buen consejo: «En un seminario, lo que importa es

una sola cosa: Su claustro». «No elija una denominación ni una biblioteca ni un lugar. Elija un claustro de excelencia. Todo lo demás es secundario». Cuando me dijo «un claustro de excelencia», no se refería, por supuesto, meramente a personas carismáticas, sino a esa maravillosa combinación de pasión por Dios, por la verdad, por la iglesia y por los perdidos, junto a un entendimiento profundo de Dios y de su Palabra, un gran aprecio por la verdad doctrinal y una cuidadosa interpretación y exposición de la infalible Biblia.

Creo que su consejo era correcto: Debemos elegir un seminario por sus profesores, lo que significa que cuando oramos por nuestros seminarios, oramos especialmente por las mentes y los corazones del su cuerpo docente y de quienes los evalúan y los contratan.

Cuando nos ponemos a pensar sobre qué vamos a orar, empezamos a ver con más claridad nuestro propio concepto de ministerio. No podemos orar sin un objetivo y no podemos trazarle un objetivo al claustro de un seminario si no tenemos una idea clara del tipo de pastores que queremos que se gradúen. Luego, mientras más intentamos orar, más nos vemos obligados a definir lo que valoramos en el oficio pastoral y una vez que tengamos esto claro, comenzamos a reflexionar sobre la clase de persona y de pedagogía que cultivan esos valores.

Así es que la voluntad de orar por los seminarios nos obliga a desarrollar al menos una teología pastoral y una filosofía de la educación teológica rudimentarias. Lo que sigue es un pequeño paso en esta dirección, un esbozo de lo que creo que necesitamos en nuestros seminarios. Mis ruegos se dividen en tres grupos y cada grupo se hace eco de un valor bíblico al cual deberíamos aspirar y por el cual deberíamos orar en la educación pastoral.

Dentro del objetivo de la gloria de Dios, que lo abarca todo (primer ruego), los ruegos 2 al 7 reflejan mi objetivo de que cultivemos un sentido contrito y humilde de insuficiencia humana. «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos... separados de mí nada podéis hacer» (Jn. 15:5). «Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la

excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros» (2 Co. 4:7). «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?» (2 Co. 2:16).

Los ruegos del 8 al 11 reflejan mi objetivo de que cultivemos una gran pasión por la plena suficiencia de Cristo y que, a pesar de todo nuestro entusiasmo por las tendencias contemporáneas del ministerio, el fervor irresistible que sienta el pastor en su corazón sea por los inalterables fundamentos de la fe. «Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» (Fil. 3:7-8).

Los ruegos del 12 al 20 reflejan mi objetivo de que cultivemos una inmovible lealtad hacia todo lo que está en las Escrituras y que lo que los apóstoles y profetas predicaron y enseñaron en las Escrituras sea considerado digno de nuestra exposición fiel y cuidadosa ante el pueblo de Dios. «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad» (2 Ti. 2:15).

Puede que ustedes deseen añadirles a estas oraciones las tribulaciones de su corazón respecto de los seminarios que les sean más entrañables, pero estas son las esenciales, pienso yo, para engendrar poder y pureza en nuestras iglesias.

Oro por:

1. Que la meta suprema, sincera y explícita de cada miembro del cuerpo docente sea enseñar y vivir de tal manera que sus estudiantes lleguen a admirar la gloria de Dios con incandescente intensidad (1 Co. 10:31; Mt. 5:16).
2. Que, entre las numerosas formas en que se puede perseguir este objetivo, todo el cuerpo docente lo persiga por los medios sugeridos en 1 Pedro 4:11: Sirvan «conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo».

3. Que el reto del ministerio pueda presentarse de modo tal que la pregunta que surja genuinamente en el corazón de los estudiantes sea: «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?» (2 Co. 2:16).
4. Que en cada curso la imprescindible y preciosa habilitación del Espíritu Santo reciba un énfasis significativo en comparación con otros medios para alcanzar el éxito ministerial (Gá. 3:5).
5. Que los maestros cultiven la actitud pastoral que se expresa en 1 Corintios 15:10 y en Romanos 15:18: «Antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo... Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras».
6. Que la pobreza de espíritu que se encomienda en Mateo 5:3 y la humildad y mansedumbre que se encomienda en Colosenses 3:12, en Efesios 4:2 y en 1 Pedro 5:5-6 se manifieste mediante la administración, el claustro y el estudiantado.
7. Que los profesores inculquen en los estudiantes, mediante el precepto y el ejemplo, la inmensa necesidad pastoral de orar sin cesar y que sin tenaz oración y confianza en la libre misericordia de Dios, se pierden las esperanzas de todo éxito (Mt. 7:7-11; Ef. 6:18).
8. Que los profesores ayuden a los estudiantes a sentir lo indescriptiblemente precioso que es ser tratado de forma misericordiosa por el santo Dios, incluso cuando merecemos ser castigados en el infierno para siempre (Mt. 25:46; 18:23-35; Lc. 7:42, 47).
9. Que, gracias a los profesores de nuestros seminarios, cientos de pastores dentro de cincuenta años repitan en su lecho de muerte las palabras de John Newton: «Casi he perdido la

memoria, pero me acuerdo de dos cosas: Que soy un gran pecador y que Jesús es un gran Salvador».¹

10. Que los profesores inspiren a los estudiantes a un gozo sin reservas y jubiloso en las venerables verdades de las Escrituras. «Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón» (Sal. 19:8).
11. Que cada maestro desarrolle un estilo pedagógico basado en la máxima de James Denney de que «ningún hombre puede dar la impresión de que es listo y de que Cristo es grande para salvar».²
12. Que en el tratamiento de las Escrituras no haya valoración trunca de lo que es valioso para la prédica y para la vida.
13. Que los estudiantes aprendan a respetar y a usar las horribles advertencias de las Escrituras, así como sus preciosas promesas y que la orden de «seguid... la santidad» (He. 12:14) no sea menguada, sino fortalecida por la convicción de la habilitación divina. «Y el Dios de paz... os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén» (He. 13:20-21).
14. Que pueda haber una convicción firme y evidente de que el estudio constante y profundo de las Escrituras es la mejor manera de volverse sabio al tratar con los problemas de las personas. «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado *para toda buena obra*» (2 Ti. 3:16-17).

1. Citado en John Whitecross, *The Shorter Catechism Illustrated* (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1968), 37.

2. Citado en John Stott, *Between Two Worlds: The Art of Preaching in the Twentieth Century* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1982), 325.

15. Que los profesores no encarnen el clima contemporáneo de ciertos estudios críticos que ven una «unidad mínima y una diversidad amplia» en la Biblia; sino que busquen «todo el consejo de Dios» unificado y que ayuden a los estudiantes a ver la manera en que todo encaja. «Porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios» (Hch. 20:27).
16. Que la percepción *bíblica explícita* impregne todas las sesiones de clases, aun cuando los temas sean tratados con un lenguaje y paradigmas tomados de las ciencias contemporáneas. Que no se dé por sentado a Dios y su Palabra como el «cimiento» tácito del que no se habla o al que no se admira.
17. Que los profesores combinen la «disciplina severa» del análisis textual con una veneración intensa de la verdad y la belleza de la Palabra de Dios.
18. Que se hagan nuevos descubrimientos en el estudio de las Escrituras y se compartan con la iglesia mediante artículos y libros.
19. Que los profesores, los decanos y los rectores tengan la sabiduría y el coraje de Dios para hacer nombramientos que promuevan el cumplimiento de estos ruegos. Y...
20. Que las juntas directivas y todos aquellos a cargo del liderazgo estén vigilantes de la fidelidad moral y doctrinal de los profesores y ejerzan medidas disciplinarias necesarias para preservar la fidelidad *bíblica* de todo lo que se enseña y se hace.

Hermanos, no critiquemos o elogiemos simplemente a los seminarios. Dios ama a su iglesia y a su verdad. Él ordena hacer su obra por mediación de su pueblo. Generaciones de fidelidad están en juego. Por tanto, hermanos, oremos por los seminarios.

ÍNDICE DE PERSONALIDADES

- Adams, John, 218
Agustín, San, 34, 83
Alcorn, Randy, 236
Anderson, Don, 15
Anderson, Vicki, 15
Anselmo, 34, 35
Barclay, William, 110, 111
Barth, Karl, 108
Baxter, Richard, 86, 122
Beckwith, Francis J., 236
Beskendorf, Peter, 79
Bitzer, Heinrich, 97, 98, 104
Bonar, A. A., 80
Boston, Thomas, 86, 122
Bounds, E. M., 17, 20, 73
Bowman, Michael, 34
Brainerd, David, 73, 112, 137, 138, 140
Bridges, Charles, 86
Bruce, F. F., 159, 160
Bunyan, Juan, 39, 45, 47, 86, 112, 220
Burrough, Jeremiah, 86
Byrd, James, 216
Calvino, Juan, 33, 34, 37, 38, 83, 107, 150, 176, 255, 256
Caneday, Ardel B., 127
Cecil, Richard, 20, 104
Chesterton, G. K., 175, 177, 178
Cocoris, G. Michael, 72
Collinson, Patrick, 256
Cowper, William, 112, 153, 155
Dallimore, Arnold, 102
Denney, James, 281
Deshazo, Lynn, 118
Dewey, John, 90
Dillenberger, John, 36, 38
Dixon, A. C., 69, 72
Dixon, Larry, 130
Douglas, J. D., 34
Dunn, James D. G., 147, 148
Dwight, Sereno, 90, 107
Edwards, Jonathan, 22, 34, 40, 63, 66, 67, 86, 89, 90, 91, 106, 107, 108, 111, 122, 132, 133, 137, 138
Edwards, Sarah, 111
Elliot, Jim, 204
Fedó, Michael, 216
Ferguson, Sinclair, 130
Fernando, Ajith, 130
Fitzgerald, Sally, 63
Flavel, John, 46, 86
Frame, John M., 176
Friedrich, Gerhard, 248
Fudge, Edward William, 130
Fuller, Daniel, 22
Gemmer, Bob, 187
Gemmer, Myrna, 187
George, Timothy, 227
Gerhardt, Paul, 119
Gerstner, John H., 34
Goen, C., 66
Goppelt, Leonhard, 143, 144, 147
Goss, Len, 15
Graham, Billy, 204
Greeven, Heinrich, 248
Grudem, Wayne, 13, 19, 148, 265
Gundry, Robert H., 45
Hagner, Donald A., 45
Hall, Bishop, 102
Hanson, Ola, 204
Helseth, Paul Kjoss, 176
Hitler, Adolfo, 189
Howard hijo, Philip E., 137

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

- Jefferson, Thomas, 218, 220
 Jerónimo, 74
 Jewett, Paul, 143, 144
 Judson, Adoniram, 73
 Kant, Emanuel, 62, 63, 64, 66
 Kateregga, Badru D., 10
 Kerr, Hugh T., 103
 King Jr., Martin Luther, 215-223
 Kittel, Gerhard, 248
 Ladd, George Eldon, 45
 Lewis, C. S., 52, 53, 63, 81, 85, 86, 106, 113
 Lincoln, Abraham, 220, 221, 246
 Livingstone, Greg, 5
 Lloyd-Jones, D. Martyn, 81, 84-87
 Lundquist, Carl, 111
 Lutero, Martín, 33-35, 37, 41, 47, 73, 79, 97, 102, 104, 220, 255, 256
 Madison, James, 218
 Martyn, W. Carlos, 102, 103
 McNeill, John T., 256
 Mueller, George, 102, 109, 110
 Murray, Iain, 106, 111
 Murray, John, 43
 Newton, John, 97, 103, 104, 112, 133, 134, 280
 Nilsson, Lennart, 236
 Noll, Mark, 94, 218
 O'Connor, Flannery, 63
 Oates, Stephen, 217, 218
 Oates, Whitney, 34
 Olasky, Marvin, 231
 Orvis, Rochelle Ann, 273
 Otis, George, 179
 Owen, John, 43
 Packer, J. I., 86
 Parker, T. H. L., 107, 108
 Pascal, Blaise, 64
 Peterson, Robert A., 130
 Pettit, Norman, 137
 Piper, Bernabé, 46
 Piper, Bill, 204
 Piper, Karsten Luke, 273
 Piper, Noël, 15
 Piper, Talita, 92
 Plass, Ewald M., 37, 256
 Rand, Ayn, 63
 Ryken, Leland, 257
 Ryle, J. C., 86
 Sandell-Berg, Karolina Wilhelmina, 153
 Schafer, Thomas, 67
 Schaff, Philip, 144, 149
 Schenck, Paul Chaim, 220
 Schreiner, Thomas R., 91, 127, 200
 Sellers, Ian, 34
 Shenk, David W., 10
 Sibbes, Richard, 86, 87, 122
 Simeon, Charles, 104, 112
 Singer, Peter, 235
 Smith hijo, Robert, 227
 Smith, John E., 133
 Spurgeon, Carlos, 74, 75, 76, 81, 84, 108, 109, 122
 Stewart, James, 183, 186
 Stott, John, 83, 84, 281
 Strong, A. H., 35, 112
 Taylor, Geraldine, 68
 Taylor, Howard, 68
 Taylor, Hudson, 68
 Taylor, Justin, 15, 150, 176
 Trobisch, Walter, 79
 Trotter, W. F., 64
 Tson, Josef, 211
 Vanauken, Sheldon, 63
 Verwer, George, 5
 Ware, Bruce A., 176, 200
 Warfield, B. B., 83, 89, 94
 Washington, George, 217
 Wesley, Juan, 73
 Whitecross, John, 281
 Whitefield, George, 102
 Wiersbe, Warren, 84, 108, 109
 Wilberforce, William, 73, 104, 112, 246
 Winter, Ralph, 204, 207
 Woodberry, J. Dudley, 10

ÍNDICE DE TEMAS

Aborto

- Almuerzo con un médico que practica el aborto 238-239
- Carta al *Star-Tribune* 233-235
- Enseñanza bíblica sobre el 233-238, 239-245
- Infanticidio 235-236
- Leyes de la tierra 230-231
- Lo que pueden hacer los pastores 230, 244-246
- Los defensores del aborto saben que está mal 233-236
- Prédica sobre el 244-246

Adoración

- Apetito de Dios 256-258
- Definición 255
- «Excelencia que no distraiga» 261
- Fin en sí misma 258-259
- «Guerras» 247, 255
- Implicaciones de centrar la atención en la esencia 256-260
- «Lo que nos une en adoración» 260-261
- Magnificar a Cristo 251-255
- Opiniones de Calvino sobre la 255-256
- Opiniones de los puritanos sobre la 256-257
- Opiniones de Lutero sobre la 256
- Silencio del NT sobre formas externas de 248-251
- Tradición y 255
- Vivir y morir 251-255

Afectos

- Empatía y compasión 191
- Expresados en público 160-161
- Forma y espontaneidad 160-163

Libro de Lamentaciones sobre 160-161

No está en nuestro poder 72

Opiniones de Edwards sobre los 66, 132-133

Un fin en sí mismo 259-260

Aflicciones, véase Sufrimiento

Alcohol, véase Legalismo

Aniquilacionismo, véase Infierno

Apostasía, véase también

Perseverancia de los santos 124

Arrepentimiento

Deleite y 136-141

Obediencia radical y 135-136

Remordimiento y 139-141

Salvación y 124

Bautismo

Catecismo de Heidelberg sobre el 148-149

Confesión de Westminster sobre el 144-145

Continuidad versus discontinuidad 149-151

Definición 145, 147

Regeneración bautismal 147

Tres etapas en el pensamiento de Piper 145-151

Biblia, véase también Exégesis

Efectos de su complejidad 114-117

Las determinaciones de Edwards con el estudio de la 90

Textos difíciles en la 113-114

Unidad de la 89, 91-92, 93

Biografía, véase también Lectura

Base bíblica para la lectura 105-106

Combinación de cosas que necesitan los pastores 106

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

- Contacto personal de Piper con 106, 112
- Controversia
 - Acusación de arrogancia 176-177, 180
 - Humildad en 177-182
 - Orgullo y 177
- Cristianismo
 - Cristo crucificado es el centro del 11
 - Presidentes norteamericanos y el 217-218
- Cristo
 - Encarnación del amor de Dios 31
 - Nuestro tesoro y ganancia 201-202, 251-255
 - Sufrimiento de 193-194
 - Unión con 267
- Cuestiones raciales
 - Carta desde la cárcel de Birmingham* 218-221
 - Costo de lidiar con 217, 226, 227
 - La cuestión de la sangre de Jesús 215, 223-227
 - Martin Luther King Jr. 216-222
 - Nueva iniciativa tres en Bethlehem 222-223
 - «Un viaje muy largo» 227
 - «Yo tengo un sueño» 221-222
- Decisiones de Edwards 90, 107
- Deleite, véase Gozo
- Depravación total 130-131
- Dinero
 - Estilo de vida de tiempo de guerra 185-188, 212-213
 - «Necio» con 183-184
 - Ley de la cultura de consumo 185-186
 - Media verdad de estar sólo «agradecidos a Dios» 185
 - Niveles de cómo vivir para conseguir las cosas 188
- Prosperidad y 184-185
- Ser «rico para con Dios» 184
- Dios, véase también Providencia de Dios
 - Amor de 30-31, 32, 117-118, 198
 - Calidad de 117-119
 - Centralidad de 22-25, 27
 - Diferencia entre el Tío Sam y 57
 - Dones de 70
 - Dos voluntades de 194-195, 200-201
 - Evangelio del reino de 205, 209
 - Fama de 205-206
 - Gloria de 29-30, 60, 67
 - Justicia de 29-30
 - Obra por nosotros 31, 56-59
 - Propósitos inquebrantables de 206
 - Rico para con 184, 201
 - Santidad de 28-29
 - Servir de 31-32, 55-60
 - Singularidad de 28
 - Soberanía de 200-201
- Esposas, véase Matrimonio
- Estudio, véase también Exégesis y Lectura
 - Opiniones de Warfield sobre la oración y el 94
 - Recomendaciones de Stott para el estudio 83-84
- Ética del deudor, véase también Gratitud y Motivos 54
- Exégesis
 - Fuerzas que se oponen a la indagación 91-93
 - Hábito de sentirse humildemente preocupado 90, 92
 - Interrogar el texto 90-94
 - Método de arco 91
 - Pensamiento y 94-95
- Felicidad, véase Gozo
- Gozo, véase también Hedonismo cristiano

- Arrepentimiento y 140
- Impulso demostrativo de 52
- Gracia futura 54
- Gratitud, véase también Ética del deudor y Motivos
- Analogías de 51-52
- Definición 52
- Gozo y 52-53
- No es un motivo explícito de obediencia a Dios 50
- Griego, véase Idiomas
- Hebreo, véase Idiomas
- Hedonismo, véase Hedonismo cristiano
- Hedonismo cristiano
 - Ayn Rand y 63
 - Desinteresado, moral kantiana y 62-66, 256-257
 - Edwards y 63, 66-67
 - Flannery O'Connor y 63
 - Lewis y 63
 - Matrimonio y 268-273
 - Misiones y 212
 - Pascal y 64
 - Resumen más corto de 61
- «Hermanos» 12-13
- Humildad
 - Certeza y 177-178
 - Definición de 178-182
 - Don de 182
 - Opiniones de Chesterton sobre la 178
 - Opiniones de Edwards sobre la 133
 - Opiniones de Newton sobre la 133-134
- Idiomas
 - De segunda mano 99
 - Doctorados en ministerio e 101
 - Opiniones de Bitzer sobre 97-98
 - Opiniones de Lutero sobre 102-103
 - Opiniones de Mueller sobre 102
- Opiniones de Newton sobre 103-104
- Opiniones de Whitefield sobre 102
- Resultados de cuando los idiomas caen en desuso 98-100
- Iglesia Bautista Bethlehem 15, 107, 145, 165, 204, 215, 223, 260
- Infierno
 - Lenguaje simbólico y 130
 - Libros sobre el 130
 - Opiniones de Edwards sobre el 132-133
- Islam 9-10
- Jesús, véase Cristo
- Justificación
 - Analogía para 46-47
 - Efectos transformadores de la 47-48
 - Evidencia bíblica 34
 - Imputación de la justicia de Cristo 42-47
 - Obras y 42
 - Opiniones de Agustín sobre la 34
 - Opiniones de Anselmo sobre la 34-35
 - Opiniones de Bunyan sobre la 39-40, 45-46
 - Opiniones de Calvino sobre la 37-39
 - Opiniones de Edwards sobre la 40
 - Opiniones de Lutero sobre la 35-37, 41
 - Opiniones de Pablo sobre la 34, 41-48
 - Sólo fe 33, 41-43
- Lamentaciones, Libro de 160-162
- Lectura, véase también Biografía
 - Bloques disciplinados de tiempo 82-85
- Luchar por la vida de uno 81

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

- No tiene mérito leer muchos libros 84, 87, 91, 99
- Opiniones de Lewis sobre la lectura de libros antiguos 85-86
- Opiniones de Lloyd-Jones sobre la 81, 85-87
- Parte orgánica de la oración 84-85
- Prejuicio contra los libros antiguos 85-86
- Puritanos 86
- Legalismo
 - Definiciones 166-169
 - Dios lo detesta tanto como el alcoholismo 169
 - Falta de fe es la raíz del 168-169
 - Moral y 167
 - Opiniones en Colosenses sobre el 170-173
 - Regulaciones pobres sobre el 170
- Liderazgo espiritual
 - Definición 27
 - Objetivo de 27
- Liderazgo, véase Liderazgo espiritual
- Mal, véase Sufrimiento
- Matrimonio
 - «Ámala más y ámala menos» 273-276
 - Amar a nuestras esposas es esencial para el ministerio 264-265
 - Efectos de amar a nuestras esposas 263-264
 - Implicaciones prácticas de este misterio 268-272
 - Liderazgo y sumisión 269-271
 - Teología de Pablo sobre el 264-272
- Ministerio, véase Ministerio pastoral y Misiones
 - Certeza de realización 206
 - Grupos de personas 207
 - Misiones internas frente a externas 208-210
 - Recuento autobiográfico de Piper 204
 - Siete verdades cruciales 205-213
 - Sufrimiento y 210-213
 - Tipo Pablo frente a tipo Timoteo 208
- Ministerio pastoral
 - Amar a nuestras esposas es esencial para el 263-264
 - Depreciación del 101-102
 - El ministerio es su peor enemigo 75-76, 77
 - Gozo del 13
 - Insuficiencia y 70-71
 - Lágrimas en el 13-14
 - Profesionalización del 12-13, 17-20
 - Programas de 72
 - Siglo XXI 9
 - Teología del ministerio pastoral 278
- Motivos, véase también Ética del deudor
 - Malos 49
 - Bendiciones y 50-51, 65-66, 67-68
- Mujeres en la iglesia 12-13
- Objetivo del libro 11-12
- Oración
 - A Dios le encanta bendecir el mundo mediante la 70-74
 - El ministerio de la Palabra languidece sin 76
 - Jerónimo y la 74
 - La campana tañe suavemente por nosotros 71
 - Lectura y 84-85, 94
 - Lutero y su barbero 79
 - Nuestra alma o la de otro 201-202
 - Nuestra dedicación a la 74, 77-78

- Opiniones de Bonar sobre la 80
- Opiniones de Mueller sobre la 109-110
- Seminarios y 71-72, 279-282
- Una hora de rodillas parece poco norteamericano 71-72
- Wilberforce y la 73
- Pastores, véase también Ministerio pastoral y Predica
 - Papel en la salvación de los santos 121-122
 - Sufrimiento de 156-158
- Pecado, véase también Mal
- Pensamiento, véase Estudio
- Perseverancia de los santos
 - Necesidad de 124-126
 - Opiniones de los puritanos sobre la 122
 - Proyecto comunitario 127
- Pluralismo, véase Tolerancia
- Predica
 - Aborto 245-246
 - Agotamiento intelectual y espiritual de 81-82
 - «Cosas negativas» 131
 - Cristo crucificado 9-11
 - David Brainerd habla a los indios 137-138
 - De Calvino 107
 - Dinero y posesiones 186-187
 - Generalidades aburridas de 99
 - Mensajes del evangelio solamente 125
 - Papel en la salvación de los santos 121-127
 - Pasajes de advertencia 124-126
- Providencia de Dios
 - Humildad y 181
 - Juicio de ciudades paganas 241
 - Misiones 206
 - Muerte de la esposa de Mueller y la 110
 - Negación de Barclay de la 110-111
 - Obra mediante la oración 69-70
 - Opiniones de Sarah Edwards sobre la 111
 - Rebelión bajo la 200-201
 - Sufrimiento y 153-157
 - Textos bíblicos sobre la 199
- Puritanos
 - Lectura de 86
 - Salvación de los santos 123
- Racismo 216
- Recompensas, véase Motivos
- Seminarios
 - Claustro 277-278
 - Importancia de los 277
 - Oraciones para los 279-282
 - Pragmatismo en los 71-72
 - Presidentes de 111-112
- Sentimientos, véase Afectos
- Soberanía, véase Providencia de Dios
- Sufrimiento
 - Columbine 189
 - Himnos sobre el 154-155
 - Job y el 154, 195
 - Medio para llegar a los menos alcanzados 210-212
 - Necesario para todos los cristianos 153
 - Pablo y el 155, 157-158
 - Papel de Dios en el 154-156
 - Pastores y el 153, 157
 - Pecado y 196-199
 - Propósito del 156-158, 201, 241-242
 - Satanás 154-155
 - Septiembre 11 190
- Teísmo abierto 176
- Televisión 84
- Tolerancia 11, 180
- Universalismo de Barclay 111
- Verdad y amor 179-180

ÍNDICE DE TEXTOS BÍBLICOS

Génesis

2.....	265, 267
2:18.....	271
2:19-20	265
2:23	266
2:24	264, 265, 267
2:32	270
9:5-6.....	194
15:6	41
20:7	70
25:22	238
32:24	77
45:7.....	199
50:20	199

Éxodo

4:11.....	199
9:16.....	24
14:4	24
15:11	28
20:13	194, 239
21:22-25	238
22:21-24	241
23:7	42
23:23	207
23:24	249
34:6.....	27, 93

Levítico

10:3	29
------------	----

Números

31:17.....	241
35:19.....	240
35:27	240

Deuteronomio

2:34	241
3:6	241
9:5	241
13:15.....	241
29:24-25	194
29:29	195
32:2	191

Josué

1:8	94
6:21	241
10:28	241
10:40	241

1 Samuel

2:2	28
2:6-7	199
8:4-6.....	24
12:22	24
15:2-3	241

2 Samuel

12:15-18.....	199
---------------	-----

2 Crónicas

16:9	56
------------	----

Nehemías

8:11.....	68
-----------	----

Job

1:6, 12, 21-22	195
1:12.....	154
1:21.....	154, 189, 244
2:5	154
2:6	154

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

2:6-10.....	195	119:26.....	115
2:10.....	154	119:48.....	94
31.....	237	119:64.....	115
31:13-15.....	237, 240	119:68.....	115
42:2, 11.....	195	119:75.....	110
Salmos		119:97.....	94
1:2.....	64, 94	119:124.....	115
2:12.....	93	119:135.....	115
5:5.....	131	119:148.....	94
9:10.....	197	119:171.....	115
16:11.....	66	123:2.....	58
19:8.....	281	139.....	237
23:3.....	136	139:13.....	229, 237, 240
23:4.....	193	143:5.....	95
25:5.....	115	143:11.....	29
25:11.....	25	146:3.....	23
31:1.....	30	Proverbios	
31:3.....	136	3:5-6.....	197
34:16.....	131	12:15.....	182
34:18.....	193	13:14.....	191
37:4.....	68	16:33.....	199
40:8.....	64	17:15.....	42
42:1.....	17, 257	24:11-12.....	243
50:9-10, 12.....	57	24:12.....	245
50:10.....	184	Isaías	
50:15.....	71	2:12, 14-17.....	177
51:4.....	131	2:22.....	23, 25
56:3.....	197	6:3.....	29
67:4.....	203, 204	12:4.....	205
68:5.....	241	40:15, 17.....	23
73:25-26.....	189, 201	40:25.....	28
79:9.....	25	41:10.....	193
82:3-4.....	241	43:7.....	24
86:11.....	202	45:22.....	117
90:14.....	202	46:9.....	117
94:5, 23.....	241	46:9-10.....	199
100:2.....	55	46:10.....	206
106:38.....	240-241	48:9, 11.....	21, 23
115:1.....	25	52:7.....	205
119:12.....	115	53:3-6.....	194
119:15.....	94	64:4.....	56
119:18.....	90		

JOHN PIPER

Jeremías

6:14.....	10
14:7.....	25
17:5.....	23
22:3.....	241
31:33.....	50
31:34.....	150
32:40.....	201

Lamentaciones

1.....	160
1:2, 4, 7, 8, 11.....	160
2.....	160
2:11, 20.....	160
3.....	160
3:19.....	161
3:21-24.....	199
3:23.....	161
3:32-33.....	199
3:37.....	199
4.....	160
4:10.....	160
5.....	160

Ezequiel

18:32.....	242
20:14.....	24
36:22-23, 32.....	23
36:27.....	50
36:37.....	69-70

Daniel

9:16-17.....	30
9:17.....	24

Amós

3:6.....	199
3:15.....	187

Miqueas

6:8.....	64
----------	----

Habacuc

3:3.....	29
----------	----

Mateo

3:7.....	131
5:3.....	177, 280
5:12-13.....	241
5:16.....	136, 279
5:38-48.....	241
5:39.....	93
6:24.....	59
7:7-11.....	280
8:14-15.....	192
9:38.....	70
10:16.....	212
10:23.....	93
10:24.....	178
10:25.....	179
10:27-28.....	179
10:28.....	20
10:29.....	199
13:42.....	130
13:44.....	62
13:52.....	92, 261
15:8-9.....	249
16:18.....	206
18:3.....	17
18:23-35.....	50, 280
19:26.....	50
23:12.....	177
23:15.....	131
24:14.....	203, 205, 206, 207, 211
25:41.....	131
25:46.....	130, 280
28:18.....	206
28:19.....	151, 203
28:19-20.....	207

Marcos

1:35.....	77
1:40-41.....	192
2:17.....	57
8:34.....	62

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

8:35	62	22:3-4.....	196
9:36-37	243	22:26.....	270, 271
10:24-27	200	22:31-32	196
10:30-31	62		
10:45	31, 55	Juan	
Lucas		3:16.....	21, 244
1:41, 44	243	3:36.....	131
1:44	238	4.....	249
2:12	238	4:21-23	249
3:11.....	185, 187	4:23	247
5:1-10.....	138	8:32	180
5:16.....	77	8:34	64
6:12	77	8:44.....	131
6:35	65	9:2-3	199
7:11-17	192	10:27-28	127
7:36-50	50	11:33-35.....	191
7:42, 47	280	12:27-28	24
9:18.....	77	15:5.....	71, 278
9:23	18	15:11	68
9:24	51	16:2	9
9:58	185	17:17	76, 180
10:28	51	20:21	213
10:30-37	192	Hechos	
10:35-36	51	1:14.....	76, 78
12:13-21	183	2:23	156
12:20	184	2:38	143, 146
12:21	184	2:41	76
12:29	185	2:42	76, 78
12:33	51, 65, 184, 185	2:43, 47	76
13:1-5	197	4:27-28	156, 196, 200
14:12-14.....	65	4:31	76
15:11-32.....	167	6:2-4.....	76
16:9	66	6:3	77, 78
16:9, 25.....	51	6:4	77
16:19-26	138	10:7	78
16:22	138	13:38-39	34
18:15.....	243	13:42-44.....	34
18:15-16.....	243	14:22	153, 242
19:8	185	16:1.....	208
19:41-44	191	16:15, 33.....	146
21:16.....	62	16:31.....	118
21:16-18.....	212	16:32	146

JOHN PIPER

17:24-25.....	56
17:25.....	55
19:10.....	208
20:17.....	208
20:24.....	202
20:27.....	100, 118, 126, 282
20:28.....	100, 125
20:35.....	67, 158

Romanos

1:9.....	249
1:17.....	36
3:1-8.....	114, 116, 117
3:4.....	42, 131
3:8.....	242
3:19.....	131
3:21-22.....	44
3:24-26.....	24
3:28.....	148
4.....	41
4:3.....	41
4:3, 5, 9, 22.....	46
4:4.....	41
4:4-5.....	31, 57
4:5.....	33, 41, 42
4:6.....	44
4:9.....	43
4:11.....	44
4:22.....	43
4:25.....	10
5:3.....	13
5:3-5.....	242
5:6.....	42
5:18.....	45
6.....	147
6:1.....	242
6:1, 15.....	38
6:1-11.....	147
6:3-4.....	147
6:11.....	147
6:14.....	50
6:16.....	64
8:5.....	95

8:13.....	58
8:14.....	25
8:18.....	212, 242
8:20-25.....	242
8:23.....	46
8:28.....	199
8:29-30.....	127
8:33-34.....	42
8:35-39.....	198
9:2.....	93
9:7-8.....	150
9:16.....	31
9:17.....	205
9:22-23.....	24
10:4.....	46
10:9.....	148
10:17.....	76
11:33-36.....	195
11:35-36.....	51
12:1.....	249
12:11.....	58
12:12.....	78
12:15.....	93, 191
12:19.....	179
13:1-7.....	240
13:4.....	240
14.....	171
14:14, 15, 20.....	124
14:23.....	167
15:8-9.....	24
15:9.....	206
15:13.....	70
15:16.....	250
15:18.....	31, 51, 60, 280
15:20.....	208
15:30.....	72
16:18.....	58

1 Corintios

1:8-9.....	50
1:16.....	146
1:18.....	124
1:23.....	9, 19

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

1:29 71 1:30 45, 46, 58 2:2 9 2:7 71 2:13 114 2:14 115 3:7 71 4:5 49 4:7 181 4:9-13 18 8 171 8:9, 11 124 9:22 70 9:27 18 10:31 21, 25, 250, 279 11:21 171 11:23-26 255 12:7 261 13:3 49 13:6 179 13:12 182 14:25 248 15:10 31, 49, 51, 60, 280 15:17-18 124 16:9 13 2 Corintios 1:3-4 193 1:4 157 1:6 123, 155, 158 1:8-9 193, 199 1:9 156, 242 1:24 71 2:15 124 2:15-16 13, 19 2:16 70, 279, 280 3:18 85 4:5 180 4:7 18, 279 4:7-12 242 4:8-12 157 4:9-11 18 4:12 157	4:17 13, 200, 212, 242 5:7-9 201 5:11 182 5:21 44, 45 6:10 13, 158 6:16 250 7:4 158 7:10 123 8:9 158 9:7 64 9:8 54, 188 11:2 267 11:14 169 11:28 93, 123 12:7 155 12:7-9 196 12:7-10 157, 242 13:4 158 13:9 158 Gálatas 2:20 18, 91 2:21 11 3:2, 5 76 3:2-3 58 3:5 280 3:7 150 3:10 131 3:28 267 5:6 54, 197 5:11 11 5:16 197 5:22 50, 182 6:14 9 Efesios 1 30 1:5-6 30 1:6, 12, 14 24 1:7 244 1:11 199 1:12 30 1:13-14 30
---	---

JOHN PIPER

1:17.....	70
1:20-23.....	269
1:23.....	267
2:3.....	131
2:8.....	70
2:8-9.....	181
2:11-12.....	223
2:12.....	129, 131
2:13-18.....	225
2:15.....	224
2:16.....	225
2:19-22.....	224
2:21-22.....	250
4:2.....	280
4:15-16.....	269
4:28.....	188
4:32.....	17
5:18.....	18
5:19.....	255
5:20.....	93
5:20-33.....	13
5:21.....	271
5:22.....	270
5:22-24.....	268
5:23.....	269, 270
5:24.....	270
5:25.....	270
5:25-27.....	272
5:25-30.....	271
5:27.....	267
5:28-29.....	272
5:31.....	264, 267
5:32.....	264
6:1.....	271
6:5.....	271
6:18.....	78, 280
6:19.....	76

Filipenses

1:20.....	252
1:20-21.....	252
1:21.....	202
1:21, 23.....	201

1:23.....	253
1:25.....	71
1:29.....	156
2:3.....	134
2:12.....	124
2:13.....	31, 50, 60, 169
2:17.....	250
3:3.....	249
3:7-8.....	279
3:8.....	67, 212, 254
3:10-11.....	158
3:14.....	18
3:15.....	169
3:20.....	18
4:4.....	61
4:6.....	93
4:13.....	50
4:18.....	250

Colosenses

1:11.....	170
1:24.....	123, 156, 211, 241
2:7.....	170
2:10.....	171
2:12.....	143, 147, 148
2:16.....	170
2:16-23.....	170
2:18.....	171
2:19.....	170, 171
2:20-22.....	172
2:23.....	172
3:2.....	95
3:11.....	20
3:12.....	280
3:17.....	250
4:2.....	78

1 Tesalonicenses

1:9.....	55
3:3.....	153
3:3-4.....	242
3:5.....	154
3:12.....	50, 70

HERMANOS, NO SOMOS PROFESIONALES

5:16.....	93	5:12	125
2 Tesalonicenses		8:11.....	143, 150
2:10.....	180	10:24	71, 105
3:1-2	196	10:25	105
1 Timoteo		11.....	50, 105, 112
1:3	208	11:1-40	105
1:14.....	70	11:4.....	106
1:19.....	126	11:6.....	66
2:12-13	13	11:24-26	51
4:12	122	11:26.....	67
4:16.....	121, 122, 126	12:1	105
6:6.....	68	12:2	51, 68, 126
2 Timoteo		12:3-11	242
2:2	116	12:6.....	153
2:7	89, 90, 94, 115-116	12:14.....	281
2:10.....	121, 123	12:28-29	50
2:12	123	13:5-6.....	51, 244
2:13	24	13:8	40
2:15.....	279	13:12-14.....	213
3:12	242	13:15.....	250
3:15.....	127	13:16.....	250
3:16.....	92	13:17.....	13, 15
3:16-17.....	281	13:20-21	201, 281
4:2	255	13:21	50
4:6.....	250	Santiago	
Tito		1:2-4.....	13
2:14.....	202	1:3-4.....	242
2:15.....	182	1:5.....	191
Hebreos		1:18, 21.....	181
1:2	126	4:1-4	197
2:1	125	4:6	177
2:1-3	126	4:8	260
3:1	126	4:9	18
3:12	126	4:13-16	181
3:14.....	126	4:15.....	199
4:15-16.....	194	5:19-20	124
5:9	126	1 Pedro	
5:11-14.....	126-127	1:4-7	265
		1:25.....	125
		2:2	125
		2:5	250

JOHN PIPER

2:5, 9	250
2:11	18
2:21-23	179
3:17	199
3:21	143, 147, 148
4:11	32, 54, 60, 71, 279
4:19	199
5:2	13
5:5-6	280
5:6	178
5:7	57

2 Pedro

2:19	64
3:12	205
3:15-16	113, 114

1 Juan

2:19	125
4:8	27
4:8, 16	117
5:12	180

Apocalipsis

4:8-11	28
5:6	11
5:9	207, 226
5:9-10	226, 227
7:17	11
9:18-21	198
12:11	182
14:4	11
16:8-9	198
20:15	130

MINISTERIOS *DESIRING GOD*

DESIRINGGOD.ORG

Los Ministerios Desiring God existe para propagar una pasión por la supremacía de Dios en todas las cosas para el gozo de todos los pueblos mediante Jesucristo. Tenemos centenares de recursos disponibles para este propósito, la mayoría de los cuales son libros, sermones y colecciones en audio de John Piper. Visite nuestro sitio en la Internet y descubra:

- Acceso libre a más de veinte años de sermones impresos de John Piper
- Sermones en audio descargables, nuevos y gratis, puestos cada semana
- Resúmenes y artículos gratis
- Una tienda en línea completa donde usted puede comprar los libros de John Piper y las colecciones en audio, así como también los currículos centrados en Dios para los niños que ha publicado los Ministerios Desiring God.
- Información acerca de las oficinas internacionales de Ministerios Desiring God y trabajos de traducción
- Información acerca de la Conferencia para Pastores Bethlehem

Los Ministerios Desiring God tienen una norma diseñada para personas con fondos limitados para adquirir los productos que se venden. Si desea más información acerca de esta norma, comuníquese con nosotros a la dirección o teléfono que aparece a continuación.

DESIRING GOD MINISTRIES
720 Thirteenth Avenue South
Minneapolis, Minnesota 55415-1793

Llame sin costo en Estados Unidos al:
1 (888) 346-4700
Llamadas internacionales: (612) 373-0651
Fax: (612) 338-4372
mail@desiringGOD.org
www.desiringGOD.org

DESIRING GOD MINISTRIES
UNITED KINGDOM
Unit 2B Spencer House
14-22 Spencer Road
Londonderry
Northern Ireland
BT47 6AA

Tel/fax: 011 (02871) 342 907
dgm.uk@ntlworld.com
www.desiringGOD.org.uk

Con verdadero tono profético el autor hace un llamado general a recuperar la dimensión espiritual del ministerio cristiano, que, debido a confusiones de términos y roles, pelagra por una malentendida profesionalidad. Improvisación, superficialidad y descuido caracterizan muchas actividades de la iglesia, ya sea a la hora de hacer un programa de radio o de organizar una campaña de testimonio, o de presentar un programa de acción ante las autoridades civiles, cuando lo que se necesita es profesionalidad, esmero y dominio de la materia. En estos campos de actividad comunitaria sí que es preciso, imprescindible, ser profesionales, manejar adecuadamente los asuntos pertinentes. El error es extrapolar virtudes necesarias para actividades de corte social, político o administrativo, y aplicarlas al ministerio cristiano, la predicación del Evangelio y el cuidado pastoral. Aquí, el profesionalismo lejos de remediar males, crea problemas, antes que dar vida, mata.

■ El ministro cristiano no es un ejecutivo, ni un administrador de empresas religiosas, para eso hay ancianos, secretario y consejo de iglesia, es, ante todo, un siervo de Dios para la extensión del Evangelio y la edificación de los creyentes. La obra de Dios es muy diferente de la obra de los hombres. Es una obra de persona a personas, inspirada y guiada por la persona sublime de Jesucristo. Está más allá de lo profesional, porque, paradójicamente, tiene que ser más que profesional. Exige una dedicación completa en pensamiento, palabra y obra. Para esto no hay técnica que sea suficiente, excepto la comunión y el trato íntimos con Dios y los hombres.

■ «Los objetivos de nuestro ministerio son eternos y espirituales. No son comunes a ninguna otra profesión. Es precisamente por la incapacidad de ver esto que estamos muriendo».

Dice y defiende el autor de este libro con sobrada razón y peso pastoral por el ministerio cristiano actual, y continúa:

■ «Nosotros los pastores estamos muriendo por profesionalizar el ministerio pastoral. La mentalidad del profesional no es la mentalidad del profeta. No es la mentalidad del esclavo de Cristo. El profesionalismo no tiene nada que ver con la esencia y corazón del ministerio cristiano. Mientras más profesional seamos, más grande será la muerte espiritual que dejaremos a nuestro paso».

«El mundo establece el programa del hombre profesional; Dios establece el programa del hombre espiritual. El fuerte vino de Jesucristo hace estallar el odre del profesionalismo».



editorial clie

• CLASIFÍQUESE: 935 VIDA CRISTIANA •
PASTORAL
• CTC 02-05-0935-06 • REF 224722 •

ISBN 978-84-8267-464-3



9 788482 674643